ANTONIO CEBALLOS
La CASA del FRANCÉS
Un relato sobre decisiones que desafían lo establecido y sentencian el destino de toda una familia.
13

Emmanuel de Montcuit, cabeza de una próspera familia de ascendencia francesa, se establece en Córdoba en 1876. Con negocios en el mundo del vino, entabla conexiones económicas y políticas con influyentes familias cordobesas como los Alvear o el Conde de Torres Cabrera. En este entorno, sus hijos crecen entrelazándose con estas relaciones y forjando su propio camino, a veces en armonía con el padre y, en ocasiones, generando declarados enfrentamientos. De forma paralela, María y Pepe, empleados de la «Casa del francés», construyen su propio núcleo familiar, reflejando la dinámica de una ciudad de provincias en la Córdoba de finales del siglo XIX. Sus hijos buscan destinos que, de una forma u otra, los conectarán con los descendientes de los Montcuit. Como Carmen, la hija menor, que demostrará que el lugar de las mujeres de su barrio no se limita al que todos quieren reducirla.

Antonio Ceballos

La casa del francés

Título original: *La casa del francés*
Antonio Ceballos, 2024

-

Revisión: 1.0

29/08/2024

Dedico esta historia a mis padres, Antonio y Mari Carmen, a mis hijas Beatriz y Mónica.

A mi compañera de vida, Mónica.
Seres amados en los que vivo.

Prólogo

CÓRDOBA. CASA DEL FRANCÉS.
27 DE AGOSTO DE 1919

Las primeras luces del alba se dejaban ver por los espartos que daban a la calle. Alguien debía ya de estar trasteando por los pasillos a tenor de esos ruidos de pasos y de susurros que rompían el silencio de la mañana. El día prometía ser tan caluroso como la noche lo había sido. No podía ser de otra manera en esas fechas y en esa ciudad, donde el calor es el protagonista durante tanto tiempo de las conversaciones de unos y de otros. A Carmen le apetecía levantarse, ya había sudado suficiente esa noche como para seguir revolcada entre las sábanas empapadas. El olor a pan recién hecho y la intención de una jornada que prometía alegría tras tantas penurias en esa casa la hicieron incorporarse de un salto y bajar los escalones recién fregados de dos en dos para alcanzar pronto un buen trozo de ese pan con aceite y miel, para ella, el más exquisito de los bocados. No se cruzó con nadie en el trayecto. «Mejor así», pensó, de esa manera podría saborear su desayuno y volver a organizar todo en su cabeza. No quería que nada se escapara de su control; ya se había acostumbrado a las muchas responsabilidades que recaían sobre ella e infinidad de miradas la escrutaban sin cesar, la mayoría bañadas de prejuicios; las menos, comprensivas y sinceramente complacidas por su situación. Casi nadie sería consciente de cómo había sufrido, de cuánto había perdido y llorado hacia dentro hasta llegar ahí. El dolor había arrasado con tantos habitantes de esa casa que la pequeña luz de esperanza que ahora atisbaba era como un milagro. Y ella creía en los milagros.

Carmen se sentó ante ese escritorio en madera con incrustaciones de marfil que tanto había admirado desde que entrara en esa casa por primera vez tantos años atrás y lo abrió para volver a repasar todos los pormenores que la noche anterior había apuntado sobre la cena que ese día el gran salón

acogería. Cada vez que se sentaba ante esa maravilla de caoba, se sentía usurpadora de una faceta impropia de alguien de su cuna, pero como siempre había hecho, nunca se permitió una duda sobre sí misma. Repasó el nombre de los asistentes, volvió a cambiar una y otra vez a los invitados de sitio en la mesa, para después volver a dejarlo todo igual. Analizó el menú y echó de menos a su querida Rafaela, quien seguro la hubiera aconsejado convenientemente. Para el final dejó el capítulo floral, su favorito. Nadie osaría decirle que sus plantas no eran las más espléndidas de toda la ciudad, sobre todo después de que hubiera por fin hecho realidad aquel sueño que desde pequeña siempre tuvo de encontrar la flor más bella del mundo.

Las casas
(1876-1897)

EMMANUEL. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. 1876

El príncipe de Gales Alberto Eduardo visitó Córdoba el 25 de abril de 1876. El futuro Eduardo VII de Inglaterra tuvo a bien pasear por las calles aledañas a la mezquita-catedral y por supuesto visitar el templo que le dejaría completamente perplejo por lo inesperado de lo que vio. Tanto él como la cohorte de acompañantes que lo rodeaban, británicos y españoles, decidieron luego comer y beber en la Fonda Suiza, lugar de gran predicamento entre esa añeja aristocracia cordobesa y la poca, pero incipiente, burguesía del lugar que siempre buscaba la sombra de la primera. Entre los acólitos del ya maduro heredero se encontraba Emmanuel Léonard Marie de Montcuit Dampierre, un avispado francés con negocios en el Reino Unido que gustaba de alabar al futuro Eduardo VII y de paso aprovecharse de un lugar de privilegio a su lado.

Su pasión por la buena vida, que sufragaba con los casi inagotables fondos de su familia, propietaria de ricos viñedos en el valle del Loira, le había convertido en alguien cuyos caprichos, siempre que se pudieran comprar, se transformaban en realidad. Su paso por Córdoba fue mucho menos efímero de lo que en un primer momento pudo suponer. Aquel día de primavera algo le hechizó de aquella alegre ciudad, aunque algo descuidada en su belleza. A él, que tanto había leído sobre Córdoba y que incluso llegó a visitar de paso en su primer viaje por España, le atrapó un cierto misterio que querría resolver; así que, durante esa curiosa visita, y en el fragor de una noche bañada de los mejores caldos de la región, se decidió a comprar una casa solariega junto a la plaza de San Miguel a un precio más que razonable. Pensó que sería un buen lugar para asentar a la familia que estaba creciendo. Su mujer, de origen sevillano, echaba de menos el calor y la luz de la tierra de su infancia y seguro que le agradaría la idea de dejar esas lluviosas colinas inglesas que le habían agriado el carácter los últimos

años y cambiarlas por Córdoba. Además, le habían prometido participar en el negocio de exportación de los vinos de la zona a los mercados ingleses, que él tan bien conocía tras años de gestionar provechosamente los vinos de su familia en Inglaterra.

Emmanuel de Montcuit firmó los papeles de compra de su nueva casa el mismo día que entró a formar parte de la recién creada Bodega El Gallo, cuyo propósito, amén de proporcionar a los parroquianos del barrio de San Lorenzo una taberna, era el de proveer de los mejores vinos de Montilla al exquisito público británico, ya acostumbrado a ese seco sabor por la influencia jerezana de tantos años; era tanto el calor de ese día de julio que empezó seriamente a sopesar si no había cometido un error al trasladar a su familia a pocos metros del infierno.

La enorme casa haría las funciones de hogar familiar, una vez que doña Rosa y sus dos hijas, más otro que venía en camino, se instalaran; y de almacén y bodega, desde donde los carros saldrían y entrarían acompañando el trasiego que la aledaña plaza de las Tendillas todos los días presentaba. Evidentemente urgía una remodelación, no era su mujer de las que se conformaran con cualquier cosa. Pero reunía todas las características para convertirse en un nuevo centro de la vida social cordobesa. La entrada principal, en piedra vista con dos columnas arquitrabadas y remontadas de un friso y un tímpano en cuyo interior asomaba algo similar a un escudo, se le presentaba de lo más pintoresco. Ese blasón se cambiaría por el de su familia, mientras que el resto del conjunto no le parecía tan mal. Los dos grandes ventanales que jalonaban la entrada, con unas virtuosas, aunque enmohecidas, verjas de un hierro que algún día fuera negro, le parecieron tan elegantes como en realidad eran. La entrada, con el tamaño justo para alojar un buen coche de caballos, permitía al visitante acceder a la izquierda a cuartos de servicio antes de llegar al elegante jardín, que daba paso al acceso principal del edificio y al refinado patio de columnas, verdadero epicentro de la enorme casa. Esa manía de construir una vivienda alrededor de un patio nunca le pareció gran cosa a Emmanuel hasta que se instaló en su nuevo hogar y pasó su primer verano allí, agradeciendo la magnífica estructura que le aliviaría los terribles calores que otros aplacarían Dios sabía cómo. Ese patio, descuidado como el resto de una casa semiabandonada por décadas, conservaba una belleza innata procedente de los colores que los arbustos y plantas que se habían mantenido salvajemente le proporcionaban. Destacaba un enorme roble que centraba el conjunto de entrada previo al patio porticado y que obligaba a los carros a rodearlo para

entrar o salir de él. Habría que ordenar tanto ramaje, pensaba él, pero de eso ya se encargaría su mujer o alguien que supiera del tema. La planta de abajo tenía todo lo que se podía esperar. Una gran cocina que daba a un patio trasero donde animales y un huerto abastecerían la mesa de la casa y que se cerraba con un gran muro encalado perforado por un portalón a la calle Cardenal Toledo, y que habría que ensanchar para que por ahí entraran los carros de barriles que se guardarían en las habitaciones traseras que harían las veces de almacén, establo y bodega. En la parte noble, un gran patio al estilo cordobés, de elegantes proporciones, rodeado por salitas y coronado al frente por un espléndido salón que dejaba entrever lo que en su momento fueron frescos de diferentes motivos, pero que ahora solo parecían manchas de humedad, prometía hermosas veladas donde Emmanuel se imaginaba cerrando tratos y sintiéndose el centro del mundo en esa ciudad andaluza que viviera indudablemente tiempos mejores. Una elegante escalera remataba el costado izquierdo del patio y daba acceso a una segunda planta salpicada de tantas estancias, grandes y pequeñas, que le dio pereza imaginar siquiera cómo transformarlas. Una habitación destacaba del resto: la que sería su dormitorio descansaba directamente sobre la portada principal y tanta luz en la mañana recibía la elegante cancela que ni las telas más espesas evitaban esa claridad tan propia de la luz cordobesa en primavera.

La idea era que su familia estuviera instalada para festejar la Navidad de ese año, y como era costumbre en él, sus deseos se cumplieron, aunque tuviera que gastar mucho más de lo que en un principio imaginó. Las cosas en Córdoba se hacían despacio, pero se hacían. A don *Manué*, como empezó a conocérsele en toda la ciudad, le habría de costar mucho esfuerzo y varios años entender que los ritmos eran diferentes, pero que sabiendo utilizar correctamente los contactos adecuados, todo llegaba a buen puerto en esa caótica ciudad. Rápidamente, una multitud de adláteres aparecieron para ganarse los favores del nuevo prohombre cordobés. Unos simplemente querían saciar su curiosidad por el nuevo personaje que había aparecido en la ciudad y que era nada menos que amigo del príncipe de Inglaterra; otros, algo recelosos de que pudieran perder relevancia en la vida social cordobesa ante la aparición de un advenedizo; pero la gran mayoría simplemente quería encontrar nuevas oportunidades en una ciudad donde desde hacía siglos todas o la mayoría estaban en manos de los de siempre.

Desafortunadamente para los intereses de Emmanuel, la que iba a ser su presentación oficial durante los festejos de la Nochevieja de 1876 tuvo que

posponerse, pues su mujer, que pisó la casa por primera vez el día de santa Victoria de ese año, ya venía anunciando que al bebé le quedaba poco, y así fue. Édouard de Montcuit Dampierre Escavias de Carvajal tuvo a bien venir al mundo en una casa antigua casi a estrenar con las primeras luces del nuevo año y, además de fastidiar la ansiada fiesta del padre, estropeó para siempre unas suaves sábanas de delicada franela inglesa que nunca se recuperarían de aquel precipitado parto. Pronto se le pasó a don Emmanuel el enfado por la cancelación del esperado evento cuando comprobó que era un niño bien fuerte el que acababa de llegar. Tantas eran sus ansias por un varón que decidió que el bautizo del niño se convirtiera en una gran fiesta que abriera, esta vez sí, por primera vez las puertas de su casa a lo más selecto de la sociedad cordobesa.

El sacramento, contrariamente a la tradición que imponía su inmediatez, se programó para principios de abril sin fecha fija; esta se cerraría cuando se concretaran los rumores que aseguraban que el propio Alfonso XII visitaría la ciudad esa Semana Santa. En la imaginación de Emmanuel el bautizo sería doble, el de su primer hijo varón, y el de él mismo en su nueva ciudad, con nada menos que el joven rey de España como padrino. Tenía claro que debía poner todo su tesón en conseguir tal éxito y conocía perfectamente a la persona que le podía ayudar a alcanzarlo: solo el conde de Torres Cabrera tenía la influencia para ello. De ese modo, en esos meses siguientes, todo el empeño de Emmanuel sería el de granjearse la amistad del prócer cordobés.

Ricardo Martel y Fernández de Córdoba, conde de Torres Cabrera, grande de España y, en esos momentos, miembro de la Cámara Baja, estaba a punto de ser nombrado senador vitalicio y sin duda era el hombre fuerte en Córdoba del Partido Conservador. Su papel como empresario agrario era evidente y manejaba negocios en varios ámbitos que podían ayudar a Emmanuel en planes futuros. Por si eso fuera poco, gracias al control del periódico *La Lealtad*, que él mismo había fundado dos años antes, y de su pertenencia como académico numerario a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, se cerraba el círculo de la beneficiosa influencia que este patricio podía tener para los intereses del recién llegado. En otras palabras, una buena relación con el conde solo podría derivar en beneficios para la recién llegada familia de Montcuit en Córdoba.

Para alguien que había frecuentado el entorno del heredero británico, hacerse un hueco entre las nobles familias de una capital de provincias en la

España de esos años no debía de suponer ningún problema especial. Sabía que era fundamentalmente a través de las esposas y de los negocios por donde el camino se le allanaría. Pero la cercana visita del rey de España se aproximaba y eran pocas las semanas con las que contaba para gestar la amistad con la familia del conde. Y se puso inmediatamente manos a la obra. Como buen conocedor del juego del ajedrez, Emmanuel sabía que en ocasiones había que sacrificar piezas para conseguir un objetivo superior, y no le importó dar un paso en ese sentido.

Convenció con poco esfuerzo, dicho sea de paso, a su esposa doña Rosa para que presentara en sociedad al nuevo vástago en un pequeño ágape al cumplir su primer mes de vida y, entre los pocos asistentes al evento, la condesa de Torres Cabrera sería la invitada de honor. María Isabel de Arteaga y Silva era ahijada de Isabel II e hija segunda del conde de Corres y de Santofimia, pocos años mayor que la recién llegada y gran conversadora en ese tipo de encuentros. Era la ocasión perfecta para granjearse una amistad para nada desinteresada. Todo se preparó hasta el más mínimo detalle, desde los petisúes de crema al estilo francés que tanto gustaban a la condesa, y que tan difíciles eran de encontrar por esos lares, hasta el té Lipton que el príncipe Eduardo gustaba de beber cada día y del que Emmanuel había conseguido varias cajas. Incluso, en la sala de reunión, sobre una mesa, al lado del braserillo de azófar con candela para encenderlos cigarros, se dispuso una pequeña caja de rapé, a disposición de la condesa, de quien se decía que era muy aficionada a ese pequeño vicio.

Todos los esfuerzos dieron su fruto, y una semana más tarde estaba el matrimonio de Montcuit almorzando a la salida de la misa del domingo en el magnífico palacio del siglo XVII que los condes habían remodelado pocos años atrás y del que destacaba la maravillosa biblioteca donde tomarían el aperitivo previo. Emmanuel esperó al café para proponer un negocio del todo redondo y sin riesgos para el conde: utilizar una imagen de su espléndido palacio en las etiquetas de un nuevo amontillado que sacarían pronto al mercado británico a cambio de unos beneficios en la venta de cada botella. Era su pieza sacrificada, don Ricardo no le podría ya negar el favor que días más tarde le pediría de acompañar a su majestad a su señorial casa el día del bautizo de su primer hijo varón.

MARÍA. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. 1877

Había que encontrar a una sirvienta que ayudara a la nodriza llegada de Francia para el cuidado del pequeño heredero y, en la misma conversación en la que se concretó que don Ricardo acompañaría a su majestad Alfonso XII a casa del francés el día del bautizo de camino a la recepción que se le daría en el Círculo de la Amistad, tan cercano a su casa; también se cerró que el propio conde preguntaría en su azucarera por alguien de confianza que se hiciera cargo de tal responsabilidad. La elegida sería la única hija de un trabajador que acababa de morir en un desgraciado accidente trasegando con el vino en una de las bodegas del conde, al que se le cayó encima una de las botas de la última criadera.

La bonita muchacha se llamaba María y acababa de cumplir los once años. Era discreta y dispuesta, y sin duda los pocos reales que le ofrecían llegaban como maná a una familia que acababa de perder a su cabeza. Su trabajo era sencillo, pero no se podía permitir un solo error. Si doña Rosa era exigente, Madelaine, la nodriza, parecía un sargento de esos que zapatean orgullosos por la calle para hacer evidente su presencia. De cuerpo fuerte y orondo, esta francesa ya en la cincuentena había criado a las dos hijas del matrimonio, la primera en Francia, la segunda en Inglaterra, y el tercero ahora tocaba en España, por lo que sabía perfectamente lo que la familia de Montcuit esperaba de ella, igual que tenía muy claro lo que ella quería de su ayudante: pulcritud y puntualidad a partes iguales. Se hablaban en un español a medio camino entre Clermont-Ferrand, de donde era Madelaine, y Córdoba, o lo que es lo mismo, casi no se entendían si no fuera porque María aprendía rápido y, quieras que no, a veces cuando los gritos vienen acompañados de gestos y aspavientos sí se comprenden mejor las cosas.

Al principio, María se dedicaba fundamentalmente a preparar la delicada ropa del recién nacido, en tul o surá para el invierno y en fino algodón y gasa para el verano. Planchaba, almidonaba y aireaba cuidadosamente cada prenda soñando con poder utilizarlas con los hijos que ella un día tuviera, a sabiendas de cuántos de esos pocos reales que ganaba necesitaría para uno solo de esos vestiditos de niño. A veces abría con cuidado el cuarto dedicado a ropero y, colgadas de finísimas perchas, descubría todo tipo de prendas que jamás había utilizado ella: vestidos de raso y terciopelo, faldas interiores o enaguas bordadas que le parecían dignas de la Virgen de Acá. Desde el principio, su buen hacer y el enorme cuidado que tenía siempre por no retrasarse en sus quehaceres le hicieron ganarse la confianza de Madelaine y del resto de la servidumbre de la

enorme casa.

En los diez años que allí pasaría, nadie tuvo nunca una mala palabra para ella. María regalaba sonrisas por todos los rincones de la casa. Parecía vivir un sueño al tiempo que comprendía que ese no era su lugar. Aprendió otras maneras de hacer las cosas, amplió sus conocimientos de cocina al pasar tanto tiempo al lado de Rafaela, la cocinera, a la que le encantaba intercambiar sus recetas por los secretos de María con las flores y, sobre todo, con el rápido paso del tiempo, aceptó que tarde o temprano debería volver allá de donde vino y cambiar la seda por el esparto.

Comoquiera que durante años demostró mucha mano con las flores, ella decía que por influencia de su madre, poco a poco, además de ayudar con el niño, y a medida que este fue creciendo, pasaba largos ratos adecentando alguno de los varios patios que aireaban esa mansión. Podó las buganvillas que llevarían ahí desde antes que la propia casa y les dio una frondosidad inesperada, recuperó el verdor de la dama de noche del patio principal y arregló varios jazmines blancos y amarillos que en verano esparcían olor y color por las encaladas paredes de los dos patios traseros; tan cargados de flores llegaban a estar que el hedor de las bestias que rumiaban en los establos pasaba desapercibido.

—¡Niña! ¿Eres tú la de las flores?

—¿Mande usted?

—¿Que si tú has hecho que mis bestias parezcan señoritingas de tan bien que huelen? —reía el encargado de las mulas que allí a menudo pasaba la noche entre sus aperos.

—Sí, señor —enrojecía ella.

—¿Y por qué no me haces una corona con esos jazmines para que se la lleve yo a la reina de mis sueños?

—Claro, faltaría más.

«No es mala manera de conocer a un buen hombre», pensaba María mientras preparaba el ramillete que cada tarde ese arriero de cara extraña le pedía y que con las mismas le devolvía una vez que lo había terminado con mucho mimo, hilo y aguja de coser. Al fin y al cabo, iba a cumplir veintiún años y no había pasado de tontear a la salida de misa con algún soldado sin más interés por ella que el de ahorrarse unos dineros con las putas de la calle de la Feria. Así que no le pareció mala idea aceptar la proposición de aquel mulero de rostro deforme pero cargado de buenas intenciones que tan pronto se quedaran por el camino.

Para Pepe nada nunca fue fácil. ¿Pero para quién de su entorno lo era? Aceptó su lugar en el mundo tantas veces como la vida lo puso a prueba, incluso tras el desafortunado accidente que lo marcó para siempre. Tenía dos grandes aficiones: el vino fino y los naipes; ambos le traerían más problemas que sonrisas en su vida, pero les fue fiel hasta el final. Por separado, le servían para olvidar, o simplemente evadirse, pues el que no ha vivido poco tiene que borrar de la memoria; pero al juntarlos, los resultados solían venir acompañados de problemas que empezaba a recordar al día siguiente cuando, tras lavarse la cara con el agua fría del pozo, entreveía la mala mano de la noche anterior que le había obligado a pagar cara su estúpida audacia, porque esta no es propia de gente pobre.

Era chupado de cuerpo, delgado, coloradote, vestido invariablemente con blusa blanca y pantalón de tela azul con su eterno pernil corto y desgastado, faja negra mal liada al cuerpo, y sombrero también negro, de anchas alas, caídas y mugrientas, que le quedaba mucho peor de lo que él creía imaginar. A la hora de trabajar, Pepe podía como el que más; y a ayudar a sus vecinos siempre estaba dispuesto. Su sentido del trabajo incluía el de la solidaridad, que entre su gente era el más necesario de los sentidos. Y sobre justicia, solo entendía que el sudor debía ser pagado justamente, quizás el mensaje más claro, por no decir el único, que logró transmitir a sus hijos. No significa que se creyera aquellas ideas que empezaba a oír en muchos mentideros sobre igualdad, derechos de los trabajadores y demás soflamas que ni entendía ni quería entender; era mucho más simple: él había aprendido a quemarse las carnes por los áridos caminos cordobeses para que el pan que se llevara a la boca nadie se lo arrojara con desdén, sino que al masticarlo sabría estar orgulloso de su procedencia.

Cada cierto tiempo llegaban rumores de tiros entre la Guardia Civil y mineros en Huelva, o jornaleros de Jaén, el caso es que para Pepe eran siempre los mismos los que pagaban con su dolor las decisiones de los que mandaban. ¿Cuántas veces había escuchado hablar de los abusos de los caciques de la comarca sobre sus jornaleros? ¿En cuántas ocasiones había visto llegar muertas de hambre a familias enteras con un solo hatillo al hombro buscando una oportunidad en la capital? ¿Con cuánta frecuencia había tragado saliva por no escupirla sobre señoritos o capataces envalentonados? En todas esas situaciones, Pepe había sabido callar y mirar al suelo. Intuía una cierta traición a los suyos con esa actitud, pero entendía

en sus circunstancias que el pan para su familia así lo requería.

Empezó a herrar mulas como podría haber empezado a robarlas, por azar. Un día, pateando una piedra por el camino que salía de Córdoba dirección a Madrid, se topó con una riña en un cuartucho que hacía las veces de fragua. El herrero asestaba rítmicos mandobles a un muchacho con cara de estreñido al tiempo que lo trataba de holgazán. Al parecer, el chiquillo se solía quedar dormido en lugar de suplir en el fuelle las largas ausencias del patrón, y la paciencia de este se había acabado. Como las oportunidades en la vida del pobre suelen ser escasas, él probó a mentir que ya tenía experiencia en el trato con las bestias y que le dejara probárselo durante una semana, sin más compromiso que el de no golpearle como al mozo que acababa de reemplazar. Una vez más, en el pecado llevó su penitencia, pues no hizo falta más que un día de trabajo para que con la segunda mula que pasó por sus manos, queriendo cambiarle una herradura ante los atentos ojos de su jefe, su falta de maña y de fuerza le dejaran un recuerdo en su rostro que le acompañaría toda su vida. Fue tanta la pena para Fulgencio, que así se llamaba el herrero en cuestión, que le prometió quedárselo de aprendiz cuando se recuperara, en la casi completa certeza de que viendo cómo se le había quedado el rostro nunca volvería por allí. Pero volvió, y se quedó, y aprendió el oficio. Y se aficionó a manejar esos animales hasta el punto de que pasó de herrador a un experto mulero, que conseguía llevar a las recuas de mulas, cargadas o vacías, sueltas o enganchadas, al destino que fuera necesario.

Pepe mantendría a la familia que Dios tuviera a bien darle a base de mucho trabajo y de pocas palabras; sabía que para los pobres las condiciones vienen escritas, y si un manijero en la Puerta del Puente o en la de Gallegos iba buscando un buen mulero dócil y de confianza, él no complicaría el trato y aceptaría todas las exigencias, sean cuales fueren. Así fue como entró al servicio de la nueva Bodega El Gallo de la que tanto se hablaba en Córdoba, yendo y viniendo con su mula y su cambrión a los lagares de Montilla que la abastecían de mosto del año. Se convirtió en el mulero de confianza de la casa del francés y empezó a manejar carros de todo tipo: tartanas, galeras, carros de lanza, cualquier artefacto que fuera conducido por mulas no tenía secreto para él. En los períodos de poca faena ayudaba al aladrero a reparar las carretas de la bodega. Era algo así como un trabajo fijo, un jornal seguro con el que llenar de pan las barrigas de sus hijos y de vino su sedienta garganta.

Pepe siempre había encontrado un refugio en su relación con las mulas,

que para él eran el animal por excelencia: fuerte, resistente, fiel, infatigable e incluso buen conversador, es decir, él les hablaba y las mulas escuchaban sin decir nada. Aunque en ocasiones tuviera que bregar con asnos o burdéganos, esto lo hacía si no quedaba otro remedio, no los entendía igual. Él se sentía a gusto solo entre sus bestias; sus rebuznos insufribles, su olor nauseabundo o sus sucias crines a él le parecían pequeñas penitencias que sin duda compensaban tantos beneficios que esos nobles animales le aportaban.

Su buen tino con las mulas le granjeó un nombre entre los taberneros cordobeses y, cuando su trabajo en la casa del francés se lo permitía, le hacían ir a menudo hasta las bodegas montillanas, a media jornada de camino de Córdoba, para acarrear carros del vino peleón que servían en sus tascas. El camino de ida solía ser tranquilo, de buena mañana, fresco en verano y frío en invierno, aunque soportable (nunca aprieta tanto el relente en ese bello sur); se hacía rápido, pues las bestias tiraban de carros vacíos, con el solo peso de las botas ociosas que tintineaban al chocar. A Pepe le daba por imitar a sus vecinas del patio, aprovechando que no le oían, y tarareaba cancioncillas populares a todas luces menos hermosas que las de su suegra:

«Córdoba ciudad bravía
que entre antiguas y modernas
tiene trescientas tabernas
y una sola librería».

La vuelta era otro cantar, nunca mejor dicho: las coplas se convertían en insultos a las mulas que, cansadas por la jornada, ahora arrastraban penosamente cinco o seis pesados toneles por la carretera llena de baches del tamaño de un sombrero cordobés y que si no se andaba con cuidado podían provocar un estropicio. El paisaje, que a la ida le parecía hermoso, a media tarde se solía convertir en una especie de nebulosa informe, después de haber comido pan y queso y haber bebido del vino que transportaba en cantidades semejantes, puesto que cuando a Pepe se le daba a elegir entre la bota y el botijo, él nunca tenía dudas en escoger el líquido de la primera. La siesta que no se había echado para que no se le cayera la noche, el cansancio compartido con las mulas tras un día extenuante, las fieles moscas que le acompañaban zumbando alrededor del mosto y, sobre todo en las tardes eternas de verano, el calor descomunal que azotaba estruendoso a su

alrededor, hacían de ese viaje de vuelta una excusa inmejorable para olvidarlo entre cartas y vino esa misma noche. Pero Pepe era de fiar, y volvía con la carga casi intacta la mayoría de las veces.

En esos portes, el *Mulero* había aprendido a andarse con mucho cuidado; le gustaría de acompañarse de alguno de sus chiquillos para enseñarles el oficio y porque nunca se sabía cuándo iba a vencerle la modorra y tendría que tumbarse un rato en el carro entre los huecos de las botas. Pepito fue normalmente el elegido, era el mayor y el más parecido a él, así que ambos compartieron mucho más que un nombre durante años. A sus hijos, Pepe les enseñaría a ser desconfiados, «porque hay mucha gente necesitada que pasa hambre, y cuando un niño no tiene qué comer, un padre es más peligroso que un perro rabioso», les decía constantemente. Por eso, en su fajín nunca faltaba una buena navaja recién afilada, por lo que pudiera pasar. En absoluto podía decirse de Pepe que fuera un metebocas: más bien templado entre sus iguales, tampoco se dejaba amilanar. Era más bien en la intimidad de su cuarto donde se creía con el derecho de ponerle a su mujer las cosas en su sitio, como tantas veces ocurriera los años que le duró. Eso lo mamarían sus hijos, sobre todo el tercero, pero no su pequeña, que tan pronto se fuera a vivir al cuarto de la abuela, eso que salió ganando.

Desde que se casó con María, Pepe Sánchez el *Mulero*, como se le conocía en el barrio, había pasado de ser el hazmerreír de gran parte de sus conocidos a alguien aceptado en su entorno, no podía pedir más. Era un verdadero logro para él. No solo porque consiguiera enamorar a la hija de la *Flores*, la niña más bonita del barrio del Alcázar Viejo, tampoco por los casi veinte años de diferencia entre ambos, sino por su defecto físico, que le marcó desde aquel día que con once años aquella mula recién herrada le acertara una coz dejándole un rostro deformado por el ojo que perdió y la nariz colgona que se le quedó.

Pepe no tenía miedo al trabajo, al contrario, prometió como únicas arras de matrimonio que nunca le faltaría nada a María y a los hijos que Dios tuviera a bien concederles; y cumplió con su promesa. En la mesa de ese cuarto de la casa de la calle Postrera siempre hubo pan, lentejas, alguna fruta, queso y en ocasiones longanizas de Espejo que averiguaba en los caminos de Córdoba cuando hacía sus trapicheos. Porque Pepe siempre había querido tener hijos, mientras más, mejor. El primero se hizo mucho de rogar, pasaron casi ocho años hasta que la primera barriga concretara en un niño sano; antes, dos se quedaron por el camino. Parecía que la coz que le desfiguró la cara hubiera pasado antes por otro sitio y lo hubiese dejado

yermo. Pero no, desde que su primer hijo vio la luz, su mujer respondía casi cada año a su cita con la sabia del barrio. Cada nacimiento era recibido por la consiguiente alegría y necesaria solidaridad entre los vecinos de *la casa el viejo*, como se conocía popularmente a ese pobre barrio de derribo que resistía tras lo que fuera la puerta de la ciudad que se dirigía a Sevilla. Allí, supervivientes de todo tipo malvivían buscándose las habichuelas sin abandonar la humanidad que traían aprendida de sus mayores. Aquellos que menos tienen son normalmente los que más dan, decían en la parroquia los domingos, pues en ese barrio esa norma se cumplía a rajatabla. Pepe bautizaba a la carrera a sus vástagos, primero por tradición y segundo porque nunca tuvo mejores motivos para beber y jugar que en esas celebraciones. Los besos más sinceros que nunca dio a su mujer fueron aquellos que llegaron tras cada parto. En esos pequeños instantes María volvía a reconocer a aquel gentil mulero que la enamorara en el patio trasero de la casa del francés, pero esa fugaz sensación se desvanecía tan pronto como a la vuelta de la celebración por el recién llegado, el tufo a alcohol la despertara de sus recuerdos.

La casa a la que se fueron a vivir alojaba mal que bien a las varias familias que la compartían. No era ni mejor ni peor que las de su entorno. El pozo les proporcionaba agua clara y fresca, que junto al limonero del rincón refrescaba las tórridas tardes del verano cordobés, y las macetas que su suegra gustaba de cuidar arañaban algo de belleza en las agrietadas paredes del patio, flores que formaban un zócalo verde de donjuanes, dompedros y boneteros que siempre explotaban en primavera. A Pepe poco le importaban esas manías de mujeres, siempre que le dejaran dormir tranquilo la modorra que el vino le producía después de comer podían hacer lo que les viniera en gana. Es más, incluso le agradaban las cancioncillas que le arrullaban esas siestas cuando su mujer y la *Flores* cantaban en voz baja mientras plantaban esquejes que les habían traído otras vecinas o cortaban las plantas ya pochas de sus tiestos.

Su habitación, al principio incluso grande para los recién casados, se demostró insuficiente cuando empezaron a venir tras un triste retraso, con un orden casi matemático, sus cuatro hijos, casi todos nacidos en el mes de febrero y fruto del empeño que sobre su mujer ponía Pepe cuando la primavera previa alteraba todo su ser. Pepe pensaba que tenían la mejor de las habitaciones de la casa, soleada por la mañana y umbría al caer la tarde, cosas ambas que le facilitaban el despertar y la siesta de cada día. A María le parecía un palacio, ella solo necesitaba un lugar para criar a sus hijos.

Siempre era la primera en despertarse y corría a limpiar el patio con su vieja escoba de tallos de mijo, lo que a otros parecía un engorro; ella disfrutaba recogiendo la hojarasca escondida entre tanto chino del suelo. Los siseos cortos de cada barrida despertaban la vida en esa casa cada mañana. Su madre le tenía dicho que barrer bien una casa y hacerlo siempre hacia la calle espantaba los malos espíritus; por si acaso, ella ponía todo su empeño. Por las tardes, sobre todo en época de calores, ella repartía por las habitaciones de la casa macetitas de albahaca que aromatizaban cualquier estancia.

Quizás era esa rabia contenida durante toda su vida por agachar la cabeza ante el poderoso la que le hacía a Pepe explotar en su casa lo que callaba fuera. Desde bien pronto no reparó demasiado en su joven esposa, poco más que los escasos segundos que le valían para buscar la prole y dormir el vino. Y cuando, algo más tarde de lo que él hubiera querido, llegaron sus hijos, siempre entendió que su tarea terminaba cruzando el zaguán de la casa compartida y que esa era harina del costal de su mujer. Pero Pepe quería a María, mucho de hecho, aunque no templaba cuando le venían mal dadas y volvía a casa con la sensación de perdedor que tantas veces le acompañó tras unos naipes traicioneros. Ella asumía las voces, el olor a vinagre en su aliento, los modales mezquinos, el sexo súbito y el dolor de los golpes con la callada respuesta de sus leves lamentos; esta letanía se cumplía más a menudo de lo que los vecinos creían oír y solo se libraba esas pocas veces que su madre acudiera en su auxilio. ¿Qué iba a hacer si no?

—Madre, es mi esposo, a él me debo y tú lo sabes. En el fondo es un buen hombre y se *esloma* para que no nos falte de *ná*.

—María, deja de mirar *pa* fuera *ensimisma*, que este tío te va a llevar al cementerio si no lo llevo yo antes.

—¡Déjate de tonterías! Sigue ayudándome con las criaturas y vivamos en paz.

—Te lo advierto, antes acabo yo con él, aunque eso me lleve a la *higuerilla*.

La *Flores* nunca cumplió con su amenaza, no por falta de ganas, sino porque tras dejar de proteger a su hija le tocó hacer lo propio con su nieta, aunque en este caso esa niña se las bastaría sola.

ALPHONSE. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. 1887

María se había despedido del servicio en la casa de Montcuit en un momento de especial cuchicheo entre la servidumbre. Se especulaba con que la señora, ya algo entrada en años, volviera a esta embarazada, y eso sin contar con que Madelaine se había despedido para siempre de esa especie de turismo de crianza que durante gran parte de su vida la hizo ir de un país a otro acompañando a cada neonato de la familia. El lunes en el que la señora reunió al servicio para confirmarles la buena nueva, la más indicada para hacerse cargo del retoño estaba atravesando la puerta de la Iglesia de Nuestra Señora de la Paz con sus pobres mejores galas, agarrando fuertemente el brazo de su marido. Era el momento de hacerse cargo de sus propios hijos.

Alphonse de Montcuit Dampierre Escavias de Carvajal no necesitó de tantos preparativos para venir al mundo como sus tres hermanos; desde el anuncio de su nacimiento nadie de la familia reparó especialmente en la llegada de un nuevo miembro. Su padre demasiado atareado estaba ya con todos los negocios que intentaba poner en marcha con distinto éxito. Para su madre, este embarazo significaría tener que apartar en cierto modo su creciente influencia en la casposa sociedad cordobesa de la que logró hacerse una destacada figura; eso sí, justificadamente, pues doña Rosa demostraba amplios conocimientos de la literatura realista francesa, y sus exageraciones imposibles de demostrar, como cuando decía que había compartido veladas con el propio Flaubert, hacían abrir los ojos como platos a sus compañeras de tertulia, quienes muchas jamás habían oído hablar de ese tal Gustave, pero como lo pronunciaba tan bien… O sus indudables dotes para la declamación que el propio poeta Antonio Fernández Grilo, favorito de la casa real por esos años y cordobés de nacimiento, no dudaba en alabar cuando pasaba por la casa de los de Montcuit en sus visitas a su ciudad natal.

En lo referente a sus hermanos, Caroline, la mayor, era una chica que alcanzaba ya los quince años y mantenía el correcto porte que de ella se esperaba. Elegante, altiva, aunque educada, dulce con sus iguales y agria con el débil. Sus miras estaban más en encontrar la manera de salir de ese pueblo grande que nunca le había gustado que en interesarse por otro bebé y mucho menos ayudar en algo de su crianza. «¡Para eso que convencieran a Madelaine de que volviera!», decía. Desde su llegada hacía ya más de diez años, sus quejas sobre la vida en Córdoba siempre venían acompañadas de comparaciones con su antigua residencia en Londres. La verdad era que poco se acordaba de su vida en la capital británica, pero en sus

elucubraciones Córdoba siempre salía perdiendo.

Justine, a quien le pusieron ese nombre por su abuela paterna, en nada se asemejaba a su hermana un año mayor; físicamente siempre parecería alguien a punto de diluirse y tenía la capacidad de no entender de clases ni convencionalismos. Para ella, todo su universo giraba entre los muchos libros que en su casa había, más los que la condesa de Torres Cabrera le prestaba con mucho gusto, y la vecina Iglesia de San Miguel, que tanto la atrapara desde la primera imagen que su memoria atesoraba; ese día que allí bautizaron a su hermano, con nada menos que la presencia del mismísimo rey de España, tan llorado en su casa tras su muerte, era su primer recuerdo, y tan grabado se le quedó que borró todos los anteriores, incluidos los londinenses en los que tanto le insistiera constantemente su hermana y que ella había arrojado a algún rincón de su memoria. Ese memorable día, su hermana y ella vestían unas telas rameadas, con el talle casi debajo de los brazos, la falda larga hasta el tobillo, el ridículo flotante en el costado y la capota enorme ajarretada, de la que solo escapaban unos sedosos y largos bucles. Todo en fular y en muselina. Ningún recuerdo podía superar a ese. El caso es que, desde entonces, sus domingos se convertían en una profunda preparación para la misa en San Miguel, seguidos por una honda reflexión sobre el sermón tras la comida en casa con sus padres y con don Carmelo, el párroco, quien a menudo los acompañaba en el almuerzo. Fue la única que sí mostró algo de interés en la crianza del nuevo miembro. Lo consideraba un deber cristiano y como tal respondió.

El tercero en cuestión, Édouard, el tan anhelado niño que mantendría el apellido una generación más, trajo ese estigma en lugar de pan bajo el brazo. Siempre tuvo que estar a la altura de las circunstancias, y eso era mucho cuando de *monsieur* Emmanuel de Montcuit se trataba. De niño era tan alegre como el patio en el que jugaba; solía reír con Justine, quien le adoraba, y reírse de Caroline, quien aborrecía a todo el que le hiciera sombra, y no había duda de que su hermano pequeño la había sobrepasado en la escala de intereses familiares. Su padre nunca volvió a ser el mismo con ella; ahora era al pequeño a quien sentaba en sus rodillas y le explicaba sus negocios sin que el niño mostrara ningún interés. Édouard estaba predestinado a las más altas cotas, sus padres así lo creían y veían, y él lo asumió de una manera natural pero impostada. Algo había dentro de Édouard que le hacía sentirse extrañamente diferente a lo que se esperaba de él.

Así las cosas, el nacimiento de Alphonse de Montcuit pilló a toda su

familia enredada en otros menesteres. Pronto empezó a hacerse un sitio a empujones, sin una estricta ama que le dirigiera sus maneras como a sus hermanos, sino varias que fueron entrando y saliendo sin más pena que gloria, unas por no aguantar las rarezas de la madre, otras por las repetidas faltas de respeto de la hija mayor, y las más por los excesos que el señor de la casa se intentaba tomar con ellas, pues por muy poco agraciadas que doña Rosa las buscara, el gusto de don Emmanuel era cada vez más amplio, tanto que en Córdoba empezó a correr el dicho de que «eres más fea que las criadas de la casa del francés». Sin duda, el ingenio del benjamín de la familia se agudizaría durante toda su infancia para hacer frente a la clara relación de inferioridad en la que estaba creciendo.

El niño nació el 4 de junio de 1887 y se bautizó el día de San Antonio; no hubo especiales preparativos. Si al bautizo de su hermano fue hasta el rey de España y la infanta María Isabel, al suyo por minutos no falta su propio padre, excusándose en unos *asuntos de última hora* que precipitadamente se arreglaban los bajos de la falda cuando don Carmelo vertía el agua bendita sobre el dormido bebé. Con los invitados justos y un pequeño ágape en la casa familiar se arregló todo. La sociedad cordobesa quedó algo decepcionada después de ese día pues, vistos los precedentes, quizás esperaran que algún rey redivivo hiciera acto de presencia; total, por imaginar, nadie comete pecado alguno. Porque Alphonse afrancesó su nombre en honor del fallecido rey qué tuvo a bien visitarlos años atrás, pero esa fue la única relación con la realeza que tendría.

Cuando empezó a tener cierto conocimiento, lo normal era que Alphonse hiciera caso de lo que su hermana Justine le dijera; ella siempre estaba ahí junto con la nodriza oficial, que iba cambiando cada poco tiempo sin que el pequeño supiera muy bien por qué. Justine era amable y cariñosa pero muy aburrida; su principal interés era el de leerle sentados en las sillas de mimbre del gran patio de entrada las vidas de santos que tan poco le ilusionaban. Ella creía que así lo aleccionaba correctamente, pero con seis o siete años era mucho más ilusionar subirse a las ramas del olmo que quedarse a vivir sobre ellas meditando como san Simeón el Estilita. Sabía que les hacía especial ilusión a su hermana y a su madre unirse a ellas al caer la tarde mientras rezaban el rosario junto a ese altar de la Virgen del Carmen que centraba el gran corredor de la primera planta, siempre tan oscuro, siempre tan tranquilo. Pero Alphonse relamía la retahíla de avemarías sabedor de que al final de las plegarias su madre se lo agradecería sacando una pesada llave de su bolsillo, que abría ese inmenso aparador de

pino casi negro que guardaba tesoros variados. Unos días tocaba una jícara de chocolate, otros nueces o almendras, a veces unas dulces pasas, cualquier bocado justificaba ese empeño religioso.

Sus diabluras le granjearon afectos entre los sirvientes, de hecho, pasaba más tiempo en las cocinas apurando pucheros que comiendo en la mesa principal, donde incluso a medida que crecía se empezó a no echar en falta su ausencia. Le gustaba en particular disturbar a esa mujercita estirada que vivía al fondo del largo pasillo de la primera planta y que le insistía en dejarle claro que era su hermana mayor. El día que Caroline cumplió los veintidós, un plantel de candidatos suspirantes por la mano, y las joyas, de la susodicha tuvieron entre atónitos y divertidos que presenciar una carrera de ratones que Alphonse había preparado como sorpresa para tal evento. En su encierro a modo de castigo él no lograba recordar si los chillidos histéricos grabados en su memoria provenían de su acicalada hermana o de alguno de los pimpollos que apostaban por los roedores que surcaban apresurados la recepción en el salón principal.

A Alphonse le encantaba corretear por entre alguno de los varios patios de la casa. Al principio su favorito era el del pozo, el más pequeño, pero por donde menos gente solía aparecer, allí no paraba de asomarse por el brocal para buscar su cara reflejada en lo hondo, pues una de las amas que lo crio le contó que si alguien ve reflejado su rostro en las aguas de un pozo podrá predecir su futuro, y eso le parecía de lo más sugerente. Todo el mundo le advertía de lo peligrosa que era esa manía suya, pero no era él de los que cumplían con según qué normas si estas le impedían alcanzar objetivos mayores.

Cuando la primavera empezaba a calentar tanto que se confundía con el verano, Alphonse empezaba su particular época de caza menor. Siempre le habían fascinado esas salamanquesas que corrían en vertical por las blancas paredes y se escondían tras los verdes jazmines en busca de insectos; al principio se embobaba mirándolas durante horas sentado en alguna silla de esparto que Rafaela la cocinera le prestaba al tiempo que le lavaba algunas cerezas que devoraba al atardecer, pero cuando tuvo edad de saltar y correr tras ellas no podía dominar sus instintos y se lanzaba a una caza despiadada en la que los reptiles solían perder el rabo y él algún diente de leche.

—Mira, Rafaela, ¡hoy han caído tres!

—¡Qué asco, señorito! ¡Deje usted en paz a esas criaturas de Dios que nada le han hecho!

—A ver, ¿tú qué sabes de salamanquesas?

—Yo nada, señorito Alfonso.

—¡Pues es verdad que es imposible saber menos!

—¡No sea descarado!

—Mira, a mí me han contado que estos bichos saben desaparecer durante meses y que se esconden para dormir en lugares llenos de pequeños tesoros que sus iguales han ido robando durante años.

—¡Qué tonterías dice usted!

—¡Que no! ¿Tú dónde crees que van esas sortijas que se pierden y nadie las encuentra? ¿O ese pendiente del que se ha perdido el par? Pues son ellas, que los cogen en un descuido y los llevan al mismo sitio.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde si se puede saber?

—Pues, según mis estudios, sin duda tiene que estar en algún rincón del pozo donde nadie se atreve a mirar.

—Bueno, bueno, déjese de desentrañar secretos y salamanquesas y termine usted este lebrillo de cerezas que han sobrado del almuerzo de hoy.

—Vale, no le digo yo que no.

En otras ocasiones, cuando las chicharras por la mañana anunciaban un calor insufrible para horas más tarde, el patio del pozo se cambiaba por el de los animales, donde la pileta le servía a Alphonse para refrescarse mientras las bestias no estaban. Se secaba al sol observando a su querida Rafaela cocinar a través de una ventana que a ese patio daba. Este era un patio menos agradable y más descuidado, pues su trajín de gente y animales no le permitía sacarle todo el provecho que él hubiera querido, pero tenía un cierto toque que encontraba mágico, quizás por la mezcla de olores que producía la cercanía de las cuadras, del pequeño lagar, de la bodega y de las muchas damas de noche que alguien plantara un día y atenuaran la fealdad intrínseca de esa parte de la casa. O quizás porque la gente que por ahí pasaba distaba tanto de esa otra con la que se relacionaba su familia y esta le pareciera más interesante, con problemas más comprensibles, menos superficiales. Era más fácil de entender un grito a un mulo para que se parase o una orden bien dada a algún mozo lento o torpe que las lecciones de francés o de latín con que su institutor todos los días le atormentaba.

Las vidas
(1897-1918)

ALPHONSE. CÓRDOBA. PASEO DEL GRAN CAPITÁN. ABRIL DE 1897

En la tarde del Jueves Santo de 1897, cuando al atardecer toda la familia esperaba en el paseo del Gran Capitán el paso de la cofradía de las Angustias, luchando contra el calor y la multitud, Alphonse recordaría años más tarde cómo su hermano mayor, ya todo un apuesto caballero de veinte años, lo cogería de la mano y lo acercaría con mucho cariño a una tímida mujer que los observaba rodeada de tres niños pequeños, uno de ellos en sus brazos y los otros dos trepando por sus piernas, y con mucho afecto se la presentara.

—Mira, Alphonse, esta señora es María. Me cuidó cuando yo era pequeño y guardo un gran afecto por ella. Dejó de servir en casa justo antes de que tú nacieras.

—¿Pero no se llamaba Madelaine?

—No. De esa no guardo tan buen recuerdo. Pero ahora quiero que la saludes.

—Buenas tardes, señora.

—Buenas tardes, señorito. Es usted todo un caballero tan elegantemente trajeado.

—Bueno, hoy me han arreglado de Jueves Santo y me pica todo el cuerpo. Rafaela dice que parezco el príncipe de Gales, pero no veo yo la ventaja de vestirme de marinero si no tengo barco.

—¡Qué gracioso es usted! Gracias por acercarse a saludarnos. Dios los guarde en su gloria.

—Ha sido un placer volver a verla —añadió Édouard, y se despidió cariñosamente mesando los cabellos del mayor de los tres niños, que habían asistido a la escena sin dejar de moverse.

Al cruzar la calle y unirse a sus hermanas, quienes no habían Querido degradarse a saludar a su antigua ama de cría, aunque la hubieran

reconocido igual que su hermano, Alphonse echó la vista atrás y cruzó una mirada con esa bonita mujer de ojos oscuros que nunca olvidaría y que en el futuro recordaría en no pocas ocasiones.

Fue la última Semana Santa que compartiría en muchos años con su hermano mayor, a quien había empezado a querer sinceramente, pues Édouard partiría poco después al valle del Loira, donde la familia tenía sus viñedos más importantes y donde debería empezar a aprender a hacerse cargo del negocio familiar cara al futuro. El viaje de Édouard a Francia se postergó al día siguiente del décimo cumpleaños de Alphonse, quien insistió en que su hermano debía verlo la primera vez que lo vistieran con pantalones largos. La noticia de la repentina partida de su hermano, inesperada para casi toda la familia, llenó de tristeza al benjamín de la casa y coincidió con unas repentinas tensiones entre su hermano y su padre que para nadie pasaron desapercibidas, pero que ninguno osó preguntar el porqué. Lo cierto es que los siempre vividos ojos verdes de su hermano desde un tiempo atrás se habían nublado, al igual que su rostro. Sería por la partida, dio por hecho Alphonse durante años, hasta que comprendió tiempo después la realidad.

ÉDOUARD. POITIERS. RUE DE BLOSSAC.
ENERO DE 1898

El heredero de la familia de Montcuit se estableció en la gran casa familiar, que se había mantenido cerrada durante demasiado tiempo. Únicamente el jardín trasero, muy abandonado y con una entrada independiente, y algunas estancias traseras a modo de almacén se habían utilizado para labores comerciales. «¡Qué diferencia con esos patios cuidados y llenos de vida de su casa natal!». Durante meses, Édouard trató de adecentar las estancias principales a su gusto. Él estaba acostumbrado a muros blancos y casi vacíos y retiró, junto al vetusto papel que cubría las paredes, toda esa pesada ornamentación que las inundaba, respetando, eso sí, los cuadros de sus antepasados; cambió las viejas y húmedas alfombras de toda la casa e instaló la luz de gas en todas las habitaciones. Solo en las salas donde hicieron falta arreglos de la madera en artesonados o en el parqué necesitó más de cinco meses de reparaciones, tal era la situación de la casa a su llegada. Lo que le fue absolutamente imposible fue conseguir los olores a jazmín y dama de noche que habían marcado sus recuerdos desde la

infancia.

Al principio todo fueron cambios en su manera de vivir. El sol andaluz que lo había acompañado sin cesar durante prácticamente toda su vida se tornó en un gris constante que se le caía en forma de tristeza sobre los ojos cada vez que descorría al amanecer los viejos cortinajes de su dormitorio. El blanco de la ropa se tornó ocre o negro, y los modales alegres y distendidos de su grupo de amigos cordobeses se refinaron entre los recién conocidos poitevinos. Con todo, debía encontrar su lugar en esa bella ciudad, más pequeña que su amada Córdoba, pero llena de posibilidades. Desde que llegó la noticia de que se volvía a abrir la casa de los de Montcuit, muchos se preguntaban si *monsieur* Emmanuel vendría definitivamente a instalarse en la casa donde nació o si volverían a pasar de largo. Cuando vieron a su hijo y futuro heredero instalarse allí con el claro objetivo de quedarse, las puertas de la sociedad del lugar se le abrieron solas de par en par. Diferente era si él estaba dispuesto a cruzarlas.

Gustaba de pasear los sábados por el Pare de Blossac, contiguo a su mansión, y donde podía disfrutar de unos jardines al gusto francés realmente exquisitos. Se solía sentar en el coqueto *kiosque*, donde degustaba un pastís de Ricard que rebajaba mucho menos de lo habitual en la zona; decía que le recordaba al anís Machaquito de su tierra y que así lo había bebido desde que su padre se lo llevara de montería por primera vez a los catorce años. Los domingos los dedicaba a integrarse en la más alta sociedad de Poitiers. Asistía a la misa en la Catedral de Notre Dame la Grande, donde a pesar de su buen francés y su profunda educación católica, pasaba más tiempo admirando los diferentes frescos románicos que le rodeaban que escuchando atentamente las palabras emitidas desde el púlpito. Siempre había sido un profundo enamorado del arte; cuando entraba a la catedral cordobesa, por muchas veces que eso ocurriera, no dejaba de impresionarse por esa maravillosa alternancia de belleza entre arte y religión que allí encontraba. Pero esa catedral francesa le abastecía de algo nuevo, de una nueva forma de alabar a Dios que todavía él no había contemplado, y le gustó. Tras la misa, elegía alguno de los elegantes cafés que rodeaban la *place* d'Armes para un copioso almuerzo de la variada carta que todos ellos ofrecían. Lo que siempre coincidía era el vino: un Sauternes blanco que acompañaría el excelente marisco que llegaba de la vecina La Rochelle, o si ese día era carne roja lo que decidía comer un vino de Valençay, de donde procedían sus viñedos. Siempre remataba con un coñac, ya en su casa, sentado en un sillón estilo Napoleón III junto a la ventana,

desde la que se divisaba la majestuosa verja de entrada al parque, la mayoría de las ocasiones cansado de no haber disfrutado como se merecía la comida por tener que lidiar con sus cada vez más frecuentes compromisos sociales.

ALPHONSE. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. FEBRERO DE 1898

Las noticias que llegaban de las colonias no eran para nada satisfactorias. A finales de mes el Gobierno había decidido demostrar a la joven nación americana que el orgullo español era tan grande como el número de muertos inútiles que podía poner sobre la mesa. El ambiente en una ciudad como Córdoba, que como todas contribuyó a la leva que abasteció de muertos de hambre al ejército colonial, era de pesimismo. Nadie se creía de verdad que se pudiera alcanzar algo parecido a una victoria, por mucho que se apelara al sentimiento patrio. Alphonse tenía la edad suficiente como para comprender que la vida social en su casa, tan abundante como poco variada, las mismas caras con distintos vestidos, había cambiado de temas de conversación. A él le tocaba estar presente y aburrirse educadamente de las conversaciones de sus mayores, pensando para sí mismo que esos señores que tenían caras de retratos antiguos ahora solo hablaban sobre caza y sobre toros y echaba de menos las anteriores peroratas políticas que tanta gracia le hacían. No mucho tiempo atrás creyó entender que un presidente había sido asesinado y que los culpables debían pagarlo caro, que esas nuevas ideas iban a arruinar España, por lo que dio por hecho que fueron esos de las nuevas ideas los que habían provocado la guerra. No tardaría mucho tiempo en comprender que estaba muy equivocado.

Le aburrían tanto esas reuniones que ideó un sistema infalible para ser más apreciada su ausencia que su presencia. Estaba dispuesto a sacrificar ciertos beneficios por el bien mayor de no tener que asistir a tales eventos. Su principal empeño era el de soltar todo aquello que se le viniera al ánimo, a sabiendas de que su madre no consentiría que su libertad de verbo trastornara sus círculos sociales.

—Querido hijo, ven, que te quiero presentar a la señora Virtudes Castro, viuda del barón de Fuente Quinto.

—¿Virtudes? ¡Cómo se nota que le pusieron a usted ese nombre hace muchos años!

Era una impertinencia meditada pero propia de esa agilidad mental que siempre le identificó. Consiguió no volver a pisar ninguna de esas reuniones en su casa durante años, aunque en su defecto también dejó de frecuentar como castigo a la chiquillería que se juntaba en la cercana plaza de Chirinos para unas estupendas guerras a pedradas que hubieran hecho las delicias del propio general Narváez, del que tanto había oído hablar al conde de Torres Cabrera cuando presumía de que se alojara en su casa años atrás.

En casa, su padre había encorvado el cuerpo y el ánimo a la vez. El asesinato de Cánovas, las inciertas consecuencias de la guerra para el negocio, ya tocado desde años atrás por la filoxera y, fundamentalmente, la partida de Édouard, le habían quebrado el ánimo. Ya no era el mismo, su espíritu constante y trabajador, que tanto sobresalía en él, ahora había dejado paso a una cierta melancolía que le hacía encerrarse en su despacho durante horas. Alphonse sabía que su padre estaba triste porque el tono de voz había descendido una octava, según la gradación que su profesor de piano le había explicado; esa voz profunda que anunciaba su llegada segundos antes que su figura había tornado en un leve siseo. Pero lo más importante, había empezado otra vez a dirigirse a ellos en francés, señal de que algo pasaba, pues solamente utilizaba su idioma natal cuando debía transmitir alguna novedad importante, cuando les visitaba algún familiar de Francia o cuando se había excedido varios vasos de vino del límite apropiado. Y evidentemente ninguna de las tres excepciones ocurría entonces.

ÉDOUARD. VALENÇAY. VERANO DE 1898

En su primer año en Francia tuvo que aprender mucho más de lo esperado del mundo del vino de lo que él había supuesto. No se trataba solo de poner en orden todos los papeles relativos a la producción, almacenaje y exportación del vino; rápidamente comprendió que para ser un buen gestor y no faltar a la confianza que su familia había puesto en él, tendría que comprender a la perfección todos y cada uno de los procesos de elaboración de esos caldos que estaban en sus manos. De ahí que decidiera instalarse cerca de los principales viñedos familiares en las semanas previas y durante la propia vendimia. Valençay era el lugar perfecto para desconectar de ese ajetreo en el que casi sin darse cuenta se había convertido su vida social en Poitiers en tan poco tiempo y que tan poco le gustaba. La casa de Valençay

no era pequeña precisamente, pero sí más abarcable que la otra, y la tranquilidad de ese pequeño y bello pueblo, que no mucho antes albergara a un príncipe español, le traía un remanso de paz que sin duda agradeció.

Hacía ya un año que Édouard se había despedido de su hermanito el día de su décimo cumpleaños y las noticias que llegaban de España no eran de lo más halagüeñas por la guerra que contra los Estados Unidos se estaba librando. Su familia se encontraba bien, a tenor de las cartas que muy frecuentemente recibía desde Córdoba. Las que traían el membrete familiar venían cargadas de órdenes disfrazadas de consejos que su padre le transmitía en dos sentidos: aumentar la exportación de sus vinos tintos hacia Inglaterra y la necesaria búsqueda de una buena esposa que asentara su posición. Las de letra barroca sin duda eran de su madre, ninguna de sus hermanas tenía a bien escribirle normalmente, si acaso alguna posdata de Justine para recalcarle que lo tenía presente en sus oraciones. Su madre hacía tándem con el padre en la búsqueda de un matrimonio acertado, describiéndole detalladamente los requisitos que la elegida debería cubrir, que básicamente coincidían con una descripción de ella misma. Pero las más divertidas y esperadas eran las manchadas y llenas de errores ortográficos y desmanes caligráficos en las que adivinaba la mano de su hermano; Alphonse podía preguntarle en la misma frase por cómo iban vestidos los niños de su edad en Francia y rápidamente describirle el enorme mostacho que bajo su nariz estaba creciendo y que cuando volviera sería mucho más tupido que el de su padre. Édouard disfrutaba de la correspondencia con su hermano pequeño, pues era con el único con el que podía dejar entrever su verdadera identidad.

Cher Édouard
J'éspére que vous vous trouvez bien à la réception de cette lettre.

Perdona por escribir esto en francés, pero mi institutor me obliga a hacerlo. Ya sabes que a mi me gusta pelearme con un idioma en el que tengo todas las de ganar, con dos la situación me supera. En casa, Padre sigue muy nervioso desde que te fuiste. Madre nos dice que es debido a la incertidumbre en los negocios por esta maldita guerra, pero yo creo que está muy triste porque te hayas ido, pues no pronuncia nunca tu nombre por no recordarte y ponerse a llorar. Caroline por fin parece que ha encontrado un candidato del gusto de todos para casarse. Yo creo que no le gusta a

nadie, pero así se va de una vez de casa y esa es una ventaja común. Justine ha dejado de evangelizarme para atender completamente su alma, yo he ganado mi libertad y ella su salvación, ¡todos contentos!

¿Sabes?, el otro día acompañando a Caroline en su paseo dominical con Ramón, que así se llama nuestro salvador y futuro marido de tu hermana mayor, creo que me volví a cruzar con esa mujer tan cariñosa que me presentaste la Semana Santa pasada. Ella se me quedó mirando y me sonrió, pero cuando intenté saludarla con el sombrero Caroline tiró tan fuerte de mi brazo que hasta su prometido presintió lo que le espera el resto de su vida. Creo que no salió corriendo en ese momento porque de melindroso que es temería tropezarse con alguna de las palomas que merendaban migas de pan en la puerta del Gran Teatro.

Estoy especializándome en literatura francesa para que cuando vaya a verte tenga motivos de conversación con tus amistades, pues dudo que les guste hablar de mis otros temas de interés como las salamanquesas, los buñuelos de vino o el juego del Antón Pirulero. Sabina, la amiga de la familia, me ha pasado un libro de Émile Zola que ha puesto muy nervioso a Padre; parece que este escritor es muy peligroso, pero a mí me está encantando *Nana*. Ya te contaré el final cuando me dejen terminarlo, pues lo leo a escondidas, y me entere qué diantres quiere esa tal Anne de los hombres.

Bueno, por obligación, y sea lo que fuere que significa, *veuillez recevoir, mon cher Édouard, l'assurance de ma considération distinguée*.

Alphonse

ALPHONSE. SIERRA DE MONTILLA.
VERANO DE 1898

El primero de los veranos que su familia pasó en la gran finca que la familia Alvear se construía lentamente en la sierra de Montilla, Alphonse conoció a Sabina de Alvear y Ward, quien era socia de su padre en los negocios de exportación de vino a Inglaterra, pero también una verdadera erudita que marcaría su gusto por el vino y la literatura para el futuro. Sabina era una mujer que, aunque pudiera ser su abuela, en cierto modo le recordaba a su propia madre; persona muy culta y apasionada por las letras,

que había vivido en. Francia e Inglaterra, con experiencia en el trato a las familias reales —se decía que había sido muy amiga de la propia emperatriz Eugenia y de Prosper Mérimée— y gran animadora en las veladas sociales a las que él, estando ella presente, sí estaba encantado de asistir. De hecho, muchas veces Alphonse elucubraba con que las historias que su madre contaba a su perplejo público en su casa de Córdoba no estuvieran basadas en las de la propia Sabina. «¿Quién sabe? Total, allá cada cual». Pero la cadencia de la voz de esa mujer elegante y segura de sí misma le llevaba a escucharla atentamente y a recordar todas y cada una de las anécdotas y consejos que creía dirigidos directamente a él.

Cierto era que Alphonse había heredado de su madre, y compartió con sus hermanos, el gusto por la lectura, pero aquella que le transmitiera emociones y no la que le imponían. Y esa literatura que Sabina le recomendaba siempre logró causar en él algo más que el gusto estético del placer de leer. Gracias a ella, y siguiendo siempre sus atinados consejos, descubrió muy pronto a autores que le acompañarían ya para siempre. Siempre quiso vivir alguna aventura de los personajes de Walter Scott, o conocer en primera persona los elegantes ambientes sociales descritos por Balzac. Le encantaba entretenerse con los cuentos de Daudet o estremecerse con la crueldad de los protagonistas de Pushkin, pero, sobre todo, Sabina llevó hasta las manos del joven Alphonse a Émile Zola, quien le haría comprender que las distancias sociales son más difíciles de acortar que las físicas.

En el enorme y bello cortijo de Montilla, Alphonse empezó a distinguir esos vinos con los que su padre comerciaba y cuyos olores él identificaba como aquellos que inundaban el ambiente de su casa varias veces al año. El calor era terrible en esos interminables campos de la campiña cordobesa, lomas y laderas que se perdía en la distancia sin un solo metro olvidado de cultivar, extensiones labradas y trabajadas para sacar de esa fértil tierra un fruto pequeño, verde y dulce que, según aprendió durante esos veranos, daba lugar a un vino algo mágico que se transformaba en otros con paciencia, esmero y flor. Tardaría algún verano más en comprender correctamente el proceso que Sabina de Alvear en persona le explicaba del sistema de crianzas en el que se basaban esos caldos. Un mismo líquido que se obtenía de la uva, según pasara el tiempo y se trasladara de un barril a otro de una hilera inferior, daba lugar a un gusto diferente, y luego se pasaba a otra inferior, y así sucesivamente. Pero, además, descubrió que si esa uva se dejaba secar al sol producía un líquido más dulce y muy preciado

por el vino del que de él se obtenía. «¡Cuántas maravillas podían obtenerse de un fruto tan pequeño!».

De esos veranos le quedaron otros recuerdos. Al ser el único niño en el cortijo, más allá de los hijos de los manijeros y jornaleros de paso por la propiedad, no le quedó otra que integrarse con estos para matar las soporíferas horas hasta que caía la noche y el frescor provocaba las animadas veladas donde Sabina llevaba la voz cantante y su madre solo podía aspirar a glosar alguna que otra anécdota. Curro, el hijo pequeño del mayoral del cortijo, más o menos de su edad, pero con unas espaldas propias de un adulto, lo integró en el grupo de chiquillos que esperaban a que las bestias y sus mozos se refugiaran del calor para utilizar la enorme alberca para refrescarse como Dios los trajo al mundo. Le encantaban las excursiones que, a primera hora de la mañana, con un poco de pan y queso o salchichón que el propio Alphonse proporcionaba para todos, creyendo así ganarse su amistad, hacían a lugares cercanos de interés. La vereda del Cerro Macho le parecía algo así como un lugar donde cualquier criatura podía habitar, aunque luego no fuera para tanto. O la visita a Piedra Luenga, esa extraña roca maciza en medio de un lugar tan manso; allí sí que su imaginación se dejó volar e incluso juraría haber presenciado algún tipo de aparición infernal a modo de nebulosa, que los chiquillos que le acompañaban achacaron a que no estaba acostumbrado a estar bajo el sol, que si trabajara como ellos esas apariciones se curaban con una buena sombra, agua y pan. No tardó en darse cuenta de que inconscientemente le temían por ser hijo de quien era y dormir donde dormía, y lo que es peor, nunca llegó a saber si le aceptaron por él mismo o por temor a represalias. Allí vio en directo las diferencias que empezaba a leer en los libros.

—¿Qué hace el señorito? —preguntó Curro un atardecer tras una pequeña excursión que los había dejado breados al cercano arroyo de Guta.

—¡Te he dicho que me llamo Alfonso! Y estoy leyendo un libro que me ha regalado la señora Sabina.

—¿De qué va?

—Se llama *Ivanhoe* y es la historia de un noble inglés que se mantiene fiel al rey cuando este abandona su país por luchar en una guerra muy lejana.

—¡Casi como mi hermano Solano, que se ha ido a defender a España a las Filipinas!

—Más o menos. ¿Quieres que te lo preste?

—Como quiera el señorito. Perdón, Alfonso. Pero no serviría de nada,

no sé leer. Pero sé escribir mi nombre y algunas cuentas de números.

—¿No sabes leer? ¿Y no te gustaría aprender?

—Supongo, pero ¿para qué?

—Para aprender cosas nuevas.

—Yo ya sé lo que tengo que saber. Mi padre dice que soy fuerte y pronto le ayudaré todavía más con la faena, que aquí no falta. Y si tengo suerte, la filoxera definitivamente se va y los señores confían en mí como en mi padre, ya solo me faltaría conocer a una buena moza.

—¿Y nada más?

—¿Hay más?

Esa pregunta a modo de respuesta hizo pensar más a Alphonse que todos los libros que ese tórrido verano pasaron por sus manos.

ÉDOUARD. POITIERS. RIBERA DEL RÍO CLAIN. NOVIEMBRE DE 1898

Uno de esos extraños domingos soleados de primeros de noviembre Édouard aprovechó para pasear a su fiel Duque, un spaniel bretón que le habían regalado su primer día de caza en los bosques cercanos a Chenonceau y del que se había enamorado al primer mordisco que ese cachorro blanco y marrón le dio. Duque gustaba de acompañar nerviosamente a su amo por donde este fuera, tanto en la casa como en sus numerosos paseos por la ciudad o por el parque, pero lo que más le animaba era cuando le bajaba a la ribera del río Clain y perseguía a todo pájaro que asomara el ala. El gusto por ese paseo era mutuo, pues eran pocos los conocidos que frecuentaban esa parte de la ciudad y así lograba Édouard su propósito de aislarse y simplemente saborear la belleza de la soledad. Coincidía además que la cercana y hermosa iglesia gótico-románica de Sainte Radegonde inspiraba en Édouard un sentimiento de melancolía que ampliaba el motivo por el que bajaba hasta allí. Cuando se preguntaba por esa tristeza, comprendía que los motivos por los que abandonó Córdoba no habían menguado su naturaleza y estaba seguro de que jamás encontraría la absoluta felicidad. Por eso el arte era algo tan importante para él; le ayudaba a comprender que otros, en otros tiempos, habían utilizado esa herramienta para expresar sentimientos para la eternidad y él quería captarlos para que su labor no fuera vana. Cuando entraba a esa iglesia, el olor a piedra húmeda tan característico, las extrañas formas en piedra que desde dentro y

fuera lo observaban, la luz que por las vidrieras entraba provocaban en Édouard un deseo de permanecer allí rezando que solo había sentido cuando entraba a la catedral de su ciudad y recorría los arcos de la mezquita, buscando una respuesta que algún Dios le diera. En ocasiones, el tiempo se le pasaba tan deprisa sentado en uno de sus bancos, siempre cerca del coro, desde el que disfrutaba de esos capiteles recién repintados que tanto le gustaban y tan poco habían convencido pocos años atrás nada menos que a Prosper Mérimée, que solo le sacaban de su ensimismamiento los ladridos desatados de Duque desde el exterior. Eso fue lo que ocurrió aquel domingo de noviembre; caía la tarde y el perro comprendía que era la hora de volver y así se lo anunciaba a su amo. En el camino de vuelta, ambos felices por la tarde bien aprovechada, uno por haber dejado correr su mente y otro sus cuatro patas, fue la primera vez que lo vio.

El perro se había acercado a mordisquear lo que parecía una rama caída en el lado de la calle que daba al río, casi enfrente de la iglesia de la que acababa de salir, y Édouard cruzó con el firme propósito de convencer a Duque de que le siguiera hasta la casa, cuando en la otra orilla un muchacho, no mucho más joven que él, se divertía con una caña de pescar tirando y recogiendo el anzuelo sin ningún objetivo fijo, más por juego que por empeño. Aunque ciertamente fuera época de truchas, sí se podían pescar muchas especies en esa zona del río que abastecían fácilmente las cocinas del lugar. A pesar de la distancia de un río que los separaba, Édouard grabó en su recuerdo para siempre los rasgos de ese bello rostro que miraba hacia el agua, indiferente; su pelo rubio impidió al principio mostrar los ojos azules más profundos que nunca vería, pero se mostró toda su belleza cuando desde lejos le sonrió y le saludó con un aire divertido y despreocupado, posiblemente más atraído por el simpático perro que le ladraba que por el elegante joven que lo acompañaba. Su reacción fue la de devolver el saludo inconscientemente, fuera de todo convencionalismo social, pero dentro de un acto repentino del que se arrepintió instantes después de hacerlo. ¿Qué había hecho? Ese muchacho seguramente se limitaba a llamar al perro y ni se habría dado cuenta de su presencia; lo mejor era irse rápidamente de allí y no hurgar más en su ridículo. En el camino de vuelta su cabeza pasaba sin transición de una alegría inexplicable al rubor más absoluto, del que solo él era consciente.

Ya de vuelta a casa, sin cenar más que un poco de ese delicioso queso Chabichou tan típico de la zona, decidió tumbarse en su sillón preferido y acariciar a Duque con la mano libre que le quedaba, mientras en la otra

disfrutaba de su vino favorito, un Chinon tinto que en su momento ya apasionara a Rabelais y que siglos después todavía enamoraba a quien lo probaba. «¡Lástima que no lo produzcamos nosotros!», pensó. Pero su cabeza no quería evitar el recuerdo de ese joven que le había hecho recordar por qué su familia puso tanto empeño en que abandonara precipitadamente Córdoba, después de que el encargado de almacén lo encontrara en una situación nada decorosa en las cuadras de su casa con un mozo de bodega, y que pronto las habladurías fueran más fuertes que las reiteradas negaciones ante sus padres. Volvió a sentir vergüenza de su naturaleza y eso le entristeció tanto que decidió esconder el episodio en lo más profundo de su memoria.

Pero sus piernas no obedecían a su cabeza y cada vez más a menudo los paseos a la zona del Clain ya no solo se producían los domingos por la tarde, sino que más bien casi a diario encontraba una excusa para pasear a Duque junto al río. Unas veces encontraba en la Iglesia de Sainte Radegonde la excusa perfecta para deambular por la zona; que si una supuesta necesidad de volver a repasar los diversos relieves del templo, que si merecía la pena estudiar la arquitectura nervada de sus naves, o incluso se autoconvencía de lo necesario de un poco de oración junto al coro que tanto disfrutaba. Cuando el templo dejó de proporcionarle excusas loables, un repentino interés por la pesca fluvial le inundó el espíritu. Se hizo con todo el material necesario para convertirse en un verdadero aprendiz aventajado, compró cañas, redes, cestas, anzuelos, cebos. Empezó a recorrer los principales accesos que el río ofrecía tanto en Poitiers como en los alrededores más cercanos y, entre pesca y pesca, se aficionó definitivamente a una distracción que le permitía, igual que sus visitas al templo, hablarse a sí mismo. Quien definitivamente estaba encantado con este cambio de hábitos era Duque, que podía ladrar y perseguir a todas las aves conocidas prácticamente a diario.

Édouard, en su interior, se alegraba de que sus pesquisas fueran en vano. Cada día, al volver de la excusa que ese día tocara, iglesia o pesca, llena su alma de oraciones o su cesta de peces, la verdadera intención de su búsqueda no volvió a aparecer, y eso le dolía tanto como le tranquilizaba. Debía comprender que aquellos sentimientos eran perversos, que él estaba destinado a una vida de orden y que toda una familia contaba con él. Por mucho que lo último que pasara por su cabeza antes de cerrar sus ojos cada noche fuera el color azul de aquellos del joven pescador, ese pensamiento debía quedarse para sus adentros.

ÉDOUARD. POITIERS. RUE DE BLOSSAC.
FEBRERO DE 1899

Cher Alphonse,
Comment ça va chez nous?

No te preocupes, dejaré el francés para cuando vengas a visitarme.

¿Cómo están nuestros padres? ¿Y nuestras hermanas? Creo que no podré asistir al enlace de Caroline la próxima primavera. Es un viaje muy largo y en esas fechas debería asistir en París a una feria de vinos que podría ser muy beneficiosa para nuestros intereses comerciales, seguro que Padre lo entenderá.

En Francia se ha vivido la guerra que acabamos de perder con cierta incredulidad por la evidente estupidez del Gobierno ante tal drama; perdona por la expresión, pero es la más acertada. Es cierto que aquí se ha cruzado un asunto que ha hecho despertar a la opinión pública y está provocando bastantes problemas. Precisamente ha sido un escritor del que me expresas tus agrados en una carta anterior quien ha destapado el problema. Te introduzco en la carta un texto escrito por Zola en un periódico para que te enteres bien de lo que por aquí ocurre, aunque será mejor que Padre no lo encuentre y te lo requise; tu institutor estará encantado de que practiques tu francés. Imagino que todos los países tienen su cuota de estulticias bien repleta.

Debo reconocer que me siento bastante solo en esta bella ciudad. Aunque mi abanico de relaciones sociales es mucho más amplio de lo que yo hubiera deseado, prácticamente ninguna llena un poco del vacío que Córdoba y tú habéis dejado en mi corazón. Nadie parece comprender que me es suficiente con alguna pequeña conversación banal de domingo para mantenerme socialmente aceptado e intentan constantemente introducirme en reuniones, fiestas y eventos de todo tipo para los que se me agotan las excusas justificando mi ausencia. Sé que he adquirido una merecida fama de esquivo y que incluso se murmuran aspectos míos y de nuestra familia que justificarían mis rarezas. Imagínate, ¡se dice que he huido de Córdoba por no querer hacerme cargo de un bebé tenido con una joven de nuestro servicio! ¡Yo! ¿Te puedes creer? Tú mejor que nadie intuyes que eso es del todo imposible. Pero yo les dejo

hablar, quizás así respeten mis deseos de tranquilidad.

¿Y tú, cómo estás? Veo por tus cartas que tu inteligencia crece más rápido que ese bigote del que presumes. No tengas prisa por crecer, no intentes justificar a los demás, esa debe ser su tarea, no la tuya; intenta siempre encontrar la felicidad en lo cotidiano como ahora haces. Esos lagartos tuyos que tanto te gustan pueden ser más importantes que las calesas que Padre compra solo para estar a una supuesta altura social. Eso no trae felicidad alguna, más bien una constante necesidad por ser alguien. Ya Séneca dijo que «la servidumbre habita bajo mármol y oro», no te sometas tú a esa esclavitud. Tú serás lo que quieras ser, pero manteniéndote fiel a tu eterna sonrisa. Prométeme quela mantendrás siempre. Yo la busco, pero desde que me fui de Córdoba no la he encontrado.

Espero impacientemente que podamos reencontrarnos pronto. Tu hermano que te quiere y no te olvida.

À tres bientôt.

Édouard

ÉDOUARD. POITIERS. RUE DE MAGENTA.
MAYO DE 1899

Édouard no tenía ninguna intención de asistir al enlace de la remilgada de su hermana mayor con ese tal Ramón de Gabia y Hens, un descendiente de caciques de la zona de La Carlota con más reales que educación, que tan bien vendría para sacar a la hermana de una vez de la casa antes de que se disecara, al tiempo que aportaría importantes cantidades de dinero que tanta falta hacían a la familia tras el difícil año anterior. Pero era obligado dejar constancia de su «enorme» alegría por el enlace con un regalo que le sustituyera en la fiesta nupcial. Encargó tiempo atrás a *monsieur* Valette, un comerciante de su confianza instalado en la cercana *rué* de Magenta con quien ya había hecho algún trato anterior, que le trajera de Angoulème una vajilla completa en cerámica de Nevers, a sabiendas de su alto precio. La inversión valdría la pena, no por colmar con toda seguridad los gustos de su exquisita hermana, sino porque de esa manera enviaba a su padre el inequívoco mensaje de que sabía arreglárselas solo y no necesitaba de tanto consejo epistolar. Estaba terminando de arreglar los detalles para el envío

de tan preciada mercancía a España cuando volvió a ver al otro lado de la calle, saliendo de un pequeño *bistrot*, a ese joven que no había olvidado formando parte de un bullicioso grupo de soldados de alguno de esos cuarteles que alojaba la ciudad, aunque estos, por la dirección que tomaban, se dirigían al de Montierneuf, esa antigua abadía que tanto le había gustado observar en sus paseos cerca del río desde su llegada a Poitiers. Se despidió precipitadamente del comerciante y persiguió al grupo como un niño tras una cometa, sin importarle que le percibieran. Las medievales calles que descendían hacia el Clain le servían de escondite natural en su irreflexiva persecución, pero golpeaba tan fuerte su corazón bajo el pecho que le era imposible parar.

Como había sospechado, el grupo de soldados se dirigió hacia los jardines previos al monasterio que hacía las veces de cuartel desde la Revolución francesa. Más allá no tenía sentido que se adentrara, no sabría cómo justificar su presencia. Mejor así, su alma se contentaba con colocar en algún lugar del mundo a ese joven que un día le robara el espíritu y que por momentos creyó que solo existía en su imaginación. Ahora le tocaba volver a luchar contra sí mismo, volver a negarse su verdadera naturaleza, gritar hacia dentro cada noche en la soledad del sillón y del coñac su dolor y su rabia por tener la certeza de que nunca podría ser feliz. Pero, al menos, el pescador era real.

ALPHONSE. SIERRA DE MONTILLA.
AGOSTO DE 1899

Mon tres cher Édouard,
Comme je suis contení de t'écrire une nouvelle fois!

Hasta aquí mi ración de francés. Te escribo desde el frescor de la noche de la sierra montillana. Este año la familia ha decidido volver a aceptar la invitación de la familia Alvear y pasar unos días en este maravilloso entorno, así descansamos del ajetreo que para todos ha supuesto la boda de Caroline. No te pregunto por cómo estarás porque doy por sentado que mucho mejor que nosotros, a tenor del precioso regalo que enviaste a los novios, de cuya ostentación solo tu hermanita podía estar a la altura, y de que te ahorraras asistir al mejor de los enlaces nupciales de toda la historia; no por los invitados o la categoría del banquete, inmejorable dicho sea de paso,

sino porque por fin, de una vez por todas y hasta que la muerte los separe, Dios quiera que dentro de muchos lustros, nuestra querida Caroline ha salido de la casa junto a su esmirriado marido, dirección a otra desde la que nuestra religión no le permitirá nunca más volver. ¡Y lo mejor de todo es que ni siquiera está en Córdoba! La feliz parejita ha decidido instalarse en La Carlota, de donde es la familia de Ramón, un lugar mucho mejor para criar la prole que el Señor les conceda, ¡dónde va a parar!

Una vez quitada de en medio la primera de las hermanas, y mira que trabajo ha costado, porque algunos la veíamos vistiendo santos de tantos problemas que ponía a los pretendientes que se le presentaban, o eran ellos que echaban a correr a los veinte minutos de conocerla, pues eso, que ahora toca la segunda. Aunque con Justine eso de los santos va más por el camino literal de vestirlos, pues toda §u pasión es pasar las horas de casi todos los días en la Iglesia de San Miguel o en alguna de las muchas obras de caridad que don Carmelo, quien te manda sus mejores deseos, le propone. A decir verdad, Justine se está convirtiendo en alguien en quien confiar, creo sinceramente que tiene verdadera vocación por ayudar al prójimo, y si no dice de tomar los hábitos es porque considera que su deber es el de cuidar de padres en su vejez. En los pocos momentos que coincidimos solos y podemos hablar con sosiego, me siento tan relajado como cuando te escribo.

Parece que la situación económica de la familia mejora algo, sobre todo gracias a los duros que Ramón ha dejado como dote, porque la bodega ha caído, como todo por aquí, la verdad. Lo que más pena me da es la cantidad de muchachos jóvenes, muchos de tu edad, que vagabundean por las calles del centro pidiendo limosna, y a los que la guerra les ha dejado un muñón o una ceguera de recuerdo. Observo en ellos que ni siquiera agradecen cuando Padre les ofrece limosna a la salida de misa, y creo que los entiendo, porque ellos han ido a la guerra y nosotros no; eso debe de dar rabia, ¿verdad?

Hermano, tengo muchas ganas de que se me permita ir a pasar una temporada contigo y me enseñes esos castillos tan elegantes de los que me hablas, aunque cada vez que le propongo el viaje a Padre este hace como que no me escucha. Yo creo que en realidad no quiere dejarme ir por si me gusta tanto aquello que decido no volver,

como tú. ¡No pueden vivir sin mí!

Me despido, no sin antes desearte salud y con el firme deseo de poder abrazarte muy pronto. Espero que tu próxima carta venga cargada de palabras más alegres, te noto triste en la distancia; si es porque notas mi ausencia prometo escribirte más a menudo y hacerme más presente.

Tu hermano que te quiere,

Alphonse

ALPHONSE. MONTILLA. COLEGIO SALESIANO.
OCTUBRE DE 1899

Ese año, los padres de Alphonse dieron un giro inesperado, abandonaron los tutores personales y aceptaron la invitación de doña Sabina de inscribirle en el nuevo Colegio Salesiano que ese año se estaba gestando en Montilla con el auspicio de los Alvear. Podría alojarse en la magnífica mansión que esa familia levantara años atrás en el centro de la localidad y sería una oportunidad para cambiarle los aires a ese díscolo niño. Pensaron que su hijo necesitaba de una disciplina que seguro esa congregación le sabría inculcar, al tiempo que quizás le aliviaran el gusto por esa literatura tan banal y hasta cierto punto peligrosa a la que se estaba aficionando. Además, Emmanuel solía desplazarse a menudo a ese pueblo, por lo que se verían frecuentemente. Para él empezaba una aventura incierta y llena de atractivos; si se negó al principio fue tan solo por mantener una ganada fama de travieso, no porque no le apeteciera cambiar a esos aburridos tutores por niños de su edad.

Mapas antiguos, pizarras emborronadas de tiza, paredes frías y lúgubres, bancos de madera algo desgastados y descoloridos, como aprovechados de alguna iglesia, fueron los primeros recuerdos que se llevara de su primer día en aquella casa adaptada a colegio que le acogería desde entonces. Pronto demostró estar muy por encima de sus compañeros de aula. Era un año menor que la mayoría, pero manifestó tales dominios en casi todas las asignaturas que se ganó la amistad de los necesitados y la inquina de los hasta entonces destacados. Su manejo del latín era tan superior al del resto que muy pronto don Emilio, el cura y director del colegio, lo tomaría como monaguillo sin haberse él siquiera postulado para tal honor. Aunque las

matemáticas no le gustaran, también hizo gala de una inteligencia muy despierta, pero donde no hubiera quien le tosiera era en literatura. En los momentos de recreo, el recién abierto establecimiento aprovechaba los jardines del paseo aledaño a la gran casa que hacía las veces de colegio como improvisado patio; entonces sus compañeros le miraban embobados mientras les contaba historias, leídas o inventadas, que ejercían un hipnótico poder en la mayoría de ellos. Mientras tanto, el grupo de sus enemigos trataba de autojustificar su ausencia en tan divertidos corros literarios.

—Alfonso, cuéntanos otra como la de *Robinjú*.

—¡Será Robin Hood!

—¡Ese! ¡Pero cuéntala!

—Hoy no. Hoy os voy a explicar por qué todo el mundo se confiesa en Montalbán.

—Ahí mi padre tiene tierras de labranza —dijo Mateo Cobos, uno de sus más fieles oyentes.

—Pues allí, se cuenta que un buen día el cura soñó que subía al cielo y que lo recibía el propio san Pedro y, tras mucho indagar, descubrió que todos sus feligreses estaban en el infierno y este le dijo que la única vía de salvación era la de que todos los montalbeños se confesaran y redimieran sus pecados; de lo contrario, todos acabarían entre los fogones de Pepe Botero…

Incluso las adaptaciones más burdas de los libros que él había leído le servían para atraer la atención de su público. Ese año descubrió el poder de la palabra bien usada. Si se unen correctamente las frases adecuadas se puede conseguir cualquier cosa sin recurrir a métodos más rudimentarios, aunque mucho más extendidos desgraciadamente.

CLÉMENT. POITIERS. CUARTEL DE MONTIERNEUF. INVIERNO DE 1899

Clément Laloux había escogido el ejército como única forma de escapar del tedio y de las pocas oportunidades que su pequeño pueblo de Nogaro, en mitad de los Pirineos, le ofrecía. Su padre había disfrutado, además de perdido, de la guerra que Francia desperdició para dar paso a la joven Alemania, y le animó a escoger el ejército para labrarse un futuro. «Siempre habrá guerras que llevarse a la boca en este país y harán falta soldados», le

dijo a modo de despedida. Así, y tras pasar por diferentes cuarteles de Francia durante varios años, acabó de cabo con un puesto de cierta responsabilidad en la apacible ciudad de Poitiers. Su principal objetivo era el de pasar desapercibido y no verse envuelto en ningún devaneo extraño que le enviara a puestos más comprometidos en cualquiera de las múltiples colonias francesas que salpicaban el mapa por los cinco continentes. En Poitiers, donde ya llevaba dos años en ese mismo cuartel, tenía la función de abastecimiento de cocina para la tropa. Eso le obligaba a mantener una cierta relación con proveedores del lugar con el fin de mantener las despensas bien suministradas, al tiempo que le permitía ciertos escaqueos en su rutina para esa pasión que desde pequeño aprendió en sus montañas natales: la pesca.

Aquel ya lejano día de hacía un año también él se fijó en el tímido muchacho que acompañaba al perro, lástima que no respondiera a las señales que desde lejos le hizo; el animal fue mucho más animoso y al menos le ladró. Pero él sí sabía perfectamente quién era el extraño dueño del perro. Ya se había fijado en él tomando el sol con un pastís en el Pare de Blossac más de un domingo, cuando los soldados salían a pasear libremente por la ciudad. Le había parecido alguien diferente e indagó. Fue fácil saber que vivía en la casa familiar de la calle que desembocaba en el parque y que estaba en Poitiers para hacerse cargo de los negocios de su familia, de mucho peso en el pasado de la ciudad. Conocía sus rutinas, la poca vida social que frecuentaba y los largos paseos que con su perro daba en las orillas del río. Incluso sabía dónde solía ir a pescar, ya que más de una vez lo esquivó para no coincidir en el mismo remanso del río, pues él acostumbraba a ir acompañado de algún o algunos compañeros y prefería evitar un encuentro público. Fue su perenne tristeza lo que le cautivó. La ocasión para el encuentro vendría sin ser buscada.

Para la fiesta de celebración del nuevo siglo la ciudad, y con ella sus cuarteles, se estaban engalanando para la ocasión. El comandante de la guarnición del cuartel Dalesme decidió dedicar una importante partida del presupuesto general para agenciarse unas cajas de buenos vinos de la zona y poner fin al siglo como se merecía. Para tal encargo el cabo Laloux no tuvo ninguna duda de dónde compraría esas botellas. Unas semanas antes de fin de año y con su traje de gala, es decir, el menos sucio, recién planchado, Clément se personó en el despacho de vinos que la familia de Montcuit tenía en la parte trasera de su casa.

ÉDOUARD. POITIERS. RUE DE BLOSSAC. DICIEMBRE DE 1899

Édouard no estaba para muchas alegrías ese día, pues su padre le había enviado instrucciones para partir hacia España para que, con la excusa de la gran fiesta que se avecinaba, ponerle al día de los nuevos planes de expansión que en el vino dulce procedente de la uva Pedro Ximénez habían depositado. Bajo ningún contexto quería cumplir años en compañía de su padre, sabía que las cosas no irían bien. Fue él mismo quien abrió la puerta tras las insistentes llamadas, pues la persona de confianza de la familia, Albert Montagne, estaba gestionando unas ventas de vino en Tours. El calor que recorrió su cuerpo al abrir la puerta en nada se correspondía al frío de diciembre del exterior.

—¿Qué desea? —acertó a decir sorprendido Édouard.

—¿*Monsieur* Montagne? —mintió a sabiendas Clément.

—No, es mi encargado, yo soy Édouard de Montcuit, propietario del establecimiento.

—Discúlpeme la confusión, es la primera vez que vengo y me habían dicho que preguntara por Albert Montagne…

—No se preocupe, pero pase dentro por favor, el frío en la calle es tal que parece que vaya a nevar.

—Muchas gracias, la verdad es que estoy congelado.

—Usted dirá.

—Bien, mi nombre es Clément Laloux, cabo primero del regimiento destacado en el cuartel Dalesme, ya sabe usted, en la antigua Abadía de Montierneuf. Soy el encargado del abastecimiento del cuartel y mi comandante me ha encargado que para las próximas celebraciones me hiciera con unas buenas cajas de vinos de la región para darle la bienvenida al nacimiento de nuestro Señor y al siglo XX, y me han dicho que para este propósito su casa es de fiar.

—Le han dicho bien, aunque yo normalmente no me encargo de estos menesteres —seguía hablando nervioso Édouard, aunque acostumbrándose poco a poco a la presencia del soldado pescador.

—¿Prefiere que venga otro día?

—No, en absoluto, yo mismo le tomaré nota de lo que necesite y me permitiré aconsejarle sobre lo que precise saber de mis vinos.

—Se lo agradezco, mis conocimientos sobre vinos alcanzan lo que mi salario me permite en los *bistrots* de la ciudad. Si quisiera estar a la altura del

paladar de mi comandante, no me queda más remedio que aceptar consejos de alguien versado en el tema.

—¡Pues ese soy yo! —exclamó Édouard, al tiempo que empezaba a perderle el miedo a esa conversación—. Me permito darle a probar un Chardonnay fresco y ligero del Haut-Poitou perfecto para comenzar la velada. Sus esposas lo agradecerán.

—¡Serán las de los demás! Yo brindaré con los compañeros de barracón.

—Bueno, seguro que esos días no le faltará la compañía femenina.

—¡No estaría yo tan seguro! Y tintos, ¿cuál me aconseja?

—Sin duda, y haciéndole un precio especial, un Chinon con cuerpo y personalidad que suele acompañarme durante largas horas de lectura.

—No sé yo si es el apropiado; la idea es reír y bailar, no leer.

—Créame, con la compañía adecuada este vino llama a la risa y al baile.

—Y si no es indiscreción, ¿qué gusta usted de leer?

—Al contrario, cabo, la verdad es que soy algo melancólico y me he traído de España, además del gusto por la comida copiosa, un buen cargamento de libros de mis autores favoritos, sin menospreciar a los de aquí evidentemente.

—¿Los conozco?

—¿Ha oído hablar de Gustavo Adolfo Bécquer?

—No, pero parece francés por su nombre.

—Pues se lo aconsejo si lo que gusta es de ensoñar a la orilla del río y dejarse llevar por la poesía romántica llena de imposibles.

Sin querer, refirió el encuentro de aquel día, y se arrepintió de inmediato.

—¿Cómo Lamartine?

—¡Me sorprende usted! Le gusta Lamartine, ¡precisamente hay mucho de su poesía en la de Bécquer!

—¿Cómo soy un soldado piensa usted que no puedo dedicar mi tiempo libre a la lectura?

—No se ofenda, no era mi intención, pero desde que llegué a Poitiers hace año y medio ya no he podido hablar de literatura con nadie de la ciudad, no al menos de la que a mí me gusta.

—Pues eso es tan sencillo de explicar como que no habrá frecuentado los círculos apropiados… No se apure, estoy bromeando; en el barracón se ríen de mí cuando me ven arrinconarme para abrir un libro en lugar de unirme al grupo y fumar y hablar de mujeres con el vocabulario más soez imaginable.

—Le dejaría encantado alguno de mis títulos preferidos de Bécquer, o tal vez de Espronceda, o de alguno de los jóvenes escritores que mi país está viendo nacer ahora…

—Y yo se los aceptaría complacido, pero no hablo español, y supongo que no los tendrá traducidos al francés.

—Me había olvidado de ese pequeño gran problema, pero al menos me dejará que le preste un ejemplar de *Atala* de Chateaubriand. Si le gusta Lamartine, no puede rechazarme a su maestro.

—No lo hago, se lo devolveré la semana próxima cuando venga con el carro por las cuatro cajas de cada vino sugerido para los festejos.

—Cierto, el vino, entonces ¿acepta mis consejos?

—Estaban aceptados antes de que me hiciera pasar dentro. Muchas gracias y buenas tardes.

Sin duda la conversación más placentera que tuvo desde que se asentara en Poitiers más de dos años atrás.

CLÉMENT. POITIERS. RUE DE BLOSSAC.
DICIEMBRE DE 1899

Édouard desgraciadamente era consciente de que no podía excusar su viaje a Córdoba. La orden paterna era explícita y él sabía que necesaria por los términos utilizados en la misiva, además, en el fondo tenía ganas de volver a su hogar y de ver a su hermano, sus hermanas y padres, a pesar de los pesares, que serían muchos. Pero esa visita sorpresa trastocó todo, al menos dentro de él. Soñaba con brindar en esa fiesta a la que él había vendido el vino, y recibir los buenos deseos del nuevo siglo junto a ese soldado. Pero no podía ser. Partió como estaba previsto el 12 de diciembre para poder llegar sin contratiempos a su ciudad natal antes de la Nochebuena, con lo que no estaría en su casa cuando Clément le devolviera el libro. Dejó dicho a Albert que regalara al cabo que recogería las cajas de vino ya preparadas un bulto cerrado. Envuelto en un brillante papel satinado, ese paquete contenía un raro ejemplar de *Las hojas secas y otras leyendas* de Bécquer traducido al francés en Nueva Orleans; había tenido que remover cielo, tierra y muchas monedas para encontrarlo tan rápido. No había nota, no hacía falta. Hizo todo el viaje a Córdoba imaginando mil reacciones a su regalo. Ninguna acertó con la realidad.

El día estipulado, Clément se personó con un carro en la puerta trasera

de la casa de los de Montcuit en nombre del cuartel Dalesme para recoger un pedido de vino. Albert tenía todo preparado, incluido el curioso paquete que entregó en nombre de Édouard al cabo Laloux.

—El señor de Montcuit me pide que le entregue este paquete en su nombre.

—¿No está él? Querría agradecerle el detalle personalmente —decía Clément mientras descubría la cubierta rojiza de un libro.

—No, desgraciadamente tuvo que salir hace unos días para España, asuntos familiares y de negocios le obligan, pero volverá pronto —zanjó Albert justo cuando Clément pensaba hacerle esa misma pregunta.

—Bueno, en otra ocasión, transmítale mis sinceros agradecimientos.

—Así lo haré. Esperamos que les guste el vino y poder contar con nuevos envíos para ocasiones futuras.

—Sin duda que así será. Buenos días —se despidió algo triste Clément.

ÉDOUARD. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. NAVIDADES DE 1899

Édouard fue recibido literalmente con los brazos abiertos por Alphonse, quien había llegado de Montilla tan solo un día antes. Ambos tenían que contarse tantas cosas que no querían perder un segundo en ponerse manos a la obra. Su madre llegó incluso a dejar escapar alguna lágrima que rápidamente recogió con la punta de su pañuelo y su hermana Justine daba gracias a Dios por que la familia estuviera reunida de nuevo. Su padre le estrechó fríamente la mano y lo invitó rápidamente a pasar a su despacho, pues tenían importantes asuntos de los que discutir. Faltaban Caroline y su marido, quienes llegarían el día de Navidad.

Sin tiempo para otra cosa que lavarse un poco la cara y abrocharse los botones de la camisa, exhausto del viaje, pero seguro de la conveniencia de no desobedecer los designios de su padre, bajó al despacho donde Emmanuel le esperaba serio y circunspecto.

—¿Una copa de vino o te has hecho ya al pastís para el aperitivo?

—Vino, padre, muchas gracias. He echado mucho de menos estos sabores.

—Espero que sea lo único que hayas añorado de nuestras bodegas —soltó premeditadamente Emmanuel mientras preparaba un habano.

—Padre, tenía algo de lo que hablarme urgentemente, ¿verdad? —

preguntó Édouard, prefiriendo no entrar en batalla.

—Así es. Sabrás de los tiempos tan difíciles que nos ha tocado pasar por aquí con tantos problemas; nada te he ocultado este tiempo. Si hemos salido adelante ha sido por los ahorros pasados, las ventas de nuestros vinos franceses y la dote que generosamente el marido de tu hermana puso sobre la mesa.

—Quiero creer que yo también he colaborado por la parte francesa, ¿no? Las ventas desde que me hice cargo han subido más de un veinte por ciento.

—¡Tú te encontraste un negocio hecho y rodado! Tu única contribución ha sido la de gastar una fortuna en reformar una casa que estaba perfecta —gritó Emmanuel expulsando los primeros humos de su cigarro.

—Era necesario, padre. Esa casa hubiera terminado por venirse abajo y, además, así la tendrán preparada madre y usted para cuando quieran volver. Pero creo que es de justicia reconocer que he conseguido ampliar nuestra nómina de clientes, abrir nuevos mercados e incluso sacar un nuevo vino blanco de las uvas Sauvignon de Valençay, que estoy seguro de que tendrá un gran éxito muy pronto.

—¡Minucias! Pero no te he hecho llamar para nada de esto. Estás aquí porque quiero que conozcas mañana a tu futura esposa.

—¿Qué? —preguntó Édouard derrumbándose en la silla que más cerca le quedaba.

—He hablado con un buen amigo mío, Pelayo García del Pino, quien posee cientos de hectáreas de buenos olivos en la carretera de Málaga y que está encantado de emparentar a su familia con la nuestra. Además, para tu beneficio, te diré que Beatriz, su hija y tu futura mujer, es una de las jóvenes más bellas de toda Córdoba.

—Pero, padre, yo no… —titubeaba Édouard sin encontrar nada que decir.

—Bueno, ya lo sabes, ahora sube a tu habitación, descansa y ve mañana al barbero a que te adecente para el almuerzo. En él conocerás a tu familia política.

Édouard salió del despacho, subió las escaleras, se dirigió a su antiguo cuarto y se tumbó en la cama como si hubiera soñado los últimos cinco minutos de su vida. Se quedó dormido como tras una dura derrota.

A la mañana siguiente se hizo acompañar por su hermano pequeño como en los viejos tiempos. Se sentaron a tomar un café con leche en el Café del Gran Capitán, donde Alphonse se debatía entre el orgullo por

tener un hermano tan reconocido, al ver como tanta gente se acercaba a saludar, y el fastidio por tener que cortar constantemente los relatos de su experiencia montillana que tan interesado escuchaba Édouard. Tras el café se dirigieron a cortarse el pelo a la barbería donde, entonces sí, el pequeño acosaría a anécdotas y preguntas al mayor mientras este estuviera inmóvil atado en la silla.

—Bueno, hermano. Háblame de Poitiers. Bueno, de toda Francia. No, mejor luego, ahora dime qué costumbres has tenido que cambiar. Yo también he cambiado muchas en Montilla, no te creas, pero imagino que no tantas como tú. ¿La comida es buena? Dice madre que exageran con la mantequilla. A mí me encanta, ¿y a ti?

El ametrallamiento unidireccional no paró en todo el rato que el barbero estuvo afeitándole. Por fin, cuando pasó al flequillo, Édouard pudo también emitir alguna pregunta.

—¿Cómo ha sido eso de irte a Montilla? No sabías qué hacer para quitarte de en medio de casa, ¿verdad? ¿O te quedaste sin salamanquesas que cazar?

Rieron juntos durante toda la mañana y casi se le olvidó a Édouard aquello por lo que sentía un vacío en su estómago. Decidió no provocar ningún espectáculo, ser el más educado y diligente de los anfitriones, sacar a relucir sus mejores maneras, aunque siempre distante, y como seguro que habría que volver a Francia en pocos días, de algún modo se resolvería la crisis.

BEATRIZ. CÓRDOBA. PLAZA DE SANTA CATALINA. NOCHEVIEJA DE 1899

El encuentro con la familia García del Pino se postergó una semana por unos fuertes dolores de espalda de la señora Teresa, quien se excusó, terriblemente afectada, invitándolos a cambio a celebrar la llegada del nuevo siglo en su mansión frente a la mezquita. Ese contratiempo perturbó los planes familiares de organizar ellos mismos esa fiesta en su casa, teniendo que deshacer apresuradamente sus proyectos por un objetivo mayor. Emmanuel no estaba dispuesto por nada del mundo a romper esos planes de boda. Del otro lado estaba Édouard, quien vio en esos dolores una señal divina que retrasaba el temido momento una semana, tras la cual sería relativamente fácil anticipar su vuelta a Francia por cualquier motivo que

sonara comprensible.

El día llegó, la ocasión reclamaba las mejores galas por parte de la familia al completo, incluidos Caroline y Ramón quienes, principalmente la primera, no querían perderse ese esperado encuentro. Por supuesto todos, incluido el benjamín, sabían qué se estaba cociendo y deseaban que llegara el momento del encuentro de los futuros novios. Evidentemente todos no. Édouard no podía dejar de pensar en ese instante, pero por otro motivo, sabía que sería muy evidente su desagrado por la situación, por mucho que hubiera decidido jugar el papel de delicado prometido. En el primer coche que esa fría noche los llevó hasta la enorme casa frente a la Puerta de Santa Catalina, una de las más bellas que da acceso a la mezquita de Córdoba, se adelantaron Emmanuel y su esposa junto al otro matrimonio, el de su hija mayor con su marido; metros detrás, en un carruaje algo más pequeño, Édouard iría acompañado por Justine y Alphonse. Extrañamente su hermano pequeño era el único que le inspiraba algo de tranquilidad esa noche.

—Oye, hermanito, ¿no tendrás preparada alguna carrera de roedores de esas que encandilaban a Caroline años atrás, no? —le siseó entre guasón y esperanzado Édouard justo antes de bajarse del coche.

—Estoy cambiando, recuerda. Soy otro hombre —dijo Alphonse, guiñándole ostensiblemente un ojo.

Para la ocasión, doña Rosa lucía un mantón de chinchilla bajo el que asomaba un refinado vestido azul real en fino tafetán. Su hija mayor no podía irle a la zaga y, aunque más joven, no lograba el porte elegante innato de la madre, así que tanto el enorme broche de oro, regalo de Navidad de su marido, como el vestido granate oscuro en terciopelo con una boa de piel a juego pasaron a un segundo plano nada más bajarse de la carroza. Justine no era mujer de grandes alardes y el negro fue siempre su color, aunque era de reconocer que el brillo de la gasa de su vestido le daba un aspecto atractivo a los ojos de varios jóvenes que allí se reunieron. Ellos no arriesgaron y siguieron a rajatabla el atuendo preciso de chaqueta forrada en seda negra de cierre sencillo con solapa de pico, pantalones del mismo color, chaleco y corbata negros y puños, cuello y pechera blancos. A Alphonse no le dejaron llevar sombrero, pero en el resto se sintió como uno más.

El hecho de que el anuncio del compromiso tuviera lugar en una fiesta enmarcada en un motivo tan importante como era el paso de siglo hacía que Édouard se sintiera más aliviado, pero sabía que en algún momento debería afrontar su obligación. Pero ¿cuál era? Salir corriendo sin mediar palabra,

enfrentarse a su padre y decirle lo que él ya sabía o callar, coger de la mano a esa desconocida joven y empezar a planificar una vida en común con ella. No encontraba la respuesta; en realidad sí, pero ¿se atrevería?

—Hijo, ¿puedo llamarte así, verdad? —Le asaltó el anfitrión a Édouard sin verlo venir.

—Como usted estime, don Pelayo.

—Creo que ya va siendo hora de que conozcas a la que desde hace dieciocho años es la luz que me ilumina cada mañana y que estaría encantado de que ahora sea a ti a quien procure su esplendor.

Édouard giró levemente su cuello y enseguida comprobó que su padre no solo tenía razón, sino que se había quedado corto ante la belleza de esa joven. Con el único maquillaje de unos leves polvos de arroz en la cara y algo de carmín para los labios, no se podía encontrar defectos a ese rostro ligeramente ovalado que se esforzaba por sonreír, claramente afectada también por todo aquel alboroto montado a su alrededor. Vestida con un sencillo traje de noche en raso blanco, con escote drapeado y mangas de encaje, no necesitaba mucho más para lucir una belleza incontestable. Educada con esmero, Beatriz esbozó una leve sonrisa cuando su padre le presentó a su futuro marido como alguien a quien amaría el resto de su vida. «¿Qué pasaría por la cabeza de esa niña?», pensó Édouard mientras descubría a su hermano semiescondido tras unas cortinas, observando atentamente la escena. «¿Estará igual de obligada que yo a dar este paso? ¡Sin duda! ¿Será igual de infeliz con el acuerdo alcanzado por nuestros respectivos padres? ¡Seguro!». En ese caso, lo mejor sería ganarse la confianza de la joven y en el momento adecuado poner las cartas sobre la mesa, urdir un plan común y romper de algún modo el compromiso. Los delirios de Édouard le llevaban únicamente por caminos que solo cabían en su imaginación.

—Os dejo unos minutos para que os vayáis conociendo. Haremos el anuncio tras los postres. ¡Disfrutad!, sois jóvenes —se despidió don Pelayo.

—Es un verdadero placer, Beatriz.

—Igualmente, Édouard, ¿lo pronuncio bien?

—Perfectamente, pero si te sientes más cómoda, Eduardo está bien. Casi todo el mundo en Córdoba me llama así.

—No, intentaré adaptarme a la pronunciación. Además, si vamos a vivir en Francia, será mejor que me adapte a su idioma. ¿Sabe?, empecé a estudiarlo cuando mi padre me anunció nuestro compromiso.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo fue eso?

—Pues como a usted, supongo, hará más o menos medio año, tras la boda de su hermana, a la que tristemente usted no pudo asistir.

—Entiendo, pero será mejor si nos hablamos de tú, ¿no crees?

—Lo intentaré, pero me costará trabajo.

—Ya verás como te haces a ello muy rápido.

—Le he traído algo —dijo ella, acercándole un bello libro de tapas verdosas.

—¿Y esto? —acertó a decir Édouard, mientras no podía dejar de pensar en otro libro y en otra ciudad.

—Sé que mañana es tu cumpleaños, pensé que te gustaría. Es un autor que adoro, espero que coincidamos —comentó Beatriz, empezando a tutearle.

—Todo un detalle —dijo él mientras, sorprendido, descubría el nombre del autor.

—Son las obras completas de Bécquer. Espero haber acertado.

—¡Completamente, querida!

A decir verdad, Édouard disfrutó mucho su primera conversación con Beatriz. Le pareció una señorita enormemente educada pero accesible, despierta aunque templada, cultivada pero sin vanidad y, lo más importante, su belleza exterior no le impedía haber desarrollado otra interior que se adivinaba incluso superior. Podría llegar a entenderse con ese ser humano, aventuró mientras pasaba del blanco al tinto durante la copiosa cena, en la que no por casualidad los habían sentado juntos en mitad de la enorme mesa del comedor central.

—Queridos amigos, permítanme unas palabras para anunciarles algo que estimo una de las decisiones más trascendentales de mi vida —dijo don Pelayo levantándose casi al final de los postres—. Todos los que bien me conocen sabrán que desde hace dieciocho años que naciera mi única hija mi devoción por ella no ha dejado de crecer. He puesto todo mi amor y empeño en procurarle la mejor de las educaciones y, como no podía ser de otro modo, era consciente de que el momento de separarme de ella llegaría. Pero firmemente creo que la elección de marido para Beatriz no solo me llena de alegría a mí por venir de la noble familia que viene, sino que estoy convencido de que ella será feliz junto a este noble joven de nombre Édouard y de apellido de Montcuit. Hijo, te doy aquello que más amo en el mundo, quiérela tanto como se merece. ¡Enhorabuena a los dos!

—¡Por los novios! —gritaron al unísono casi todas las voces alrededor de esa mesa, brindando a su vez. Édouard apenas logró taparse los labios

con su copa.

La velada continuó con el doble objetivo de brindar por los novios y por el año nuevo; Édouard olvidó incluso que se trataba de su cumpleaños. Las felicitaciones que le llovían por todos lados no sabía a cuál de los tres motivos se debían. Giraba sobre sí mismo dando la mano y besando manos enguantadas sin saber quién era quién. Su cabeza no acompañaba a su cuerpo, y todo el mundo confundió esa torpeza con la excitación del momento, excepto dos personas que vieron algo detrás de esa actitud: Alphonse sabía que su hermano estaba triste y Beatriz comprendió que en ese momento ahí vagaba un cuerpo vacío de espíritu.

El enlace se convino para el día de San Rafael del año entrante, buscando la protección del arcángel; todos coincidieron en la idoneidad de la fecha señalada. La ceremonia tendría lugar en la maravillosa capilla del Sagrario de la catedral de Córdoba y el banquete nupcial en los bellísimos salones del Círculo de la Amistad. Todo parecía sonreír a los recién prometidos.

CARMEN. CÓRDOBA. CALLE POSTRERA. ENERO DE 1900

Carmen berreó sus primeras lágrimas la mañana del primero de enero de 1900, fue esa su manera de decir aquí estoy yo, y he venido para quedarme. No vino acompañada de alegrías ni de llantos, era una boca más que alargaba una ya considerable familia. Que entrara una agradable luz de enero por el ventanuco directamente a la blanquecina cara de la madre no mitigaba el cansancio que su sudor reflejaba tras un complicado parto, eso sí, no más que los tres anteriores.

María se había prometido no volver a pasar por ese trance tras su primer hijo, pero ¿quién era ella para negarle a su esposo lo que le era propio? Y, así las cosas, tras tres hijos como tres soles, más dos criaturas que se quedaron por el camino, Carmen venía a completar un cuarteto que se convertiría en quinteto con toda probabilidad en un futuro no muy lejano, o eso vaticinó ella durante los casi siete meses que duró la amable preñez de su única hija.

Porque fue la única. Aunque el parto no reflejó la realidad en un primer momento, lo cierto es que sus comadres tenían razón al advertirle constantemente que tenía mala cara y que no era normal un rostro tan

pálido cuando una *recién paría* debía relucir como una patena. Pero ella, erre que erre, siempre decía que cómo no iba a estar cansada con todo lo que tenía encima. Aunque tanto su madre, siempre a su lado, y los otros vecinos de la casa la hacían sentirse arropada, lo cierto es que el cuidado de los cuatro pequeños la tenía agotada. Además, esos constantes apretones en las tripas que no habían cesado desde el principio del embarazo la aflojaban más todavía.

ALPHONSE. MONTILLA. COLEGIO SALESIANO. ENERO DE 1900

De algún modo sabía que ese momento habría de llegar. Una mañana de enero, justo a la vuelta de esas Navidades que tanto disfrutó por la visita de su hermano Édouard, cuando, tras la clase de Historia que él saboreaba especialmente, observó que ninguno de sus compañeros que le escuchaban antes de las vacaciones se le acercaba al salir al frío patio, comprendió que había llegado la hora de la verdad. La consigna había sido clara: Eulalio Castro, quien durante años se había proclamado líder por derecho de ese grupo de niños, quería darle a Alphonse la merecida tunda que volviera a poner las cosas en su sitio de una vez por todas. ¿Cómo un advenedizo de la capital iba a ser el centro de atención estando él allí? La fuerza bruta era el mejor, y quizás el único, de los argumentos que ese niño podía sacar a relucir. Sin duda era más alto y fornido que los demás, pero casi toda su fuerza estribaba en el temor que provocaba más que en la realidad de sus puños. Estando los profesores y el cura resguardados del frío en el interior del edificio, los niños aprovecharon para formar un corro, pero esta vez no para escuchar las historias de Alphonse, sino para verlo pelear.

—Bueno, niño, ¿quién te has creído que eres, Cánovas? Aquí yo y ellos sabemos leer y hablar igual o mejor que tú —empezó la discusión Eulalio, subiendo el tono de voz para que todos pudieran oírlo claramente.

—*Ellos y yo* querrás decir, ¿no?

—¡Ya está bien! ¿Todavía no has comprendido que te voy a machacar?

—Si te parece, abandonamos este indigno espectáculo y a cambio te enseño a hablar correctamente en cualquiera de los cuatro idiomas que domino. Piénsalo bien, tú apenas controlas uno…

—¡Tú te lo has buscado! —gritó Eulalio, intentando golpearle con su puño en la cara.

—¡Casi, casi! Si lo sigues intentando tal vez aprendas a dar la vuelta sobre tu propio eje —dijo Alphonse mientras le esquivaba fácilmente.

—¡Maldito enano! ¡Para esto!

El intento de patada iba dirigido sin duda a sus partes más nobles.

—¡Al final te vas a hacer daño! —le dijo tranquilamente Alphonse tras apartarle la pierna a la altura de la ingle antes del impacto.

—Pues entonces…

No pudo decir mucho más pues, instantes antes de que el profesor encargado tocara la campana de vuelta a clase, un sopapo que resonó en lo más profundo de la vanidad de Eulalio dio por concluida la velada de boxeo con un vencedor absoluto a los ojos de todos los presentes. De las pocas enseñanzas que su padre le había transmitido una se le había quedado grabada: «Estudia y valora a tu oponente antes de enfrentarte a él». Su padre lo decía más bien en el ámbito de los negocios, él lo había aplicado a otros muchos. Su enemigo poco sabía de las clases de esgrima que había recibido desde pequeño ganando movimientos ágiles y veloces; nada de esas peleas en la plaza de Chirinos contra niños de otros barrios cordobeses en las que la estrategia y la experiencia de combate cobraban importancia, y ni imaginar podía la de veces que cayó al suelo antes de levantarse esos últimos veranos hasta que los niños del cortijo de la sierra lo habían visto casi como a un igual. En definitiva, era todo un experto en el arte de la lucha.

Desde aquel día, sus admiradores se volvieron a arremolinar a su alrededor cuando cada literaria ocasión lo permitía.

ÉDOUARD. POITIERS. RUE DE BLOSSAC. FEBRERO DE 1900

Tardó en volver a Francia varias semanas más de las que él hubiera deseado. Los planes de boda pasaban todos por una ingente multitud de ideas que afloraban de la cabeza de su madre y de su hermana mayor, quienes tomaron las riendas del acontecimiento como si les fuera la vida en ello. A Édouard le pedían opinión porque estaba por allí, pero poco les importaba, pues hacían lo que les parecía oportuno y a él, en verdad, le daba completamente igual. Su padre, a quien veía más calmado e incluso parecía que había recuperado algo de ese porte e ímpetu perdidos, le impuso alguna obligación comercial para su vuelta a Poitiers. Emmanuel siempre había sabido ver oportunidades comerciales incluso en los más mínimos

resquicios, y tras ser informado de que habían empezado a tratar con un regimiento de la ciudad, rápidamente pensó que sería el perfecto cliente para los excedentes de vino de más baja calidad de sus bodegas francesas. Era evidente el rearme que entre otros países Francia estaba urdiendo en esos tiempos y había que abastecer a una nutrida tropa de líquido elemento. También le encargó la venta de algunas tierras de Valençay para hacer frente tanto a la boda como a los gastos de adecentar convenientemente la casa de Poitiers para los recién casados. Parecía haber olvidado que eso Édouard ya lo había hecho.

El 15 de febrero, los exhaustos caballos del coche que lo recogió de la estación pararon en la puerta trasera de la casa de Poitiers para descargar las varias cajas de vino de Montilla sin las que no estaba dispuesto a pasar otros largos meses en Francia. Solo veía tiempo de descansar y volver a encontrarse con Clément, ojalá no en ese orden. Al llegar se encontró con que el principal encargo de su padre ya estaba en marcha. Fue tal el éxito de los vinos que Édouard aconsejara para la fiesta de final de año que inmediatamente después el comandante insistió en que se le comprara suficiente abastecimiento de vino para la tropa incluyendo, eso sí, unas partidas personales para él de ese maravilloso Chinon. Vio una oportunidad.

A la mañana siguiente, acompañado por Duque, que tanto le había añorado, y con una botella de vino cordobés en la mano, se presentó en el cuartel de Montierneuf. Preguntó por el encargado de abastecimiento y al rato apareció Clément con aire despistado.

—Señor de Montcuit, ¡qué sorpresa!

—Buenos días, cabo, tengo entendido que el vino fue todo un éxito a tenor de los pedidos que me he encontrado a mi vuelta de España.

—El comandante quedó encantado y no le cuento el resto del batallón. Tenía usted razón en todos sus consejos.

—¿Incluidos los literarios?

—¡Esos los que más! Como me supo a poco ese espléndido ejemplar de Bécquer, y ya que usted no estaba para aconsejarme, estas semanas me he refugiado en mi eterno Lamartine.

—¡Gran elección! Pero me dejará que le preste algún que otro ejemplar de autores menos conocidos por aquí pero que en España están destacando. Mientras tanto, conténtese con esta botella de un vino muy especial. Lo produce mi tierra y por aquí no se encuentra. Disfrútelo a mi salud y le espero en casa cuando quiera para seguir esta conversación. Ahora tengo

que irme.

—Muchas gracias por el vino, pero creo que es un abuso que usted siempre me regale algo. Déjeme al menos que le compense y le cuente mis secretos de pesca que me consiguen las mejores truchas de la zona. Durante generaciones mi familia los ha utilizado en las bravas corrientes de los Pirineos.

—Me parece un trato justo.

Desde aquel día, una extraña amistad basada en la literatura, el vino y la pesca empezó a forjarse entre Édouard y Clément.

MARÍA. CÓRDOBA. CALLE POSTRERA. MARZO DE 1900

Para María, el descanso tras un nuevo hijo consistía en los pocos días que pasaban entre la primera visión de su bebé y la realidad de volver a cuidar de toda su casa, algo que no solía durar más de una semana. Hasta entonces, había conseguido recuperar su fuerza y su bonita figura muy rápidamente tras cada alumbramiento. Esta vez fue diferente; sus piernas no le respondieron ni justo después del nacimiento de Carmen —algo que sus vecinas dieron por normal tras un parto que todas coincidieron en calificar de *tocao* por la mano de Dios—, ni al cabo de unos días, cuando en otras ocasiones y rápidamente se había puesto al mando de la casa, donde tanta gente dependía de ella.

—¡María, deja de quejarte de dolores que ni tú te crees! Espabila y saca agua del pozo, que no tengo con qué acicalarme y vengo destrozado —le decía Pepe en peor tono del que le hablaba a sus acémilas.

—¡Voy! Y ya sabes que no me quejo nunca, pero es que no puedo ni arrastrar las piernas. No sé qué me pasa, pero desde que nació la niña estoy como *ensimisma* y me canso por *tó*.

—¡Vale ya de gimotear! Mi madre tuvo once hijos y jamás se le oyó un solo reproche, estuvo toda su vida pendiente de sus obligaciones y no chistaba cuando mi padre la ponía en su sitio.

—Si no me quejo, solo te pido que tengas paciencia y en unos días no te faltará ni gloria, como siempre.

Pero nunca nada volvió a ser como siempre. Exactamente el día de San José, mientras Pepe invitaba a unos medios de vino en la taberna de la calle Enmedio por su onomástica, el mayor de sus hijos fue corriendo a buscarle

y, entre sollozos por la última visión de la cara de su madre moribunda y el ansia nada disimulada de probar ese vino que apuraba su padre, le anunció que algo raro le pasaba a la *mama* y que *ajilara pa* casa porque la *abu* le llamaba.

Lo que Pepe contemplaría cuando llegó al dormitorio que compartía con María, el bebé y sus otros hijos le dejó sin ganas de seguir bebiendo vino, algo realmente raro en él. El cuerpo blando, empapado e inerte de María se mezclaba con un cierto olor dulzón que nunca llegó a identificar con la sangre que manchaba el suelo de la habitación y que le caía por las piernas a la que había sido su mujer. Todos, incluido el bebé, parecían haberse puesto de acuerdo en silenciar el cuadro que Pepe presenciaba enmudecido y asustado. No sabía muy bien qué decir ni mucho menos qué hacer; él solo sabía trabajar a destajo y jugar a cartas, pero no estaba preparado para afrontar situaciones que creía propias de mujeres.

María dijo adiós con un pequeño quejido ronco y suave, algo así como había sido toda su existencia, dura y mansa. Ella había aceptado desde el principio que su papel pasaría de hija disciplinada a esposa sumisa, y lo hizo de buen grado. En uno y otro aspecto cumplió con creces. Su tercer rol, el de madre, lo ejerció con la fuerza del que sabe que es el único ámbito de la vida en el que era realmente libre. Sus hijos aprendieron de ella a mirar, a observar detenidamente, a valorar las opciones que la vida les presentaba; quizás era esa personalidad reflexiva lo único que en sus treinta y cuatro años de vida María sintió como realmente suyo.

ALPHONSE. MONTILLA. CASA-PALACIO DE LA FAMILIA ALVEAR. PRIMAVERA DE 1900

En Córdoba había aprendido a utilizar la calle como lugar de observación, y que a través de ella se podía saber mucho de los demás. Cuando acompañaba a sus padres a misa asimiló cuánta impostura había en los «buenos días» que a regañadientes algunas familias les dedicaban; o los días que hizo de carabina a su hermana mayor con Ramón observó que había caballeros que miraban por encima del hombro a otros por el hecho de vestir de un modo u otro; o durante los recordados paseos con su hermano Édouard los domingos por la tarde por las grandes avenidas comiendo pipas de calabaza y saludando a todas esas familias que a menudo pasaban por su casa comprobó que había muchachas que cuando se dirigían

a su hermano con su tono de voz decían mucho más que un simple «buenas tardes». Incluso, el último año había empezado a manejarse con chicos de su edad en juegos de la calle para nada infantiles. Pero todo era diferente en Montilla.

Su vida en el pueblo se dividía entre las muchas horas en el colegio, su intensa actividad en las calles de Montilla y la estancia en ese maravilloso palacio del siglo XVIII que le alojaba. El colegio lo tenía bajo control. Le gustaba aprender y desde el principio conectó con muchos de los niños con los que compartía su pequeña clase; y desde el incidente con Eulalio, el resto de compañeros lo respetó y trató como a uno más. El proyecto salesiano estaba empezando y se decía que para el año próximo cambiarían de establecimiento a otro en la parte alta, mucho más cerca de la casa de Alphonse. A él no le importaba bajar hasta el Llano Palacio donde se encontraba la casa que los salesianos utilizaban de colegio en su primer año en Montilla y los cuatro profesores más el sacerdote, don Emilio, se afanaban por hacer de aquel lugar algo parecido a un lugar de enseñanza. Le encantaba salir todos los días de su casa, bajar corriendo, dejándose llevar con un primer impulso por la empinada calle de San Luis para pasar junto al bonito Convento de Santa Clara y, tras atravesar el arco que lo une con el Palacio de los Duques de Medinaceli, llegar a su colegio. Las horas que allí dedicaba se le pasaban muy rápido, para luego empezar lo mejor de cada día. Ese pueblo estaba repleto de aventuras y recovecos que le maravillaban, o quizás era que, por fin, sin el férreo control de su padre, había encontrado una libertad que no podía dejar escapar.

Algo que llamó la atención del recién llegado fue el enorme número de conventos que presentaba ese pueblo, claro que también había santos a los que adorar. Dos figuras de postín eran veneradas, el que allí nació y a Perú fue, san Francisco Solano, y el que vino a vivir y morir en Montilla, nada menos que san Juan de Ávila, un maestro de la Iglesia de quien le atraería más su literatura que su santidad. «¡Qué feliz sería mi hermana Justine en este bello pueblo!», pensaba a menudo. Tantas cosas a su alrededor le indicaban que no era tan pequeño como él había tendido a imaginarse. Además, veía mucho movimiento de gente en las calles, señal de actividad económica, decía siempre su padre. Con la excusa de visitar iglesias y conventos Alphonse recorría las calles de Montilla conociéndola y acercándose a sus habitantes. Las distancias sociales que encontraba en su Córdoba se repetían allí; comenzaba a entender que era propio del ser humano dividirse en función de quién tiene más. Las grandes casas del

centro del pueblo, algunas incluso superiores en belleza a las que él acostumbraba en la propia Córdoba, contrastaban con cuartuchos casi caídos en la zona del antiguo castillo donde malvivían familias enteras en condiciones que él no podía imaginar. Le encantaba el trasiego constante en cualquiera de las muchas lagaretas que pululaban por el pueblo. Sobre todo le atraía la de Palop, una antigua casa jesuita transformada al mundo del vino y donde se despachaban grandes tertulias y copas de vino por igual. Constantemente, muleros con sus animales transportando aceite, ovino, u hortalizas de las huertas bajas o cerámica o cualquier otra cosa que se pudiera comprar y vender, atravesaban las calles del pueblo con la sana intención de buscarse la vida.

A la salida del colegio, casi cada día, sus compañeros le acercaban novedades imposibles de rechazar que abrieron tanto su imaginación como su paladar.

—¿Que nunca has probado el vino fino? —le decía entre sorprendido y animoso Mateo—. ¿A qué esperas? —preguntaba, acercándole un vaso chato de cristal con un líquido amarillo casi transparente.

—Bueno, en verano con doña Sabina y con mi padre me he mojado los labios para ver las diferencias entre…

—¡Anda y calla! Bébetelo de un tirón antes de que nos pille mi madre y ¡apúralo hasta el final!

La mayoría de sus amigos más cercanos tenían algo parecido a una bodega en sus casas y se repartían entre ellas para degustar sus caldos sin que los pillaran. Además de la ligereza verbal, la imaginación también hacía de las suyas en la cabeza de Alphonse, que inventaba las más rocambolescas historias cuando probaba ese rico líquido, con lo que todo eran beneficios: él expresaba con la mejor de sus prosas sus historias y sus amigos le escuchaban embelesados. «¡Qué cierto aquello de que el vino ayuda a encontrar el camino de la palabra!», pensaba.

Casi cada peseta que caía en su alcancía tenía el mismo fin, el de entrar a la confitería de Manuel Aguilar y ponerse tras el mostrador para decidir ese día qué suculento bocado celestial llevarse a la boca, cosa que solía pasar los domingos tras la salida de misa. Contaban que era el agua de la cercana Fuente Nueva la que dotaba de ese gusto casi mágico a los dulces de esa confitería. Más de una vez llegó a la mesa del almuerzo con unos importantes lamparones de nata que delataban de dónde venía, a pesar de que siempre se le hubiera dicho que nada de dulces antes de comer.

Aunque acostumbrado Alphonse desde pequeño a manejarse en una

casa grande, la que ahora ocupaba en Montilla era otra cosa. Encontraba una perfección de formas y una amplitud de espacios que le hacían sentirse en cierto modo abrumado por tanta belleza. Su habitación, en la segunda planta, daba al patio principal, porticado en ambas alturas y de una elegancia indiscutible; otros dormitorios y estancias cerradas ocupaban esa misma planta. En las habitaciones de abajo, cuando no estaba en Sevilla, pasaba su tiempo doña Sabina retocando la biografía de su padre ya publicada unos años atrás, pero que todavía le servía para matar las horas en algo provechoso; sin duda, el cerebro de esa mujer era mucho más joven que los ochenta y cinco años que la contemplaban. La casa se estaba quedando vacía, pero recibía constantes visitas, pues si doña Sabina había decidido mantenerse soltera, no faltaban decenas de sobrinos que en muchas ocasiones la visitaban tanto desde Madrid como desde Sevilla. Con todos, Alphonse sabía tener palabras adecuadas y nunca sentirse como un extraño o como un favorecido. Se sabía también de alta cuna, aunque no estuviera seguro de si eso era bueno del todo.

Sin duda, su primer año en Montilla le aportó mucho más de lo que él hubiera imaginado en un principio. Ahora faltaba que su padre accediera a dejarle continuar el siguiente. Habría que ganárselo durante el verano.

PEPE. CÓRDOBA. CALLE POSTRERA. PRIMAVERA DE 1900

Lo único bueno que trajo la muerte de María al *Mulero* fue que no tendría que lidiar más con el temperamento de su suegra, o eso pensaba él. Nunca se habían llevado bien; tampoco creía Pepe que tuviera que darle más explicaciones de las necesarias a esa mujer, que lo único que había hecho era traer al mundo a una única hija, por mucho que esta hubiera significado para él. Pero es que la *Flores* no iba a permitir que las maneras que Pepe mostraba a su hija sobrepasaran unos límites; ella estaba allí para evitarlo. Y lo evitó muchas veces. Como aquella vez que Pepe pagó en las carnes de María el haber perdido una de sus dos mulas en una mala mano que él creyó caída del cielo, pero que más bien venía del infierno. La *Flores* no tuvo problemas en abrir la puerta del cuarto de una patada tan grande como la que hubiera propinado la bestia que acababa de perder y, de un mandoble digno de cualquiera de sus compadres, estamparlo contra la pared justo cuando Pepe cerraba el puño por tercera vez y apuntaba no se sabía

bien si a su mujer o a su primer hijo, que chupaba ansioso del enrojecido pezón de su madre. O como aquella otra, en la que como siempre que su ojo perdido le recordaba su ausencia con unas punzadas mudas y él las apagaba en vino de Montilla y luego en el lomo de su bendita, su suegra se le abalanzó tan rápido que la rama de jazmín que acababa de cortar casi lo entuerta del otro ojo.

Todo fue a peor cuando María faltó. De hecho, cuando nació Carmen, alguien dijo que esa niña traía mal bajío, pues se había adelantado a la costumbre familiar de nacer en febrero. Quizás por eso, o porque siempre se la culpó de la muerte de María, o porque una niña no debía dormir tan rodeada por zagales o simplemente por evidente falta de espacio, desde casi el principio de sus días, Carmen ocupó un rinconcito del cuarto de la *abu*, la *Flores*, a quien llamaba mamá en voz alta cuando empezó a hablar y más calladamente cuando todos le insistían en que esa no era su madre sino su abuela. Pepe nunca supo muy bien qué hacerles o decirles a esos cuatro mocosos que le habían quedado de herencia. Por eso accedió tan pronto a que su suegra se llevara a la recién nacida. ¿Qué iba a hacer él con una niña?

—Vale, tú llévatela a tu habitación, ¡pero el pan con que esta criatura se críe será el que yo traiga!

—Tú siempre serás su padre, es de ley y no será su abuela quien lo niegue, pero la niña estará mucho mejor en las manos de una mujer y bajo el mismo techo que su padre.

—¡Que así sea! Estoy seguro de que su madre, que Dios la tenga en su gloria, así lo hubiera querido.

Fueron tal vez las palabras más sensatas que jamás cruzaran la *Flores* y su yerno.

ÉDOUARD. POITIERS. RIBERA DEL CLAIN. PASCUA DE 1900

Ya habían ido a pescar en varias ocasiones al mismo pequeño puente de madera que unía las dos orillas del Clain en uno de sus estrechamientos y los resultados habían sido dispares; mucha conversación, pero pocos peces, a lo sumo alguna carpa que normalmente devolvían al río porque no les agradaba su aspecto, o porque la pesca era lo de menos. Pasaban en sus eternas conversaciones, sin ningún tipo de control, de discernir el autor de tal o cual verso que previamente habían memorizado a reflexionar en voz

alta sobre lo diferentes que eran sus vidas respectivas. Pero truchas, ninguna.

—Bueno, Édouard, no voy a tener más remedio que cumplir con mi palabra y revelarte por fin el mayor de mis secretos —soltó inesperadamente un día Clément.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Si de verdad quieres pescar truchas, vamos a cambiar este puente por un remanso a la salida de la ciudad y vamos a alimentar a las lombrices de tierra con café, así te garantizo que las truchas saltarán sobre nosotros —dijo, y ambos rieron al unísono.

Cada encuentro superaba al anterior en cordialidad. Los dos muchachos abrieron sus almas al otro con total libertad. Édouard mostró su tristeza por haber abandonado su tierra de nacimiento, pero aceptando ese destino, y Clément le dijo que a él lo que de verdad le hubiera gustado era ser maestro, y que no rechazaba intentarlo en unos años. Reconocieron en el otro a alguien en quien confiar. Por primera vez en su vida, Édouard pudo expresar abiertamente el tremendo miedo al fracaso que tenía desde que comprendió el terrible peso que habían colocado sobre sus espaldas desde su mismo nacimiento.

—¿Sabes?, desde que tengo uso de razón mi padre me ha dirigido, nunca enseñado.

—Bueno, Édouard, esa era también su obligación, ¿no crees?

—La primera tarea de un padre es mostrar amor a un hijo, si no, ¿para qué tenerlo?

—Y ¿qué es para ti el amor?

—Es aceptar completamente y sin imposiciones a la persona amada. En esta definición no hay lugar para el dolor.

—Pero la percepción del amor es diferente entre los afectados. Quizás para él tu posible fracaso pueda implicarte dolor, y tu padre quiere evitártelo.

—Si obligas a alguien a hacer algo que cambiará completamente su vida y que sabes que le hará daño, ¿eso también es justificable?

—Repito, desde la perspectiva de alguien que cree en un bien mayor, sí. No lo comparto, pero lo entiendo.

—Mi padre me obliga a casarme el próximo mes de octubre en Córdoba —reconoció de repente.

—¿La amas?

—No la conozco.

—¿Puedes llegar a amarla?

—Creo que es fácil acostumbrarse a alguien como Beatriz.

—¿Puedes llegar a amarla? —repitió Clément alzando la voz.

—Con el tiempo sí.

—Entonces tu padre tiene razón.

Recogieron sus aperos de pesca, una vez más vacíos por completo, llamaron a Duque y no volvieron a decir una palabra hasta que sus caminos se separaron en el Pont Neuf.

ALPHONSE. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. VERANO DE 1900

—Veo que al señorito ya no le gustan tanto las salamanquesas —decía Rafaela, contenta de tener de vuelta a su Alfonso en casa.

—¡Me encantan! No se engañe usted, solo que, ahora, las atrapo de noche y a escondidas para no perder mi reputación de niño bien criado por los curas que este año me he ganado —le respondía él guiñándole un ojo.

—Usted siempre igual, no ha cambiado nada.

—¡Pero no se lo diga a mis padres!, que se creen que voy a seguir los pasos de los santos montillanos.

—Descuide. Mi boca es una tumba.

—Tampoco hay que exagerar, con que cuando vea la ocasión engorde el cuento con sutiles comentarios sobre mi asombrosa transformación de diablo en arcángel será suficiente.

—¡Así lo haré! Entonces, ¿ahora tampoco le gustan las cerezas? —zanjaba ella la conversación, arrimándole una gran fuente sabedora de su pasión por esa fruta—. ¡Ah! ¡Y átese bien esa camisa que como le vea su señora madre va a perder toda la buena imagen que quiere redimir!

Mató las horas leyendo mucho ese verano en el que la familia decidió no trasladarse una temporada a la sierra de Montilla, quizás por no exagerar la hospitalidad de doña Sabina, o quizás porque el padre quería inspeccionar hasta el último detalle de la inminente boda de su hijo mayor y necesitaba pasar el mayor tiempo posible en Córdoba. Alphonse nada dijo por mucho que le apeteciera volver al cortijo, pues por encima estaba el beneficio de volver a pasar un curso escolar más en Montilla.

—Veamos, hijo, acabamos de recibir una carta muy amable de doña Sabina en la que nos pide encarecidamente nuestro permiso para que este

año repitas tu estancia en su casa. Nos anuncia el reciente fallecimiento de Candelaria, su hermana menor, y que la tristeza que la acompaña se mitigaría con la alegre compañía que tú le aportas —soltó de sopetón su padre mientras apuraba un amontillado que solía tomar de postre los domingos.

—Padre, yo estaría encantado de volver, ya lo sabe usted, y si doña Sabina tanto le ha insistido le haríamos un feo a alguien tan querido para toda nuestra familia —respondió sibilino Alphonse.

—¿Pero tú notas beneficios en esa escuela y en ese pueblo?

—¡Todos, Padre! —Lanzó abruptamente Alphonse, dándose cuenta de que no debería mostrar tanto anhelo por volver.

—Dame ejemplos.

—He encontrado un buen grupo de amigos de entre las familias más influyentes de la zona, algunas de las cuales ya tienen tratos con nuestra empresa. ¿Quién sabe si en un futuro estos lazos no nos beneficiarán económicamente? —Tocar el tema económico y social nunca fallaba con su padre—. Siempre tengo la cabeza ocupada, pues los métodos de aprendizaje de los salesianos me proponen retos que antes no conseguían mis instructores y, lo que es más importante, la hospitalidad de doña Sabina me hace sentirme como en casa.

—Está bien. Si tu anfitriona así nos lo ha pedido y tú muestras tanto interés, ¿por qué voy yo a negarme? —sentenció amablemente Emmanuel, seguramente ayudado por la segunda copa de amontillado que acababa de terminar.

«Misión cumplida», pensó Alphonse.

ÉDOUARD. ABADÍA DE SAINT-SAUVIN.
SEPTIEMBRE DE 1900

Sus citas con Clément fueron distanciándose en el tiempo. No fue premeditado, simplemente dejaron de buscarse para visitar alguna de las maravillosas iglesias de la ciudad, o para intentar pescar esa gran trucha en los múltiples remansos del río, o para tomar un pastís en el Pare de Blossac. Su amistad se estaba recomponiendo. Pero ninguno de los dos quería perderla.

En pocos días partiría para su boda y decidió que ese primer domingo de septiembre, cansado de repetir rutinas, se levantaría antes del amanecer y

pondría rumbo a la Abadía de Saint-Sauvin, que distaba unos cuarenta kilómetros de Poitiers y de cuyos frescos había oído maravillas. «Es el lugar perfecto», pensó. Empaquetó algo de queso y salchichón, pan, unas manzanas y una botella de vino y junto a su fiel Duque en el coche vareó a los caballos y se dirigieron allí tranquilamente, disfrutando de un paisaje que a medida que el día clareaba se hacía cada vez más bello. No necesitó llegar a destino porque por el camino encontró un lugar junto al río donde comer un poco de ese queso y tumbarse junto al cauce para, mirando el cielo moteado de nubes blancas, quedarse dormido y soñar con grandes truchas bebiendo café. Cuando despertó estaba tan descansado como si hubiera estado una semana entera durmiendo y se sintió con fuerzas para azuzar a los dos caballos que tiraban de su carro para llegar antes de mediodía a la abadía. Una vez allí, esperó que se vaciara de gente para pasar al interior y disfrutar de esa espléndida colección de pinturas murales que se habían quedado cortos al aconsejarle. El paseo visual por aquellas altas naves para encontrar esas magníficas pinturas con escenas tan bellas como bien conservadas le valió completamente la pena el viaje. Rezó y se sintió bien; otra vez cerca del altar, tenía predilección por buscar el lugar más cercano a lo sagrado, que solía coincidir con el más bello de las iglesias que visitaba, pero siempre que fuera posible en soledad, así le parecían más sinceras sus plegarias. No pedía por nada ni por nadie, solo quería sentirse cerca de Dios; le parecía que había perdido esa costumbre y quería recuperarla. No calculó el tiempo que estuvo dentro y de nuevo los ladridos desde el exterior del hambriento perro lo sacaron de su ensimismamiento y salió para compartir el salchichón con Duque y beberse ese vino que tenía preparado. De regreso, absolutamente convencido de lo pertinente de ese domingo fuera de lo normal, y escuchando únicamente los pasos de los caballos en el camino empedrado de vuelta, se dio cuenta de que, sin haberlo buscado, había compartido el día con Clément. Descansar junto al río, visitar iglesias y soñar con truchas, todo lo que ambos solían hacer en sus encuentros se había repetido casualmente ese día. Y se sintió bien.

No podía partir a España para su boda sin despedirse de Clément y al día siguiente a mediodía, tras solventar un par de pequeños asuntos, se dirigió a Montierneuf para, con la excusa de proponer un nuevo vino en la siguiente partida que entregaría al cuartel, poder tener una última conversación.

—¿El cabo Laloux? —preguntó Édouard al soldado de guardia.

—Pues precisamente acaba de salir con el destacamento dirección a

Tours para unas maniobras. Verá usted, se rumorea que a algunos nos mandarán a colonias.

—¿Y cuándo regresarán de Tours?

—Pues eso no se puede saber, pero vamos, menos de dos meses no tardan estos en volver.

Pensó en escribirle, pero no se sintió con fuerzas. A su vuelta de España quizás Clément estaría en algún rincón francés de los que hay en el mundo. Puede que fuera lo mejor. A la llegada a su casa Albert le tenía preparado un pliego de papeles. Unos para firmar, otros para simplemente ser ojeados y, entre ellos, una carta sin sello ni remitente que, al parecer, había entregado en persona un soldado esa misma mañana.

Estimado Édouard,

Siento tener que despedirme de esta manera. Vine ayer a decirte que me envían unos meses a Tours y nadie respondió; solo se me ocurre este modo para desearte toda la felicidad del mundo en tu matrimonio. La mujer que comparta su existencia contigo puede dar gracias a la vida por haberla dejado participar de un alma pura y buena. No sé, más allá de mi querida madre, si puedo decir eso de alguien que se haya cruzado en mi camino. La tristeza que transmites y que algunos captamos merece transformarse en felicidad. Deseo de todo corazón que Beatriz lo consiga.

Espero que la vida nos permita disfrutar de nuevo de las conversaciones que con tan buenos vinos hemos regado, y que mientras decidimos qué autor es superior a cuál o suspiremos por alguna estrofa que nos vuelva a emocionar, por fin esa esperada trucha caiga en nuestro cesto.

Sinceramente,

Tu amigo Clément

ALPHONSE. MONTILLA. COLEGIO SALESIANO. SEPTIEMBRE DE 1900

Dos condiciones se le impusieron a Alphonse para volver a pasar un año en Montilla. La primera, seguir manteniendo el buen nombre de los de

Montcuit a través de una conducta intachable, y la segunda, convencer a doña Sabina para que asistiera como invitada de honor al enlace de Édouard. Esta cada vez era menos dada a banquetes y celebraciones; su avanzada edad y su poca paciencia con los extraños le hacían rechazar constantemente cuanto compromiso social le proponían, pero en este caso no podía negárselo a ese muchacho que tanto le alegraba lo cotidiano.

El curso estaría marcado por el inminente cambio de sede que de un día a otro debía ocurrir. Alphonse pensó divertido que su padre coincidiría con él en que los cordobeses convierten constantemente lo provisional en definitivo, pues el día de marras no llegaba nunca. Así, ese año una de las aventuras más recurrentes de la chiquillería era la de acercarse al lugar donde se trasladarían las dependencias del colegio, cerca del antiguo castillo, ahora devenido en enorme granero. Precisamente esa zona de Montilla, la más alta, no muy lejos de su casa, era la que más gustaba a Alphonse, ya que eran varias las sorpresas que albergaba. Unas veces se acercaban a la casa de Las Camachas, esas brujas cervantinas que les permitían elucubrar con historias y leyendas entre reales e inventadas; otras veces era el cercano y degradado barrio de La Escuchuela hacia donde dirigían sus pasos los chavales tras el colegio.

Por alguna extraña razón, era en esa deprimida zona de Montilla donde más le interesaba investigar. Había cumplido trece años y había tenido multitud de ocasiones para enfrentarse a la enorme diferencia social que separaba su vida de las de otros mucho menos afortunados. Él era consciente de esa fortuna, pero parecía que la mayoría de los que le rodeaban lo tomaban como algo natural. Pero de todos, ese lugar rebasaba los límites de lo aceptable. Esas gentes no tenían ni rentas, ni aceite, ni pan, ni nada para comer, solamente poseían el hambre, que flotaba en el ambiente. A Alphonse le marcaron una serie de actitudes que para calmar sus ansias de saber tenía claro a quién debía preguntar.

—Señora Sabina, hoy los chicos y yo hemos vuelto a pasar por el futuro colegio. ¿Sabe usted cuándo lo abrirán? Tenemos muchas ganas de estrenarlo —interrumpió el almuerzo Alphonse.

—Pues no estoy muy segura, pero seguro que este año no será, quizás para el día de María Auxiliadora, ya que se acaba de consagrar esa bella imagen; sería una bonita fecha.

—Espero poder estrenarlo… ¿Sabe? Después nos dirigimos a la Escuchuela, más allá de la parroquia, y bajamos las cuestas dirección a la Fuente Nueva. ¡Qué pobre es toda esa gente!

—Sí, Alphonse, no son muy afortunados, en verdad.

—¿Y de qué viven? En Córdoba mis hermanas van a algunos barrios, como el de San Basilio, a ayudar a las familias de allí y me hablan de la pobreza que ven.

—Pero eso no soluciona nada, solo un día, y el año tiene mucha hambre. Nosotros tenemos suerte de tener la mesa siempre bien repleta, pero no debemos olvidar que muchos otros no pueden decir lo mismo.

—Paseando me he dado cuenta de que, en la mayoría de las casas, las puertas están abiertas siempre de la misma hoja, y que nunca las cierran del todo.

—Mucha pobre gente cree que para que la muerte no vuelva a entrar en cualquier casa, basta con cerrar como señal de protección una hoja de la puerta de la calle para indicar que allí, en esa casa, ya ha habido llantos y duelo por un difunto.

—Y porque tampoco tendrán mucho que les puedan robar, ¿verdad?

—Más allá de su dignidad, eso por descontado.

Alphonse sabía que con doña Sabina se podía hablar casi de cualquier cosa. Su opinión era versada, sabia y juiciosa, pero siempre guardó una prudente distancia en temas que llevarían a incómodas situaciones. «No preguntes si realmente no quieres conocer la respuesta», solía decir su querida anfitriona.

Precisamente unos días antes de partir para Córdoba a la boda de Édouard, Alphonse se decidió a aventurarse de nuevo, esta vez él solo, por las pobres calles de ese barrio que tanto le atraía. Dirigió sus pasos hacia la Parroquia de Santiago, que a sus espaldas alojaba ese enorme espacio de pobreza. Entró primero al templo, casi como pidiendo permiso para continuar su marcha. Allí rezó a ese bello Cristo de Zacatecas del que le dijeron que en su tiempo viajó desde América repleto de monedas de oro; todas esas historias, reales o no, le infundían ánimos para otros menesteres, y ese día le iban a hacer falta. Salió del templo hacia la derecha y tomó la primera calle que bajaba, tan empinada que costaba incluso mantener el equilibrio. A medida que avanzaba por la calle el nivel de pobreza de las corralas que iba encontrando crecía. Un extraño y desagradable olor le llegó desde el principio y concluyó que se trataba de algún animal muerto en cualquiera de los recovecos que tanta podredumbre escondían. Niños jugando con arena y palos, mujeres entretenidas con cualquier quehacer y hombres sentados con su cabeza entre las manos era el paisaje que se dibujaba ante él. Decidió acercarse a uno de ellos, el que parecía más solo, y

entablar conversación. ¿A qué había venido si no?

—Buenas tardes, señor.

—¿Te has perdido, niño?

—No, sé perfectamente dónde estoy.

—¡No *ties* ni idea de *ande* estás!

—Claro, en Montilla, en el barrio de la Escuchuela —respondió con simpleza Alphonse—. ¿Vive usted aquí?

—No, niño, estás en las puertas del averno y en un lugar *asín* no se vive, se espera a que alguien te llore. ¿Pero eso a ti qué te importa?

—¡Por eso estoy aquí! Porque me importa y me gustaría saber cómo ayudar.

—¡Pues, por lo pronto, agilando *pa* tu casa antes de que te dé dos buenas hostias!

—Si quiere le puedo traer de vez en cuando algo de comida para usted y su familia.

—¿Y que te tenga que dar las gracias? ¿A un mocoso que podría ser mi nieto? No, niño, no, el Pirulo no acepta limosnas, nació pobre y morirá más pobre *entavía*, ¡pero me dolerá el cuello de tenerlo levantado sin haberlo agachado nunca!

—¡Se confunde usted! Yo quiero realmente ayudar de algún modo. Si no quiere comida, quizás haya algo que pueda hacer. ¿Tiene usted hijos?

—Supongo, pero nunca me he preocupado en buscarlos.

—¿Y nació en Montilla?

—¡Te falta el tricornio! Me estás dando dolor de cabeza. ¡Vino! Eso necesito, ¿tienes?

—Se lo puedo conseguir.

—Pues ya tienes tu buena obra para cumplir con el cura. Yo estaré en esta misma silla cuando me traigas una botella un día de estos, no tengo nada mejor que hacer. ¡Anda, tírale ya!

DOUARD. CÓRDOBA. PLAZA DE SANTA CATALINA. OCTUBRE DE 1900

Édouard dejó preparada la casa con todo el esmero del que era capaz. Solo había tenido ocasión de hablar con su futura esposa una vez, pero intuyó que no era alguien que se quedara en las formas, al menos necesitaba pensar eso. Tardarían muchas semanas hasta que volvieran a abrirse las

puertas principales de la casa, pues no tenían pensado volver hasta pasadas las Navidades. Dejó encargado a Albert que aireara las estancias de vez en cuando, que no faltara madera para la chimenea a su regreso y, sobre todo, que procurara tener las pocas flores del jardín trasero en condiciones.

Planteó el camino de vuelta como un ejercicio de aceptación a su nueva vida, una que no había elegido, pero de la que no podía escapar. Su primera excusa fue que no era el primer matrimonio de conveniencia de la historia ni sería el último, y seguro que muchos de ellos salieron bien. Repasó la historia y encontró muchos personajes que ejemplificaban su teoría, e incluso en su propia familia se decía que sus abuelos paternos, primos entre sí, se odiaban antes de su matrimonio y luego fueron recordados por vivir largos años de felicidad uno al lado del otro. Más tarde, encontró una nueva justificación: ¿y si la vida que siempre había despreciado de boato y ostentación a la que tenía acceso era realmente más placentera de lo que él había imaginado? Aunque sabía adaptarse a esa vida nunca se sintió realmente parte de ella; le bastaba con fijarse en su hermana mayor para imitarla y ser el perfecto caballero vacuo y trivial del que siempre había renegado. Pero fue el tercer motivo el que acabó por convencerle de que estaba dando el paso adecuado: estaba haciendo feliz a mucha gente con esa boda, no a él, quizás tampoco a Beatriz, pero su familia agradecería esa unión y no cabía duda de que casi todo lo que tenía se lo debía precisamente a esa familia.

Llegó a Córdoba tres semanas antes del enlace, tiempo suficiente para organizar todo, creía él, pero lo que no podía imaginar era que las cartas que su madre le había enviado durante meses sobre la organización y que él casi no leía solo reflejaban un pequeño porcentaje de todo lo que había dispuesto para ese día. No hizo nada, aceptó con resignación y se dejó llevar. Aprovechando que Alphonse todavía andaba por Montilla y no podía pararle para hacerle las mil preguntas correspondientes, nada más llegar decidió presentarse en la casa de Beatriz para saludarla. Sintió que ese debía ser su primer acto una vez en Córdoba, no por deferencia a la novia o a su familia, sino por absoluta necesidad de volver a ver a esa niña. En su casa quedaron sorprendidos de esa decisión, pero agradados por la misma; una expresión de tranquilidad se reflejó en el serio rostro de su padre.

—¿La señorita Beatriz?

—¿De parte de quién? —preguntó despistada una nueva criada.

—¡Del futuro señor de esta casa! —gritó a lo lejos del inmenso patio de entrada don Pelayo, visiblemente emocionado.

—Muchas gracias, pero veo excesivo…

—¡Anda, muchacho, calla y dame un abrazo! —dijo don Pelayo, abalanzándose sobre Édouard—. ¡Teresa!, mira quién ha venido.

—¡Qué agradable sorpresa! —dijo la simpática mujer a lo lejos apresurándose para saludar al recién llegado.

—Es un placer poder saludarles, pensé que lo primero que debía hacer era presentarles mis respetos.

—¡Déjate de remilgos! En esta casa nos tuteamos en familia, y tú ya lo eres a nuestros ojos.

—Os lo agradezco, pero… ¿y Beatriz?

—Claro, es lógico, y nosotros haciéndote perder el tiempo. Anda, Teresa, sube a su habitación y le dices a nuestra hija que baje a ver la sorpresa que le espera. ¡Estará encantada de verte! Seguro que bajará en un momento.

Pasó algo más de un momento, pero finalmente Beatriz apareció por las escaleras simulando asombro en su rostro, aunque con signos evidentes de haberse preparado para el encuentro. «Incluso a las más bellas les gusta retocarse», pensó Édouard.

—Os dejamos solos, tendréis mucho de lo que hablar. ¡Se queda a comer, por supuesto! —zanjó Teresa.

—¡Qué sorpresa, Édouard!

—Espero que agradable.

—Mucho. Precisamente me preguntaba cuándo llegaríais, como no lo dejabais claro en vuestras cartas —soltó muy directa la joven.

—Bueno, es un largo viaje, y con muchos preparativos previos. Me era muy difícil dar una fecha concreta, pero es lo primero que he hecho al llegar a la ciudad.

—No se crea que le pido cuentas, son las ganas de volver a verle —dijo Beatriz, solucionando algo el comienzo.

—Creo que dijimos en nuestro primer encuentro de tutearnos, y en las cartas ya lo hacíamos…

—Es verdad, disculpa. Acompáñame a la salita del piano.

Tras cruzar el hermoso patio, se introdujeron en una pequeña y acogedora biblioteca en la que destacaba un espléndido pianoforte en el centro de la habitación, todo rodeado de libros encuadernados en diferentes colores que harían las delicias de cualquier lector. El conjunto se remataba con una vitrina de estilo isabelino que exhibía orgullosa figuras de porcelana y juegos de café y una mesa bajita redonda adornada con un tapete de

encaje de bolillos, en el que reposaba un decorativo cestito de flores y un cenicero de plata, con dos sillones tapizados con cretona dispuestos hacia una ventana alta enmarcada con unas largas cortinas de terciopelo, abrazadas por sendos cordones rematados con borlón de flecos acordonados y visillo blanco, que dejaba traslucir la luz exterior y que daba a uno de los laterales de la mezquita-catedral. En el centro de la habitación, una lámpara de cristales colgantes repiqueteaba alegre cuando las ventanas dejaban pasar el airecillo del exterior.

—Es una calle muy bulliciosa, ¿verdad? —empezó nervioso Édouard la conversación.

—A mí me encanta pasar horas aquí sentada, me gusta ver caminar a la gente que entra y sale de la catedral, correr a los niños que van a comprarle a Rafalica la arropiera dulces junto al Caño gordo, observar a las mujeres ir a por picón a la carbonería de la esquina, prestar atención a los forasteros que vienen a la vecina Posada del Sol. ¿Sabes que dicen que allí se alojó el mismísimo Chateaubriand? ¿Te gustará, no?

—¡Por supuesto!, lo considero un gran poeta —salió Édouard al paso, recordando aquel libro que no hace tanto le prestara a Clément.

—Paso muchas horas al día en este rincón, es parte de mi vida.

—Entiendo que te gusta observar.

—Mucho, puedo ver cosas que a otros se les escapan. No te asustes, no soy bruja ni nada parecido —bromeó—. Solo que tengo facilidad para captar los sentimientos de la gente que me rodea.

—Pues ciertamente me estás asustando.

—No hace falta ningún hechizo para leer tu tristeza. El día de nuestro compromiso ya lo advertí y ahora es tan evidente que me extraña que mis padres no se hayan percatado. Los pobres están tan entregados a este enlace que no ven más allá de sus propias narices.

—Me gusta que seas tan franca, creo de justicia serlo yo también. Beatriz, mi compromiso contigo ha sido en contra de mi voluntad. Una semana antes yo ni siquiera sabía de tu existencia. Como sabes, vivo en Francia y no tenía previsto en estos momentos adquirir una responsabilidad vital de este tipo. Reconozco en ti a una mujer culta, despierta, social y muy bella, pero…

—Alphonse —le cortó Beatriz—. Todo eso lo sabía yo ya. Incluso antes de verte. Tienes veintitantos años, eres joven, rico y libre. Conoces mundo e idiomas. ¿Vas a cambiar todo eso por casarte con una rica señorita de una ciudad de provincias? No soy una ilusa. Yo también tengo mis sueños, y

uno es que el padre de mis hijos sea también el hombre de mi vida, no de la vida de mis padres. Así que cuentas conmigo para romper esta alianza ahora mismo. No te culparé a ti, será una decisión común.

Antes de entrar en esa casa Édouard estaba preparado para cualquier cosa. Entró derrotado aceptando su papel, vio una oportunidad para salir corriendo con la complicidad de su prometida y ahora que tenía lo que quería en sus manos, recordó los tres motivos que había recapacitado en el viaje y añadió un cuarto al recordar las palabras de Clément: «¿Puedes llegar a amarla?». Entonces respondió que creía que sí, ahora lo sabía.

—Beatriz, hay momentos en la vida inesperados y otros que se preparan con antelación. No sé muy bien cómo explicarte esto, pero creo que ahora estoy en un instante que tiene un poco de los dos. Mi impulso es el de aceptar tu propuesta, pero hay algo dentro de mí que me dice que podemos ser felices, que eres una mujer de la que puedo descubrir muchas cosas y yo soy alguien en quien confiar. Mi naturaleza debes saber descubrirla, pero te prometo sinceridad si a cambio tú me concedes paciencia. Si tenemos esta premisa clara, y si tú estás de acuerdo, sigamos adelante con la boda.

—Yo estoy dispuesta a correr el riesgo y aceptar estas pautas —dijo ella tras un breve silencio—. Sigamos pues con el compromiso. Lo único que me apena es que todavía no hemos conjugado el verbo amar.

ÉDOUARD. CÓRDOBA. CAPILLA DEL SAGRARIO.
24 DE OCTUBRE DE 1900

Había corrido la voz entre la buena gente de Córdoba de que una boda muy sonada iba a tener lugar el día de San Rafael. Como no era cuestión de dejar escapar tales acontecimientos en una ciudad como esa donde tan pocas cosas diferentes sucedían, desde muy temprano las calles del centro de la ciudad hervían entre invitados, curiosos y pequeños comerciantes ambulantes que preveían sacar algún beneficio ante tal bullicio. Evidentemente, era en los alrededores de la catedral donde más gente se agolpaba. El simple hecho de ver tantas carrozas aparcadas ante la majestuosa Puerta del Perdón previa al Patio de los Naranjos valía la pena el soportar unas horas bajo el sol de ese caluroso miércoles de octubre. Las había de todo tipo: abiertas, cerradas, con uno, dos o hasta tres caballos que lograban llevar hasta a seis ocupantes cómodamente sentados. De ellas bajaban pomposos caballeros, la mayoría alternando el blanco y el negro,

con sombreros a estrenar que hacían las delicias de algunos niños que apostaban por ver quién los alcanzaba con las aceitunas con las que habían llenado sus bolsillos para la ocasión. Pero eran las elegantes damas las que atraían la atención de todas las miradas, unas curiosas, otras envidiosas, y las más, simplemente encantadas de asistir a un espectáculo que les permitía soñar con lo imposible. Aunque los había de todos los colores, el estilo se repetía incesantemente: vestidos entallados que dibujaban siluetas realmente inhumanas, que debían provocar más dolor que otra cosa a las que los lucían. Para muchos, los encajes, las cintas, los lazos y los mantones más que como rico abalorio servían fundamentalmente para desviar la atención de los rostros de sus portadoras, sufrientes como una Dolorosa.

Todos sin excepción se dirigían hacia la espléndida capilla del Sagrario, dentro del recinto catedralicio, en la ampliación de la mezquita que siglos atrás llevara a cabo el propio Al-Mansur, para ver cómo esas dos familias, de la mano del propio obispo don José Proceso Pozuelo y Herrero se unirían en santo matrimonio. Doña Rosa no hubiera permitido que, para su hijo, aquel al que asistiera el propio Alfonso XII a su bautizo, no fuera todo un obispo quien le ungiera ese otro sacramento. El novio llegó visiblemente nervioso; todos intuyeron que un día así explicaba ese estado, incluso tropezó dos veces antes de entrar a la capilla, la segunda de ellas tan estrepitosa fue que solo gracias a la ayuda de su hermano que lo acompañaba y a que iba agarrado del brazo de su madre, no cayó de bruces sobre el frío suelo. Ella, como era tradición, se hizo esperar unos minutos, y eso que apenas tenía que cruzar la calle y entrar a los pórticos del Patio de los Naranjos por la Puerta de Santa Catalina para dirigirse directamente al altar. Mientras Édouard la veía aproximarse junto a su futuro suegro, él exultante, ella no tanto, pensó en cuántas veces había paseado por esos incontables arcos buscando respuestas para ahora recibirlas en forma de unión para siempre a una mujer desconocida para él solo unos meses atrás. La ceremonia fue lenta, eterna a los ojos de los dos hermanos, uno porque se preguntaba sin cesar si estaría haciendo lo correcto, el otro porque ese cuello cerrado que tan elegantemente portaba le estaba literalmente cortando la sangre y los pensamientos.

Tras los preceptivos votos nupciales, frente a la casa de la novia, tocaba el gran festejo en el Círculo de la Amistad, tan cerca del territorio del novio. Allí, en esos maravillosos salones, nada podía salir mal. Los asistentes recordaban la visita del rey el día del bautizo de Édouard y el gran ágape servido en ese mismo recinto y deseaban una pronta visita del futuro

nuevo monarca en cuanto cumpliera su mayoría de edad. En ese tipo de reuniones nadie suele reparar demasiado en el novio y este lo agradeció. Los mayores halagos se dirigían a la belleza y elegancia de Beatriz, en lo que coincidía completamente Édouard, y a las magníficas palabras del obispo en la homilía; ahí coincidía menos, pues no había prestado mucha atención. En contadas ocasiones, cuando los respectivos suegros dejaban de presentarles a familiares y amigos, los novios se miraban a lo lejos pareciendo preguntarse: ¿y ahora qué? Ambos tenían miedo al final de la velada, ambos por el mismo motivo.

Todo ocurrió como tenía que ocurrir. Édouard encontró en el vino de nuevo a su aliado, pero ahora no para insuflarle fuerzas o energías, sino para todo lo contrario. Bebió en exceso desde el mismo momento en el que pudo hacerlo, con moderación a vista de todos, pero en abundancia para cualquiera. Cuando llegó el momento de retirarse a la cercana casa que lo vio nacer, Édouard no era capaz literalmente de levantar la mirada, cuánto más cualquier otra cosa. Beatriz entendió como normal la situación, lo dejó dormir a medio vestir, se dejó su pijama de novia y cerró los ojos deseando con todas sus fuerzas no haberse equivocado con ese hombre.

ALPHONSE. MONTILLA. BARRIO DE LA ESCUCHUELA. NOVIEMBRE DE 1900

Alphonse tardó dos semanas en volver con la botella, pero lo hizo, y el Pirulo había cumplido su promesa de estar en la misma silla y con la misma postura que lo había dejado.

—Aquí tiene usted, es un vino francés, favorito de mi hermano y según todo el mundo el mejor tinto que han probado.

—¡Cofto! ¡No eras una aparición! Todo este tiempo me preguntaba si de veras estuve hablando con un pimpollo o lo había soñado.

—Pues no solo soy de carne y hueso, sino que además cumplo con mi palabra. Verá usted, hace una semana se casó mi hermano y sirvieron este magnífico Chinon en la comida.

—*Tie grasia*, yo que te iba a plantar un sopapo ahora me apetece darte un abrazo. Anda, pásame ese vino chino del que hablas.

—Chinon, no chino…

—¿Pero es vino, no?

—Claro, el mejor…

—¡Pues qué más da de dónde venga! ¿Y esto cómo se abre?

—¿No tiene sacacorchos?

—Mira, niño, no tengo ni dónde caerme muerto. ¡Pero esta botella la abro yo por mi difunta madre! —decía mientras que de un golpe seco en el poyete de piedra le rompía el cuello, que caía junto al tapón casi a los pies de Alphonse—. ¿Ves? Y sin sacacorchos.

—A mi padre le hubiera encantado ver esta escena —masculló Alphonse.

—Bien, niño, ya te has ganado mi confianza. ¿Cómo te llamas?

—Alfonso.

—¿Ya está?

—Alphonse de Montcuit Dampierre Escavias de Carvajal.

—¡Eso está mejor! Pues yo soy el Pirulo. Claro, que ya te lo había dicho. Pues ya estamos formalmente presentados. ¿Contento?

Pues sí que estaba contento.

ÉDOUARD. PARÍS. HOTEL REGINA.
1 DE ENERO DE 1901

Querido Alphonse,

Te escribo mientras amanece en París. Estoy saboreando mi primer cumpleaños de casado sentado en la mesa de nuestra *suite* en este recién inaugurado hotel que luce un sabor a distinción tal que colmaría los gustos de mamá. Estoy seguro de que te gustaría contemplar aquello que tengo frente a mí desde la ventana de la habitación. Con las primeras luces es todavía más impresionante ese puntiagudo monumento de hierro que los parisinos construyeron provisionalmente pero que han decidido conservar; estoy seguro de que se convertirá en un símbolo de esta ciudad. Precisamente tenemos decidido hoy subir a esa Tour Eiffel cuya estampa te mando en el sobre. Conociéndote, el día que vengas no te querrás bajar de ella.

Tengo que decirte que estos días con Beatriz me están descubriendo a una mujer llena de virtudes que cada día me hacen apreciarla un poco más. En las largas horas de tren que compartimos su conversación siempre es amena y variada. Puede hablar de arte como un verdadero experto, conoce los términos

precisos para describir cualquier obra que admiremos. Su recorrido por Versalles fue como si lo conociese o hubiese vivido allí. Incluso, en ocasiones, la he visto emocionarse por algún cuadro o por algún detalle en alguna iglesia que hayamos visitado. Estoy deseando enseñarle mis rincones favoritos de Poitiers. Sin ir más lejos, el primer día que fuimos al Louvre, pues me hizo repetir y volver al día siguiente, la sorprendí con sus bellos ojos empañados contemplando la *Muerte de la Virgen*, esa obra maestra de Caravaggio de la que tu hermana Justine tiene una copia en su habitación. Pero, además, su pasión por la literatura sobrepasa la mía. Coincidimos en muchos autores, pero reconozco que su conocimiento de nuestros clásicos supera en mucho al mío. Recita a Lope y conoce de memoria algunos poemas de Góngora, del que ya sabes que yo no soy muy aficionado. Me está insistiendo en que le ayude a mejorar su francés, bastante bueno, por cierto, para poder leer a todos esos autores que le estoy descubriendo. ¿Habrá motivo más elevado por el que querer aprender una lengua?

Habrás observado que te relato importantes virtudes que la adornan, pero todavía no he descrito la, para mí, principal de todas: Beatriz ha comprendido que necesito tiempo y que, como en su momento le anuncié, debe ser paciente. No hay un solo reproche por nada que le pueda parecer inapropiado, es más, tiene la delicadeza de ni siquiera sacar a relucir ningún tema espinoso. Me deja esa iniciativa y eso me proporciona tranquilidad. Necesito tiempo para ser el hombre que se merece, y estoy seguro de que la metamorfosis ocurrirá. Creo estar ya preparado para empezar una verdadera vida de casados una vez en nuestra casa de la rué Blossac. Mañana partimos a mediodía desde la imponente estación de Orsay para llegar por la tarde a Poitiers. Definitivamente, una nueva etapa en mi vida empieza. Serás el primero en saber de ella.

Querido hermano, sigue disfrutando y aprendiendo de tu etapa en Montilla, exprime tu juventud sacándole todo el partido que puedas, sonríe como es tu naturaleza y no dejes de pensar en tu hermano que te quiere y espera en Francia.

À très bientôt,

Édouard

BEATRIZ. POITIERS. RUE DE BLOSSAC. ENERO DE 1901

Era el momento que más temía Beatriz. Conocer su nueva vida la llenaba de recelos y de esperanzas. Le asustaba que aquellos sueños justificados por la ilusión de una nueva existencia en Francia pudieran no verse cumplidos y que la mayor de las decepciones se apoderara de ellos. Desde que se bajara del tren, una espesa niebla se apropió del ambiente. Mientras observaba cómo los mozos cargaban el coche que les estaba esperando en esa pequeña estación empezó la gran tarea que se había impuesto de acostumbrarse a esa realidad. Le tocaba a ella hacer el esfuerzo de encontrar soluciones más que de plantear problemas. Sabía que iba a ocupar un espacio en la vida de Édouard que provocaba en su marido una evidente incomodidad, y estaba determinada a hacerle el camino más fácil.

Édouard había decidido dar un rodeo con el coche cargado de bultos para mostrarle una primera panorámica de la bella Poitiers. Ella, entregada a la belleza como siempre, aceptó encantada la iniciativa y no cerró la boca de la constante impresión por lo que veía en todo el lento paseo, que él glosó con constantes comentarios artísticos e históricos, casi siempre terminados por un «ya tendremos tiempo de visitarlo más detenidamente». Cuando la calle apuntaba hacia arriba en una empinada cuesta y Édouard le explicaba el porqué de ese bello parque que quedaba a su izquierda, Beatriz fijó su mirada en la casa que aparecía frente a ella al final de la calle. Sin saber cómo, rápidamente supo que ese iba a ser su hogar. Y lo que sintió le gustó.

Se detuvieron ante la puerta de esa casa que ella había adivinado y no dijo nada. Se bajó algo ansiosa por entrar, hasta el punto de que olvidó incluso el sombrero sobre la silla del coche; se lo acercó amablemente Albert, quien había salido a recibirlos.

—Bienvenida a su hogar, señora —dijo en un pésimo español Albert, arrastrando las erres en un esfuerzo para intentar agradar.

—Hola, Albert. Muchas gracias. Édouard me ha hablado mucho de usted y estoy deseando que pronto tengamos tiempo para conocernos —respondió ella en un aceptable francés.

—Eso espero —respondió Albert, volviendo tranquilizado a su idioma.

Nada más entrar, Beatriz tuvo el impulso de preguntar la explicación de tanta madera por todos lados. Los techos, las paredes y los suelos escupían diferentes tonos marrones que la agobiaban. Tras acercarse a la chimenea

del salón principal ella misma comprendió que agradecería esa calidez en los muchos días de frío que estaban por llegar. Aquí había que luchar contra el frío y la humedad, el calor había quedado atrás. No tuvo la tentación de comparar su nueva casa con aquella en la que nació y viviera toda su vida hasta entonces, pero echó de menos el color blanco desde el primer momento.

—¿Sabes, querido? La casa me gusta, es más acogedora de lo que me habías contado.

—¿Quieres decir pequeña?

—¡No! ¡En absoluto! Quiero decir que me he sentido a gusto desde el primer momento, y me daba miedo lo contrario.

—Me alegro mucho, dejé órdenes de que todo estuviera perfectamente preparado para nuestra llegada.

—Pues Albert ha hecho un gran trabajo. Y gracias por las flores, sé que tantas y tan variadas son motivo de tu insistencia para que yo me sienta mejor. Lo estoy, de verdad, muy contenta. Si me preguntas, me falta algo de blanco entre tanto marrón.

—Fue lo primero que pensé yo al llegar a esta casa, pero te acostumbrarás. Al menos, yo lo he hecho.

—Seguro que sí, era solo un comentario. Estoy cansada del viaje. ¿Cuál es nuestra habitación? Querría descansar.

—Acompáñame.

Édouard acompañó a su mujer hasta el dormitorio principal de esa casa, aquel que él preparó pocos años atrás para sus padres por si estos decidían trasladarse a Poitiers. Una gran cama rematada con un elegante dosel destacaba en el centro de una bella habitación con suelos amaderados en forma de espiga que Beatriz iba a disfrutar para ella sola.

—Querida, este será nuestro cuarto, pero por el momento lo ocuparás tú. Prefiero seguir durmiendo en mi habitación, es la contigua. Estaré aquí al lado, para lo que necesites. Dame tiempo.

—Me pediste tiempo para conocerte y paciencia para aceptarte. Acepté mi parte y seré paciente. Buenas noches, necesito dormir.

ALPHONSE. MONTILLA. BARRIO DE LA ESCUCHUELA. ENERO DE 1901

A la vuelta de las vacaciones de Navidad, un poco cansado de tanto

compromiso que desde la boda de su hermano no había cesado, estaba deseando recuperar la normalidad de sus días de colegio, sus amigos y su querida Sabina, cada vez más unida a él. Pero en su pensamiento había un motivo más que sumar a sus ansias por volver a Montilla. Creía Alphonse haber entablado una cierta amistad con el Pirulo, ese extraño personaje del que estaba aprendiendo tantas cosas que otros no le sabrían explicar, «¡y casi gratis!». Alphonse se había dado cuenta de que cuanto más vino le proporcionaba, más explícito se volvía su nuevo confidente, y precisamente no era el vino algo que faltase en la casa de los Alvear.

—¡De nuevo el señorito por aquí!

—¡Hola, señor Pirulo! ¿Cómo han ido esas fiestas?

—Primero, ya hay confianza, quítale el *señor* a mi nombre, que parece que estás nombrando a un borrico. ¡Con lo bien que suena sin acompañamientos tan finos! Y segundo, ¿a qué fiestas te refieres?

—Pues a la Navidad, al nacimiento de nuestro Señor.

—Pues habrá nacido muy lejos, porque por aquí no hemos celebrado mucho.

—Entiendo que no es usted muy devoto.

—Chico listo. ¡No eres tan *fartusco* como pensaba! Desde que veo al cura engordar y a las madres de esta calle llorar por los gritos que sus criaturas lanzan de pura hambre, perdí la poca devoción que tenía, si es que algún día tuve.

—Pero yo vengo a ofrecerle mi ayuda y usted no me la acepta. Mire, le traigo otra botella de vino, que sé que le gusta.

—¡Anda, esta no necesita de sacacorchos! —exclamó Pirulo guiñándole un ojo mientras señalaba con la nariz el poyete de piedra cerca de él—. Mira, niño, aunque quisieras de verdad ayudar, tú no *pues* hacer nada. Para que tú tengas esos zapatos nosotros tenemos que ir descalzos, para que tú comas y bebas, nosotros tenemos que pasar hambre y sed… No te das cuenta, igual que no decidimos nacer, tampoco decidimos dónde. ¿Tú te crees que a mí me gusta esto? Aquí todas las calles conducen al hambre. También me hubiera gustado tener esos nombres finos que tú tienes y dormir en camas limpias, pero no, nací pobre y ya os encargaréis de que muera igual. Pero orgulloso. Con la cabeza alta, aunque el cuello esté sucio.

—Yo sé que aquí hay problemas, no se crea, yo no soy tonto. Pero no entiendo que se pase tanta hambre.

—A ver, Alfonsito, cuando tú llegas a esa casa tuya donde seguro que no falta de *na* preguntas: ¿qué hay para comer hoy? Aquí, la frase que

escucharías es: ¿tenemos para comer hoy? Si no lo sabes, yo te lo explico: cuando comes sólido cagas sólido, pero cuando solo comes sopas llenas de hierbas cagas líquido y ¿sabes lo que pasa? Que te desecas. Y cuando eres un chiquillo enclenque te vas en un apretón. Te voy a dar el consejo que esta buena botella reclama. Nunca olvides algo: aquí los padres quieren a sus hijos igual que los tuyos a ti.

—Siento haber sido tan poco delicado. Discúlpeme, Pirulo.

—Tú al menos vienes, nos hablas y te sientas entre nosotros. Además, me traes vino. ¡Cómo no te voy a disculpar, criatura! —rio mientras bebía.

En ocasiones, las conversaciones con el Pirulo dejaban un rastro de tristeza en Alphonse que le duraba varios días. En realidad, ese era el motivo de sus visitas, comprender cómo funcionaba ese mundo tan lejano al suyo, pero empezaba a vislumbrar miserias que no podía ni imaginar. Esa Navidad había empezado a leer el regalo que su hermano Édouard le hizo antes de partir de luna de miel a París, una primera edición de *Germinal* de Émile Zola, y aquellas revueltas, a todas luces justificadas, de los mineros franceses extrañaba a Alphonse que no se produjeran por allí. Lo que leía y lo que veía se parecía demasiado. Tarde o temprano eso no podía acabar bien.

BEATRIZ. POITIERS. RIBERA DEL RÍO CLAIN. PRIMAVERA DE 1901

Beatriz se hacía a su nueva ciudad al tiempo que Édouard se hacía a ella. Todo pausado y comedido, pero con la sincera intención por ambas partes de que la apuesta fuera ganadora. En las muchas horas que su marido pasaba en el despacho o arreglando negocios con Albert, ella tomó la costumbre de pasear a Duque por los rincones que previamente Édouard le había enseñado. El perro se acostumbró rápidamente a su nueva ama y ella se sentía agradablemente protegida por ese cariñoso animal mientras recorría esos bellos lugares que tanto tenían que enseñarle. Sin duda, sus paseos favoritos eran aquellos por los márgenes del Clain. En cierto modo le recordaban a su querido Guadalquivir; no era ni mucho menos tan grande, pero el verdor de sus riberas y el murmullo del agua eran los mismos. Beatriz había notado que Édouard sentía una cierta predilección por esa zona de Poitiers, y de algún modo le transmitió ese sentimiento. Sin duda la Iglesia de Sainte Radegonde cumplía con las expectativas que le

había transmitido, pero por su cuenta descubrió una auténtica joya en un antiguo baptisterio.

—Édouard, ¿en algún momento te has fijado en el Baptisterio de Saint Jean?

—¿Esa pequeña construcción junto al puente? Claro. Una maravilla.

—No he podido entrar, pero he estado indagando en alguno de los libros del salón y si no he entendido mal es una de las primeras construcciones cristianas de Francia. ¡Ay si mi madre pudiera verlo! Sé que se emocionaría.

—Vaya, tu francés mejora cada día. Ayer pasé por tu dormitorio y observé que los libros sobre la mesa son en francés.

—No es *mi* dormitorio, es *nuestro* dormitorio —recalcó—. Y sí, creo que el mejor camino para comprender este idioma es leyendo a sus clásicos, aunque por el momento me entere de bien poco.

—Tienes razón en ambas cosas. ¿Qué tal está la cena? —Cambió rápidamente de tema Édouard.

Las noches se le hacían eternas a Beatriz, no por sentirse tan sola una recién casada, cuando se suponía que sería todo lo contrario; lo que ella echaba de menos era la conversación de su marido. Hasta ese momento esa había sido la mejor de sus experiencias en el matrimonio. Le hubiera gustado comentar la jornada, que él la hiciera partícipe de sus proyectos y problemas, que rememoraran juntos esos maravillosos momentos en Versalles, en el Louvre o en Notre Dame, en fin, la compañía de la voz de Édouard. Pero cada noche cerraba los ojos sola y callada.

ALPHONSE. MONTILLA. COLEGIO SALESIANO. 23 DE JUNIO DE 1901

Su segundo año en Montilla tocaba a su fin con nada menos que la esperada inauguración del nuevo y definitivo emplazamiento del Colegio Salesiano en la parte más alta del pueblo, precisamente en unos terrenos donados por el sobrino de doña Sabina, don Francisco de Alvear, quien provocaba una extraña sensación de angustia en Alphonse con esas interminables patillas, su mirada escrutadora y una voz de ultratumba que parecía estar siempre regañándole, aunque sus palabras sonaran a halagos. El lugar era privilegiado y el resultado fue el de un edificio que sin duda colmaba las expectativas para lo que había sido diseñado. Allí se podía

enseñar y aprender, ahora llegaba el momento de las gentes de Montilla para aprovecharlo. Ya no para Alphonse, quien sabía que al año siguiente volvería a la tutela de sus padres, pues su querida Sabina se trasladaría a su casa de Sevilla, que tan cómoda decía que le resultaba.

En esos muchos meses, Alphonse estaba seguro de haber forjado una amistad con varios de sus compañeros, de esas que solo son posibles a los catorce años. Se prometieron escribirse y visitarse a menudo, ambos propósitos muy factibles al estar Córdoba y Montilla tan cerca, aunque todos, en su interior, sabían que esos dos años terminaban con la inauguración de su nuevo colegio. Alphonse había postergado su partida hasta después del esperado acontecimiento, pero no mucho más, y esa tarde, al decir adiós a su querido Mateo, reconocería más tarde que sus ojos se bañaron de lágrimas. Pero la despedida más dura iba a ser la del Pirulo. Ese hombre, entre tragos de vino e insultos a todo lo que le rodeaba, le había enseñado mucho más que todos los libros del colegio. Con él había aprendido a conocer a las personas por sus actos y no por su aspecto, por su corazón y no por su bolsillo. De algún modo, el Pirulo complementó a doña Sabina: esta le explicaba el delicado proceso de maduración del vino, aquel le enseñaba a utilizar con propiedad términos como sarmiento o rastrojo. En otras palabras, de ella aprendió la delicadeza, de él el sudor. Así que antes de volver por última vez a la que había sido su casa los dos últimos años, necesitaba llevarle la última botella a ese particular personaje.

—Buenas tardes, Pirulo.

—A la paz de Dios, Alfonso. ¿Ya terminó la fiestecita? Hasta aquí llegaban los melindres de tus compañeros y familiares. Tanto ruido habéis hecho que ¡hasta me he levantado de mi silla para ver qué era eso que se oía!

—Bueno, es todo un acontecimiento para Montilla.

—El único acontecimiento que a mí me interesa es que en *Ca* Palop regalen los medios de vino y me sufraguen mi próxima jumera. Y me da a mí que eso no va a pasar.

—Hoy le traigo mi última botella de vino, con el agradecimiento de todo lo que me ha enseñado.

—¡Conque te vuelves a tu palacio! Haces muy requetebién. Uno debe estar con los suyos, al menos aquellos que los tenéis.

—Es que… quería decirle… ¡qué me ha abierto los ojos!

—¡Ciérralos!

—¿Qué?

—¡Que los cierres de una vez, puñetas! Espera unos segundos… —

Alphonse obedeció, extrañado de tan rara petición—. ¿Lo ves? Ese es el color del futuro de la gente que nace en barrios como este. Si solo has aprendido este mensaje, todas estas botellas de vino que me has traído las daré por bien bebidas.

BEATRIZ. VALENÇAY. VERANO DE 1901

Ese verano Beatriz quiso acompañar a su marido en las labores previas a la vendimia en los viñedos de Valen^ay; ya le había advertido Édouard que la casa era menos confortable que la de Poitiers y que pasaría mucho tiempo sin más compañía que Duque, pues él estaría obligado a solventar la gran cantidad de asuntos relativos a sus negocios. Para Édouard era importante que ese nuevo vino blanco fuera todo un éxito para demostrar a su padre, y a sí mismo, que su labor allí estaba a la altura de lo que su familia esperaba de él. Beatriz dedicó su tiempo a seguir leyendo en francés, cada vez con más soltura y menos necesidad del diccionario, y a pasear a caballo por los bonitos parajes que rodeaban Valençay.

—¿Sabes, Édouard? Hoy he descubierto un parque maravilloso a las afueras del pueblo —abrió la conversación durante la cena de la segunda noche allí.

—¿No te hablé de él? Según George Sand es el «más bello parque que hay en la tierra» —respondió, grandilocuente.

—¿Te refieres a Amantine Dupin de Dudevant, esa gran escritora romántica francesa? —dijo ella, orgullosa de saber el verdadero nombre de esa autora.

—Es evidente que no puedo subestimarte, querida. En lo que se refiere a literatura eres mucho más avezada que yo.

—No seas tonto, pero reconozco que me gustaría leerla en su idioma y me cuesta mucho trabajo. Sé que estoy haciendo progresos, pero necesitaría que alguien me ayudara.

—Puedo preguntar al alcalde si conoce a alguien en el pueblo interesado y que nos pueda ayudar en esta tarea.

—Te lo agradecería, querido. Me harías muy feliz.

Tres días más tarde, Nicholas Pouille, un joven maestro y aprendiz de poeta, con tantos sueños de grandeza como horas libres y poco dinero en la cartera, se presentaría en la casa de la familia de Montcuit avalado por el propio alcalde para, por un estipendio semanal bastante razonable,

perfeccionar el francés de *madame* Beatriz. Se estableció como norma que no se pronunciara una sola palabra en castellano —aunque él lo manejara muy correctamente—, que todos los días, a excepción de los domingos, Nicholas dedicara dos horas a las clases, en horario de mañana y, lo más importante, que, para evitar malentendidos, las reuniones siempre tuvieran lugar en el coqueto jardín exterior de la casa.

—*Madame*, le presento mis respetos. Ni nombre es Nicholas Pouille, oriundo de la vecina Châteauroux, maestro de profesión, literato de vocación y enamorado de esta hermosa villa de Valen^ay —soltó el joven de carrerilla sin poder apartar su mirada de esos profundos ojos negros como jamás había visto.

—Nunca antes me habían dado tanta información en tan poca cantidad de tiempo —bromeó Beatriz.

—Siento si la he perturbado…

—No, por favor, solo bromeaba. Creo que el carácter de los españoles del sur no es muy comprendido en estos lares.

—Disculpe, es mi presentación oficial. Creo que a usted también le gusta este bonito pueblo y que le encanta la poesía; creí adecuado dejarle claro desde el primer momento estas coincidencias.

—Claro, claro. Es un buen punto de partida.

—Si me permite la pregunta, ¿por qué quiere que le enseñe francés cuando es evidente que lo habla bastante bien?

—Usted lo ha dicho antes, me gusta la literatura, la poesía en particular, y quiero comprender bien lo que sus genios literarios han escrito. No me vale con desenvolverme, quiero envolverme en sus escritos.

—No se me puede ocurrir un motivo más loable para aprender una lengua.

Las cosas quedaron claras desde el primer día cuando profesor y alumna se aplicaron en un aprendizaje que a ambos les aportaba algo; ella ganaba un idioma y él perdía el corazón.

BEATRIZ. VALENÇAY. OTOÑO DE 1901

—Beatriz, creo que necesitaré pasar un tiempo más aquí en Valençay, me gustaría dirigir personalmente los últimos pasos del nuevo vino blanco que estamos preparando. Puedes volver a Poitiers si así es tu deseo o acompañarme aquí, yo estaría encantado.

—En lo que a mí respecta, estoy muy cómoda aquí. La lectura me atrapa casi todo el día, y disfruto enormemente de las clases de francés, y por qué no decirlo, de las conversaciones con el señor Pouille.

—Me alegra oír eso. Pues no se hable más. Postergaremos unas semanas nuestra vuelta a Poitiers.

No fue ninguno de los dos quien más se alegraría de esa decisión. Nicholas estalló en silencio de alegría cuando a la mañana siguiente le confirmara Beatriz que seguiría recibiendo sus lecciones por unas semanas más.

—Pronuncia usted cada día mejor, no la quiero adular, créame, pero si no fuera por el color de sus ojos que la delatan, diría que es vecina de la región.

—Me halaga, Nicholas, no creo que sea para tanto, pero me halaga. Si alguna vez usted visitara mi querida Córdoba, encontrará que las mujeres tienen un color de ojos y de piel más acentuado que por aquí. No son los míos especialmente diferentes.

«Eso es imposible», pensó Nicholas.

—Le he traído una de mis poesías favoritas —acertó a decir.

—Me muero de ganas por leerla.

—En una ocasión le hablé del gran Baudelaire, hoy le traigo una pequeña muestra de su arte:

Par ces deux grands yeux noirs, soupiraux de ton âme,
Ô démon sans pitié! Verse-moi moins de flamme;
Je ne suis pas le Styx pour t'embrasser neuf fois.

—Muy sonoro, pero creo que mi francés todavía no capta completamente su significado.

—Estoy seguro de que lo hará —se despidió algo precipitado Nicholas.

Beatriz quedó algo aturdida por esa despedida antes de tiempo de Nicholas, cuando lo normal era que este aplazara su marcha cada día más.

—Querido, ¿me quieres traducir estos versos que hoy hemos leído en mis clases? No consigo entender muy bien el sentido y Nicholas ha insistido mucho en que los leyera.

—Déjame ver… ¿Baudelaire? *¡Les fleurs du mal!* No me extraña que no lo captes muy bien, incluso a mí se me escapa parte de su magia.

«Por esos dos grandes ojos negros, tragaluces de tu alma,

¡oh demonio sin piedad! Sírveme menos llamas;
no soy el Estigia para besarte nueve veces».

Los dos comprendieron perfectamente el significado de esas líneas. No dijeron nada. Cada cual se fue a su cama y al día siguiente Édouard adelantó su marcha a Poitiers, dejando los últimos retoques de ese nuevo vino en manos de Albert.

ÉDOUARD. CHÂTEAU DE CHENONCEAU.
24 DE OCTUBRE DE 1901

Desde la vuelta de Valen^ay ninguno de los dos hizo la menor referencia al poema de Baudelaire ni a lo que lo rodeaba. Decidieron correr un velo de olvido que escondía una realidad que a ambos no se les escapaba. Édouard era completamente consciente de que la belleza exterior e interior de su esposa encandilaría a muchos hombres y que ella, en algún momento, requeriría de atenciones que él no estaba preparado para proporcionarle; y ella había encontrado en la tristeza de Édouard a un hombre maniatado en su naturaleza y había, sin duda, cumplido con la promesa que aquel día se hicieran en su casa de Córdoba. Pero la paciencia se le estaba agotando.

Decidieron celebrar su primer aniversario de bodas visitando uno de los espléndidos castillos que bañaban el cercano Loira y del que tanto había oído hablar Beatriz. Édouard estaba seguro de que esa pequeña escapada lejos de los silencios cotidianos les haría mucho bien, pues podrían volver a retomar las viejas conversaciones sobre arte e historia que tanto apasionaban a su esposa. Se alojaron unos días en una pequeña posada cercana a los bosques previos al castillo de Chenonceau, pues ambos convinieron en aprovechar ese viaje y visitar la cercana localidad de Amboise, donde reposaban los restos del gran Leonardo da Vinci, de cuya *Mona Lisa* quedaron prendados en su visita al Louvre. La perspectiva del viaje era *a priori* satisfactoria.

—¡Nunca hubiera imaginado que un castillo pudiera flotar! El reflejo en el agua lo hace más mágico. Gracias por traerme aquí, los grabados en los libros que he hojeado no le hacen justicia.

—Sabía que te gustaría —respondió Édouard mientras cogía la mano de su esposa paseando por los jardines de entrada al castillo.

—Y me gusta todavía más al saber que está muy unido a la vida de

grandes mujeres de la historia francesa.

—Si lo llaman el *Castillo de las Damas* es porque personajes como Diana de Poitiers o Catalina de Médicis vivieron aquí y dejaron su impronta en jardines como el que ahora paseamos.

Édouard gustaba de explicar a su esposa los lugares que visitaban, aunque sospechaba que ella ya sabía todo lo que le contaba. Ella, aunque así fuera, siempre se hacía de nuevas.

—¡Qué maravilla! ¿Cómo será vivir en un sitio así? —Soñaba Beatriz en voz alta.

—¿Quieres que lo compremos? He oído que está en venta —bromeó Édouard.

—¡Uf! ¡Demasiada humedad! —Le siguió el tono su mujer.

Esos tres días recuperaron para la pareja lo único que hasta entonces los había unido. Entre paseos por salones renacentistas rebosantes de arte e historia, conversaciones plenas y sinceras que habían quedado olvidadas para pesar de ambos, al menos sus almas habían vuelto a acercarse.

—Querida, ¿puedo pasar? Sé que estás cansada del viaje de vuelta y necesitas reposo, pero me he permitido comprarte un manuscrito que el librero de Amboise asegura que el propio Melzi había recibido de su maestro Leonardo en su testamento. No sé si es original o no, pero por lo que he podido comprender resulta ciertamente de lo más interesante. Es un estudio de un león metálico que caminaba y abría su pecho para arrojar flores.

—¡Qué sorpresa! Ven, siéntate a mi lado y lo miramos juntos —propuso Beatriz mientras se incorporaba de la cama y se sentaba al borde, dejando entrever sus bonitas piernas a través del camisón entreabierto.

—Sobre todo, es esta letra tan ilegible lo que más me llama la atención —dijo él mientras ocupaba el trozo de cama más cercano a su esposa y posaba el manuscrito sobre las piernas de ambos.

—¡Y los dibujos! ¿Has visto qué trazos más poderosos? No me extrañaría que fueran originales, al menos así quiero creerlo.

Se imaginaba Beatriz con un original del propio Leonardo da Vinci y hervía de emoción.

—A tenor de lo que me ha hecho pagar ese anticuario espero que así sea —lanzó él, dándose importancia por primera vez desde que conocía a Beatriz.

—¿Ves, Édouard? Haces muchas cosas por mí, aunque no te lo creas —dijo al tiempo que le cogió con naturalidad su mano derecha y con la

izquierda le acariciara suavemente la mejilla.

Los dos sentados tan cerca como jamás habían estado, en aquella habitación que nunca habían compartido, cogidos de la mano, sintiendo la respiración del otro, viendo que sus ojos hablaban más que sus bocas y habiendo recuperado sensaciones comunes, apartaron inconscientemente el manuscrito, que cayó al suelo con la boca del león hacia arriba, como queriendo observarlos. Esa noche sus cuerpos, además de sus almas, se acercaron. Por primera vez conjugaron en su plenitud el verbo amar.

ALPHONSE. CÓRDOBA. PLAZA DE LA CORREDERA. INVIERNO DE 1902

—¡Cómo echo de menos Montilla, Rafaela!

—¿No está usted bien en su casa, señorito?

—Si no fuera por ti y por los libros, no sabría qué hacer. Allí siempre había algo que llevarse al alma. Paseos en los que descubría lugares y gente, y conversaciones con doña Sabina, con el Pirulo, con Mateo… —No se queje usted. Aquí también tiene multitud de amigos.

—Conocidos, dejémoslo ahí.

—Como quiera, pero con esa facilidad de relación que tiene, seguro que encontrará alimento para el alma, como usted dice.

—El caso es que aquí todo es más impostado. No me creo lo que mis conocidos me cuentan, todo suena a engañifa. Necesito encontrar algo más… real.

—Mi madre solía decir que el que busca halla.

—Sabio consejo.

Y se puso manos a la obra. Al día siguiente, con una fina lluvia que calaba lo justo para humedecer el frío ambiente de enero en Córdoba, Alphonse decidió ir a la plaza de la Corredera y escudriñar sus alrededores. Desde que volvió de Montilla, sus padres le concedieron la ventaja de la confianza para moverse por la ciudad sin compañía. Salió de su casa hacia las Tendillas y desde ahí bajó por la calle Nueva hasta que las avenidas rectas se convertían en zigzagueantes callejuelas. Empezó a adentrarse por esas retorcidas calles que bullían de gente y de vida. Todo tipo de diferentes profesiones le salían al paso. En la gran plaza, cientos de puestos le ofrecían la más variopinta realidad. Alfareros de la Rambla; esparteros pacientes que no paraban de tejer; vinateros que le traían el olor de su añorada Montilla;

veloneras de Lucena con su género sobre palmatorias brillantes como el oro; talabarteros orgullosos de las cinchas que vendían; de todo había en ese recinto porticado que le atrapó rápidamente. «¡Cómo viviendo tan cerca no había venido antes!», pensó. Había llevado unas pocas monedas que decidió gastar entre muchas de las delicias que sus ojos le ofrecían. Casi por instinto bebió su primer vaso de vino en Córdoba, con la confianza que le daba el haber pasado multitud de exámenes en Montilla. No le supo tan bien. En el mismo puesto degustó una rodaja de merluza sacada del fondo de una sartén y colocada sobre una lámina de hoja de lata. Después decidió acercarse, guiado por su olfato, hasta un puesto de tejeringos que había en la esquina más cercana al Arco bajo.

—¡Los más ricos *jeringos* de Córdoba! —vociferaba un simpático churrero que disfrutaba de su oficio.

—¿Cuánto una rueda?

—Diez céntimos, caballerete. Recién saliditos del aceite están.

—Póngame dos y cóbrese —dijo Alphonse, adelantándole una peseta con la cara de ese rey que hace años se dejara ver en el bautizo de su hermano.

—¡Vaya! Pues solo puedo darle la vuelta con monedas de cobre. La gente de aquí, sabe usted, utiliza más el cobre que la plata.

—Descuide, dinero es, al fin y al cabo —contestó Alphonse cogiendo con cuidado el junco con la yema de los dedos para no mancharse.

—Muy cabal el señorito —dijo el churrero sin borrar la sonrisa de su sonrojada cara.

Alphonse recogió el montoncito de monedas de diez y de cinco céntimos y se dirigía hacia el recién construido mercado de abastos cuando una voz femenina a sus espaldas le llamó la atención.

—¡Oiga! Sí, usted, el remilgado.

Una muchacha con un delantal manchado por todos sitios se le acercó a toda prisa.

—¿Yo?

—¿Ve usted otro con esa misma pinta?

—¿Qué pinta tengo yo?

—La de no haberse ensuciado nunca las manos de trabajo.

—¡Menuda respuesta! ¿Y qué es lo que quieres?

—Dice mi padre que tome usted —le tendió una moneda de cinco céntimos.

—¿Y esto?

—Pues que le ha devuelto de menos por los *jeringos*.

—¿Eres la hija del churrero?

—¡A mucha honra! Salustiaga María Muñoz Pérez. Muñoz por mi padre y Pérez por mi madre, como puede el señorito remilgado imaginar.

—Muy razonable ciertamente. Pues dígale a su padre que no me había dado cuenta de la diferencia, pero que se agradece su honestidad.

—¿Qué tiene de extraño? ¿Por ser pobres no podemos ser honrados?

—En ningún momento he querido decir eso. Solo que se lo agradezco.

—Mejor así. Adiós.

Ese encuentro le aturdió. Casi ni percibió que los churros que comía ensimismado estaban fríos, ni que empezó a llover mucho más de lo que su sombrero soportaba. Así que sus pies lo llevaron por inercia hacia su casa. De camino consideró una buena idea parar en el Casino Industrial, que le pillaba de paso, y calentarse con una buena taza de café que acompañara esos churros que le manchaban las manos de aceite. Decidió que esa preciosa muchacha de mal genio merecía una nueva visita. No esperó más que dos días para repetir viaje al centro de la plaza, y si no fue al día siguiente fue porque algo le sentó mal y estuvo todo un día con retortijones y malestar. «¿Quizás los churros?».

—Vaya, ¿otra vez el señor por aquí? Le gustaron mis *jeringos*. Se lo dije, los más sabrosos de toda Córdoba.

—Bueno, son de los que no se olvidan —dijo Alphonse mientras se tocaba el todavía algo dolorido estómago.

—¿Otras dos ruedecitas?

—No, hoy me llevaré cuatro. Quiero que mi hermana disfrute este manjar.

Una casi imperceptible malicia acompañó esa frase.

—¡Qué bueno es usted!

—No lo sabe usted bien.

—Son cuarenta céntimos.

—Hoy tengo justo. Por cierto, fue usted muy amable al devolverme ese dinero el otro día.

—¡Faltaría más! Uno es pobre pero honrado. ¿Le encontró mi hija, verdad?

—En un santiamén. Por cierto, ¿no está?

—Hoy se ha quedado en casa ayudando con los pequeños. Desde que mi querida Carmela nos dejó, la Salus se hace cargo de todo. ¡No sé qué haría yo sin ella!

—Siento oír eso. ¿Fue hace mucho tiempo?

—Cuando nació el pequeño, hace ya cinco años. Ya entonces, siendo una chiquilla, se echó a sus espaldas toda la faena.

Nuevos encargos precipitados de clientes habituales cortaron la conversación antes de que Alphonse pudiera indagar más. Tendría que volver para retomar la mirada de esa preciosa joven.

ÉDOUARD. POITIERS. RIBERA DEL CLAIN. DOMINGO DE RESURRECCIÓN DE 1902

Clément tenía razón, podía llegar a enamorarse de Beatriz fácilmente. Seguramente ya lo estaba antes de aquel día de finales de octubre, cuando encontró el amor de una mujer por primera vez en su vida. En esas semanas que siguieron a aquella noche Édouard pudo decir que fue plenamente feliz. La conexión entre ambos se completó en un aspecto que este nunca hubiera imaginado. Llegó a desear el cuerpo de Beatriz en toda su belleza como antes había admirado su dulzura y su inteligencia. Pasaban horas juntos, desnudos en la cama, que veía pasar a dos enamorados del diálogo más trivial al amor más pasional sin interrupción. Édouard había incluso delegado sus quehaceres en el fiel Albert, quien se había extrañado porque eso mismo no hubiera ocurrido mucho antes. Solo se vestían para pasear y admirar la ciudad y sus alrededores y volver a llenar sus almas de conversaciones y de belleza, para después compartir de nuevo sus cuerpos.

Ese Domingo de Pascua de finales de marzo, con todas las campanas de la ciudad repiqueteando sin cesar tras varios días de obligado silencio, coincidieron en asistir a la misa de la Catedral de Notre Dame que tanto le gustaba a Édouard para después almorzar el típico cordero de Pascua en el Café du Théâtre. La comida era lo de menos, ellos se sentían completos y asentían sonrientes a todos los saludos que tanto tras la misa como en el restaurante les otorgaran sus conocidos. Querían disfrutar de un día de bullicio, pasear entre la gente, hacer visible su felicidad. Al salir del restaurante, fue ella la que propuso volver a Sainte Radegonde con la excusa de que le encantaban las explicaciones que de sus muros le hacía Édouard cada vez que iban. A Beatriz le encantó esa tradición de los huevos de chocolate, y degustó con ansia uno mientras bajaban las empedradas calles dirección al río. Evidentemente no era el día apropiado para pasear por las naves de la bella iglesia, pues los habitantes de Poitiers no dejaban de entrar

y salir de todos sus templos, unos por devoción y los más por tradición. Ambos decidieron pasear por la ribera del Clain.

—¡Qué lástima que no nos acompañe Duque! —reconoció Beatriz—. Le hubiera encantado saltar tras todos esos gorriones.

—Es sin duda su actividad favorita, mañana lo traeremos con nosotros. Si te parece, cuando…

—¿*Monsieur* de Montcuit? —Sonó una voz familiar a la espalda de la pareja interrumpiendo la conversación.

Al girar su cabeza Édouard creyó desvanecerse. Una sonrisa estúpida se le quedó grabada en su cara y no supo articular palabra, balbuceó un tímido sonido y tuvo que ser Beatriz quien, viendo extrañada la actitud de su esposo, tomara la palabra.

—Hola, soy Beatriz, la esposa de Édouard de Montcuit, a quien veo que ya conoce.

—Encantado. Cabo primero Clément Laloux, para servirla —se presentó Clément, acompañando su nombre con una exagerada inclinación de cintura.

—Hola, cabo, ¡cuánto tiempo! —Por fin acertó a decir Édouard—. Han pasado…

—Dieciocho meses exactamente, lo sé porque es el tiempo que he estado fuera de Poitiers —terminó la frase Clément.

—Querida, el cabo y yo solíamos venir a pescar y a hablar de libros por estas aguas. Es una feliz casualidad que nos encontremos ahora.

Parecía que las palabras salían trabajosas de la boca de Édouard. Beatriz no fue ajena a ese detalle.

—¡Qué feliz coincidencia! También a mí me gusta la literatura y pasear por estas riberas. Lo de pescar es algo que con solo imaginar sostener un pez muerto en mis manos se me hace misión imposible.

Beatriz consiguió con esas palabras destensar la situación.

—El señor de Montcuit ya me advirtió que su futura esposa era una mujer de gran belleza.

—Muy amable, mi esposo suele exagerar a menudo, pero prefiero ese halago a la ausencia de este —volvió a relajar el ambiente Beatriz, dándose cuenta de la extrema tensión de ambos hombres al pronunciar sus palabras.

—Una mujer con el sentido del humor que infiero en usted sin duda está dotada de una gran inteligencia.

—Vaya, vaya, voy a tener que invitarle a casa para que ambos sigáis agasajándome con lisonjas parecidas y pasar una velada de lo más

halagüeña.

—Aceptaría encantado.

—Pues no se hable más, mañana Lunes de Pascua, al menos que usted tenga algún compromiso, visítenos a la hora del té. No creo que tenga que decirle dónde vivimos… —La frase se interrumpió por una pequeña náusea que hizo aflorar rápidamente una sonrisa en el bello rostro de Beatriz.

El trío se despidió un poco abruptamente por el repentino malestar de Beatriz y por unos truenos lejanos que anunciaban el final de una bonita jornada, pero cada uno de los tres se llevaba una impresión diferente del encuentro. La necesidad de Clément de saludar a su amigo demostraba el vacío que había dejado en él esa amistad; la frialdad y el nerviosismo de Édouard ataban cabos en la cabeza de Beatriz y la fuerza que esta sacó de dentro estaba justificada por el mismo motivo que provocó sus arcadas.

—¿Por qué has tenido que invitar al cabo Laloux a casa?

El enfado iba implícito en la pregunta de Édouard.

—¿No te apetece volver a hablar con un querido amigo? —respondió Beatriz con otra pregunta—. Creía que te gustaría ponerte al día tras tanto tiempo sin saber el uno del otro. Además, me ha parecido un caballero de lo más agradable.

—Bueno, creo que tendría que haber sido yo quien lo propusiera…

—¿Acaso no es mi casa también?

—No es eso…

—Pues perfecto, mañana tendremos tiempo de seguir hablando, ahora me voy a acostar pues no me siento bien. ¿Vienes a la cama? —le propuso Beatriz junto a un sugerente movimiento de la cabeza y una sonrisa.

Esa noche Édouard no fue.

CLÉMENT. POITIERS. RUE DE BLOSSAC.
LUNES DE PASCUA DE 1902

Tumbado sobre su catre, oyendo de fondo la profunda respiración de sus compañeros de dormitorio y acompañando sus pensamientos de unas volutas de humo de un tabaco bastante malo que le había pasado un soldado de guardia, Clément no dejaba de sopesar la conveniencia o no de acudir a la cita. Su corazón le pedía retomar el contacto con Édouard, y esa bella española había causado en él una indudable sensación de curiosidad que quería ver satisfecha; pero, por otro lado, no quería volver a pasar por el

mismo proceso de ruptura interior por el que atravesara año y medio atrás. Quedó dormido en su disyuntiva y se despertó con la sensación de haber soñado algo placentero, señal que interpretó como un buen augurio para acudir al encuentro, o quizás era que el corazón había ganado la batalla a la cabeza una vez más.

—Llega usted con una puntualidad castrense, querido cabo —soltó directamente al abrir la puerta la propia Beatriz, adelantándose a una torpe doncella que llevaba ya varios meses a su servicio y a la que no despedían por comprender que no tendría otra opción en la vida.

—¡Vicio o virtud militar según se mire, señora! —respondió certero Clément, realmente sorprendido ante esos bellos ojos como nunca había visto—. Espero no haber llegado en mal momento… —dijo, más por educación que por convencimiento.

—En absoluto, pase. Creo que ya conoce la casa. Tomaremos el coñac en el salón. Allí le espera Édouard.

Clément no sabía exactamente qué, pero algo era diferente en esa casa. Las manos de una mujer habían sin duda dado un toque diferente a todos y cada uno de los elementos de ese salón. No tardó en darse cuenta del secreto: flores. Por todos los rincones de la gran estancia, jarrones de flores que poblaban las estanterías hasta entonces dominadas en exclusiva por libios y vajillas, plantas verdes y hermosas diseminadas por el suelo como formando parte de un quieto paisaje y unas nuevas cortinas blancas que agrandaban y alegraban la habitación habían transformado una triste sala en una alegre estancia.

—¿Le gustan las flores, cabo? —preguntó directamente Beatriz, captando los pensamientos de su invitado.

—¡Hasta ahora no me había dado cuenta de cuánto!

—¡Ya está mi mujer presumiendo de sus plantas! Solo es comparable a cuando habla de Córdoba o de Bécquer. Es imposible llevarle la contraria en esos asuntos, básicamente porque realmente es toda una erudita —dijo Édouard entrando por la puerta del fondo del salón.

—Bueno, me gusta que cumpláis esa promesa de lisonjas sin fin que para hoy yo esperaba —rompió a reír Beatriz y seguidamente sus dos acompañantes. Era obvio que había sintonía.

En el velador de roble macizo estilo renacimiento alrededor del cual se sentaron, el matrimonio compartiendo un mismo canapé que Beatriz había hecho tapizar con una moderna decoración a rayas en marfil y ocre, y *su invitado frente a* ellos en una butaca de madera tallada más decorativa que

cómoda, a Clément se le ofrecía frente a él la perspectiva de una bonita pareja en una vida perfecta. La criada apareció con una bandeja de plata sobre la que brillaban tres vasos de licor y una botella a juego, todo en un fino cristal de La Granja que Beatriz había traído desde Córdoba. Un líquido oscuro y denso casi llenaba la botella. Al posarla sobre la mesa, Sylvie, que así se llamaba la sirvienta, volvió a dar la razón a la joven pareja para dejarla a su servicio más por bondad que por otra cosa, pues al inclinarse a punto estuvo de provocar un estropicio. Clément demostró reflejos y tino por igual para evitar la catástrofe.

—Clément, ha salvado la última botella de un delicioso vino dulce de nuestra tierra que nos va a permitir que le ofrezcamos. Estoy seguro de que sabrá reconocer su profundo buqué —dijo Édouard, quien tomó la iniciativa de servir un Pedro Ximénez que guardaban para ocasiones realmente especiales.

—No se molesten, mi paladar no es de los más agraciados, yo me conformo con cualquier licor de la zona.

—¡Pero bueno! ¿Es que vamos a tratarnos de usted todo el tiempo? —cortó Beatriz con ganas de avanzar en conversaciones más profundas—. Sé que los franceses tienen este respeto por obligación en su hermosa lengua, pero también me consta que sois grandes amigos y dudo de que usarais el *vous* en vuestras conversaciones.

—Por mi parte estaré encantado de volver a tutear a mi amigo y, aunque se me haga difícil, a su esposa también, pues si es ella misma la que insiste…

—¡Claro que insisto! Y aunque a mi marido le haya comido la lengua el gato, sé que también estará de acuerdo.

—¡Se le haya comido la lengua el gato! Veo que su francés es impecable, es una expresión muy conveniente para esta situación —reconoció Clément mientras no dejaba de extrañarse por el constante silencio de su antiguo amigo.

—Bueno, no tiene mérito. En ocasiones utilizo palabras y dichos de mi lengua y los traduzco al francés. Eso me está proporcionando afortunados aciertos y vergonzosos tropiezos por igual —dijo Beatriz, contagiando de nuevo con su sincera risa a sus dos contertulios.

—Doy fe de ello —comentó por fin Édouard, quien había necesitado de unos instantes para acostumbrarse a que sus dos mundos coexistieran—. Sin ir más lejos, se definió ella misma como *estúpida* ante el alcalde de Valençay al utilizar incorrectamente *débile*…

Esa anécdota, junto a la segunda copa de vino dulce que sirvió Beatriz, terminaron de endulzar el ambiente.

La velada continuó con anécdotas varias de cualquiera de los tres. Allí sentados, compartiendo vino y mesa, se sintieron cerca el uno de los otros. Clément se alegraba en silencio de haber dado el paso de asistir a la velada; Beatriz se sentía extrañamente a gusto con ese dulce muchacho cuyo aspecto semejaba más al de un poeta que al soldado que era; y Édouard se maravillaba de que esas dos personas a las que, cada una a su manera, tanto quería, se entendieran tan bien.

Ni una sola palabra de libros ni de truchas.

ALPHONSE. CÓRDOBA. PLAZA DE LA CORREDERA. PRIMAVERA DE 1902

Se ganó la confianza de esa brava mujercita con perseverancia y amabilidad por igual. Desde el principio comprendió que a la Salus no le valdría con una supuesta superioridad social o intelectual, muy al contrario, así que no tuvo ningún problema en adaptarse a las exigencias de esa joven que lo tenía cautivado. En los paseos por esos barrios cordobeses que empezaba a descubrir dejaba que fuera ella la que decidiese las conversaciones y las calles, pues además le parecían de lo más interesante. Tomás, el padre, no se oponía a esas citas, pues confiaba en el criterio de su hija. Lo era todo para él. Aunque sabía de lo imposible de una verdadera relación entre dos personas tan lejos la una de la otra. Alphonse solía recogerla del puesto de tejeringos cuando ella le hacía una señal acordada. No le fue difícil adivinar a Tomás que siempre que el pañuelo del cuello de Salustiaga era rojo tenía que irse antes para arreglar *asuntillos de la casa*.

—¿Te puedo coger de la mano?

—¿Desde cuándo uno de los tuyos pide permiso para algo?

—Yo solo hablo por mí. Y siempre he respetado la opinión de los que me importan.

—A mí no me tienes que engañar con palabritas vacías —dijo Salustiaga mientras le soltaba el beso más inesperado que recibiera en toda su vida—. ¿Ves? No hay que pedir permiso para todo, señorito remilgado.

No volvió a pedirle permiso para cogerla de la mano.

—¿Has tenido otros novios? —preguntó Alphonse una extrañamente fresca tarde de principios de mayo, mientras se abotonaba la elegante

camisa blanca de algodón que había estrenado ese día.

—¿No creerás que somos novios? —Le rompió el corazón Salustiaga.

—Entonces ¿qué somos?

—Mira, señorito remilgado, si te dejo hacer lo que haces es porque a mí también me gusta, y porque mi cuerpo me empuja al tuyo tanto como a ti. Pero debes entender que eso está muy lejos de que tú y yo seamos algo parecido a unos novios. Yo sé que algún día ya no aparecerás por el puesto y me quedaré igual que estaba hace unos meses. No somos del mismo mundo. Y tú también lo sabes.

—Pero yo te quiero y…

—Déjate de palabrería —le cortó en seco Salustiaga—. Y demuéstrame otra vez ese amor del que hablas si eres capaz —le dijo al tiempo que le volvía a abrir la camisa, rasgándola involuntariamente con sus uñas—. Mis hermanos todavía jugarán un rato más en la calle —añadió.

BEATRIZ. POITIERS. RUE DE BLOSSAC. 10 DE MAYO DE 1902

Las semanas posteriores a ese primer encuentro habían profundizado en una amistad de ese trío que empezó a frecuentar paseos por el Pare de Blossac, por el río cuando Duque convertía al grupo en cuarteto, y por diferentes rincones de Poitiers sin importarles demasiado ciertas habladurías que malintencionados vecinos escupían por aburrimiento. Las conversaciones, siempre animadas, ya habían abierto su espectro a la literatura y a la historia, como no podía ser de otra manera. La pesca quedó apartada, pues era imposible convencer a Beatriz de que los acompañara a una partida de pesca. Esos ratos, cuando se daban, eran para los dos hombres. Ella se había empeñado en enseñar español a su nuevo amigo, quien demostró dotes para los idiomas desde muy pronto. Bécquer puso los textos y Beatriz la paciencia. Los resultados eran prometedores.

La mañana de ese viernes de mayo, con la luz del alba despuntando, unos fuertes golpes al picaporte de la puerta principal despertaron al matrimonio, que se había quedado dormido en la misma postura en la que habían terminado de hacer el amor ya casi de madrugada. Sobresaltado por el ruido, Édouard bajó descalzo las escaleras con la bata casi sin anudar y él mismo abrió la puerta. Beatriz se acicaló algo más tranquilamente antes de bajar a ver qué pasaba. De nuevo Sylvie llegaba tarde a sus obligaciones.

«¡Qué paciencia hay que tener!», pensó Édouard.

—¿Qué pasa, Clément? ¿A qué tanta prisa? ¿Qué hora es?

—Me enteré anoche. Mira el periódico.

—«Una erupción volcánica arrasa Martinica. La ciudad de Saint-Pierre está totalmente destruida» —leyó Édouard.

La expresión de Clément mostraba una preocupación más allá del lógico problema humanitario.

—¡Pobre gente! —se oyó decir al principio del pasillo de entrada a una Beatriz que había oído cómo su marido leía el titular en voz alta.

—Mi hermano está allí —dijo apesadumbrado Clément—. Mi hermano está allí —repitió.

—No sabía…

—Sí, Édouard. En una ocasión te hablé de mi hermano menor. Él también, alentado por mi padre como yo, decidió enrolarse en el ejército. Pero su naturaleza, mucho más impetuosa que la mía, le hizo pedir ir a colonias. La última carta que me escribió está sellada en Saint-Pierre.

—¡Dios mío! —exclamaron tanto Beatriz como Édouard como una sola voz.

—Seguro que estará bien. Debe de haber supervivientes —dijo Beatriz con más ánimos que su esposo.

—Debo ir. El ejército va a enviar varios barcos de ayuda. Tengo que conseguir estar ahí. Mi experiencia en avituallamiento debe valerme de algo —dijo Clément, tan convencido como desconsolado.

—¿Estás seguro? —preguntó Édouard.

—Nos encantaría que asistieras al bautizo de nuestro primer hijo por el mes de septiembre —se le ocurrió adelantar a Beatriz, que hubiera deseado un momento mejor para anunciar su feliz estado.

Los dos hombres abrieron los ojos tanto que la sonrisa en la cara de Beatriz consiguió esbozar la última que el rostro de Clément dibujara en mucho tiempo.

EMMANUEL. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. JULIO DE 1902

A Emmanuel le extrañó que su hijo no quisiera aceptar la invitación de doña Sabina de pasar una temporada de verano en la sierra de Montilla. Algo se traía entre manos para rechazar tal oferta, y conociendo a su hijo

pequeño no sería nada bueno. Entre doña Rosa y él consiguieron que Rafaela les contara, como quien no quiere la cosa, que su hijo andaba encaprichado de una chiquilla del barrio de San Pedro. La noticia no gustó a ninguno de los dos.

—Mira, Alphonse —soltó Emmanuel, que había esperado a los postres para relatar lo que previamente había preparado con su mujer—. Tu madre y yo estamos muy preocupados.

—¿Por qué? —preguntó estúpidamente Alphonse, quien sabía perfectamente la respuesta.

—Tienes más de quince años y es absolutamente normal que tiendas a conocer a mujeres que te proporcionen unos, digamos, beneficios. En mi época mi padre me explicó perfectamente cómo hacer ante las mujeres a tu misma edad, y me llevó…

—No sigas —le cortó doña Rosa, algo sonrojada por participar en esa conversación.

—Pero querida, es lo normal a estas edades —dijo su esposo, dejando caer cierto orgullo en la afirmación.

—Pero habíamos quedado en que tratarías directamente el tema en cuestión.

—Cierto. Pues creemos que es el momento de dar un giro en tu vida. Hemos decidido que viajes un poco este verano y visites a tu hermano en Francia. Siempre has querido hacerlo y así podrás estar allí cuando nazca tu primer sobrino —sentenció tranquilamente Emmanuel—. Pasa un tiempo con ellos y seguidamente comenzarás tus estudios de leyes en Madrid.

—¿Habéis decidido? ¿Y yo no decido?

—Efectivamente —zanjó Emmanuel.

—Pero yo estoy enamorado…

—*Pas un mot de plus!* —Había hablado en francés y eso era mal síntoma —. Tú harás lo que se te dice y basta. Tú no estás enamorado, estás enchochado con la primera mujer que te ha dejado ver su entrepierna.

—¡Padre, por favor! ¡Ese lenguaje! —terció Justine, quien asistía atónita a la conversación.

—Pero me he expresado bien, ¿verdad?

—¿Y si me niego?

—Pregúntale a tu hermano qué puede pasar si te niegas —concluyó Emmanuel, levantándose tranquilamente de la mesa y dando por acabada la conversación.

Salustiaga tenía razón, «algún día ya no aparecerás por el puesto y me

quedaré igual que estaba hace unos meses. No somos del mismo mundo». Tres días después subía al tren dirección a una nueva vida y no se le permitió salir de casa hasta la partida.

BEATRIZ. POITIERS. RUE DE BLOSSAC. 27 DE AGOSTO DE 1902

La precipitada partida de Clément había dejado un vacío en la joven pareja que consiguieron llenar a base de esperanza. Por un lado, la de la pronta vuelta de su querido amigo y, por otro, la del nacimiento de un niño que seguro traería alegría a sus vidas. Mientras tanto, la visita de Alphonse llenó de sinceras emociones la vieja casa familiar. El esperado y postergado viaje del benjamín de los de Montcuit a Poitiers respondió desde el principio a las expectativas creadas. Desde el primer día, Alphonse se hizo un sitio en ese feliz hogar que esperaba ansioso la llegada del nuevo miembro. Doña Teresa, a quien Beatriz echaba tanto de menos, pues creía que solo su madre la entendería llegado el momento, mandó una carta que el propio Alphonse *entregó en mano, en* la que se excusaba por no atreverse a tan largo viaje, y deseándole que disfrutara tanto del feliz momento del parto como ella misma hizo unos veinte años atrás, apostillando que en un sueño había visto claramente a su hija amamantando a una pequeña niña.

Desde que llegó, Alphonse empezó a conocer esa ciudad, que había construido en su imaginación, del brazo de Beatriz, con quien daba esos paseos que tanto bien le hacían a la futura mamá. Édouard estaba en plena preparación de la vendimia y quería pasar el menor tiempo posible en Valen^ay, y en quién mejor que en su hermano para delegar esas caminatas. Hasta ese momento, los cuñados no habían tenido verdadera ocasión de conocerse. Beatriz comprendió al instante esa pasión que Édouard sentía por su hermano menor y Alphonse se sintió completamente feliz al observar que nadie mejor que esa mujer para que la tristeza que siempre acompañó a su hermano tornara en felicidad. Necesitaron poco tiempo para entenderse, compartían gustos y aficiones, y aunque en los primeros días Alphonse reconociera a Beatriz cierta pesadumbre por haber dejado a un amor abandonado en Córdoba, sus males de amores desaparecieron tan pronto como empezó a cruzar miradas con esas jóvenes que le hicieron olvidar a *su* Salustiaga.

El día amaneció más fresco de lo habitual. Alphonse solía bajar a hablar

de cualquier cosa con el laborioso Albert, y disfrutaba de los eternos disloques de la pobre Sylvie, a quien compadecía al tiempo que ayudaba en sus quehaceres. Comprendía perfectamente la decisión de mantenerla en el servicio. «A mi madre no le hubiera durado más de una semana», pensó divertido cuando por segundo día consecutivo le confundía el azúcar con la sal en el café del desayuno. Se extrañó de que Beatriz no bajara a acompañarlo; solían desayunar juntos en un pequeño velador blanco de hierro forjado en el jardín trasero, aprovechando las buenas temperaturas de esas fechas.

—Parece que la señora Beatriz hoy ha decidido descansar un poco más, ¿no? —preguntó educado Albert, quien contaba las cajas de un pedido que debía salir esa misma mañana.

—Eso parece. Si no fuera porque estamos en Francia diría que está uniendo la mañana con la hora de la siesta —bromeó algo inquieto Alphonse—. ¿Cuándo está previsto que vuelva mi hermano de Valençay?

—Pues de un día a otro. Si todo va bien no es necesario que pase más tiempo allí. Ya sabe que no se perdonaría no estar el día del nacimiento de su primer hijo.

—Bueno, para eso dicen los médicos que quedan al menos tres semanas.

Alphonse se tranquilizó al tiempo que pronunciaba estas palabras:

—Sylvie, ¿sería usted tan amable de ir al cuarto de la señora y ver si está ya despierta?

Pensó que sería más conveniente serenarse con Beatriz junto a él.

Instantes después, el grito de la asustada doncella hizo que ambos, Albert y Alphonse, salieran corriendo dirección a las escaleras que daban casi directamente al dormitorio principal. La imagen era sobrecogedora. Una sombra roja carmesí manchaba en redondel toda la mitad de la gran cama. Una de las cortinas atadas al dosel trasero había sido descolgada a la fuerza y quedaba arrastrando entre la cama y el suelo. Sylvie, a la derecha del cuadro, tapaba su boca con las dos manos, y en el centro del lecho destacaba un cuerpo blanco semidesnudo, con su camisón desgarrado desde los encajes y convertido en improvisada toga para tapar al pequeño bebé que dormía tranquilo, mamando de uno de los pechos desnudos de su madre.

—Se llamará Monique, como la santa del día que me ayudó a traerla al mundo —acertó a decir Beatriz antes de cerrar los ojos y quedar dormida para siempre.

BEATRIZ. POITIERS. CIMETIÈRE DE CHILVERT. 29 DE AGOSTO DE 1902

Mientras la triste comitiva atravesaba el Pare de Blossac que tanto amó Beatriz el poco tiempo que lo disfrutó, las lágrimas que tragaba Édouard no le permitían siquiera comprender la realidad. Alphonse, a su derecha, se esforzaba en mantenerlo erguido mientras caminaban tras el féretro que llevaba el cuerpo sin vida de la única mujer a la que amó. Durante su último paseo con Beatriz, Édouard imaginaba que todo hubiera sido diferente, que, en lugar de ir tras un pomposo coche fúnebre tirado por dos caballos negros, fueran tras el pequeño cochecito de mimbre que habían comprado juntos varias semanas atrás y del que Beatriz se había encaprichado nada más verlo. Se imaginaba durmiendo junto a esa pequeña criatura, con una piel tan delicada como la de su mujer y con el mismo olor a melocotón que siempre la distinguió. Fantaseaba con nuevos viajes y visitas a lugares comunes, pero esta vez a ambos los acompañaría su pequeña hija. Casi sin darse cuenta, estaban frente al panteón que su familia había construido muchos años atrás en un lugar apartado del cementerio, y que por primera vez alojaría a una española. El responso, las flores que arrojaron al interior del panteón, la lluvia de verano que cayó en tromba, los pésames que le llegaban por todos lados, nada de eso quedó en su memoria. Édouard solo recordaría de ese día el profundo dolor de saber que nunca más su vida estaría completa y el olor a caballo que le acompañó hasta el cementerio y que se le quedó incrustado en el alma para siempre.

Alphonse decidió permanecer con su hermano una temporada. Se lo comunicó a sus padres y estos aceptaron de buen grado. Ya tendría tiempo de empezar los estudios de leyes en Madrid. El dolor también había llegado a la casa de Córdoba. Justine ofreció varias misas por el alma de su cuñada y las vivió con profundo fervor. Doña Rosa lloró sinceramente y Emmanuel tuvo que reconocer que esa criatura había dejado un vacío imposible de llenar. Viniendo de él, eso eran palabras mayores. Incluso Caroline, a su modo, rindió memoria a Beatriz llamando a su nueva hija con ese nombre. Los que nunca se recobrarían de su pérdida serían los padres de Beatriz. Doña Teresa nunca más sonrió ni abandonó el negro de luto y a don Pelayo su corazón le saltó en pedazos dos semanas después de la noticia. Un padre también puede morir de amor.

ÉDOUARD. POITIERS. RUE DE BLOSSAC. ENERO DE 1903

A Alphonse no le extrañó que esas Navidades apareciera por sorpresa un día Édouard con un flamante auto recién traído de París que había encargado la semana después del terrible desenlace, un Panhard et Levassor negro y bronce que Dios sabría cuánto le había costado. Sabía que había aborrecido a los caballos, y esa era su manera de vengarse de aquellos que se llevaron para siempre a Beatriz. No tenía mucho sentido, pero al mismo tiempo lo comprendía. A sus quince años, Alphonse había tomado la responsabilidad de sostener el ánimo de su hermano, de buscar una nodriza para su pequeña y maravillosa sobrina y de gestionar la empresa familiar. Nada hubiera sido posible sin Albert, a quien consideraba uno más de la familia, ni sin Sylvie, quien, si bien había demostrado muy poca mano para su papel de doncella, se mostró muy dotada como ama de cría de la pequeña Monique. Tierna y dulce, acurrucaba al bebé con la misma delicadeza que lo hubiera hecho su propia madre. En cambio, su hermano le preocupaba profundamente. No solía pronunciar palabra durante todo el día, si comía no sabía cuándo ni dónde, al menos en la casa no. Lo que sí hacía era llorar. Se le escuchaba en el silencio de la noche sollozar calladamente en aquel cuarto que tan poco tiempo compartiera con su mujer.

Édouard vagaba por el río, esa era su única misión cada día. Ni siquiera se hacía acompañar por su fiel Duque, quien había captado la tristeza de su amo y hacía tiempo que no era el mismo alegre compañero. Se sentaba junto al agua y la veía correr. Cerraba los ojos y se dejaba acurrucar por ese armonioso sonido que lo adormecía. Al menos así dejaba pasar el tiempo. Un día de finales de enero, volviendo a casa tras otra jornada plagada de sueños y recuerdos, la lluvia le sorprendió atravesando el Pont Neuf. El cercano Café du Commerce le ofrecía una pequeña mesa arrinconada como tabla de salvación ante el agua que empezaba a caer. Allí dentro, decidió buscar refugio en esa absenta de la que tanto había oído hablar y que nunca se había atrevido a probar. Resolvió aguarla muy poco, como solía hacer con el anís cordobés o el pastís francés, disolvió el azúcar, poco, como otras veces había visto hacer, pero, en este caso, la fuerza de ese brebaje pronto le inspiró la solución a sus problemas: se iría a Martinica en busca de la única persona que podía consolarle.

—¿De dónde vienes? Estábamos preocupados. Hasta tu hija pregunta

por ti —exageró Alphonse al ver aparecer a Édouard en un estado como nunca había visto.

—¡Déjame! Tú no lo entiendes. Esta no es ya mi casa. Necesito otro sitio para vivir. Ahora lo veo claro. Me voy a Martinica —hablaba a borbotones, sin control sobre sus palabras o su mirada, que cambiaba del techo al suelo sin cesar.

—Tú te vas a dormir. Mañana hablaremos.

No fue hasta bien entrada la tarde que Édouard volvió a aparecer por la casa. Casi sonámbulo, bajó las escaleras lentamente, como si los zapatos le pesaran. Arrastrando los pies entró en el salón llevado por el olor de su pequeña Monique, que dormitaba junto a la ventana que tanto disfrutó su madre con un libro en la mano, y le dedicó una leve sonrisa acompañada por una tierna caricia. Sylvie no se movía de su lado en todo el día, pero para ella no tuvo ni una simple mirada; seguramente no se percató siquiera de su presencia. Llevado por sus pies más que por su consciencia acertó a calentarse un té él mismo sin pedírselo a Paulette, la nueva doncella a la que casi ni conocía y que venía recomendada por el propio Albert.

—¡Feliz Año Nuevo! —bromeó Alphonse al encontrarse con su hermano por el pasillo junto a la gran cocina—. ¡Ya se ha levantado el señor de la casa!

Édouard pareció no haber oído a su hermano y siguió andando hacia el salón principal con el objetivo de sentarse en el sillón más cercano a la cuna que ocupaba su hija. Ahí se sorprendió de que su sitio estuviera ocupado por Sylvie, a quien con un gesto nada cortés hizo levantarse para ocupar él ese lugar. Dejó el té sobre la mesa, derramando casi la mitad en el plato, y se puso a mirar por la ventana.

—¿Recuerdas mis palabras de anoche, hermano?

—Ese no eras tú, no te preocupes. Es lógico que necesites un tiempo para recuperarte. Si tienes que ahogar penas en alcohol, hazlo. Estás en tu derecho.

Ahora el papel de Alphonse era el de hermano mayor.

—Sí. Ese era yo. Y mis palabras estaban llenas de propósitos que estoy dispuesto a cumplir. Mi sitio ya no está en esta casa ni en esta ciudad.

—¿Pero qué estás diciendo? Y esa criatura que duerme ahí, ¿no te ata nada a ella? ¿Es que acaso no te necesita? ¡Y tú a ella, demonios! Es parte de ti y de Beatriz, y es tu deber darle toda la felicidad que su madre hubiera querido. Llórala, recuérdala y honra su memoria en la figura de Monique. Ese es tu deber.

La contundencia de las palabras de su joven hermano vinieron acompañadas por la entrada en la habitación de Paulette con una bandeja plateada que contenía un sobre más ajado de lo habitual. Antes de seguir con la conversación, y sin ganas de que esa extraña oyera su respuesta, Édouard alargó la mano para coger el sobre y, apático, leyó el remitente. Su cara cambió por completo al ver el matasellos: Fort-de-France, 15 de septiembre de 1902.

Queridísimos Beatriz y Édouard,

Hubiera querido ser yo mismo el que os diera la enhorabuena por el nacimiento de vuestro hijo. Espero de corazón que os haya llenado la vida de alegría. Creedme que en la distancia la comparto con vosotros.

Aquí, las noticias no son halagüeñas. Hay miles de muertos, entre ellos la completa guarnición de mi hermano. La ciudad de Saint-Pierre prácticamente ha desaparecido y los pocos supervivientes de la catástrofe han decidido mudarse a otras ciudades de esta inquietante isla, tan bella y tan llena de dolor. Al parecer, mi querido Jean-Paul se encontraba junto a sus compañeros en una barcaza en el puerto descargando víveres tras varias jornadas de avisos de esa amenazadora montaña cuando el monte Pelée por fin dio ejemplo de su tremenda fuerza, soltando una estruendosa explosión que provocó que un aluvión de barro llegara hasta el mar y soltara las amarras de la mayoría de las naves allí fondeadas. Basé mis esperanzas en que su barco hubiera alcanzado una distancia suficiente para no quedar sepultado por la siguiente caída de rocas y fuego que barrió todo. Pero tras tantos días de espera y búsqueda sin ninguna recompensa, ahora mis anhelos de encontrar a Jean-Paul se han desvanecido completamente. He mitigado el dolor por su pérdida trabajando en la reconstrucción del puerto para hacer llegar los víveres a esta pobre gente que todo ha perdido. Al menos, el hecho de ayudar me hace sentirme útil. Es aquí y en estas circunstancias que he tomado la decisión firme, reflexionada y triste a la vez de engancharme en un cuerpo expedicionario que parte al norte de África, donde tanta falta hacen soldados de mi experiencia. ¿Por qué si no he tomado el camino del ejército? Tengo que hacer

algo por los demás. Mi hermano murió haciéndolo y no se me ocurre nada mejor a lo que dedicar mi vida. Poitiers ha sido una etapa en la que he conocido a una persona maravillosa que ha tenido la suerte de encauzar su vida con otra igualmente especial.

Creedme que mi corazón estará siempre con vosotros, que os deseo una vida feliz y plena junto a vuestro hijo, espero que el primero de muchos, pero entended el motivo de mi decisión y compartidlo conmigo.

Vuestro eterno amigo,

Clément

El papel cayó al suelo al tiempo que Édouard se levantaba para coger a la pequeña. La alzó todo lo alto que sus brazos daban de sí y luego la apretó tanto contra su pecho que esta se despertó emitiendo un sonoro quejido que fue música para los oídos de su padre.

CARMEN. CÓRDOBA. CAMPO SANTO
DE LOS MÁRTIRES. MAYO DE 1903

El ayuntamiento estaba acometiendo unas obras de acondicionamiento para un futuro jardín en el lateral del alcázar que se adentraba en la Huerta del Rey. Este no sería posible hasta que el cabildo cediera el agua necesaria para el mismo, y esas eternas obras paralizadas que la ciudad de Córdoba siempre mostraba al visitante eran el escenario perfecto para guerras a pedradas entre grupos de chiquillos de los barrios colindantes, enemigos acérrimos hasta que el cumplir de los años los hacía sentar la cabeza y casarse entre sí.

En ese perfecto campo de batalla, al grito de «guerra guerrilla, guerra guerrón…», con múltiples trincheras y proyectiles a su disposición, Pepito, Manolo y Antonio tuvieron a bien llevar a su hermana pequeña a presenciar una de esas contiendas de las que tan orgullosos se sentían las veces que no llegaban llorando por haber recibido el impacto de algún enemigo. Aquel día, los soldados del barrio del Alcázar Viejo, con Manolo a la cabeza, habían decidido una maniobra militar basada en esconderse en unos profundos socavones que en el centro de la explanada habían quedado para,

después de que sus contrincantes aparecieran, salir en una artimaña de despliegue masivo, o algo así le habían explicado los soldados de las caballerizas con los que Manolo solía hablar. Allí escondidos, aburridos hasta la hora de la verdad, un pequeño grupo de entre esos niños, cansados de tanto esperar, empezó a excavar todavía más hondo de lo que esos grandes hoyos ya estaban. Tanto llegaron a hacerlo que en un momento se abrió un hueco bajo sus pies del tamaño suficiente como para engullir a Antonio, el más tenaz en la labor de zapa. Los niños se sobresaltaron al unísono. Todos salieron rápidamente del gran agujero, ahora transformado en un pozo negro que se había tragado a uno de ellos. La pequeña Carmen no dejaba de chillar y era la única que se mantenía al borde del recién creado orificio, gritando con todas sus fuerzas el nombre de su hermano. Tales eran sus alaridos que los recién llegados enemigos, prestos para la batalla, se acercaron en son de paz a ver lo que estaba sucediendo allí. Decenas de cabezas de niños asomadas miraban la escena en la que una pequeñita repetía sin cesar el nombre de Antonio hacia un boquete en el suelo.

El pequeño tardó un rato en responder, no por haberse lastimado (siempre había sido un niño resistente, que no fuerte), simplemente no daba crédito a sus ojos. Con la luz que entraba por el orificio, se iluminaba una estancia amplia y pintada de colores ocres; columnas lisas y bien esculpidas terminaban en elegantes capiteles que al niño se le hacían avisperos. Olía a humedad, y un callado rumor de aguas subterráneas era el único sonido audible, pero el suelo sobre el que pisaba era fuerte y consistente. No tenía miedo.

—¡Estoy bien! ¡Esto es muy bonito! —Se oyó desde el borde donde su hermana rio y los demás niños, algo más alejados, respiraron tranquilos por no tener que dar explicaciones a sus padres por ese accidente.

Contaba poco más de tres años cuando Carmen atesoró su primer recuerdo, y no podía ser otro que el de una experiencia con sus hermanos. Sin saberlo, habían descubierto los baños califales que Alhaken II construyera en el siglo X y que su hermano Antonio encontrara por casualidad un día de primavera de 1903. No podía llegar a imaginar que, en ese mismo lugar, años después, otro acontecimiento le cambiaría por completo la vida.

ALPHONSE. POITIERS. RUE DE
BLOSSAC. JULIO DE 1903

En el último año, Alphonse había asistido a tantas cosas que la que iba a ser una visita poco más que protocolaria a la casa de su hermano en Poitiers se alargó más de un año, hasta que creyó haber dejado algo organizada la situación. En los últimos meses, Édouard daba muestras de aceptación de la realidad y se le veía a menudo disfrutar de los primeros ruiditos de su tierna Monique. Sin duda encontraba en esos ojos los de Beatriz, no había duda de quién la había traído al mundo. Los negocios estaban bajo control en la figura de Albert, no había de qué preocuparse. Pronto sería el momento de la nueva vendimia y Édouard había decidido trasladarse como siempre a la casa de Valençay, esta vez en compañía de su pequeña y de Sylvie, que tan bien comprendía los inexplicables llantos del bebé. Poco más podía Alphonse hacer allí. Con dieciséis años ya cumplidos, quería emprender esos estudios en leyes que tanto ilusionaban a su padre y que, quién sabía si, bien utilizados, podría sacarles algún tipo de rendimiento en el futuro.

Prometió solemnemente, en voz alta a su hermano durante su último almuerzo juntos, y calladamente en los pequeños oídos de su sobrina, que volvería en cuanto pudiera y que no faltarían cartas que le acercaran a ambos su presencia. La tristeza de Édouard por la partida de Alphonse era patente, pero comprendía perfectamente la decisión de su hermano. Era el momento de volver a coger las riendas de su vida y ahora también las de su hija. Estaba convencido de que contaba con la fuerza de Beatriz desde allá donde estuviera.

Antes de abandonar Poitiers, Alphonse visitó la tumba de su cuñada. Ya habían colocado la definitiva losa con su nombre en letras blancas sobre mármol negro en el mausoleo familiar. Solo el nombre, sin fechas ni frases para el recuerdo, como su hermano dejó dicho. Le resultó extraño el frío que dentro de esa especie de *templo* mortuorio hacía, en contraste con el calor exterior. No era persona que se entregara a las plegarias, pero en esa ocasión lo consideró un deber para con Beatriz y en nombre de tantos que hubieran querido hacerlo frente a su sepultura y nunca podrían. De algún modo se sintió bien. Tres cosas se llevó consigo para, en cuanto pudiera bajar a Córdoba, darlas cada una a su dueño: una preciosa estampa recordatorio del bautizo de su sobrina para Justine, con una simple y bella oración en francés en el reverso que seguro que su hermana agradecería; una foto de Monique para sus abuelos paternos, en la que se apreciaba una linda carita dormida y donde un pomposo vestido blanco destacaba sobremanera del resto de la imagen; y el objeto más preciado de Beatriz, ese manuscrito

que aquel día a la vuelta de Chenonceau Édouard le regalara y que descansaba sobre su mesa de noche el día que falleció; estaba seguro de que a la madre de Beatriz le encantaría tenerlo.

CARMEN. CÓRDOBA. CALLE POSTRERA. PRIMAVERA DE 1904

Carmen no llegó a conocer esa capacidad de su madre de observar y callar. Durante toda su vida escucharía siempre la misma cantinela:

—¡Niña! ¡La madre que te parió! ¡Qué poco te pareces a ella! Si te viera tu madre que en paz descanse, se echaría a llorar al ver el mulo rabón que trajo al mundo.

La niña creció rodeada de hombres, quienes daban por descontado desde muy temprana edad que a ella le tocaba acarrear con las tareas de la casa que su madre había dejado. De hecho, de pequeña siempre le acompañó la impresión de que tanto su padre como Pepito, su hermano mayor, siempre la culparon de la muerte de su madre. Al menos ella siempre se refugiaba en esa idea cuando alguno de los dos la maltrataba o, mejor dicho, lo intentaba. Porque el carácter de Carmen era inquebrantable: podía llorar como la niña que en realidad era, pero nadie nunca la vería. Hacía de su silencio un muro que de algún modo la protegía.

A su abuela esa actitud la hacía sentirse orgullosa, aunque sabía que le traería más disgustos que otra cosa en la vida. Ese tipo de personalidades cuentan que suele saltarse una generación y en este caso no cabía duda; los principales rasgos de la *Flores* se vieron exagerados en su nieta. El orgullo llevado hasta sus últimas consecuencias, la altivez en los peores momentos, unos ojos tan negros como la supuesta vida que le habría de tocar, aunque reflexivos como único rasgo, este sí, de su madre y, cómo no, un amor hacia las flores y la vida que estas irradian que en los peores momentos siempre utilizaría como refugio para sus penas.

Como se decidió que el sitio de la pequeña tras la falta de la madre era al lado de la abuela, sin más cobertura en su pequeño cuerpecito que unos pobres paños de algodón que como era costumbre los vecinos habían regalado a la recién nacida, la abuela encerró entre sus pechos a la niña y cruzó el patio hasta su habitación, justo enfrente de la que vio nacer a Carmen y morir a María con tan pocos meses de diferencia. El traslado era de apenas unos metros, pero significaría kilómetros de diferencia entre lo

que pudo haber sido y lo que acabó siendo.

Mientras sus hermanos crecían según los criterios de un padre que nunca estaba y que cuando aparecía a menudo les hacía añorar su ausencia, Carmen aprendía de todo aquello que su abuela le mostraba. Creció entre flores y aprendió a amarlas, porque desde pequeña le enseñaron que, como las buenas personas, las plantas agradecen el ser cuidadas, pero si se las abandona, también pueden ser fuertes y agarrarse a la tierra que las vio nacer. Carmen creció escuchando las cancioncillas que tanto su abuela como doña Inés tarareaban mientras arreglaban las macetas, pues ambas decían que las plantas respondían con colores a la música bien cantada.

Doña Inés, la viuda del cuarto aledaño al suyo, quien hacía las veces de casera, solo tenía de dulce su bonito nombre, pues en sus formas y su vocabulario bien podría ser uno de esos soldados que ocupaban el cuartel del final de la calle. A Carmen siempre le impresionó que masticara tabaco y lo escupiera con más tino que su propio padre, pero lo que de verdad la hacía digna de todo su reconocimiento era que la sarta de barbaridades, ofensas e improperios que por su boca pudieran salir superaran en mucho la de todos los hombres de la casa juntos, así que estaba claro a la hora de repartir tareas y de poner los puntos sobre las íes quién tenía todas las de ganar en las constantes disputas que en la casa había.

A doña Inés ya todo le traía al pairo, excepto sus flores y su cocina, donde nunca faltaban rastras de ñoras colgando indispensables para sus guisos y racimos de uvas para saciar su único vicio. Demostraba una especial inquina por esos soldados desnutridos y fanfarrones que merodeaban siempre por su calle aburridos de no hacer nada, pues le recordaban a su único hijo muerto en esa estúpida guerra en Cuba unos pocos años atrás. Cuando los veía pasar por la ventana mientras cocinaba lo que ese día hubiera en el puchero, no dejaba pasar la oportunidad de espetarles una retahíla de insultos sin venir a cuento que todos los vecinos de la casa casi podían recitar de memoria:

—¡Malditos hijos de mil padres! ¡Vosotros no vais a la guerra, no! Allí van los *pobreticos* que no tienen de *na*. ¡Qué poca *lache* tenéis! ¡*Escorrozos! ¡Escupejumos!* ¡Eso es lo que todos vosotros sois!

Pero rápidamente, la pobre se daba cuenta de que no eran más que unos desgraciados como su añorado Quinín, y algunas veces hasta los hacía entrar y les daba unas rebanadas de pan duro mojado en el caldo del guiso que ese día se compartiera en la casa.

CARMEN. CÓRDOBA. CALLE POSTRERA. ENERO DE 1905

El cuarto dormitorio que esa casa acogía lo ocupaba una pareja joven recién llegada de Aguilar de la Frontera con la esperanza de pasar menos hambre de la que hasta entonces habían conocido. Soledad hacía honor a su nombre y no se sabía si estaba o no. Como buena mujer de campo nunca rechazaba un trabajo por duro que fuera. Se había deslomado cogiendo uvas en verano, aceitunas en invierno y de todo lo que hiciera falta el resto del año desde que tenía memoria; los callos en las rodillas y la piel rasgada a sus veintitantos años lo afirmaban. Paco destilaba tristeza por donde pasaba. A pesar de no ser la alegría de la huerta, se podía contar con él para apañar los asuntos de la casa cuando hiciera falta y el *Mulero* no estuviera, que era lo más normal. Ambos se preguntaban a menudo si habían hecho bien en cambiar el pueblo, donde al menos tenían familia y no les faltaba un jornal en algunos momentos del año, por la capital, donde la promesa de un trabajo en la azucarera Santa Isabel en la vecina Alcolea solo les duró escasos años. Otra vez la guerra de Cuba aturdía esa casa: a una vecina le mató un hijo y a ellos les dejó sin trabajo al reventar la economía de todo un país. Para Carmen, Soledad era lo más parecido a una hermana mayor; esta a su vez veía en esa pequeña inquieta y juguetona la hija que no lograba tener.

—Si yo tuviera una chiquilla también la llamaría Carmen —le decía—. Era el nombre de mi madre, que en paz descanse.

—¡Pues yo cuando tenga una hija le voy a poner un nombre de reina! Algo así como Cleopatra o Isabel —le respondía la cría con no más de cinco años.

—¿De dónde sacas tú esas cosas?

—Pues de las canciones de la *abu* y de las historias de doña Inés, que saben mucho.

—Yo también me sé historias que me contaban de pequeña, ¿quieres que te cuente una?

—Claro, ¡de amor! ¡O de muertos! ¡O de las dos cosas!

—Anda, tonta, siéntate aquí en mis rodillas y escucha.

Y le contaba de cómo un hombre alto, bien parecido y muy instruido, con una maleta llena de libritos, llegó un día al cortijillo donde ella vivía con su familia en los caminos de Puente Genil y le enseñó a leer por las noches tras la faena del día, y cómo un día se fue y la dejó temblando de

amor por ni siquiera despedirse…

—¿Por qué lloras, Soledad?

—No son lágrimas, niña, solo que me acuerdo de mi madre, y claro, eso entristece…

Esa historia se la contaría en cientos de ocasiones al pie del limonero, pero nunca en compañía de otros; esas palabras se quedarían para siempre entre ellas dos. Hasta que la chiquilla de cinco años creció y fuera ella la que relataría con mucho más arte cuentos de la vida que no necesitaban del recuerdo para parecer verdad.

PEPE. SIERRA DE CÓRDOBA. INVIERNO DE 1906

La caza era una afición que Pepe había heredado de su padre, y toda vez que podía subía al monte y bajaba de él con alguna pieza que echar al puchero; sin duda, en esas épocas en las que venían mal dadas, los habitantes de la casa tenían en ella un último recurso para llenarse los estómagos de alimento y los bolsillos con algunas pesetas. Siempre era mejor eso que acudir mendigando ayuda a esas asociaciones caritativas que cada cierto tiempo aparecían por el barrio y que tanto irritaban a Pepe. Este prefería, acompañado de su hijo mayor y de Paco, quien demostró amplios conocimientos en la materia de sus años en los campos de Aguilar, subir a la sierra de Córdoba a hacerse con cualquier ave, liebre o conejo y, en algunas ocasiones, jabalíes que cayeran en sus manos, aunque en las trampas que ponían rara vez caían animales tan grandes. Aunque la caza furtiva estuviera prohibida, para muchos era la única opción de supervivencia y no dudaban en salir de noche al relente de la cercana Sierra Morena cordobesa. Cuando no había suerte con los animales, y cuando la había también, siempre que podían acaparaban huevos de los nidos que encontraban, al igual que aquellos frutos silvestres, provistos por membrillos, algarrobos o chaparros que encontraban a su paso, con los que doña Inés fabricaba deliciosos arropes y tortas que les llenaban el estómago. En época de setas, collejas o de espárragos, estos nunca faltaban en el potaje de esos días.

La casa de los Sánchez se había hecho un nombre en el barrio, y más allá de las derruidas murallas que lo delimitaban, como expertos proveedores de aliños venidos del monte. A los niños les encantaba ayudar a despellejar conejos o desplumar pajaritos que quedaban en nada sin sus plumas. A todos les gustaba el ambiente lleno de plumillas que se revolaban

con las ráfagas de aire y que hacían estornudar a la pequeña, que no paraba de recogerlas del suelo para volver a soltarlas por los aires. Eran momentos de trabajo comunitario, como todo el que se hacía en esa casa. El único que no disfrutaba tanto de esa labor era Pepito, quien solía escabullirse cuando el padre los obligaba a limpiar esos cuerpos de animales muertos. Le repugnaba el hecho de trastear en los despojos sin vida de esas criaturas, aunque luego no ponía ningún remilgo en comerse de un bocado esos pajaritos fritos que tan deliciosos le parecían. Pero eso ocurría las menos de las veces. Por lo general, los bocados más exquisitos no se los guardaban para ellos. Pepe les tenía asignados otros platos que reportarían algunas monedas más necesarias para sus juegos de cartas. A pesar de que, en el fondo, le doliera la transacción, Pepe siempre acababa por ceder a su debilidad con los naipes.

A veces, por el patio correteaban gallinas o gallos que aparecían tras una de esas partidas de caza. Esos días el pozo era tapado para evitar la tragedia de que en él cayeran. A Carmen le extrañaba que su hermano Antonio pudiera asomarse al mismo sin que nadie le dijera nada, sobre todo después de lo que le pasó en ese agujero en la explanada junto al barrio, pero cuando esos animales andurreaban por allí todo el mundo tenía mucho cuidado con que no se arrojaran en él. Lo que ella no podía comprender era que esos animales habían sido adquiridos de formas poco honrosas y que estaban destinados a cazuelas diferentes a la suya, por un pingüe beneficio. Con el tiempo aprendería que la olla del pobre se nutre en ocasiones de la necesidad más que de la moralidad.

EMMANUEL. SEVILLA. DICIEMBRE DE 1906

Se sentía obligado Emmanuel a asistir al sepelio de doña Sabina en Sevilla, aunque no le apetecía ese viaje en pleno invierno, pues la gota hacía cada vez más a menudo acto de presencia en sus piernas y cualquier esfuerzo en esos momentos se le hacía enorme. Pero la relación de tantos años, tanto personal como comercial, con esa amable e inteligente mujer, le obligaban a ir. Esperaba que su hijo Alphonse no faltara al entierro y diera cumplidos pésames a la familia de la difunta.

Aprovechando su presencia en Sevilla, Emmanuel decidió ampliar sus contactos en la capital andaluza y, sobre todo, no quería dejar pasar la ocasión de afianzar vínculos con el conde de la Cortina, sobrino de la

fallecida y principal figura de la familia Alvear en esos momentos. Don Francisco, aquel joven que tanto impresionara a su hijo unos años atrás, se había convertido en el motor de las bodegas familiares y del propio pueblo de Montilla. Unas buenas relaciones con él solo podían traerle beneficios.

—¡Vaya, vaya! ¡De modo que el muchachuelo que correteaba por mi casa de Montilla se ha convertido en un experto en leyes! —Fue la forma que utilizó don Francisco de Alvear para anunciar a Alphonse que le recordaba perfectamente.

—Bueno, don Francisco, en ello estoy, aunque todavía me queda algún año más de estudio.

—Yo también estudié Derecho, ¿sabes? No lo ejercí nunca, pero me ha venido muy bien para saber a qué atenerme en los negocios. Como estos que tu padre ahora me propone. Don Emmanuel, creo que tenemos muchas cosas de las que hablar y estoy seguro de que ambos quedaremos contentos con el acuerdo.

El hombre cambió de interlocutor y apartó de la conversación a un Alphonse aliviado de verse fuera del alcance de ese imponente personaje.

La ocasión la aprovechó el cabeza de familia para profundizar en los tratos con la familia Alvear y seguir introduciendo en Inglaterra el vino dulce de la uva Pedro Ximénez que con tanto éxito había sido acogido ya. Alphonse, además de despedirse de su querida doña Sabina y de tener la oportunidad de pasear por primera vez por Sevilla y comprobar que la belleza del Guadalquivir es igual a su paso por ambas ciudades, a su vuelta a Madrid aprovechó para pasar unos días en su casa de Córdoba y así conocer a su nueva sobrina. La cuarta ya que su hermana Caroline traía a este mundo.

Era el momento de regresar a la plaza de la Corredera. Ya estaba preparado para volver a ver a esa churrera que le rompiera por primera vez su corazón más de cuatro años atrás. Se dirigió directamente al Arco bajo, allí donde se instalaba desde hacía años la pequeña churrería ambulante del padre de Salustiaga. Se acercaba la Navidad y la plaza bullía en un incesante entrar y salir de gente. Alphonse se quitó su elegante sombrero para no destacar entre el gentío; era evidente que su altura le hacía sobresalir y no quería dejarse ver. Encontró el escondite perfecto bajo los arcos, entre un grupo de mujeres y niños que compraban figuritas de cerámica para sus belenes. Rodeado de mulas, pastores, vírgenes y pesebres de todos los tamaños vio a lo lejos a Salustiaga a cargo de los palos, volteando con maestría las ruedas de *jeringos* sobre el aceite hirviendo. Nada en su físico

recordaba a la chiquilla que lo enamoró. Había redondeado excesivamente sus formas para convertirse en toda una mujer a sus poco más de veinte años. Su padre, visiblemente envejecido, cobraba a los clientes con una eterna sonrisa en la cara, mientras un pequeño subía por sus piernas llamándole la atención. Alphonse se fijó inmediatamente en el niño. No debía de tener más de tres años; se parecía al recuerdo que tenía de los hermanos de Salustiaga, pero no podía ser uno de ellos. Sus ojos azul verdoso le reventaron el corazón.

Alphonse sorprendió a todos proponiendo quedarse a pasar las Navidades en la casa familiar.

ALPHONSE. CÓRDOBA. PLAZA DE LA CORREDERA. NAVIDAD DE 1906

No había pasado Alphonse tanto tiempo en Córdoba desde que la abandonara camino de Poitiers. A Justine le encantó la idea de cantar villancicos junto a su hermano menor y de ir después a San Miguel a la misa del gallo, como hacían de pequeños. Doña Rosa presumió de futuro licenciado en leyes entre sus amigas el día que le hizo acompañarla al Gran Teatro para disfrutar de la comedia de moda *El libre cambio*; y el cabeza de familia aprovechó para introducirlo en sus círculos más cercanos, con quien en un futuro muy cercano sin duda tendría que desarrollar su labor profesional. Todos contentos. Pero Alphonse no dejaba de pensar en ese niño; su único objetivo era el de saber quién era, y no volvería a Madrid hasta conseguirlo.

El jueves 27, día a media distancia entre los fastos pasados de la Nochebuena y los futuros de fin de año creyó que era el momento de bajar hasta la Corredera y abordar a Salustiaga. Decidido, nervioso y preocupado por la respuesta que fuera a recibir, se dirigió directamente al puesto de tejeringos. Allí estaba ella. Ni su padre ni el pequeñín. Mejor así. Ella le miró sin inmutarse.

—Hola, Salus.

—¿Qué quieres?

—Hablar.

—Estoy trabajando. Algunos lo hacemos, ¿recuerdas? *Ajila*, que me espantas los clientes.

—Pues entonces dos ruedas de *jeringos*.

—No tengo.

—¿Y esos? —preguntó Alphonse, señalando una fuente metálica donde escurría una montaña de ruedas.

—Son de muestra, para animar al paseante.

—Lo siento mucho. No fue mi intención irme sin avisar. Me obligaron. Créeme, yo…

—No te preocupes. Casi ni me di cuenta. Un día estabas y al siguiente no. Así son las cosas. No te creas imprescindible, señorito remilgado. La vida sigue con o sin ti.

—Pero yo no soy así. Me dolió mucho dejarte. Me opuse con todas mis fuerzas.

—Ya. Pero tu familia te obligó. Y tú te debes a ella. Tu buen nombre y todo eso… Ese cuento ya me lo sé yo. No tienes que venir cuatro años después a explicármelo. A las de mi clase ya nos lo han contado muchas veces.

—Pero te repito que yo no soy así.

—Tú eres igual que todos.

—Pero yo quiero hacerme cargo del pequeño.

—¿De quién?

—De ese niño que el otro día vi trepar por las piernas de tu padre.

—Claro, y das por hecho que es hijo tuyo. Como si fueras el único hombre de Córdoba. Mira, Alfonso, ese niño es hijo mío y de nadie más. Tan solo yo sé quién es su padre y no pierdas ni un minuto más en pensar que eres tú, porque no lo eres. Tomasín es mío y solo mío.

—¿Me quieres decir de verdad que la criatura no es mía? Estoy dispuesto a hacerme cargo de todo…

—Tú lo único que tienes que hacer es darte la vuelta y pasear tu delicado culo lo más lejos posible de mi puesto, y no volver nunca más a dejarte ver por aquí. Porque hoy me pillas de buenas, otro día te meto tu linda cabecita en este aceite y hago de ti un buñuelo del que hasta mi padre se sentiría orgulloso.

Alphonse paseó de vuelta a su casa un sentimiento de vergüenza en el que atronaban las risas de todos aquellos que escucharon a la churrera cantarle las cuarenta, pero también una insatisfecha curiosidad por saber si esa criatura era su hijo. Quizás nunca lo sabría.

CARMEN. CÓRDOBA. CALLE
POSTRERA. VERANO DE 1907

Carmen aprendía deprisa, tanto como sus hermanos lo hacían despacio. Ellos tenían que buscarse pronto un porvenir y ella un marido. «¡Menuda suerte la suya!», se quejaba la niña. Desde pequeñita le decían que lo mejor era que encontrara a alguien que la cuidara. Carmen pensaba que para eso estaba su abuela y año tras año descubrió que ella se las podía apañar bien sólita. Nunca dejó de querer a su familia, eso no. A su padre le concedía el valor de la lucha y del esfuerzo, y aunque echó de menos su cariño, tenía suficiente con el de su abuela. Con sus tres hermanos aprendió jugando a buscarse la vida. Eran mayores y más fuertes, y entendían que un poder extraño de superioridad sobre Carmen les asistía, así que tuvo que dejarles claro desde bien pronto que eso con ella no valía, y en la inmensidad de ese pequeño patio irregularmente empedrado, donde compartiera tantos juegos con ellos, su fuerza estribaría en su inteligencia.

Con Pepito, el mayor, todo era más difícil por ser el más parecido al padre. Jugaba a gallo de corral cuando se acercaba más a pollito pión. Solo conocía el poder de lo físico y lo más inteligente que alcanzaba a hacer era estrujar los limones contra la pared de un manotazo en un inútil y ridículo alarde de fuerza bruta, de ahí a peor. Todo se solucionaba a voces o a golpes, o a las dos cosas a la vez. Sus hermanos le temían mucho más que al padre, pues este tenía su genio, pero también sus razones, aunque nadie las entendiera; sin embargo, Pepito fluctuaba entre la estupidez y la simpleza del mismo modo que oscilaba entre si fastidiar a Antonio o a Manolo. En la casa poco se le podía pedir, se escabullía a la menor señal de trabajo comunitario. Si había que preparar la cal para blanquear la pared en primavera, Pepito desaparecía por el corralón y no se le volvía a ver hasta que doña Inés asomaba con la olla del día; si la faena ese día consistía en podar el limonero, ¿para qué pincharse él con esas púas traicioneras si era mucho más divertido irse al río a zambullirse en los charcos que se formaban cuando el cercano Guadalquivir bajaba manso formando una media luna? Y, por supuesto, que nadie contara con él cuando hubiera que salir a las calles en busca de boñigas de mulas para que las plantas del patio lucieran mejor.

Antonio era el más débil en lo físico pero el más resistente mentalmente. Los hermanos lo tildaban certeramente de terco cuando en las constantes apuestas de resistencia metiendo la cabeza bajo el agua en la cuba del pozo había que golpearle para que la sacara, pero Carmen sabía que esa era la forma de él para ganarse el respeto de sus hermanos, y sobre todo el de ella, pues era evidente que él la quería de verdad. Y ella a él. No

necesitaban hablarse mucho para saber lo que el otro estaba pensando. Su conexión era como la de la albahaca y la menta, que su abuela decía que se llevaban muy bien entre sí y crecían juntas como si fueran hermanas. A Antonio no le importaba dar la cara por su hermana en cualquier momento, como cuando Carmen quebró un porrón recién traído por su padre de la Rambla y que, para evitarle un problema, él se atribuyó la responsabilidad.

Ella no necesitaba que su hermano la protegiera, pero comprendía que él quería demostrarle así su amor, y le dejó, no sin una rabia infinita, recibir los varazos que a ella le debieran haber correspondido.

Manolo era simplemente un necio. Un patán arrogante que sin embargo gozaba de una cara de querubín como ningún otro niño del barrio. Nadie sabía de dónde le venían esos aires de superioridad con los que trataba a los demás, en particular a su hermano Antonio, su víctima favorita. Había que reconocerle una atractiva capacidad de conexión con la gente más diversa. Podía entablar conversación con el párroco y convencerle de hacerle su monaguillo, teniendo acceso así a los recortes de las hostias y al dulce vino sin consagrar que tanto le hicieran disfrutar durante varios años, al tiempo que se granjeaba las carantoñas de las vecinas, que le regalaban naranjas de sus patios o uvas de sus parras a esa «cara tan *bonica* y simpática». Sin duda un don que abría más puertas que cerraba.

Los tres niños arrimaban a su manera lo que podían al sustento familiar. Mientras Pepito acompañaba al padre en su oficio de mulero, Antonio se hizo un nombre entre la chiquillería que en pequeñas barcas alcanzaba el ancho del río para zambullirse y coger los guijarros del fondo que luego malvendían a los curtidores; tal era su destreza y aguante que en lo que otro niño necesitaba tres viajes para llenar la saca y los pulmones, a él le bastaba uno solo. Desde pequeñito se intuía que Manolo sería carne de cañón, nunca mejor dicho; se embobaba cuando veía un uniforme, y eso pasaba muy a menudo al tener tan cerca el depósito de sementales con decenas de soldados haciéndose cargo de ellos. Todo su afán siempre fue el de ponerse una de esas guerreras caquis tan sucias y recosidas que sus adorados soldados lucían pavoneándose a la salida de la misa del domingo. Su día a día consistía en pasearse cerca del portalón de entrada a las Caballerizas Reales por si surgía la oportunidad de demostrar su pericia con los équidos, creyendo que le valdrían las lecciones que su padre le daba con las mulas. Y llegó ese día cuando a finales de 1907, con motivo de unos trabajos de remodelación de los establos más antiguos, y un importante brote de sarampión que afectó especialmente a soldados y personal de cuidado de los

caballos, se requirió de la contratación de alarifes, albañiles, borriqueros y mozos de cuadra externos, y seguro que Manolo tendría un sitio entre ellos. A veces, los sueños, incluso los de los pobres, pueden hacerse realidad.

A pesar de todo, Carmen disfrutaba mucho de la compañía de sus hermanos. Jugar con ellos era la mayor de sus alegrías, sobre todo cuando en verano la dejaban participar en sus cacerías de saltamontes y de grillos. Antonio la cogía de la mano y se la llevaban a la ribera del río, ella improvisaba una merendilla y ellos los canutos de caña donde guardaban a los insectos tras darles caza. Carmen reía cuando sus hermanos, para hacer salir al bichito de su agujero, se orinaban en él; luego se trataba de ser más rápidos, y ahí, Antonio era el mejor. No era extraño que los pequeños cazadores volvieran de las expediciones con las ropas desgarradas por las pitas o las zarzas, pero daban por bien empleados los azotes que la *abu* o doña Inés les propinaban y la uña de león que les untaban por todo el cuerpo como remedio para esos arañazos. Pepito era el más diestro fabricando las pequeñas jaulas de alambre y ella se encargaba de que a los animalitos no les faltara una hoja de lechuga o un trozo de pepino. Su hermano Antonio le explicó que aquellos que más cantaban estaban muy cotizados y podían cambiarlos a otros niños por estampas o incluso un trompo, aunque a Carmen le valía solo con participar de esas experiencias.

PEPE. CÓRDOBA. ALCÁZAR VIEJO. VERANO DE 1908

El *Mulero* veía crecer a su pequeña a retazos. Sobre todo cuando coincidían en el patio, y esto era más normal en las noches de verano, buscando el poco fresco que corriera tras haber regado bien el piso de piedras con agua del pozo y abierto todas las puertas y ventanas; llegaron incluso a disfrutar de alguna repleta de canciones y de zambras cuando Carmen se lanzara a bailar con esa gracia que desde chica la acompañó. Pepe la observaba sentado y fumando en una esquina; solía sacar una desgastada bolsita de cuero que encerraba un tabaco picado. Lo extendía en su mano izquierda, lo oprimía y lo frotaba con la derecha; luego lo envolvía en papel y sacaba de un bolsillo la bolsa de los avíos de encender, desliaba una larga cinta que la envolvía, cogía el pedernal, el eslabón y un trozo de yesca y, cuando lograba prender fuego a esta, a fuerza de golpes, la aproximaba, sobre el pedernal, al cigarro para encenderlo. Pepe lo disfrutaba, Carmen también.

Pero había épocas que, aunque vivieran bajo la misma mugre, podían pasar semanas sin que siquiera sus miradas se cruzasen. Él trabajando de sol a sol, y bebiendo de luna a luna, y ella creciendo a escondidas. Se querían, como era obligado; incluso los vecinos de la casa reconocían rasgos en ella que solo podían venir del padre, pero vivían mejor cada uno por su lado. En ocasiones, cuando la pequeña ya tenía edad para alegrar a los que le rodeaban con ese carácter tan suyo, a Pepe le gustaba pasar el trago de la visita al barbero acompañado de Carmen. Su barba profusa y ruda, extendida por todo su rostro, se encontraba con más recovecos de los imprescindibles cuando el barbero tenía que apartar ese pimiento morrón de nariz que le había quedado, y el resultado solía ser de empate entre los pequeños cortes que le quedaban como recuerdo y los insultos que el pobre Zacarías recibía por su trabajo puntualmente cada mes y medio.

Al tiempo que su hijo Manolo entrara a trabajar a las caballerizas, el dichoso sarampión casi se lleva por delante a su hija. Pepe descubrió que, a pesar de todo, esa chiquilla era más importante para él que su único ojo sano, que en el fondo esa niña había venido al mundo para hacerlo más bello, y tuvo que esperar a que casi se fuera para comprenderlo. Los días que Carmen pasó delirando sin más auxilio médico que el jarabe que su abuela y doña Inés le preparaban a base de regaliz para aplacar la tos y tila para tranquilizarla, fueron el mayor lapso que compartiera con su hija; solo se levantó de su lado cuando Carmen, abriendo tímidamente los ojos, acertó a decir, medio asustada, que por qué su padre tenía la barba tan dejada.

ALPHONSE. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. VERANO DE 1909

Casi siete años habían pasado desde que Alphonse abandonara Córdoba precipitadamente por imperativo paterno. Su físico había cambiado mucho más que su espíritu. El elegante abogado en el que se había convertido seguía sintiéndose más atraído por mundos muy diferentes al que se suponía pertenecer. Sabía desenvolverse en ambos, pero sus querencias siempre se dirigían hacia el «menos indicado», en boca de su padre. En sus años en Madrid había frecuentado muchas más tascas de barrios obreros que salones de baile donde se pavoneaban sus compañeros de universidad. Su fidelidad a Zola resultó inquebrantable, pero añadió lecturas que si no

fuera porque era absolutamente imposible aseguraría que las hubiera escrito el propio Pirulo.

Había visitado la casa familiar en varias ocasiones: por Navidades, por los múltiples bautizos con los que su hermana Caroline regó su aburrimiento en La Carlota, o en aquella triste ocasión de vuelta del entierro en Sevilla de su querida doña Sabina; y tuvo el valor de volver a la plaza de la Corredera para buscar a esa joven que tanto amó. Siempre se sintió ruin por no cerciorarse de si ese niño era o no suyo, pero creía que la mejor solución a esa historia era cerrarla por completo. En algunas ocasiones sus pies le llevaban hacia el entorno de la plaza, pero cuando las tiendas de esparto aparecían, anunciando los primeros arcos de la plaza, daba automáticamente media vuelta y cambiaba su ruta, casi siempre desembocando en alguna de las muchas tabernas que a su camino podía encontrar en cualquiera de los barrios populares de la ciudad. Allí, se infiltraba entre jornaleros desechados por el manijero de turno, o entablaba conversación con curtidores con las manos tan ásperas como piedras. Tenía especial predilección por esquinarse y observar a sus compañeros de barra, por verlos conversar pasando sin solución de continuidad de sus diferencias entre su torero predilecto —divididos casi al cincuenta por ciento entre los partidarios de Bocanegra y los de Lagartijo—, a esgrimir las más duras peroratas contra aquellos que los explotaban sin cesar en cualquiera de sus profesiones. Alphonse comprendía sus amarguras, y cuando encontraba el momento apropiado terciaba en esas disputas.

—Amigos, déjenme agradecerles sus profundos conocimientos en el noble arte de la tauromaquia con una ronda de ese buen vino que están tomando. Clases de esta envergadura no se pagan con dinero.

—Solo si se une a nosotros. Juan Gómez, para servirle —le adelantó la mano aquel más alejado a él.

—Alfonso de Montcuit —respondió él, prefiriendo la pronunciación española.

—¡Yo le conozco a usted, señorito, es el hijo de don Manuel! —gritó una voz al fondo del bar de entre un grupo que jugaba a cartas silenciosamente.

—Vaya, Córdoba sigue siendo una ciudad donde todos nos conocemos. ¿Y usted es…?

—Pepe, me llaman el *Mulero*, y trabajo para su padre desde hace ya tantos años que no quiero acordarme —dijo, dejando la partida a medias y acercándose a la barra.

—¡Cierto! Ahora que le veo de cerca le reconozco.

—¿Cómo va alguien a olvidar una cara tan bonita? —exclamó en tono de broma el propio Juan Gómez con el ánimo de molestar al *Mulero*.

—Mi belleza no es de este mundo —respondió sin alterarse Pepe, acostumbrado a esas chanzas—. Hace años que no le veo por la casa, oí que se había ido a Madrid.

—Así es, he finalizado mis estudios en leyes y ahora he vuelto. No sé cuál será mi próximo paso.

—Porque trabajar no entra en sus planes, ¿verdad? —soltó un cuarto tertuliano que hasta entonces no había abierto la boca.

—En Madrid, en lugares parecidos a este, aprendí a no prejuzgar a mis semejantes. Créame, señor, soy capaz de trabajar como el que más, pero sobre todo soy absolutamente consciente de las dificultades por las que muchos pasan para comer todos los días. Soy un hombre afortunado por haber nacido donde nací, pero no soy ciego y veo a mi alrededor sinrazones que me gustaría solucionar. Un viejo amigo montillano me enseñó a su manera que esa frase que usted acaba de pronunciar es fruto lógico de siglos de injusticias que deben ser corregidas.

—¡Vaya con el señorito! Siempre escuché en la casa cosas buenas de usted, veo que no exageraban. El próximo vino corre de mi cuenta —dijo Pepe.

ALPHONSE. CÓRDOBA. CALLE SAN FERNANDO. TABERNA SOCIEDAD DE PLATEROS. SEPTIEMBRE DE 1909

Para Alphonse, aquella taberna de la calle San Fernando, que se creara unas décadas antes como método de ayuda económica para las familias pertenecientes a las sociedades de plateros cordobesas, se convirtió en un lugar de encuentro con la gente que más le interesaba de Córdoba. Muchos de los parroquianos de esa tasca, donde el menú viajaba indefectiblemente entre vino de Montilla y sardinas de Cuba, utilizaban a Alphonse como paño de lágrimas unos o como asesor jurídico otros. Él estaba encantado con ambas labores, y era honesto y sincero con todos los consejos que les daba desde la única mesa que ocupaba una tranquila salita junto al patio. Sus únicos honorarios eran algunos vasos de vino que no podía rechazar a sus *clientes*. Fue a principios de septiembre cuando Prudencio Ruiz, aquel jornalero que el primer día que entrara a la taberna le interpelara

bruscamente pero que acabara por aceptarlo en su círculo, le presentara algo más que a una persona:

—Alfonso, aquí te presento a mi primo Sebastián, que acaba de llegar de Barcelona.

Prudencio nunca le trató de usted y Alphonse lo agradecía.

—Mucho gusto, ¿en qué puedo ayudarle?

—Mi primo me ha asegurado que usted es de fiar.

—Me alegra que Prudencio piense así.

—Seguro habrá oído usted sobre los terribles altercados sucedidos en Barcelona hace unos días. Yo me fui hace casi veinte años a trabajar en la industria textil catalana y no me puedo quejar, nunca me han faltado ni faena ni jornal y, lo más importante, dejé de implorar aquí por trabajos de mierda que me explotaban la espalda y el alma. Pero desde lo de Cuba, la cosa ha ido a peor y los obreros nos hemos ido organizando para alcanzar lo que es nuestro. Yo en un primer momento pensaba que el cabrón de Lerroux era la solución, pero desde hace un tiempo me uní a un grupo, digamos, clandestino… —titubeó.

—Prosiga, pierda cuidado.

—Pues eso, que decidí pasar algo más a la acción creyendo que ese era el único camino. Al principio era hasta divertido, manifestaciones que acababan con algunos cristales rotos cuando la ocasión lo permitía e incluso algún susto a esos burgueses estirados de Montjuic, pero hace unas semanas la cosa se fue de madre. Ya sabrá que han estado mandando a Marruecos a nuestros chavales otra vez a morir y que tras el desastre del Barranco del Lobo las calles se han llenado de protestas y la huelga se ha extendido por todas partes en Cataluña —resumió nerviosamente Sebastián.

—Claro que estoy al corriente de lo sucedido, aunque dudo que las noticias que he leído en los periódicos lo cuenten todo.

—No dicen ni la mitad, créame usted. Yo asumo que entré en ese convento junto a las Ramblas, e incluso reconozco haber reído cuando uno de los compañeros bromeaba bailando con la momia de una monja que encontramos tras el saqueo… —Aquí sus palabras perdieron fuerza—. Pero nunca cometí ese crimen del que se me imputa.

Su rostro no podía estar más blanco ni sus gestos ser más atropellados.

—Alfonso, ya sabes que los desgraciados solo podemos defendernos entre nosotros, y si de verdad eres uno de los nuestros, aquí tienes tu oportunidad de demostrarlo —terció Prudencio.

—No entiendo muy bien qué queréis de mí.

—Ayuda a mi primo a salir de esta. Intentar defenderlo ante un juez es de estúpidos, bien sabes de qué parte están; Maura los tiene a todos bien enseñados, pero seguro que se te ocurrirá alguna forma para que este infeliz no acabe con sus huesos en el garrote.

—Lo que me pedís es algo que no sé muy bien cómo tomármelo. Sebastián, perdone usted, no quiero dudar de lo que dice —de hecho, Alphonse le creía, pues sus palabras estaban cargadas de esa verdad que acompaña al miedo más profundo—. Pero imagínese que acepto ayudarle de algún modo y luego resulta que es en realidad culpable, o así lo encuentra la ley, que tanto da, y me veo envuelto en un delito de encubrimiento —dijo Alphonse bajando la voz, viendo que la taberna estaba empezando a llenarse y la pequeña salita que los acogía ya no era del todo segura.

—Sé lo que le estoy pidiendo, don Alfonso, nunca en mi vida haría daño a una mosca, solo he cometido la estupidez de estar en el sitio equivocado en el peor momento, y puedo perder la vida por ello. No tengo a nadie, mi única familia se reduce a unos pocos primos maternos como el Prudencio. Soy muy fácil de esconder…

—Se me ocurre algo, déjame pensarlo y en tres días nos vemos aquí. Si puedo, te plantearé una posible solución.

—Muchas gracias, Alfonso, Prudencio Ruiz nunca olvida a sus amigos ni perdona a sus enemigos.

Alphonse se despidió sin saber si esa frase era un agradecimiento o una amenaza.

CARMEN. CÓRDOBA. CALLE POSTRERA. OTOÑO DE 1909

Carmen ya contaba con nueve años y demostraba a diario que era capaz de ayudar como la que más en su casa. Las enseñanzas de su abuela en el patio con las plantas era lo que mejor había retenido. Ese lugar al que se asomaban todas las habitaciones de la casa era donde más le gustaba estar. Le encantaba trastear la tierra y airearla, ese olor era su hogar. Su abuela le repetía constantemente que a las plantas había que hablarles, que ellas te entendían, y que eran tan agradecidas como un humano sediento, y en lugar de hablar ellas les cantaban, que seguro que las plantas lo compensarían todavía más. En los arriates de los muros más sombríos había desde siempre

unas pilistras altas como niños y muy resistentes, alternando con unas pitas que para Carmen eran las plantas más tristes, porque doña Inés un día le contó que solo dan flor una vez en su vida y lo hacen para morir inmediatamente después, lo que le recordaba a esa madre que nunca conoció. En los muros con más luz, la gitanilla era la reina, aunque daba mucho trabajo para el poco tiempo de verdadero esplendor que alcanzaba. Eso a Carmen le importaba poco, pues cualquier excusa para meter la mano entre tierra húmeda era bienvenida. Hierbas que luego caían en los pucheros como tomillo, hierbabuena, mejorana o hierbaluisa, además del limonero y de una vieja dama de noche, terminaban la decoración de un patio pobre que no pobre patio.

Mientras de flores aprendía de su abuela, de la cocina lo adquirió todo de su querida doña Inés. Con cinco años ya había comprendido el motivo de la eterna tristeza de su querida vecina, y lo respetó tanto que fue de lo único que nunca le preguntó. Del resto no dejó un solo tema por investigar. Al principio, sobre cocina, observando cómo con tan pocos avíos preparaba platos tan deliciosos, llegando a la conclusión de que la música también influía pues, al igual que su abuela, cantaba mientras creaba. Pero pronto, la infinita curiosidad de Carmen, las muchas horas compartidas con doña Inés y la necesidad de esta de dar todo lo que tenía dentro llevaron a Carmen a variar sus temas de conversación a un surtido que iba desde por qué las mujeres tenían que cocinar y limpiar la casa mientras los hombres fumaban hasta la procedencia de esos ruidos tan extraños que su hermano Pepito difícilmente contenía casi todas las mañanas cuando entraba al cuartillo de atrás. Y nunca doña Inés le escatimó una respuesta directa; esa niña debía estar preparada para una vida que te enseña rápido, sobre todo a las mujeres.

Para el tema del amor, era Soledad su maestra. Esa mujer afable y poco habladora se había ganado la confianza y el cariño de la pequeña gracias a las tristes historias que le contaba, siempre las mismas y siempre tan intensas y sinceras.

—¿Por qué quieres tú hablar de amor, chiquilla?

—¿Y por qué no? ¿Hay otro tema mejor del que hablar? Para explicaciones de la vida tengo a doña Inés, que sabe mucho, para las plantas a mi abuela, que para eso le llaman la *Flores*, así que…

—¿Y tú te crees que yo sé de amores?

—Me lo dicen tus lágrimas cuando me cuentas historias.

—¡Ay qué niña esta! Está bien, te hablaré de aquel soldado que…

—¿No sabes de reyes o de emperadores?

—¡Pues sí que apuntas tú alto! ¿No son suficientes para ti los soldados o qué?

—Bueno, Soledad, puestos a elegir me veo más guapa con una corona que con un fusil, ¿no crees?

—¡Tienes respuesta para todo!

—Para todo no, no comprendo que cuando nace un niño en nuestro barrio vengan las familias ricas a darnos la ropa que les sobra y luego no las volvamos a ver nunca.

—Pero bueno, ¿tú cuántos años tienes? Esas preguntas no son propias de una niña como tú.

—¿Por qué? Si es verdad. Y además se tapan la boca con sus pañuelos blancos mientras están por aquí. ¿Tú has visto cómo andan? Dan saltitos para no mancharse los bajos de esos vestidos tan bonitos.

—¿En esas cosas te fijas?

—Y también en que nuestra calle está siempre rota y huele mal pero cuando acompañamos a papá al centro allí hay calles más nuevas y limpias, y huele a pan y a misa.

—Supongo que es cuestión de suerte.

—Sí, de la mala suerte.

—Anda, ¿sigo con la historia del soldado?

—Claro, si no hay de reyes…

También tenía tiempo para jugar, en la casa sobre todo con Antonio, a quien le enseñaba cuántas cosas ya sabía hacer con las plantas, y él se dejaba aconsejar, pues le encantaba estar con su hermana, pero no había reciprocidad, ya que Carmen siempre se negaba a meter la cabeza en la cuba del pozo, la gran especialidad de su hermano. Cuando no estaba en casa y le permitían reunirse con un grupo de niños del barrio junto a las piedras de la antigua Puerta de Sevilla, Carmen nunca pasaba por seguir la corriente de los líderes del grupo, entre los que se encontraba su hermano Manolo, el favorito de todas ellas, que cuando no estaba trabajando en las caballerizas, estaba enredando con las más mayores a ver qué cazaba. Contaban que esa antigua puerta mora se utilizó durante muchos años para ejecuciones con el garrote y los niños imitaban al verdugo y al reo mientras las niñas aplaudían la actuación.

—¡Miradme! ¡Soy Cintabelde y no tengo miedo de morir! —gritaba subido a unas piedras su hermano, imitando los últimos momentos del famoso asesino cordobés.

Ella no entraba en esos juegos y casi siempre se volvía a la casa donde algo interesante habría por hacer, aunque fuera blanquear las camisas de su padre con agua de la ceniza de los braseros, o incluso a la iglesia, donde ese olor tan característico a incienso y cera derretida le recordaba a dulces de Navidad.

ALPHONSE. CÓRDOBA. TABERNA SOCIEDAD DE PLATEROS, CALLE SAN FERNANDO. OCTUBRE DE 1909

Pasaron bastante más de tres días hasta que Alphonse pudo buscar una salida al enorme favor que Prudencio le pidiera para su primo. La situación era muy delicada y Alphonse era consciente de ello. Todo aquello que pudiera conectarle con un prófugo enredado nada menos que en los disturbios que habían provocado incluso la caída del todopoderoso Antonio Maura podría significar su fin o el de su familia en Córdoba. Por ello, quiso preparar todo detalladamente y sin posibilidad de error. Habló con el implicado para que se escondiera mientras tanto y contó desde el principio con la ayuda de Pepe para llevar a cabo su plan.

—Mira, Sebastián, harás exactamente aquello que yo te diga y solo Prudencio puede saber de qué se trata.

El aire de seriedad que emanaba de las palabras de Alphonse denotaba su nerviosismo.

—Quede tranquilo, don Alfonso, sé en qué aprieto le pongo, gastaré todo el cuidado del mundo.

—Escucha, el próximo jueves 28 antes de amanecer esperarás a una carretada a las afueras de Córdoba, en la carretera de Sevilla. Mi familia transportará un importante cargamento de vino mosto a Jerez y Pepe ha aceptado dirigir la recua de veinte mulas. Cuando pasen por tu lado, te incorporarás junto a otros tres peones para encargaros de ayudar a Pepe, cada uno en una reata de a cuatro.

—Pero yo no sé *na* de bestias —protestó Sebastián.

—Por eso no te moverás del lado de Pepe. Tu reata irá junto a la suya y él se encargará de ambas. Tú ayuda en lo que puedas, obedécele siempre y mantente al margen de decisiones, déjalo hacer a él.

—Pierda cuidado, además soy fuerte y aprendo rápido.

—¡Más vale maña que fuerza con estos nobles animales! —terció Pepe, que asistía en silencio a una explicación que ya conocía perfectamente.

—Utiliza tu nombre si quieres, pero no cuentes que vienes de Barcelona ni hables de política con nadie.

—Descuide usted, he olvidado hasta dónde está Cataluña y en cuestión de política, la cobardía me ha puesto en mi sitio.

—¡Eso es lo que me faltaba! Para un familiar con arrojo que tenía se me vuelve mojigato al primer contratiempo —bramó Prudencio, que tomaba buena nota de todo.

—Lo primero es antes, Prudencio. Me pedisteis que os ayudara en este entuerto y lo único que se me ocurre es hacer llegar a tu primo a la costa, y que desde allí coja el primer barco que pueda lo más lejos posible. Si es a la Argentina, mejor que mejor. Yo poco más puedo hacer, estoy poniendo en peligro mi nombre y el de mi familia —zanjó Alphonse al tiempo que acercaba a Sebastián un billete de cincuenta pesetas bastante arrugado.

—Don Alfonso, con todo lo que está haciendo tengo mucho más de lo que hubiera podido esperar de alguien de su posición. Me enfrenté a todos ustedes sin comprender que son las ideas contra las que hay que luchar, no contra las personas. Si creyera en algún Dios, pediría que le otorgara en la Tierra aquello que dejan para después de la muerte —se despidió Sebastián sinceramente agradecido.

—Yo también se lo agradezco, cuenta con un amigo para siempre.

Prudencio le habló de usted por primera y única vez en su vida.

A solas con Pepe, una vez los dos primos se hubieron marchado, Alphonse se sinceró mostrando todos sus miedos.

—Pepe, no sé si estoy haciendo bien. Quiero ayudar a este pobre hombre, pero pongo mucho en riesgo.

—Usted está haciendo lo que su corazón le dicta, y eso siempre es correcto —mudó Pepe en filósofo por unos instantes—. Si es culpable o inocente no nos toca a nosotros decidirlo, lo que está claro es lo que le pasará si lo cogen. ¡Ya está bien de que siempre paguemos los mismos!

—Tiene usted razón, mi conciencia está tranquila, mi apellido no tanto… Si mi padre llega a enterarse de esto no habrá ciudad en el mapa a la que yo pueda huir.

—Por mí no quedará, descuide. Y por las mulas, todavía me las puedo apañar para guiarlas yo solito. ¿Puedo pedirle algo?

—¡Por supuesto! Lo que necesite, faltaría más.

—Mi hijo Pepito es un muchacho muy dotado para estos menesteres, me sería de *gran ayuda. No pregunta* y trabaja a destajo.

—Tú te encargas de buscar los tres peones, si quieres incluir a tu hijo,

no tengo inconveniente.

Alphonse sabía que no estaría tranquilo del todo hasta que Pepe volviera en unas semanas de Jerez y le confirmara que la *mercancía* había sido entregada sin contratiempos.

EMMANUEL. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. OCTUBRE DE 1909

Esa madrugada jarreaba sin cesar sobre una ciudad necesitada de lluvia tras tantos meses de no haberla visto casi caer. La casa del francés bullía como siempre que un importante cargamento de vino salía de sus bodegas. El aladrero había preparado convenientemente los carros de lanza entalamados, pensando en resguardarse del sol y de la lluvia de esos días. Los mozos los habían cargado con cinco botas cada uno; dos acémilas bien atadas tirarían de cada uno y Pepe dirigiría la carretada como en tantas otras ocasiones. Emmanuel supervisaba todo sin mover nada más que su mentón, dirigiendo hacia dónde debía ir cada cosa. Extrañamente, ese día Alphonse le acompañaba.

—¡Vaya, muchacho, te interesas por fin por los negocios de tu familia! Parece que te han venido bien siete años de descanso en Madrid.

—Usted siempre tan considerado, padre —contestó con socarronería Alphonse—. Yo siempre estoy para lo que esta familia necesite, y cuando usted tenga a bien, podré dedicarme a llevar los papeles de los negocios familiares. Lo que necesito es que me ponga al corriente.

—Cada cosa a su tiempo, no estoy tan viejo. Me las basto y me las sobro yo solo. Tú lo que tienes es que entrar en política. Ya hablaré con mi amigo el conde de Torres Cabrera para que te haga un hueco en el Partido Conservador. ¿O prefieres en el Liberal? Todo se puede arreglar.

—Quite, padre, no soy yo hombre de política. Prefiero hacer cumplir las leyes antes que infringirlas.

—¿Qué quieres decir? El noble arte de la política es el que nos guarda de esas nuevas ideas que están pudriendo nuestros países.

—Quizás sea al *contrario, padre*.

—¿Ves? Todavía no estás preparado para hacerte cargo de nada por aquí. De todos modos, me alegra que nos acompañes en los preparativos de la partida. Por cierto, veo cinco reatas de mulas y solo cuatro mozos, contando a Pepe. ¿No es extraño que…?

—¿Sabe, padre? Quizás sí sea una buena idea eso de entrar en política. ¿Cree usted que podría llegar a senador tan joven? —soltó cambiando rápidamente de tema Alphonse—. Creo que no trabajan mucho y así podría volver a Madrid…

—Ya me extrañaba a mí. Cuando uno prueba las mieles de la gran ciudad, no logra olvidarlas. Mira, hablaré este sábado con don Ricardo y le expondré tu caso. Cierto es que gozas de preparación y de saber estar, seguro que serás bienvenido.

—Pase usted dentro, padre, y hablemos con una taza de café en nuestras manos, que la lluvia no nos deja pensar con claridad. Aquí está todo ya bajo control.

—Pues eso, hijo, yo creo que en unos pocos meses tú podrías ocupar un puesto de responsabilidad en…

Emmanuel y Alphonse se dirigieron al interior de la casa, ambos satisfechos. El primero por creer que su hijo podía enderezarse y ocupar el lugar que su apellido merecía en la política española del momento, y el segundo maravillándose por su rápida reacción evasiva de la que su padre no se percató. La *conversación fue* fluida, pues Alphonse asentía sin escuchar la perorata de su padre sobre la conveniencia para la familia de tener un de Montcuit bien posicionado, mientras él pensaba en los mil imprevistos que podrían suceder en ese viaje a Cádiz.

PEPE. CAMINO DE SEVILLA. OCTUBRE-NOVIEMBRE DE 1909

Para Pepe aquel viaje era una oportunidad de demostrar una vez más a la familia de Montcuit que era una persona de fiar. En este caso al hijo pequeño, a quien empezaba a apreciar por la sinceridad que denotaban sus actos, pero, además, se encontró con la ocasión de ayudar a alguien de los suyos, de hacer algo por su gente; él, que siempre había luchado por su familia, que había mirado tantas veces para otro lado cuando las injusticias le pasaban por delante, ahora tenía la posibilidad de equilibrar tantos años de dura neutralidad autoimpuesta.

No dejó nada al azar, había mimado a sus queridas mulas más que en otras ocasiones; les explicó al oído lo que esperaba de ellas, esta vez frente a todos y no a escondidas como siempre, aunque lo tacharan de loco. Ató y reató todos los arreos y enganchó con esmero los tiros a las varas de los

carros. Repasaba una y otra vez las colleras y los cabezales para que no dañaran a sus mulas. Y ellas se lo agradecerían llevando la mercancía allí donde él les indicara.

Había planificado al dedillo el itinerario, sabiendo de antemano dónde se pararían a comer y a descansar las casi dos semanas que duraría el viaje hasta Jerez. Como ya había recorrido ese camino en otras ocasiones sabía de los lugares más apropiados para el descanso nocturno, y las posadas del camino más convenientes para abrevar y reponer fuerzas sin necesidad de desviarse mucho de la ruta. El trayecto de ida debía ser rápido y sin contratiempos; para el de vuelta todo daba un poco igual.

Sebastián se unió a la recua justo cuando las últimas casas de la ciudad anunciaban una campiña infinita. El silencio de todos los participantes en esa carretada imprimía un aire especialmente serio al conjunto. Pepe le indicó dónde tenía que sentarse, cómo debía coger las riendas de su carreta para transmitir convenientemente las órdenes a su yunta de mulas, las más mansas de entre todas, y básicamente su función durante todo el viaje sería la de ayudarle a untar el eje de las ruedas con sebo. Sebastián pronto comprendió que Pepe se había asignado el trabajo más duro. Que se sobraba para lidiar con los animales de refresco que ocupaban la cola al tiempo que dirigía ambas reatas, la suya y la del propio Sebastián. Este quedó tranquilo. Pepe no iba a fallar en su cometido.

EMMANUEL. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. FEBRERO DE 1910

Pepe había vuelto sin más novedades que las lógicas en tales viajes: un par de botas de vino estropeadas durante el trayecto y una mula torda sacrificada por una fuerte torcedura en un socavón del camino nada más vislumbrarse Jerez a lo lejos. A Alphonse esos pequeños percances le parecieron incluso menores de lo que en realidad ya eran. Aunque se le hicieran eternas, las escasas tres semanas hasta la vuelta de la reata era el tiempo previsto para tal cometido. Todo había salido a la perfección, y si la suerte no les era demasiado esquiva, Sebastián ya habría cogido algún barco en Cádiz cuyo destino no quería ni imaginar.

La casa había entrado en una calma chicha propia de la época del año en que menos menesteres eran necesarios; ni por trabajo, ya que el vino reposaba a la espera de la primavera, ni por encuentros sociales, pues el fin

de la Navidad había dejado exhaustos a todos los habitantes de esa casa, aunque por diferentes motivos. Alphonse se había escabullido de las diferentes ocasiones en las que su padre le había reclamado para recuperar esa conversación de finales de octubre. Le había resultado fácil, pues los múltiples compromisos sociales navideños del cabeza de familia lo habían mantenido más que ocupado. Pero el señor de Montcuit no había perdido el tiempo y en una comida en el cercano Círculo sugirió al conde de Torres Cabrera que le buscara un lugar apropiado en el partido a su hijo pequeño, quien tras estudiar leyes en Madrid ya estaba preparado para tales menesteres.

—Hijo, como convinimos hace unos meses, tuve la oportunidad de conversar con mi querido amigo don Ricardo para que te fuera haciendo un hueco en su partido para las próximas elecciones. Tras las dimisiones de Maura y Moret, a Canalejas no le quedará otra que convocar elecciones lo antes posible. Nuestro apellido debe aparecer en las listas conservadoras —dijo Emmanuel aprovechando que ese día Alphonse se sentó a la mesa con la familia.

—Pero padre, esto es algo muy serio. Quizás, y tal y como están las cosas, deberíamos estudiar detenidamente los pasos a seguir, elegir el momento adecuado, incluso decidir correctamente el partido al que optar, pues las cosas pintan bastos para los conservadores precisamente ahora.

Alphonse atropellaba sus argumentos para escapar de esa trampa autoimpuesta una mañana de necesidad.

—¡Ya está todo hablado! Entrarás en las listas en cuanto el secretario de don Ricardo encuentre un hueco. La orden ya está dada y no dudes de que así será. Aquella mañana estabas de acuerdo, no veo por qué ahora dudas.

—Bueno, tengo otros planes. Quizás podría montar un despacho, o preparar una oposición, o… —Nada concreto se le venía a la cabeza en ese momento.

—No son planes muy precisos, no. Esta semana preséntate en el palacio del conde y concierta una cita con él. O mejor, acompáñame mañana a almorzar al Círculo de la Amistad, seguro que allí nos lo encontramos y hablamos los tres en persona.

Alphonse se había quedado sin palabras ni argumentos, la suerte estaba echada. Mientras ayudaba a sus amigos en la Taberna Sociedad de Plateros a salir al paso de verdaderas dificultades cotidianas y buscaba soluciones a problemas legales sin pedir nada a cambio, pero recibiendo el reconocimiento más sincero por su labor al lado de los trabajadores más

necesitados, su nombre aparecería en Córdoba acompañando a lo más granado e infecto del partido más corrupto de España. ¿Quién iba a confiar ahora en él?

Como el cabeza de familia había propuesto, al día siguiente padre e hijo almorzarían con el conde de Torres Cabrera, quien en esos momentos andaba más preocupado en sus negocios que en la vida política, habida cuenta de los negros nubarrones que sobre su partido auguraban las próximas elecciones. Tras un día de reflexión, Alphonse encontró el camino para librarse de salir elegido en los sufragios que se celebrarían pocas semanas después. De algo le debía valer su conocimiento en leyes. Jugando bien sus cartas, ocuparía un puesto en un distrito con pocas posibilidades, ya que en los distritos con candidato único solo se podían presentar postulantes ya electos.

—Estimado conde, mi padre y yo le agradecemos su esfuerzo e interés por que un de Montcuit ocupe un puesto de relevancia en las listas de nuestro partido. Es en los peores momentos cuando más hay que demostrar la firmeza y la lealtad a unos nobles ideales. —Alphonse sabía adornar su discurso para luego dejar caer su verdadero objetivo—. Por eso mismo, es en estos momentos de dificultad que elegimos para poner nuestro humilde grano de arena en el común esfuerzo por levantar nuestra patria y representar a nuestra querida ciudad de Córdoba en Madrid, si nuestros conciudadanos así lo quieren, claro está.

—No hay duda de que su hijo está dotado de la energía y elocuencia que el partido ahora reclama. Es sangre joven de este porte la que nos dará la victoria, don Emmanuel. Créame usted, le auguro un brillante porvenir en las más altas cotas de la política española.

Evidentemente don Ricardo se había dejado engatusar por las palabras de ese joven.

—Ya se lo dije, es un joven con un gran futuro.

Emmanuel no estaba muy convencido de esas palabras, conocía a su hijo y leía entre líneas que algo se traía entre manos.

—Por eso mismo, don Ricardo, y siempre pensando en el bien del partido, tras estudiar profundamente nuestra actual situación, y habiendo llegado de Madrid hace escasos meses, donde a tanta gente relevante conocí —prefirió no concretar qué clase de gente era con la que había compartido ideas—, creo entender el comportamiento de nuestros votantes hasta el punto de que estimo apropiado que sean nombres reconocidos para ellos los que ocupen los primeros puestos en las listas. Como usted sabe, según el

artículo 24 de la Ley Electoral no puedo presentarme en distritos de asignación única al no haber sido nunca electo con anterioridad, pero sí puedo entrar en una posición con esperanzas de salir elegido en las listas de distrito abiertas.

—Tiene usted razón, caballero, también soy yo de la opinión de reconocer méritos pretéritos a aquellos de nuestra confianza y que tanto han hecho por el partido y la ciudad —dijo don Ricardo, algo abrumado por la contundencia de los argumentos presentados por ese joven, evidentemente buen conocedor de lo que hablaba.

—Nosotros siempre a su disposición, querido conde. Ya sabe que nuestra familia está presta a cualquier ayuda que nos reclame. Se me ocurre que podemos utilizar el patio de nuestra humilde casa para una pequeña reunión de los principales hombres del partido y empezar a organizar las elecciones.

Emmanuel seguía sin comprender la actitud de su hijo.

Alphonse había aprendido con el tiempo que la paciencia se veía a menudo recompensada; ahora era el momento de dejar correr su candidatura y en el futuro, si su estrategia era la correcta, el resultado sería el deseado.

ALPHONSE. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. DOMINGO DE RAMOS DE 1910

Aprovechando el bullicio tradicional de esas fechas en Córdoba, se estableció esa tarde de finales de marzo como el momento adecuado para cerrar los nombres en esas listas en las que tanto se jugaba el Partido Conservador. Emmanuel puso todo su empeño en que nada quedase al azar y su casa fuera la de las grandes ocasiones. Doña Rosa estaba encantada con la posibilidad de que su hijo pequeño entrara en política y ayudó en todo lo necesario. Empezaba a vislumbrar ciertas esperanzas en que sentara la cabeza y, ¿quién sabe? Quizás encontrara ahora un buen partido como antes ya habían hecho su hermana y hermano mayores.

Quedaban escasos dos meses para las elecciones del 8 de mayo siguiente y de esa reunión debía salir una decisión definitiva. Alphonse seguiría por el camino marcado semanas atrás en el Círculo y tenía todo preparado. Jugó desde el primer momento el papel de perfecto anfitrión que tanto gustaba ejercer a su padre, pero que, en este caso —así le convenció—, debía ser

para el futuro candidato. Era el momento de no fallar.

—Distinguidos señores, para nuestra familia es un absoluto honor el que hayan aceptado la invitación, un día como hoy del comienzo de la Pasión de Nuestro Señor, para dilucidar algo de vital importancia para nuestro país. Todos ustedes son conscientes de que la situación requiere de decisiones y acciones que únicamente nuestro partido tiene la energía de tomar. Por todas partes, enemigos de España acechan a su destrucción, pero somos un país tan fuerte que eso nunca ocurrirá, y no lo hará por personas como nuestro ilustre invitado don Ricardo Martel y Fernández de Córdoba, que con su ejemplo nos guía en esta nuestra ciudad para que nuestro partido esté siempre dispuesto a arrimar el hombro. —Una sonora explosión de aplausos estalló enardecida por la arenga de Alphonse, las cosas iban bien—. Y tras la estela de su figura, otros grandes personajes brillan defendiendo nuestros ideales. Me refiero a nuestro admirado amigo don Juan de Isasa y Echenique, que tan acertadamente ha seguido los pasos de su padre en las lides de la política nacional y que durante años ha ocupado convenientemente el lugar de honor en la lista de nuestro distrito.

Con esas palabras el propio Alphonse se alejaba del puesto con más posibilidades de elección. Otra sonora ovación salió de entre los invitados, cada vez más enardecidos por el vigor del discurso y el calor del magnífico fino de Montilla que corría por sus copas sin cesar, como el propio Alphonse había dejado claramente estipulado al servicio.

Durante toda la velada, Emmanuel no podía creer que su hijo se hubiera convertido en el perfecto animador de una velada de esas características. Lo veía con el rictus serio necesario para una supuesta conversación de carácter político, amable para las conversaciones de corte familiar y, cosa normal en él, especialmente ocurrente en los momentos de anécdotas varias que le sirvieron para granjearse la simpatía de los más reticentes. Parecía de verdad que Alphonse estaba realmente dispuesto a ocupar el lugar que se le suponía.

Al final del día, su hijo pequeño había apalabrado un segundo puesto en las listas del partido en su distrito, tras el susodicho Juan de Isasa. Pero eso era lo normal, pensó Emmanuel. A partir de ese día solo quedaba rezar: los conservadores, para que la debacle no fuera tan terrible como se preveía; Emmanuel, para que su familia por fin formara parte de esos caciques con poder político que tanto admiraba; y Alphonse, para que sus cálculos no fallaran y el Partido Conservador se desplomara tanto como muchos de sus conocidos de la Taberna de San Francisco maliciaban.

ALPHONSE. CÓRDOBA. PASEO DEL GRAN CAPITÁN. 10 DE MAYO DE 1910

Los ruegos favorecieron a Alphonse, quien salió a disfrutar del sabor de su victoria tras la humillante derrota del Partido Conservador. Las tornas habían cambiado y Córdoba envió a Madrid seis representantes liberales y tres conservadores, exactamente al contrario que en las anteriores elecciones. El turno mantenía los números en la provincia cordobesa, no así en otras donde el Partido Republicano empezaba a asomar la cabeza. La jugada le salió a la perfección y solo el primer candidato de su distrito salió elegido. Los otros dos venían de distritos de candidatos únicos, quedando él «tristemente a las puertas de tamaño honor», como dijo ante sus correligionarios tras conocerse los resultados. De algún modo, se había librado de participar de algo que detestaba, había mantenido las formas, dejado en buen lugar el nombre de su familia, recuperado la confianza de su padre en él y, todo eso, sin formar parte de la pantomima que para él era la política española en esos momentos.

Paseando por la avenida del Gran Capitán, que siempre le recordaba a su hermano, a quien tantas veces acompañó por esos elegantes cafés y con quien en varias ocasiones acudió al selecto Gran Teatro donde más que de la obra que fueran a ver, él disfrutaba riéndose de esos estirados caballeros con interminables bigotes a la borgoñona, del brazo de elegantes señoras de tupidos sombreros y amplios vestidos igualmente ridículos a sus ojos. Se sentó en un tranquilo café de la plaza de San Hipólito, frente a la sobria fachada de la iglesia, y disfrutó de una tranquilidad de espíritu que no recordaba desde que volviera de Madrid casi un año atrás. Sus pensamientos se dirigieron a Édouard. ¿Cómo estaría? ¿Y su querida Monique? Hacía demasiado tiempo que no los veía y creía que era el momento de hacerlo. Recordó con cariño la sonrisa de la fallecida Beatriz y volvió a sentir un profundo dolor por su pérdida. Estaba seguro de que su padre no le negaría pasar una temporada con su hermano Édouard en Poitiers para así recuperarse de los «dolorosos resultados de las elecciones». Pocas cosas le ataban en Córdoba, si acaso aquellos a los que ayudaba en su salita de la Taberna Plateros y que en él confiaban, pero también ellos sabrían buscarse la vida, como siempre habían hecho. Pagó el vino que degustaba junto a un plato de jamón y se levantó con la intención de poner rumbo a Francia.

ALPHONSE. POITIERS. RUE DE BLOSSAC. AGOSTO DE 1910

El viaje a Poitiers demoró algo más de lo deseado por Alphonse, pero prefirió que así fuera para que su padre no pusiera ningún impedimento y creyera el motivo principal: recuperarse de la derrota electoral y, al mismo tiempo, volver a tener noticias directas de su hermano y de su sobrina. Doña Rosa le colmó de regalos para su nieta; Justine le envió una figura de san Rafael para que presidiera el cuarto de la pequeña, y hasta doña Teresa, como abuela materna, excusándose en no acompañarlo por su miedo a viajar y sus eternos dolores de espalda, le envió un cofre de objetos que habían pertenecido a su madre y que quería que su única nieta guardara. Para el largo viaje en tren, recopiló lecturas algo olvidadas y decidió darse el capricho de volver a esos libros que tanto le divirtieran años atrás en Montilla: Walter Scott y Alexandre Dumas le acompañarían durante esas muchas horas hasta Poitiers. «Sin duda un auténtico acierto», pensó en varias ocasiones durante su lectura, sobre todo cuando observó que le tocó en el vagón la compañía de una vieja muy vieja y de una niña muy niña, ambas con unas enormes ganas de hacerle partícipe de sus diatribas.

No anunció el día exacto de su llegada, esperaba de algún modo sorprender a su hermano y su sobrina, pero el sorprendido fue él. Al llamar a la puerta de entrada, una preciosa chiquilla de pelo tan negro como sus ojos y con un vestido viejo y sucio hasta los pies abrió la puerta. Le miró de arriba abajo sin ningún tipo de pudor, escrutó desde sus zapatos hasta el sombrero que se estaba quitando, pasando por el libro que sostenía entre el brazo y el pecho.

—¿Es para mí? Te advierto que solamente los leo de aventuras. No me vengas con libros de buenos modales ni de esos que dice mi padre que le gustan a la tía Justine…

Su español era tan bueno como si hubiese crecido en el centro de Salamanca.

—Te iba a decir que soy tu tío Alphonse, pero veo que ya lo sabes.

—¿Quién si no va a venir a estas horas con ese sombrero y esos zapatos tan acharolados? Aquí en Francia no se los pondría nadie.

—¡Vaya! Siento no estar a la moda. Tú sin embargo veo que vistes como las damas de París.

—¡Solo cuando la ocasión así lo requiere! Ahora estoy jugando con Sylvie y con Duque y me vale con este atuendo. ¿Te parece mal?

—Me parece muy apropiado. Así, si te manchas, no hay de qué preocuparse.

—Tampoco me preocupo cuando me mancho vestida de gala…

—¡Veo que ya conoces a Monique! —dijo Édouard, acelerando el paso para darle el mayor abrazo que recordara de su hermano.

Había llegado justo antes del tradicional traslado a Valen^ay por la vendimia; hacía exactamente siete años de su partida y esa casa no había cambiado. El aroma a flores que Beatriz había traído consigo seguía presente en ese hogar. Si acaso, un desorden propio de las casas grandes con niños pequeños podía apreciarse por algunos rincones de la cocina y del salón, lugares favoritos de la *princesse*, como la llamaban Sylvie, Albert y el resto de la escasa servidumbre que por allí pululaba. A Alphonse siempre le había gustado la luz que desde el jardín trasero entraba por ese infinito ventanal que daba al pasillo de cada una de las dos plantas que conformaban la casa. En la de abajo, cocina, habitaciones de servicio, el despacho que Édouard y Albert compartían y el gran salón se beneficiaban de esa claridad; arriba, varios dormitorios, y un cuarto de aseo construido para la llegada de Beatriz se enfilaban tras la subida de las amplias escaleras. Recordaba que, disfrutando de esa claridad, solía sentarse en un sillón del corredor con su sobrina en brazos dormida, cogiéndole su dedo meñique entre sus diminutas manos, algo que ahora se le antojaba casi como un sueño a tenor de cuánto había crecido esa criatura.

—¿Sabes, tío Alphonse? Cuando sea mayor tengo decidido unirme a un circo de esos que visitan las principales ciudades de Europa. Así podré estar junto a las dos cosas que más me gustan: los animales y mi padre.

—Los animales puedo entenderlo al verte jugar con Duque, lo que no veo yo es a tu padre en un circo, la verdad, pero si tú lo dices…

—¡Cómo que no! Es un gran aficionado a los equilibristas. Siempre dice que su vida es un equilibrio entre lo que pudo haber sido y lo que ahora es… No lo entiendo muy bien, pero está claro que le gustan esas cosas. Cuando era pequeña me llevó a ver un espectáculo de caballos del famoso Buffalo Bill aquí en Poitiers, y ese día decidí mi porvenir. ¿Qué puede ser mejor?

—Nada, nada. Bien pensado, una vida itinerante de ciudad en ciudad haciendo lo que más le gusta a uno debe de ser un auténtico sueño. ¿Puedo acompañaros?

—¿Tú qué sabes hacer?

—Bueno, si tu padre será equilibrista y tú domadora, yo puedo hacer

juegos malabares —dijo mientras se levantaba.

Y con tres manzanas del frutero de plata que estaba sobre la mesa de la cocina donde hablaban empezó a hacerlas bailar sin que cayeran al suelo.

—¡Papá, papá! ¡Ven! ¡El tío Alphonse nos va a acompañar! ¡No es tan guapo como tú, pero sabe hacer malabares con manzanas!

—Es imposible no enamorarse perdidamente de esta chiquilla, como de su madre antes que ella —dijo a modo de entrada en la escena Édouard con una botella de vino en la mano—. Hermano, prueba este Sauvignon, de nuestras uvas de Valençay. Creo que por fin lo he conseguido, es un vino delicioso. ¡Vaya! Veo que ya te ha hablado del circo —dijo, al tiempo que la niña corría tras una de las manzanas con las que estaba intentando imitar a su tío con poco éxito—. Con menos de tres años la llevé a un espectáculo de unos americanos con indios y caballos que la maravillaron y desde entonces solo juega a eso. Al pobre Duque lo va a reventar cada vez que lo usa de caballo, y a Sylvie de piel roja, ¡que hasta la cara le hace pintarse para recrear mejor el ambiente! —rieron juntos mientras abrían la botella—. No sé decirle que no a nada. No lo creo necesario. Soy su padre y su madre a la vez. La vida ya le impondrá normas, yo no pienso por el momento hacerlo.

—Hermano, por lo que veo, no podrías haberlo hecho mejor. Y lo hago extensivo a este maravilloso vino. Ni siquiera padre podrá negar su buqué. Estás haciendo un gran trabajo y me siento muy orgulloso de ti.

Édouard pidió insistentemente a su hermano que se quedara con ellos. Puso sobre la mesa todos los argumentos que se le ocurrieron: su profunda soledad desde la muerte de Beatriz; la necesidad de un abogado para llevar mejor el negocio; el cariño que su hija le había tomado en tan poco tiempo; la efervescente vida social que se estaba despertando en toda Francia, como si algo que uniera a todo el país fuera pronto a ocurrir; la falta de verdaderos motivos para volver a Córdoba… Pero fue algo que no llegó siquiera a pronunciar Édouard lo que hizo que Alphonse decidiera permanecer en esa casa con su hermano y sobrina: la seguridad de que en esos momentos sería más feliz en Poitiers que en Córdoba. A veces, el egoísmo es la mejor de las razones para tomar una decisión.

ALPHONSE. POITIERS. RUE DE BLOSSAC. MAYO DE 1911

Casi desde el principio, el equipo formado por los dos hermanos había

logrado equilibrar las funciones en el negocio. Édouard seguía encargándose con acierto de la producción de los vinos, mientras que la labor de promoción pasó a manos de Alphonse, mucho más desenvuelto para tratar con nuevos clientes y siempre dispuesto a viajar donde se requiriera su presencia. El fiel Albert sintió esta nueva situación como un alivio que le descargaba de funciones justo cuando él también había dado el paso de formar su propia familia y, si Dios quisiera, un hijo pronto requeriría de su atención.

Monique estaba entusiasmada con la constante presencia de su tío. Le encantaba despertarlo con manzanas, a por las que bajaba a la cocina para empezar el día con esos juegos malabares que tanto le gustaban. Alphonse terminó por enseñarle esos trucos con la vana esperanza de que así le dejara dormir más tranquilo; pero ella, infatigable, le subía una manzana de más para hacer el juego más difícil y divertido. La energía de esa, pequeña no tenía límites. Cuando no estaba ayudando en la cocina, sobre todo a la hora de hacer pan, estaba trasteando entre las cajas vacías de botellas que se apilaban en el jardín trasero u obligando a Duque a realizar cualquiera de sus diabluras circenses. «Ese perro no puede ser más paciente», reconocían todos los habitantes de la casa.

Se decidió que era el momento de que Monique entrara al Collège de Jeunes Filles, que hacía poco se creara y que dotaba por fin a Poitiers de un lugar para la educación pública femenina, donde los ideales republicanos se mantenían estrictamente, algo imprescindible para que Édouard, y también Alphonse como padrino, aceptaran el ingreso de la pequeña. Aunque Monique no se encontraba a gusto con ese uniforme tosco e incómodo que le obligaban a ponerse, agradeció el trato con otras niñas de su edad. Lo peor era esa estricta disciplina y los constantes mensajes de sumisión hacia los hombres que no acababan de gustarle. Monique no comprendía que, cuando paseaban en fila de a dos por la avenida Victor Hugo, les insistieran en agachar la cabeza todo el tiempo y no cruzar su mirada con la de los niños que, curiosos y atrevidos, se topaban en su camino. Ella era de las pocas niñas que no tenía que pasar la noche allí, aunque la mayoría de sus compañeras sí que lo hacían. Venían de pueblos y ciudades de los alrededores y apostaban por ese nuevo establecimiento público que, en ocasiones, descargaba a las familias más acomodadas de la pesadez de la educación de sus hijas, y en otras, gracias a la caridad de varias fundaciones que limpiaban las conciencias de la rica burguesía del lugar, adiestraba a las hijas de familias cuyos propios medios no hubieran bastado para dotarlas de

una educación de calidad.

La entrada de Monique al *Collège* permitió a los dos hermanos centrarse en sus respectivos quehaceres. Édouard estaba determinado a dar salida a ese Sauvignon en que tanto trabajo y esfuerzo había puesto y que le había servido para llenar horas y pensamientos que de otro modo hubieran ido dirigidos a sus recordados Beatriz y Clément. Alphonse, por su parte, sin escatimar trabajo al lado de su hermano, emprendió una intensa vida social que antes, ni en Madrid ni en Córdoba, había querido llevar. Ese país respiraba un exagerado aire de felicidad que no quería dejar pasar. Se sintió acogido por una sociedad que en su momento no pudo o no supo acoger a su hermano mayor, como la gran mayoría de sus nuevas amistades no se cansaban de repetirle. Él excusaba constantemente a Édouard, por su personalidad recogida primero y por la terrible pérdida de su esposa después. El caso es que jamás compartían veladas ni fiestas los dos hermanos de Montcuit. No fueron pocas las candidatas a unir sus apellidos con los de Alphonse durante ese período. Aunque él no quisiera verse Envuelto en aventuras de más de unas pocas noches, en alguna ocasión ciertos cortejos se tradujeron en rumores de boda que provocaban el enfado de su hermano, que se veía obligado a llamarlo a capítulo para evitar ensuciar la reputación de la familia. Pero Alphonse, en esos momentos, se sentía cómodo en ese papel de donjuán.

MANOLO. CÓRDOBA. ALCÁZAR VIEJO. NAVIDADES DE 1911

A Carmen siempre le habían gustado las Navidades. A pesar de la evidente austeridad que las acompañaba, salían de la monotonía a través de la música y la cocina. Le encantaba visitar el nacimiento que el cura instalaba en la iglesia para después cantar villancicos con los vecinos alrededor de una buena hoguera, en un patio o en la plaza junto a la iglesia, rodeando al Triunfo de San Rafael, donde compartían los platos comunes y solía aparecer algún vecino, a veces la propia doña Inés, con unas magníficas perrunas o con roscos de vino o de anís que hacían las delicias de los niños, no tanto de los adultos, que preferían directamente el líquido al sólido. En una de esas jaranas, la del día veinticinco, no se le ocurrió otra cosa a su hermano Manolo que envalentonarse con su primer anís a palo seco, mucho más traicionero que ese vino dulce que sisaba de la iglesia, y

piropear abiertamente nada menos que a Manuela Cortés, la única hija tras ocho varones de Manuel el *Empedrao*, el patriarca de los gitanos del barrio y uno de los más respetados de Córdoba.

—¡Mira qué ojos tiene esa gitana guapa!

—¡Quita, payo! Que me sé yo *pa* lo que vienes…

—*Pa* qué va a ser, ¡*pa* quedarme *prendao* de esa mirada tuya!

—¡Si *ties* todas las miradas que tú quieras entre tus payas!

—Ya, eso dicen, pero yo los únicos luceros que quiero mirar son los tuyos, Manuela, que hasta te llamas como yo. Si estamos hechos *pa* mirarnos siempre.

—¡Echa *pa'lla*, que te van a ver mis hermanos y vamos a tener un disgusto!

—¡Niña! ¡Si solamente quiero bailar contigo a la luz de la fogata!

—¡Cómo alguno de mis hermanos se cosque te tiran dentro!

—Yo ya no puedo arder más de lo que lo hago…

Así empezó algo que solo podía acabar mal.

Para la Semana Santa, los ocho hermanos de la embarazada andaban buscando al desgraciado payo que la había deshonrado con el firme propósito de hacer de su piel un trofeo de caza. Manolo, que ninguna intención amorosa albergaba con la pobre Manuela, consciente de lo peligroso de su situación, decidió que la mejor de las soluciones era coger el hatillo con sus pocas pertenencias y mendigar el favor a los encargados de los caballos de las Caballerizas, que le habían cogido cariño en los pocos años que llevaba allí, para que le dejaran dormir junto a las bestias, calentito y a salvo; sobre todo esto último. La historia hizo gracia entre la soldada, que entre divertida y algo escamada, permitió al desgraciado quedarse en los establos, en los del fondo, lejos de la puerta por si acaso, hasta que pasara la ventisca. Pero era más bien una tormenta, y de las gordas, la que se estaba formando en el barrio.

—¿Dónde está ese *desgrasiao* que ha *desflorao* a mi Manuela? —gritaba Silverio, el mayor de los hermanos a la entrada de la casa familiar.

—Sosiego, por favor —acertaba a decir Paco, quien hizo de portavoz ante la ausencia de Pepe y Pepito—, que de seguro que encontramos una solución.

—Eso fijo, ¡arrancarle las tripas a ese *malnasío*!

—Miren, señores, aquí no está y pueden buscarlo ustedes mismos.

—¡Sal, maricón! ¡Demuestra tu hombría ahora! ¡No con una niña!

Paco logró convencer a los enfurecidos hermanos para que no tomaran

represalias por no haber encontrado a Manolo en la casa. Con mucho tacto y con la promesa de hacerle llegar el mensaje que ellos le dijeran, logró que se marcharan entre aspavientos y juramentos varios.

—Le vas a decir que más vale que dé la cara, que se presente en la córrala que él sabe antes de mañana al ángelus, que venga solo y rece mucho.

Todos en la casa sabían que en el único sitio donde Manolo podría haber pedido refugio era en el cuartel de Sementales, y allá que se dirigió Paco, erigiéndose en el cabeza de la casa por primera vez.

—¡Serás desgraciado! ¿No se te ocurrió ningún estropicio peor? ¿En qué estabas pensando? Bueno, no me lo digas, eso me lo sé.

—¿Qué quieres? Uno es un hombre y no es de piedra, y además, tú no eres mi padre.

—Tú lo que eres es un insensato, y a tu padre y a tu hermano mayor les he mandado recado para que dejen lo que estén haciendo en Montilla y vengan corriendo si no quieren que al volver tengan que llevarte flores al camposanto.

—Aquí no me pasará nada.

—Pero ¿tú de verdad te crees que puedes pasarte aquí el resto de tus días?

—Solo hasta que escampe.

—Estos ya sabes cómo se las gastan y no van a olvidar. Mira, tú lo que tienes es que acudir a la cita, yo te acompaño si quieres, y le pides la mano de la Manuela al *Empedrao*, que vea tus buenas intenciones. Si todo va bien, él no la va a aceptar y buscará algún gitanito a quien cargarle la criatura y a ti te despachará con un par de buenas hostias, que es lo que te mereces, dicho sea de paso.

—Has dicho si va bien, ¿y si no?

—Mejor no pensarlo. Estoy seguro de que tu padre opina como yo.

A la mañana siguiente, Manolo enfiló el camino contrario al de su cita. Salió de la ciudad por la Puerta del Puente, atravesó quizás por última vez el puente romano y se dirigió hacia el sur. Los soldados, medio apiadándose de él y medio arrepintiéndose al mismo tiempo, porque les hubiera gustado disfrutar el final de esa historia, le hablaron de un nuevo cuerpo militar que se iba a formar en el Protectorado, donde seguro harían falta muleros con su maña. Entrar en los Regulares le pareció mucho mejor futuro que el que le esperaba en la corrala del *Empedrao*.

Carmen lloró a escondidas, como siempre, cuando se enteró de la

partida de Manolo. Al fin y al cabo, era su hermano y había un cariño debido y en ocasiones sincero. Pero para Pepe esa pérdida fue algo inesperado y difícil de paliar; solo tres días antes había salido con su hijo mayor a uno de sus múltiples viajes a las bodegas Alvear y sin esperárselo, a la vuelta, su hijo había preñado a la hija de un patriarca gitano, estos lo querían matar y él había huido Dios sabría dónde para seguramente no volver más. Como en otras ocasiones, el *Mulero* encontró refugio en sus dos amigos inseparables, el vino y las cartas, pero esta vez las consecuencias cambiarían la vida de Carmen para siempre.

ALPHONSE. POITIERS. CAFÉ DU THÉÂTRE. ABRIL DE 1912

—Estoy pensando en volver a Córdoba —soltó de sopetón Alphonse como quien no quiere la cosa apurando el buen coñac que ambos hermanos degustaban ese domingo a media tarde.

—¿Quieres decir que…?

—Que me vuelvo. —No dejó terminar la pregunta a Édouard—. Lo llevo meditando desde hace varios meses. Ya me conoces, hermano, rápidamente me canso de todo. No es por ti, ni por la empresa, ni mucho menos por mi querida Monique, al contrario, todos esos motivos me harían quedarme en Poitiers, pero es que necesito volver a mi tierra. No sé, supongo que me unen a ella más raíces de las que yo imaginaba, o es que echo de menos ese sol del que tan poco disfrutamos por aquí… ¡Si hasta me acuerdo con nostalgia de padre y su eterno mal humor! —exclamó, intentando con la broma endulzar la noticia a un Édouard perplejo.

—¡Deja que se entere tu ahijada! —amenazó Édouard como último recurso que espetarle a la cara a su hermano—. Desde que murió Duque está tan abatida que esta noticia le va a afectar profundamente.

—Ya lo sabe. Se lo anuncié hace una semana. Fue ella la que me aconsejó que te lo dijera después de comer un domingo. Según Monique es el momento en que estás más comprensivo. Ya la conoces, se las sabe todas. No parece que solo tenga nueve años.

—Veo que lo tienes decidido. Por mucho que me duela entiendo que Córdoba te ofrece una libertad que esta ciudad te niega. Sabes que te quiero. Quizás efectivamente sea el momento de que te asientes definitivamente en el sur y, ¿quién sabe? ¡Lo mismo hasta formas una

familia y todo! —bromeó sin ganas un triste Édouard.

—Gracias, hermano. Sabía que lo entenderías. Siempre podrás contar conmigo.

PEPE. CÓRDOBA. PLAZA CHIRINOS. MAYO DE 1912

Ese día se levantó Pepe con ganas de bulla. Ya la tuvo de buena mañana con sus dos hijos por no haberle despertado antes, con su suegra por no tenerle preparada su camisa de los domingos, a Paco le volvió a achacar que su hijo Manolo se fuera sin despedirse y que no lo hubiera retenido y hasta doña Inés se llevó su ración de rapapolvo por cualquier Insignificancia. Nadie le dijo nada. Marchó sin decir adiós. Se dirigió casi por rutina a la casa del francés sin la menor intención de trabajar.

Cuando no era tiempo de mucha faena, y como ayudar al aladrero con los carros y los arreos le llevaba poco rato, la ociosidad y la edad hacían cada vez más mella en Pepe. En la cercana plaza de Chirinos gustaba de visitar la taberna Casa Miguel, donde además del buen vino que servían, casi a diario se jugaban unas partidas de cartas que frecuentaban neonatos en la materia de esos cercanos barrios acomodados a los que tan fácil era sacarles los cuartos en un par de buenas manos. Pensó que ese domingo era el día indicado para ganarse unos duros, autoconvenciéndose en el fondo de que con dinero y de algún modo podría solucionar las cosas con el *Empedrao* y hacer así volver a su hijo de donde estuviera. Fue de los primeros en llegar a la taberna, así que tuvo tiempo de sentarse en la mesa del reservado, donde las mejores apuestas se ponían sobre el tapete. Ese día se jugaba al rentoy, su juego favorito. Empezó por un anís para calentar el cuerpo y el espíritu, presentía que sería un buen día. Se sentaron con él algunos de los fieles tertulianos que no fallaban a su cita con los naipes. Algunos de ellos, conocidos a los que sabía que no podría ganarles más que unas pobres pesetas en el mejor de los casos. Pero por algo habría que empezar. Ciertamente la mañana se estaba dando bien, para su ruina. Sin darse cuenta, su oponente de enfrente había cambiado y el zapatero desaliñado se había transformado en un joven pipiolo, ingeniero de la azucarera con aires de sabelotodo, bien vestido y mejor hablado. A los ojos de Pepe la víctima propicia se había sentado frente a él. Como todo buen jugador sabía, era casi obligado dejarse perder un par de manos para infundir confianza en la

presa, para luego jugárselo todo a una jugada escondida y segura. Pero los naipes los carga el diablo y esa mano llegó, pero no a él, por muy seguro que estuviera de que así fuera. Pepe perdió lo ganado, lo no ganado y mucho más que no tenía con qué pagar.

Las deudas de cartas lo son de honor también, y Pepe firmó un pagaré donde se comprometía a abonar un duro semanal a don Álvaro Ostos y Porcuna hasta que se completara el montante perdido. ¿De dónde sacaría ese dineral? Adiós a la posibilidad de hacer venir a su hijo pródigo y, si Dios le ayudaba, adiós a los naipes también.

Alejado de la mesa de cartas, pero lo suficientemente cerca como para haberlo observado todo y atento a la escena, se encontraba el propio Emmanuel de Montcuit, quien, escondido bajo un sombrero cordobés, había asistido al derrumbe de ese empleado suyo que tan bien les había servido durante tantos años. Cuando Pepe se dirigía a la puerta don Emmanuel lo paró con cordialidad y firmeza.

—Pepe, ¿un mal día?

—¡Don Manuel! Buenos días —titubeó.

—Ande, sin remilgos. Acépteme un medio de vino y siéntese conmigo un momento.

—Pero señor, no es apropiado.

—Yo digo lo que es o no es apropiado —cerró contundentemente Emmanuel.

—Claro, don Manuel.

—A ver, todos hemos tenido días mejores y peores con los naipes. Yo sin ir más lejos perdí en Londres toda una partida de un buen vino de Bordeaux poco después del nacimiento de mi hija mayor en una partida de *bridge*.

—¿De qué? Disculpe mi ignorancia.

—Un juego mucho más aburrido que los que por aquí acostumbráis, pero igual de engañoso. Nunca se termina por ganar.

—Yo la verdad es que no quiero volver a ver una sota de bastos en mi vida. Aunque, si le soy sincero, me he hecho esta promesa en demasiadas ocasiones y siempre la incumplo…

—Pepe, el arrepentimiento es propio de buenas personas y usted lo es. El incumplimiento de una promesa a uno mismo lo es de gente de sangre caliente, y usted también lo es. Mire, llevo ya muchos años en esta ciudad y desde casi el principio le he visto trabajar en mi casa sin una sola queja. Creo que incluso conoció a su mujer en mis patios.

—Así es, don Manuel, que Dios la tenga en su gloria —respondió Pepe, que marcaba la pronunciación cuando se dirigía a él.

—La recuerdo, la recuerdo. Una chiquilla muy discreta y bonita. Pues eso, creo que tengo la solución para este contratiempo que le ha sobrevenido.

—Yo no quiero ser un problema para usted.

—Calle y escuche. Mi mujer lleva unas semanas quejándose de lo descuidados que tenemos los patios de la casa. Ninguna de las sirvientas muestra destreza con las flores y su difunta mujer dejó un grato recuerdo entre nosotros. Usted tenía una hija, ¿verdad?

—¡Qué ha heredado la maña de su madre!

—¿Qué edad tiene?

—Nació con el siglo.

—¡Pues ya está dicho! Yo satisfaré la deuda con el ingeniero, al que conozco personalmente de algún ágape en el palacio de los condes de Torres Cabrera, y tu hija entrará a servir en mi casa a partir de la semana próxima. ¿Qué te parece?

—Se lo agradezco. Siempre he pensado que era usted una buena persona.

—Ande, ande, no venga con lisonjas, que en el fondo me estoy quitando un problema con mi esposa. Si de verdad su hija tiene mano con las plantas gano yo mucho más que usted en este intercambio. Tómese otro vino para sellar el trato.

—Eso no se rechaza, don Manuel.

La noticia fue recibida en la calle Postrera como una bomba. Significaba que la mayor expresión de vida en esa vieja casa se iría al centro de la ciudad, que a la *abu* y a doña Inés se les acabaría la poca alegría que les quedaba, que Soledad no tendría a quién llorar sus penas y que Antonio perdería a su confidente. Incluso Pepito había acabado por aceptar la personalidad de su hermana y le entristecía la nueva. Pero sería su padre quien comprendía que el culpable de esa decisión había sido él mismo por su mala cabeza, y en el fondo le dolía dejar de ver a diario esos ojos ahora que se empezaban a entender. Nada dijo al respecto, y presentó la decisión como el mejor modo de que Carmen tuviera un porvenir. Al fin y al cabo, su madre trabajó en el mismo sitio, y ¡bien que le fue, que hasta le conoció a él! Esto último no se lo creía ni el propio Pepe.

Para Carmen la novedad fue muy bienvenida. Ya era hora de que conociera otros mundos.

PEPITO. CÓRDOBA. PLAZA DE LAS TENDILLAS. PRIMAVERA DE 1912

Su hijo mayor empezaba a hacerse cargo con casi la misma destreza que él de sus quehaceres y desde aquel viaje a Jerez hacía ya dos años habían accedido en la bodega a darle un pequeño jornal por ayudar a su padre. Para Pepe significaba un verdadero orgullo trasladar tan digno oficio a su hijo mayor y que este fuera reconocido por su buen hacer. Pepito era ya un joven fuerte que había ganado en templanza lo que había perdido en cabello. Una alopecia temprana le proporcionó el sonoro mote del *calvo* para su personal fastidio, pues, aunque él entendía esto como algo normal, no parecía que estuvieran de acuerdo con él las mozas objeto de su deseo. Ni el más tupido de los sombreros que en la recién abierta sombrerería Rusi se agenciara podía esconder esa planicie brillante cuando por educación se lo levantara ante el paso de una de esas gachís. Difícil papeleta le quedaba, aunque confiaba en su empeño y en los consejos de su progenitor. Pepito había moderado su carácter y aprendido a domar al padre, que envejecía por días. Le dejaba creer que seguía llevando las riendas de las decisiones y de las mulas, pero tanto unas como otras tenían un nuevo dueño. Desde la marcha de Manolo, Pepito se hizo llamar José. Ya no era cuestión de seguir utilizando un diminutivo que él creía que le hacía de menos. ¡Si había cambiado de carácter por qué no de nombre también! Además, con esa falta de pelo, José se aproximaba más a su nuevo aspecto.

José tenía dos firmes preocupaciones: por un lado, la imperiosa necesidad de encontrar novia y, por otro, los cada vez más constantes dislates de su padre con las cartas. Si el primero se antojaba difícil, el segundo era más bien imposible, pues sabía de la adicción de su padre por los naipes. En ambos quehaceres mostró su empeño con desigual fortuna. Se dedicó a recorrer todas las tabernas y locales cordobeses donde sabía que se jugaba a cartas con fuertes apuestas y pidió que no se dejara entrar o apostar fuertemente a Pepe el *Mulero*. En la Fonda del Paraíso y en el Café del Gran Capitán le prometieron guardar cuidado, pero en la Fonda Peninsular le arrojaron a la cara que *si su padre no era ya mayorcito*. En ninguno de los muchos locales de la calle de la Plata le hicieron demasiado caso. En todo caso, era imposible controlar tantos sitios donde el dinero corría de mano en mano sobre las mesas de cartas en esa ciudad. Para el tema de la novia, José era todo un clásico: en la puerta de misa de doce o en el posterior paseo por la calle Gondomar. Así le iba. Y para colmo, tras el

acontecimiento de su hermano Manolo, que llegó a todos los rincones de Córdoba, José se encontró con un estigma tan injusto como repentino. Bueno, era joven todavía y seguro que la moza adecuada aparecería tarde o temprano. Mientras tanto había recursos cerca de la calle de la Feria para un buen apaño.

CARMEN. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. MAYO DE 1912

No pudo ser peor su bautizo en la gran casa que la acogió a finales de mayo. Casi sin tiempo para instalarse y que le dijeran cuáles serían sus obligaciones, su padre apareció por sorpresa para anunciarle la peor de las noticias.

—Carmen, tu abuela murió ayer. Nos extrañó que no se levantara la primera como de costumbre y tu hermano Antonio llamó a su puerta. Nadie contestó y entramos. Allí estaba, tranquila y descansando para siempre. Era muy mayor y es ley de vida que se vaya con el Creador.

Fue la única vez que su padre la vio llorar, no le dio tiempo a esconderse y tragarse sus lágrimas. En esta ocasión su sincero llanto conmovió tanto a Pepe y a Rafaela la cocinera —esa misma que ya conociera a su madre y que desde el principio acogió a Carmen como había hecho con María—, que ambos se enjugaron sus propios lloros con sus respectivas mangas al contemplar a la desconsolada niña.

Ni durante el sepelio en la Iglesia de Nuestra Señora de la Paz ni luego en el entierro en el cercano cementerio de Nuestra Señora de la Salud Carmen derramó una lágrima, ya estaba seca. La *Flores* había sido una madre para ella y el dolor que sintió fue acorde. No hacía falta más que mirar esos ojos para comprender que la tristeza se había instalado en ellos. La eterna sonrisa mudó en expresión fría y la vivacidad que siempre la había acompañado tardaría en volver, si es que algún día lo hacía. Quien mejor la conocía se había ido para siempre. Quizás había sido una buena idea el haberse trasladado a la casa del francés y no tener que seguir bajo ese techo que tantos recuerdos le traía de su *abu*.

El mejor homenaje a su abuela tenía que ser continuar con el mimo y el cariño a las flores que le dieran su nombre y se propuso ese empeño al volver directamente a su nueva casa desde el cementerio, acompañada por su padre, quien se sentía obligado a no dejarla sola en esos momentos.

Cuando llegó, Rafaela, que con los años ya había perdido parte de la energía y del gusto, lo que se notaba cada vez más en su cocina, la acogió como a una hija y le había preparado un colchón recién apaleado en un rincón fresquito de un cuartucho que hacía las veces de despensa para cuando había mucho que guardar, cosa que ocurría cada vez menos. Le informaron de que en una semana tendría lugar la fiesta de cumpleaños del hijo del señor, quien acababa de volver de pasar casi dos años en Francia, y en la que, con toda seguridad, gente de postín tomaría un refresco en el patio porticado. A ver si podía hacer algo con esas plantas tan dejadas en los pocos días que quedaban. Justo lo que ella necesitaba, un reto en el que invertir todas las horas del día con su abuela en el corazón, sus cancioncillas en la memoria y sus enseñanzas dirigiendo sus manos.

En poco tiempo hizo lo que pudo, que fue mucho. Aprovechó las jardineras que pendían de los arcos para plantar petunias que su padre le trajo de Dios sabía dónde. Los vacíos jarrones al pie de las columnas los llenó de pitas y palmas reales. Aquel día, las enredaderas del patio lucían verdes y limpias de hojas secas, los jazmines plantados entre ellas apuntaban pequeños capullos que florecerían a la misma hora de la fiesta e incluso consiguió engañar a los invitados con algunas macetas por aquí y por allí bastante decentes de gitanillas y de claveles que había conseguido salvar de distintos lugares de esa enorme casa, y que incluso había traído de la suya para que su estreno en sociedad fuera todo un éxito. A media tarde, cuando el calor de principios de junio amainaba y tras levantar las enormes persianas verdes que ensombrecían el patio a las horas de calor, Carmen miraba su creación y se volvió a sentir como la niña que era. Sin duda su abuela la había ayudado, pensó. De camino a la cocina, donde se dirigía con el objetivo de beberse un gran vaso de agua para tumbarse un poco después, se tropezó con alguien de quien hasta ese momento solo había oído hablar.

—Vaya, niña, ¿qué prisa tienes?

—Disculpe el señorito, no quería empujarle.

—No me has empujado, hemos tropezado, que no es lo mismo.

—Pues eso, discúlpeme.

—En fin, como quieras. ¿Te llamas?

—Carmen. Trabajo aquí encargándome de las plantas desde hace unos días. Soy hija de Pepe el *Mulero*.

—Conque eres tú la responsable de que hoy tenga que dar explicaciones de lo bonitas que están nuestras plantas. Algo me dijo mi madre. Por cierto, no le hagas caso cuando te recrimine cualquier cosa, ella es así. Siempre que

exprese que ella lo haría mejor es que está contenta con lo que ve. No le digas que te lo he dicho. El problema es que se ponga ella misma a hacerlo, pero vamos, eso no va a pasar, pierde cuidado.

—Muchas gracias, pero yo solo llevo aquí unas dos semanas. Mis vecinas me decían que tengo el dedo verde porque todo lo que planto agarra.

—Eso debe de significar que tienes magia en las manos.

—No lo sé muy bien, pero la verdad es que mi abuela me ha ayudado.

—¿Ah, sí? Pues felicítala también.

—Ya lo he hecho.

Alphonse de Montcuit había sido muy amable con ella y le había hablado como a una igual. Ese día cumplía veinticinco años y era todo un hombretón alto, apuesto, con unos profundos ojos verdosos que tornaban al azul según le alcanzara la luz del sol de una u otra manera. Delgado pero fuerte, como un junco que hubiera dicho su abuela, de piel blanca como el azahar, olía igual de bien. Sus maneras, tan educadas como cercanas, le parecieron diferentes a las de los otros señores que durante su corta vida había conocido; se sintió bien hablando con él. Si no fuera porque era mayor que ella y por la evidente distancia social, quiso creer que podría haber encontrado a su primer amigo en esa nueva vida.

La fiesta fue animada para los gustos de la época. Carmen encontró un discreto rincón tras una ventana desde el que se divisaba gran parte del patio y, a la vez que se sentía orgullosa del resultado de su obra floral, alcanzaba a ver varios de los corrillos que se iban sucediendo durante la velada. Ante sus ojos iban y venían señoritas embutidas en esos nuevos trajes Delfos que se habían puesto de moda y que consistían en una simple tela plisada que caía desde los hombros hasta los pies sin costuras ni rellenos de ningún tipo. ¡Y sin corsé! De vez en cuando pasaba por su radio de acción el propio Alphonse, siempre bien rodeado de una o varias de esas enamoradizas jovencitas locas por cruzar sus miradas y varias cosas más con el anfitrión. Una cosa era ver y otra muy diferente poder escuchar qué se decía en esos corros, pero a Carmen le gustaba imaginarse las conversaciones que tantas veces le había contado Soledad a la sombra de su limonero:

«—Estimada señora, ¿me concede este baile?

»—Por supuesto, caballero.

»—Es mi último día antes de enrolarme en el ejército y partir a batalla para salvar nuestra nación del invasor.

»—¡Oh, por Dios! Ahora que empezábamos a conocernos.

»—No se preocupe, volveré y pediré su mano ante su padre y ante Dios nuestro Señor.

»—Rezaré por que así sea».

Más o menos, con sutiles cambios de argumento, estos eran los diálogos que pasaban por la cabeza de una niña de doce años que en ese momento era el más cercano que había estado de las historias de sus sueños.

CARMEN. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. VERANO DE 1912

Durante el primer verano en su nuevo hogar, Carmen no daba crédito a que se pudiera estar tan fresquito en Córdoba en esa época; claro que tenían las armas necesarias para refrescar la casa. A primera hora de la mañana se aireaban las habitaciones para que corriera el fresco, pero teniendo cuidado de que cuando el sol apuntara en lo alto los espartos de las ventanas ya debían estar mojados y echados para que el aire que pasara a través de ellos humedeciera el ambiente. Al mismo tiempo, se intentaba crear un ambiente sombrío pero abierto que, junto al frescor de las flores regadas de mañana, como su abuela tanto le insistía para el verano, refrescaba más de lo que Carmen hubiera imaginado. Gruesos muros blancos que alejaban el calor exterior y jarras de agua fresca del pozo con limones recién exprimidos que se servía constantemente le hacía recordar a su cuarto en la calle Postrera: era en lo único en que esas dos casas se parecían.

Carmen se adaptaba rápido al trabajo, que era bastante para una muchacha de doce años, pero pensaba que estaba pagado con creces al haber tenido la oportunidad de salir de aquel agujero que, aunque su infancia estaría siempre ligada a él, algo dentro le decía que se le quedaba pequeño. Rafaela creía estar viendo a María de espaldas subida a una silla de anea podando los rosales o quitando las hojas secas de la enredadera, hasta que ese cuerpo enjuto se giraba y esos ojos color aceituna se mezclaban con algún improperio que solía soltar cuando se pinchaba con una espina o se rasgaba las manos con alguna vara seca. Eso no era propio de su madre, pero es que doña Inés había ejercido una fuerte influencia en Carmen.

—¡Niña, esa boca! ¡Tu madre nunca se quejaba!

—Rafaela, mientras antes te des cuenta de que no soy la santa de mi madre menos te extrañará mi lenguaje.

—Chiquilla, en esta casa hay que guardarse mucho de abrir la boca cuando no sea necesario, y mucho menos para pronunciar esas palabritas…

—¡Si me salen solas! Pero descuida, que sabré comportarme cuando sea necesario. En el cumpleaños del señorito no di un ruido e incluso se me felicitó. Creo que a don Alfonso le caigo bien.

—Don Alfonso es muy amable con el servicio. Desde pequeño le gusta venir a la cocina, sentarse ahí donde estás tú y hablar conmigo mientras come cualquier fruta. Pero no te engañes, niña. Todos ellos son diferentes, aunque te puedan parecer cercanos en algún momento, su mundo es otro y es necesario que lo entiendas bien desde el principio.

—Yo no necesito su mundo. Tengo el mío y bien que me gusta. Tengo mis flores, el recuerdo de mi abuela que me acompaña, un padre que no sabe decirme que me quiere pero que sé que lo hace y hasta tres hermanos que cada cual a su manera también están conmigo. ¡Y ahora te tengo a ti!

—¡Claro que sí!

—Y no te he dicho lo más importante, mi secreto…

—A ver, ¿cuál es el secreto de una criatura de doce años?

—Pues que un día viajaré muy lejos a encontrar la flor más bonita del mundo. Yo sola, sin que nadie me diga dónde buscar la encontraré. Y ese día seré completamente feliz.

—¡Qué sueño más bonito, sí, señorita! No lo pierdas nunca.

—No pensaba hacerlo.

ANTONIO. CÓRDOBA. PUENTE ROMANO. OTOÑO DE 1912

Antonio había sentido como el que más la partida de su hermana a la casa del francés. Entendía que, si su hermana pequeña había rehecho su vida, era también su momento. Tenía claro que nada que oliese a mula iba con él, y mucho menos algo que tuviera que ver con el ejército, por lo que siguió en su mundo acuático. Él sabía que, aunque abolido pocos años antes, el derecho de pontazgo que todavía se conservaba en el único puente cordobés era demasiado costoso para aquellos que debían pasarlo varias veces al día o para los que simplemente no tenían dinero, así que pensó en

arreglar una pequeña barcaza para hacer cruzar a los viajeros que así lo desearan esas trescientas ochenta varas que medía el puente y que él atravesaría varias veces al día a peseta por viajero. Incluso podía organizar giras por el río las noches de luna llena, costumbre que otros barqueros ya iban perdiendo. Conocía muy bien, por las muchas veces que lo había recorrido buscando piedrecillas, qué lugares eran los más complicados de navegar y dónde había más caudal en épocas de crecida, y adoraba esos patos que poblaban la escasa arboleda de ambas orillas. Era lo suficientemente recio como para sostener con sus fuerzas el impulso de la corriente y ese oficio le permitiría seguir viviendo en la casa de su infancia al encontrarse tan cerca del río, sobre todo ahora que había empezado a ocupar la habitación que su abuela y hermana habían dejado vacía en tan poco tiempo. Solo quedaba encontrar la barca apropiada para poner en marcha su futuro.

Su padre le habló de un barquero que vivía cerca del molino de Martos y que se había quedado postrado en la cama por unas fiebres años atrás. El desgraciado era demasiado obstinado como, para reconocer que nunca más tendría el físico necesario como para enfrentarse a ese río tan traicionero y le convenció para que le vendiera la barca por un módico precio. Total, la tenía arrumbada en una orilla y no servía más que de palacio para las ratas. La arregló, con la ayuda de su padre, que tan bien se le daba el trato con la madera, y de su hermano Pepito, devenido en José por imperativo unas semanas atrás, quien demostró que era otro y no ese insoportable niño que fuera, dándole dos manos de pintura que había conseguido a saber dónde, pero que le dio un aspecto de lo más lustroso a ese bote, al que todos coincidieron en aplaudir que bautizara como La Flores.

No le hizo falta mucho tiempo para comprender que el trasiego del río le sería económicamente más rentable si ampliaba su clientela al paso de mercancías y de animales. Los curtidores del otro lado del río preferían que se les recogieran las pieles ya apaleadas directamente de sus tenerías en la ribera, la mayoría en esa zona que llamaban de Los Pelambres y que se encontraba junto al molino de Martos, y siendo la barca de bastante calado en un solo viaje era capaz de trasladar varios fardos más rápidamente que con mulas directamente a embarcaderos de la orilla de enfrente. También los diversos molinos que salpicaban el río a su paso por Córdoba se convirtieron en clientes de Antonio, quien demostró seriedad y buenas formas entre un menguante gremio que no andaba sobrado precisamente de ambas virtudes. Nada se hubiera conseguido sin esa determinación que

demostró desde pequeño, y sin esos enormes brazos que se le fueron formando y que no conocían el descanso. El enclenque niño se había convertido en un llamativo hombretón.

CARMEN. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. OTOÑO DE 1912

Aunque Carmen sabía hacerse a todo, su energía superaba a la monotonía que en ocasiones imperaba en su nuevo hogar, y en aquellos días en que sus quehaceres fueran pocos o no pasara nada por dejarlos para luego, ella gustaba de buscar un rincón en esa gran casa y practicar con las pocas letras que doña Inés le enseñara de pequeña. Le había enseñado a escribir, de memoria, algunas canciones que luego dedicaba a sus plantas, y combinando las formas con los sonidos solía inventar palabras o frases que en sus oídos cobraban sentido. En el patio del pozo, el menos transitado sin duda de toda la casa, encontraba normalmente el escondite perfecto para esos juegos de palabras que cantaba en voz alta:

«Mi vida es un erial,
flor que toco se deshoja;
que en mi camino fatal
alguien va sembrando el mal
para que yo lo recoja».

—¡Vaya, vaya! ¡Tenemos a toda una poetisa por aquí! Como se entere mi madre que quieres quitarle el puesto de literata de honor de esta casa vamos a tener un problema —bromeó Alphonse, que apareció sigilosamente por una de las puertas.

—Eh…, yo no… —balbuceó Carmen, sorprendida.

—Si te das el mismo arte con las palabras que con las plantas eres todo un descubrimiento.

—Son solo cancioncillas que mi abuela y doña Inés me enseñaban de pequeña. Me gusta recordarlas y cambiarle el orden de las palabras a ver qué sale.

—Pues en este caso nada menos que unos versos de Bécquer.

—¿De quién?

—¿No conoces a Gustavo Adolfo Bécquer? Lo estabas cantando, con

una voz muy bonita, por cierto. Pues ya va siendo hora de que lo leas. Te voy a dejar un libro de poemas que te va a encantar.

—Muchas gracias, pero de nada serviría, no sé leer. Bueno, sé escribir esas palabras que he cantado, y otras que conozco de memoria. Pero nada más.

Se sonrojó mientras lo decía.

—Eso tiene solución. Estoy seguro de que entre Justine y yo podemos hacer de ti una lectora empedernida. ¿Te gustaría?

—Bueno, no quiero importunar al señorito, y además, tengo mis obligaciones. No creo que a su madre le parezca bien…

—A mi madre déjamela a mí. Justine lo verá como una de esas buenas acciones que tanto le gustan y yo como un reto con el que matar las interminables horas del asueto que me consume hasta que mi padre se decida hacer de mí un hombre de provecho —dijo Alphonse con cierto desdén—. ¿Qué te parece, aceptas?

—Me encantaría aprender a leer. La gente que lo hace llega más lejos.

—Y tú, ¿dónde quieres llegar?

—Allí donde ser feliz no duela.

—Evidentemente tenemos a una pequeña poeta en ciernes —cerró Alphonse sonriendo.

Con la firme desaprobación de Rafaela, pero con la convicción de que eso sería bueno para ella, Carmen empezó a poner todo su esfuerzo en aprender a leer y a escribir de la mano de Justine y de Alphonse. Las tareas se dividieron desde el principio de un modo bastante dispar. Justine, con su característico empeño evangelizador, volvió a utilizar las vidas de santos para ejemplificar sus enseñanzas; Carmen se lo agradecía de corazón, pero lo encontraba de lo más aburrido, y en muchas ocasiones durante las clases su imaginación recuperaba la estrategia de cambiar de orden o de significado algunas palabras y la frase resultante era mucho más divertida. Sin duda, eran las horas que compartía con Alphonse cuando, además de aprender, se sentía más feliz.

—¿Qué? ¿Hoy qué santo ha tocado? A mí, mi hermana se empeñó en leerme la vida de todos y cada uno de ellos, a cada cual más empalagoso, pero reconozco que acabé aprendiendo mucho. Ahora cuando miro cualquier cuadro en las iglesias los identifico de inmediato. No hay mal que por bien no venga.

—Hoy me ha contado la vida de Juana de Arco, aunque me ha explicado que aún es beata pero que pronto será santa. ¿Sabes? Es una

historia de lo más interesante. Tenía mi edad cuando…

—Déjalo, me lo sé todo. Los franceses están muy orgullosos de su Jeanne d'Arc…

—¿Me enseñará francés?

—¡Qué deprisa vas! Vamos a empezar por el castellano y luego ya veremos —respondió divertido Alphonse.

—¡Suena tan bonito cuando arrastráis esas vocales!

—Mira, ya que llevamos varias semanas en estos menesteres, y que nos acercamos a la Navidad, te voy a hacer un regalo. Había pensado en que tú escribieras algo hoy por ti misma. ¿Qué te parece?

—¿Yo sola? ¡Vaya regalo! —soltó precipitadamente Carmen.

—¿Por qué no? Escribe sobre ti. Búscate con tus palabras. Ese es el regalo.

—Bueno, lo intentaré. Pero déjeme pensar y en unos días se lo enseño. ¿Le parece?

—Me parece. Espero impaciente.

El texto esperó hasta Navidad, pero el resultado encandiló al lector al que iba dirigido:

> «Cuando despierto siempre veo flores. Sé que las han puesto ahí mi madre y mi *abu* para recordarme que ellas me acompañan. Me dan la fuerza para continuar. Siempre han sido lo más importante, pero ahora entiendo que escribiendo puedo llegar más lejos».

—¡No está nada mal! Con pocas palabras cuentas tu pasado y tu futuro. Nada mal para una niña de doce años.

—¡Trece el uno de enero! —soltó bruscamente Carmen.

—¡Qué casualidad! Mi hermano también nació en esa fecha tan difícil de olvidar.

—Yo nací con el siglo; mi *abu* me decía que eso debía de significar algo y que seguro que era una niña tocada por el Señor.

—Coincido con tu abuela. Mi hermano, aunque no viniera con el siglo, también es alguien especial.

—¿Cómo es el señor Eduardo? No he tenido ocasión de conocerlo todavía.

—Delicado, prudente, apasionado del arte, elegante y… diferente.

Tardó en encontrar la palabra adecuada sin quedar muy contento con el resultado.

—¿Y su hija? Se llama Mónica, ¿verdad?

—Esa criatura sí que es difícil de calificar… Debe de tener poco más o menos tu edad y en algunos aspectos me recuerdas mucho a ella. Estoy seguro de que os llevaríais muy bien. —Sus pensamientos pasaron rápidamente por todos esos momentos pasados con su sobrina hacía ya algunos meses, dándose cuenta de cuánto la echaba de menos—. Pero hablemos de tu pequeña obra maestra.

—No se burle usted, que me ha costado mucho trabajo.

—¡No lo hago! Repito que has concentrado en unas pocas frases recuerdos y proyectos. Para eso mismo necesitó Stendhal un libro tan grande como un misal.

—Le creo, si usted lo dice…

—Mira, te invito a comer en la calle para celebrar tus primeras letras. ¿Qué me dices?

—Pero señorito, ¿es apropiado?

—¿Por qué no? Así celebramos tu cumpleaños. Prepárate para el día 2.

CARMEN. CÓRDOBA. BARRIO DE SAN PEDRO. 2 DE ENERO DE 1913

Alphonse había decidido llevar a su joven discípula a una posada algo retirada del centro, donde ya hubiera comido en algunas ocasiones con su recordada Salustiaga. La elección del sitio no era baladí; no quería que Carmen se sintiera fuera de lugar y el objetivo era hacerle pasar una comida agradable sin la necesidad de aparentar más de lo mucho que ya era. La *salle à manger*, si no tenía mucho de sala en español, sí tenía bastante de *sale* en francés. Cuatro eran las mesas de pino para el servicio y ocho los bancos para sentarse; las paredes, llenas de una cal nebulosa, ostentaban un espejo cuyo azogue había emigrado ya casi por completo, dos vistas de Córdoba a juzgar por lo que debajo tenían escrito y una estampa de la santísima Virgen intentaban adornar el conjunto. En el rincón del fondo dormitaba un pequeñín a pierna suelta; en otro rincón hacía la rosca un perro negro y dos gatazos más grandes que él atisbaban el lebrillo del pescado, blanco de sus esperanzas. La joven posadera extendió sobre la mesa una especie de mapa geográfico a lo que llamó mantel, colocando sendos juegos de tenedores, cucharas y cuchillos de estaño. Cuando trajo los vasos, que parecían haber llorado de lágrimas que vertían, los secó con un paño con tanta mugre que

peor los dejara. El ambiente se volvió mucho más divertido cuando bebé, perro y gatos al unísono entonaran cantos variados para remate de la escena. Pero nada de lo cual cambió un solo ápice la sonrisa que Carmen estrenara en su cara desde que entró en ese lugar.

—Señorito, buenos días —dijo sonriendo la joven tabernera—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Qué hay de almorzar? —preguntó Alphonse.

—Como vienen pocos caballeros, tengo poca cosa. Pero se puede traer lo que usted quiera.

—¿Hay huevos, pescado, chorizo, pan y manteca?

—Sí, señor.

—¿Y vino para mí y una gaseosa para la señorita?

—Sí, señor.

—Pues ya tenemos almuerzo.

Carmen no pronunciaba palabra y recorría con su mirada el local como si de un palacio real se tratara. Nada le parecía mal y ni tan siquiera la cohorte de moscas que los acompañó durante todo el almuerzo parecía molestarle.

—Bueno, chiquilla, cuéntame algo.

—¿Qué quiere que le diga? Es el mejor regalo de cumpleaños que he tenido. Hasta ahora, solo entraba a las tabernas a recoger el vino con el que mi padre acompañaba sus comidas, o algunas veces a recogerlo a él mismo en estados poco recomendables.

—Pues disfruta de estos manjares —dijo Alphonse, al tiempo que se ganaba la amistad del perro con un trozo de chorizo y de los gatos con los restos del pescado nada fresco que sí frío que les sirvieron.

—Usted no se dará cuenta, pero mi vida ha cambiado mucho en los últimos meses. He perdido a mi *abu*, mi hermano Manolo nos ha abandonado y no sé si volveré a verlo, he cambiado mi casa por la suya, estoy aprendiendo a leer y ahora me sirven en una posada.

—Eres muy joven, pero empiezas a vislumbrar que los caminos no te escogen y tú únicamente eres la responsable de tus decisiones, no de las de los demás.

—Lo que usted diga, pero mi abuela me enseñó a tener ilusiones, y pienso conseguir cosas.

—¡Y yo que lo vea! Como veo ahora esos profundos ojos llenos de sueños que, por cierto, me recuerdan mucho a los de tu madre.

—¿La conoció usted? ¿Cuándo?

Carmen comía con las manos y hablaba al mismo tiempo, sin convencionalismos y sintiéndose ella misma ante Alphonse.

—La conocí una Semana Santa de hace ya muchos años. Me la presentó mi hermano Édouard, ya sabes que lo cuidó de pequeño. También conocí a tus tres hermanos, pero casi no los recuerdo. Me pareció una señora tierna y dulce, en nuestra casa esa fue la imagen que dejó. Rafaela la adoraba.

—Lo sé, me lo repite, y me recuerda que yo no soy como ella.

—¡Ni falta que hace! Por muchas virtudes que alumbraran a tu madre, tú iluminas a tu manera. —Alphonse se extrañó de decirle esas palabras a una chiquilla de apenas trece años, pero le salieron de muy dentro—. ¿Cuánto le debo? —gritó por encima de los ruidos de fondo poniendo fin a esa conversación.

—Pero si todavía no han probado la manteca —se oyó decir a lo lejos.

—Mejor se la unta usted al pequeñín, que le debe de venir muy bien a su garganta tras el concierto de esta tarde —dijo burlón, pero educado, a una tabernera que no comprendió nada.

—Pues son cuarenta reales.

—Muy barato me parece.

—Aquí se hace todo a beneficio del público para que vuelva.

—¡Inmejorable técnica comercial! —Remató Alphonse pagando cincuenta—. El resto por el ambiente tan acogedor. Muchas gracias.

El paseo de vuelta a la *casa del francés*, como Carmen se refería siempre a su nuevo hogar, fue para ella una peregrinación llena de promesas en secreto de que su vida debía dirigirse a la felicidad, como tanto le insistiera su abuela, y de una manera u otra, esta la estaba identificando con ese nuevo amigo que había hecho. Lo que ella no podía suponer es que ese loable objetivo se vería pronto truncado por otro avatar de la vida.

PEPE. CÓRDOBA. CALLE POSTRERA.
FEBRERO DE 1913

Pepe Sánchez murió como tantos de los que lo conocían hubieran imaginado. Tras una noche de cartas y vino, de los que nunca llegó a separarse del todo. Amaneció dormido para siempre en ese cuarto en el que crio una familia y acabó por quedárselo solo para él. Ese mes de febrero que saludó el nacimiento de todos sus hijos varones, le despidió a él. Sin

sobresaltos, una noche más, que fue la última, que lo oyó trasnochar y tropezar con los pocos muebles que adornaban su cuarto. Nadie sabría si en sus últimos momentos, reconociendo que sus horas se agotaban, abrazó esa foto, la única en toda la casa, que hiciera un día a su hija de siete años vestida de gitana en esa casa junto a la Puerta del Puente, donde aquel antipático fotógrafo granadino le cobró una fortuna por tal capricho; lo cierto es que el retrato había quedado boca abajo junto a la cama del difunto, como anunciando el evidente final de algo.

Había vivido sesenta y cinco años, toda una vida, y jamás supo expresar sus sentimientos. Su adiós fue sentido por los pocos que acompañaron su cuerpo junto al de su fallecida María. Le adornaban pocas virtudes, pero jamás escatimó esfuerzos en el trabajo y nunca sus hijos pasaron hambre. Se fue con dos grandes penas: no saber por dónde andaría su hijo Manolo y no haber sabido querer a sus dos mujeres: a una la dejó morir y a la otra la dejó ir.

Carmen siempre se preguntaría por qué Alphonse, alejado de todos y visiblemente afectada, fue uno de los pocos asistentes al funeral. No sabía que habían compartido mucho más que trabajo y que, desde hacía años, su padre repartía pesetas entre todos los trabajadores de la familia de Montcuit por encargo de Alphonse para que compraran roscas *de jeringos* en el mismo puesto del Arco bajo de la Corredera, al tiempo de que le informaba de cómo de sano crecía el nieto del churrero.

CARMEN. CÓRDOBA. CALLE POSTRERA. FEBRERO DE 1913

Tras las ahogadas lágrimas vertidas frente a la tumba de su madre, que a partir de ahora compartiría también con su padre, Carmen decidió pasar el día en la casa que la vio nacer. Los pocos metros que la separaban del camposanto, la insistencia de sus dos hermanos, el deseo de volver a ver a doña Inés, quien no pudo asistir al sepelio por unos fuertes dolores en la cintura que la atacaban cada vez más a menudo, pero, sobre todo, el irrefrenable deseo de volver a recuperar recuerdos de su *abu*, la hicieron aceptar la invitación de comer todos juntos.

—¡Vaya con la señorita! Se ha dignado a visitarnos —dijo en tono de broma doña Inés con una sonrisa en su cara que manifestaba la alegría más sincera que esa mujer podía demostrar.

—Toda la calle huele a su guiso, seguro que el tomillo que le ha puesto hace que las patatas estén tan buenas como recuerdo —dijo a modo de saludo una conmovida Carmen, que sintió una bocanada de sensaciones al atravesar el zaguán de su antigua casa—. ¿Sabe? Si le añadiera una pizca de oloroso le daría un toque muy especial.

—Cariño, me alegro de que hayas olvidado que esas cosas no existen en esta casa, y ahora que tu padre se ha ido, ni siquiera vino del malo tendremos para dar algo de gusto a nuestros potajes. Pero no me hagas caso, soy muy feliz de saber que te encuentras a gusto en tu nueva vida. Cuéntame, ¿cómo te tratan?

—Estoy muy contenta, me tratan muy bien y he aprendido a leer correctamente.

—¡No hace ni un año que te fuiste y ya eres toda una licenciada! —terció en la conversación Soledad, encantada de volver a ver a su querida niña.

Ahora que estaba claro que el Señor no tenía a bien concederles un hijo a ella y a Paco, Soledad se había convertido en un alma en pena que deambulaba por el patio de la casa sin hacer otra cosa que mascullar y sin dejar de pensar en volver a su añorado Aguilar.

—No digas tonterías, Soledad, nada más que he aprendido a leer y a escribir. Somos mucho más fuertes si sabemos hacerlo, ¿sabes? Además, estoy segura de que en un futuro todos los niños y también las niñas sabrán leer y escribir, no solo los hijos de los señoritos.

—Me alegra que no hayas cambiado tanto, sigues diciendo lo que piensas.

Era la hora de que su querido Antonio abriera la boca, raras veces lo hacía excepto si de alabar a Carmen se trataba.

—Nunca te has callado ni nunca lo harás, esa es mi hermana.

—Pero no lo digo solo yo, el señorito Alphonse piensa que los derechos no deben *dividirse entre* aquellos que tienen y aquellos que buscan; que hay cosas a las que todos debemos acceder, y los libros son la primera de ellas.

Allí, rodeada de las plantas que su abuela un día la enseñara a cuidar, junto al limonero que la viera crecer, embriagada por el olor del guiso de doña Inés y en presencia de lo que le quedaba de familia, Carmen pronunció su primer discurso consciente de lo que quería decir.

—¡Eso no lo veremos nosotros, hermanita! —sentenció José—. Siento despertarte de tus sueños. Yo también conozco bien esa casa en la que ahora sueñas, he trabajado con padre varios años allí y sé que esa gente

nunca permitirá que tengamos lo mismo que ellos. No quieren perder lo mucho que tienen, les basta con las monedas que sueltan los domingos en misa para lavar sus conciencias.

Carmen descubrió que su hermano mayor se parecía mucho a su padre, no solo en su amor por las mulas, también en el modo de ver la vida.

—Pero el señorito Alphonse…

—¡El señorito Alphonse es igual a los demás! —Levantó de nuevo la voz José—. Padre siempre decía que cada uno sabe las mulas con las que anda, y aunque le tuviera una querencia que nunca me explicó, no te creas que porque haya gastado su aburrimiento en enseñarte cuatro reglas de lectura está dispuesto a repartir lo que tiene. A los que son como nosotros no nos queda más que trabajar sin levantar la voz, como hizo toda su vida nuestro difunto padre, y esperar que en un barrunto no nos dejen sin nuestro jornal.

—Pues yo creo que eso puede cambiar —se oyó decir a un siempre discreto Antonio—. Yo tengo que deslomarme cada día para cuatro perras gordas que gano, y además siempre con el miedo a que no te llamen a filas para otra de las inútiles guerras con los moros.

—¿Qué será de Manolo?

Aunque fue Carmen quien lanzó la pregunta, todos pensaron en él tras las palabras de Antonio.

La aparición de Soledad con la olla humeante hizo que esa pregunta lanzada al aire recorriera las cabezas de todos, pero la boca de ninguno. Faltaban muchos en ese tablón que hacía las veces de mesa que centraba el patio cuando comían juntos: la *Flores*, el *Mulero*, Manolín… A la vuelta a su nuevo hogar, mientras el sol caía y una fina lluvia mojaba las calles apuntando a una fría noche, Carmen repararía en esas ausencias y recordaría las palabras de Alphonse: «Eres muy joven, pero empiezas a vislumbrar que los caminos no te escogen y únicamente tú eres la responsable de tus decisiones».

MANOLO. MELILLA. FUERTE DE CABRERIZAS ALTAS. PRIMAVERA DE 1913

Manolo no tardó mucho tiempo en saber de la muerte de su padre. Había entablado una cierta amistad con un soldado que estuvo destinado en Córdoba y que solía hacer la ruta entre Málaga y Melilla; Nemesio, que así

se llamaba el soldado, compartía litera con uno de los telefonistas de la centralita militar de la comandancia de Málaga y le tenía al día de las confidencias de su barrio y de su ciudad. Al principio, el interés de Manolo era el saber si algún gitano había vuelto a preguntar por él en las caballerizas, pero en el fondo su verdadera intención era la de saber de su familia, bien conocida en el barrio. Lo lloró escondido entre las mulas que cuidaba y le consoló pensar que era el mejor homenaje que su padre podía tener.

En el año que llevaba en esas tierras, Manolo se había hecho un hueco en el único tabor de caballería que el nuevo cuerpo de Regulares estaba organizando en Melilla y donde constantemente llegaban muertos de hambre de la Península, desplazados al Protectorado para salvaguardar ese cacho de desierto que tanto sufrimiento habría de traer. Su evidente mano con los équidos, el aval de haber trabajado en las Caballerizas cordobesas y, sobre todo, esa gracia personal que para bien o para mal toda su vida le acompañó, le proporcionaron un puesto de encargado de una recua de mulas con la que transportaba todo tipo de mercancías entre Melilla, Nador, Annual y, en ocasiones, hasta al lejano peñón de Vélez de la Gomera le había tocado ir. No había día que no se arrepintiera de aquella cobarde huida de su Córdoba natal, pero el miedo al *Empedrao* le hacía reprimirse y dar por buena la escapada.

Como la cabra siempre tira al monte, Manolo rápidamente entabló amistad entre la flor y nata de la sociedad melillense, al menos de esa que le interesaba. No perdió el porte altivo que hasta hacía poco había paseado por Córdoba, solo que ahora eran las rifeñas del barrio del Mantelete las dianas de sus intereses. Le gustaba pasear por ese barrio, pues no había visto nada igual hasta entonces. Hebreos de largas barbas blancas alternaban con moros de elegante porte, quienes sentados sobre mostradores que separaban las estanterías de sus tiendas de los guijarros del arroyo, le ofrecían telas de finísimos calados a las que el único fin que les encontraba era el de regalárselas a sus múltiples enamoradas. Telas y cacharros, comestibles y babuchas en confusión, al lado de una algarabía infernal de hebreo y rifeño, árabe y castellano, que en tiroteo de gritos y palabras iba de unos en otros ajustando objetos mil veces regateados en su precio, le hacían sentirse a gusto. Pero eran esas cortinas de los balcones y los visillos de las vidrieras los que verdaderamente atraían a Manolo hasta allí. Imaginaba que ocultaban mujeres que se consumían en el aire enrarecido de las habitaciones, y que, sentadas en cojines bordados de oro, esperaban ansiosas

su halago amoroso. No tenía ningún pudor en gastar su exigua soldada dentro de aquellas paredes. Entre mujeres y el humo de esas fuertes pipas de agua que tanto le envalentonaban, se imaginaba volviendo a su barrio de Córdoba como héroe de África y poner las cosas en su sitio; pero los efectos de su hombría y del tabaco se pasaban a las pocas horas, y cuando volvía a las cuadras de ese fuerte a las afueras de Melilla que lo alojaba recuperaba su naturaleza cobarde y se sentía de nuevo en la seguridad de que allí nunca le encontrarían.

JOSÉ. CÓRDOBA. ALCÁZAR VIEJO.
VERANO DE 1913

José empezaba a comprender que la vida nunca da sin recibir algo a cambio. En pocos meses había pasado de perder a su padre a encontrar a la mujer con la que formaría una familia, si Dios quisiera y ella lo aceptara, claro está. Ya había sabido ocupar con acierto el puesto de mulero que su padre había ido abandonando con el tiempo y una pesada mañana de domingo, con el calor propio de esa ciudad en verano, descargando unas cajas de botellas en la Sociedad de Plateros de San Francisco, una muchacha bastante más baja que él se cruzó ofreciéndole la sonrisa más lasciva que una mujer pueda provocar, tanto que hasta para los ojos poco entrenados de José no pasó inadvertida. Eso, por desgracia, solo le ocurría con las mujeres tras recibir estas las monedas pertinentes antes de que le prestaran un buen servicio. Era una gitana que le resultaba familiar, pero con el pelo recogido y esos grandes mandiles manchados todas le parecían iguales. Al menos esta le había claramente sonreído. Ese día no dio pie con bola, se le escurrieron de entre las manos varias de esas botellas que debía descargar, estallaron en mil cristales verdes que alfombraron el suelo y provocaron las risas de los tertulianos; ató torpemente las cinchas de sus dos mulas, tanto que una de ellas casi se escapa y se precipita al río a la altura de la Cruz del Rastro; y por último, terminó la jornada sin poder responder como un hombre ante la meretriz de turno, seguramente porque no se quitaba de la mente la sonrisa de esa menuda gitanita. Los días siguientes volvió a buscarla por las calles que rodeaban esa zona de Córdoba cercana al río. Ni en la ribera, con el constante ir y venir de gente que el puente traía, ni en la plaza del Potro, donde posadas y comercios alegraban la zona, ni en las idas y venidas por esa ancha calle de San Fernando donde los altos

edificios que salvaban la muralla daban la sombra necesaria para que la gente se paseara por sus aceras, ni en las varias iglesias de esos barrios que empezó a frecuentar volvió a cruzarse con la chica de la sonrisa.

Fue ella quien le sorprendió a él, exactamente tres semanas después del primer encuentro, a la salida de misa del domingo en la Parroquia de Nuestra Señora de la Paz a la que normalmente acudía José, tan cerca de su casa.

—¡Hola, Pepito! ¿Es que no me conoces? —Una voz sonora y alegre le interpeló desde el centro de la plazuela, junto al Triunfo de San Rafael.

—¿Cómo sabes mi nombre? Y no me llamo Pepito, hace tiempo que todo el mundo me llama José.

—Bueno, pues don José, no se ofusque usted —dijo en tono burlón—. Aquí todo el mundo se conoce, ¿verdad?

—Pues yo no sé tu nombre…

—A ver, piénsalo un poquito y haz memoria… —hizo una pausa y prosiguió—. Mira que me disgusto si no me recuerdas… —Aquí puso una supuesta voz de enfado, pero obviamente juguetona, al tiempo que contoneaba sus enormes pechos, que casi se le salían por esa camisa blanca demasiado abierta.

—Pues de verdad que no.

José no sabía si decir cualquier cosa o mirar al único lugar del mundo fruto de sus anhelos en esos momentos. De hecho, ya no sabía si se llamaba Pepito o José.

—¡Está claro que no eres tu hermano! ¡Qué poca *grasia* tienes! Aunque reconozco que eres más buen mozo de lo que recordaba.

De repente se le vino a la mente lo que estaba pasando, no hacía falta hilar muy fino para comprenderlo. Estaba frente a Manuela.

—¡Conque eres tú! Y no estás aquí por casualidad, evidentemente. Mira, vamos a dejarlo muy claro desde él principio: ¡no sé dónde está el cobarde de mi hermano!

—¡Tranquilo, *miarma*! Tu padre ya nos lo dejó bien clarito. Por cierto, me enteré de que el viejo murió. ¡Que Dios lo guarde en su gloria! —dijo, alzando la voz y exagerando una persignación que abarcó los cuatro puntos cardinales—. ¡Igual que al cabrón de tu hermano!

—¿Ha muerto mi hermano? —preguntó sobresaltado José—. ¿Eso has venido a decirme?

—¡Ojalá! No caerá esa breva, no. Ese marrano estará escondido en cualquier pocilga cuidando de los de su especie —dijo, ensañándose—. Pero

no te preocupes, ya me olvidé de él.

Volvió a subir levemente su pecho con una respiración algo impostada, de manera que los ojos de José volvían a posarse sobre el único sitio posible.

—Me has asustado. Aunque no me guste lo que te hizo, me dolería saber de su muerte.

—Pues reza por que alguno de mis hermanos no le encuentre —rio sonoramente Manuela.

—Si supiera dónde está, le diría que no volviera. No tengo ganas de volver a verlo. Sus actos solo me han traído problemas. Como a ti.

—¿A ti también te preñó?

Tras unos segundos de pronunciar esa pregunta Manuela estalló en sonoras carcajadas que tranquilizaron a José.

—¿Fue niño o niña? —se atrevió a preguntar José.

—Un niño fuerte y hermoso. Manuel le hemos puesto, no por el jediondo de tu hermano, por mi padre, para ver si así lo aplacábamos un poco.

—¿Y lo conseguisteis?

José se había tranquilizado, pero no dejaba de mirar el surco que esos dos grandes pechos morenos le mostraban.

—Al principio sí, porque me casé con un piconero del barrio de Santa Marina con menos ánimos que un entierro. Tan pocos tenía que se me fue de una gripe por Semana Santa. Ni un año me ha durado *el jodio*.

—¡Vaya por Dios!

—¡Con Dios se ha ido, sí!

La nueva broma inspiró la confianza en José que Manuela llevaba toda la conversación buscando.

—¿Me acompañas a pasear? —ofreció José.

Un mes más tarde, Manuela y el pequeño se instalarían en el dormitorio que ocupó José tras la muerte de Pepe. En esa casa donde su verdadero padre jugó a ser alguien y perdió y donde el hombre que lo criaría lo trataría siempre como su propio hijo crecería el pequeño Manuel. Manuela se sentía triunfadora al ocupar el lugar que pensaba le correspondía, y el *Empedrao* creyó poner las cosas en su sitio de una vez por todas. Los otros vecinos de la casa aceptaran la situación pues vieron feliz a José, sobre todo Antonio, quien temía que su hermano dirigiera sus pasos a las mismas tabernas que su padre.

Carmen había asentado totalmente su posición en la casa del francés. Todo el mundo recurría a ella para preguntarle por sus flores, cuándo plantarlas, a qué hora regarlas según la época del año, qué tierra era la mejor… La propia doña Rosa, a la que los años la habían aplacado en su carácter, demostraba una querencia hacia esa alegre chiquilla que pululaba por sus patios, quizás porque le recordaba a esa nieta a la que casi no conocía y que debía de tener más o menos su edad, y la hacía llamar al caer la tarde para informarla de qué quería en cada rincón de la casa y así, con esa excusa, pasar un rato con ella. Entre plantas y libros, los cuales leía cada vez más de corrido, pasaba las horas Carmen a la espera de su pasatiempo favorito: las charlas con el señorito Alphonse. Este desaparecía por días, pero cuando hacía acto de presencia también gustaba de conversar con ella en el patio del pozo.

Si no tenía indicaciones al contrario, los domingos Carmen gozaba de cierta libertad y se entretenía paseando por el centro de la ciudad tras salir de la misa de doce de San Miguel, donde la familia de Montcuit, junto a todo el servicio disponible, acudía desde que se instalaran en Córdoba tantos años atrás. Encabezados por la piadosa Justine, que jamás se separaba de ese misal que el difunto párroco don Carmelo le regalara años atrás, y seguidos lentamente, pues los años no pasaban en balde, por don Emmanuel, con su barba rubia perfectamente recortada, elegantemente ataviado con levita, bastón y sombrero de copa, del brazo de doña Rosa, agarrada a su eterno paraguas blanco, el resto de la comitiva de la casa enfilaba los pocos metros que les separaban de la puerta lateral de la iglesia, por la que entraban ocupando siempre los mismos sitios: la familia de Montcuit el primer banco frente al altar, la servidumbre algunos de los bancos de los laterales. A Carmen esa costumbre la encandiló. Rafaela le explicó que era una manera de formar parte de una ceremonia especial, ella al contrario se sentía igual a los demás participando de una misma comunión. Si aceptaba la diferencia de sentarse en un lugar distinto a los señores, y claramente menos destacado, fue porque era la última en haber llegado a ese grupo, al menos le servía eso de consuelo. Quien nunca los acompañaba era Alphonse. Algún día le preguntaría el porqué.

Aquel domingo pidió la tarde libre para ir a conocer a su sobrino. Desde que unos días atrás, junto a la alberca de la casa, su hermano José la llamara y le contara de carrerilla y casi sin respirar «cómo había conocido a una

gitana de la que se enamoró al instante y que no podía dejar de pensar en ella y cómo resultaba que esa mujer era la misma a la que su hermano Manolo engañara y que ese chiquillo sería para él como un hijo, pues su misma sangre llevaba, y que ahora era muy feliz…», Carmen no veía el momento de conocer a Manuela y a su hijo, su sobrino.

—¡Así que esta simpática criatura es mi sobrino! —exclamó Carmen al coger en brazos a un niño muy moreno con los mismos ojos que su hermano Manolo.

El niño aceptó agradecido el gesto de cariño, restregándole los mocos por el vestido de los domingos.

—Manuel se llama, no por su padre sino por el mío —dijo orgullosa una Manuela que en poco tiempo había cogido las riendas de la casa.

—Lo sé, lo sé. José ya me contó…

—Y no quiero que nunca se le llame Manolo; ese nombre está prohibido en mi casa.

—Bueno, esta casa es de mucha más gente —intentó interceder José.

—¡Esta ya es mi casa! —dejó claro Manuela—. ¡No he abandonado yo mi corrala donde era una reina para venir a mendigar un sitio donde vivir!

Carmen comprendió rápidamente que esa mujer estaba y estaría siempre dolida con su familia, por mucho que ahora compartiera cama y porvenir con su hermano mayor. Podía comprender que ni Soledad ni Paco le hicieran frente, ellos sobrevivían a la espera de que la vida los llevara a otro sitio. También le resultaba lógico que Antonio no entrara en polémicas, tal era su querido hermano, quien además ese día no estaba allí; lo que le extrañaba era que doña Inés se hubiera dejado avasallar. Cuando fue a visitarla a su cuarto encontró la respuesta.

—¡Doña Inés! ¿Qué hace usted que no está al mando de los fogones?

—¡Ay, hija! Desde que esa arpía entró en esta casa ya no estoy al mando ni de mis propias piernas. Desde el primer día dijo que la comida para su hijo la hacía ella, y que yo ya estaba muy mayor para nada, que lo mejor era que me sentara en el patio y pelara patatas y limpiara garbanzos cuando los hubiera. Ya ves tú, con lo que yo he sido, pues ahora no tengo ganas de nada. Prefiero sentarme en mi silla, mirar por el ventanuco y esperar a que se me lleve la Huesuda pensando en mi querido Quinín.

—Pero si nunca se ha dejado avasallar por nadie, ¡eso me enseñaron usted y mi abuela, que nadie tiene derecho sobre otro! —Aquí estalló Carmen al ver en directo que el universo de su antigua vida había basculado completamente—. No se preocupe, que esto lo arreglo yo ahorita mismo.

Como los gatos que de chicos sus hermanos cazaban en los tejados de la casa y que se revolvían en un santiamén al sentirse amenazados, Carmen salió del cuarto de doña Inés, todavía con el chiquillo entre sus brazos, que se había quedado dormido, y se dirigió hacia su madre, quien no la vio venir por estar ocupada sacando agua del pozo.

—¡A ver, tú! —Levantó la voz desde el centro del patio para que todos, no solo Manuela, la escucharan—. Esta casa ha tenido un alma especial desde que yo la conozco. Aquí se ha sufrido y amado, aquí se ha llorado y reído, aquí hemos visto pasar a los nuestros; algunos se han ido para siempre y otros vendrán, pero ese espíritu de entrega, sacrificio, ayuda y solidaridad que siempre ha entrado por esa humilde puerta no se va a acabar porque una advenediza venga imponiendo sus nuevas normas.

La mayoría de los presentes se sorprendió de esas palabras, excepto su hermano Antonio, quien llegó justo a tiempo de escuchar esa perorata y sabía de lo que su hermana era capaz. Lo que nadie entendió era eso de *advenediza*.

—¿Tú quién te crees que eres? ¡Ya no vives aquí y no tienes derecho a decir ni imponer nada! —respondió con simpleza Manuela, extrañada de que alguien se le hubiera enfrentado y de que su José no tomara cartas en el asunto.

—¿Que quién soy? La hija de María y de Pepe Sánchez el *Mulero*, nieta de la *Flores*. Nací en esta casa y me siento parte de ella hasta las entrañas. Si ahora no estoy aquí es porque estoy buscando mi libertad y mis sueños, pero mi alma formará parte de las paredes de este patio hasta que mi nombre se lo lleven los tiempos. Si no quieres que tu vida se convierta en un infierno, y prefieres que este bebé que llevo en mis brazos se crie fuerte y sano entre estos muros, no vuelvas a hacer de menos a ninguno de los que aquí viven, porque de lo contrario, vas a necesitar mucho más que ocho hermanos pendencieros para callarme.

Una fuerte ráfaga de viento que movió bruscamente las ramas del limonero acompañó esa última frase.

Nadie dijo nada. Todos sonrieron aliviados del silencio de Manuela, a quien se le calló el cubo al pozo; abochornada, bajó la cabeza y enfiló hacia su cuarto. Carmen se despidió con un beso en la frente al niño, que se había despertado, y lo dejó sobre una sillita de anea que su padre le hiciera a ella tantos años atrás y que habían recuperado para el pequeño. Se prometió visitar más a su familia cuando sus obligaciones se lo permitieran. No necesitó ver a doña Inés para notar el orgullo que ahora sentiría. Eso sí,

tampoco nadie entendió eso de *pendencieros*; solo Soledad acertó a decir: «¡Pues sí que ha aprendido a hablar la niña, sí!».

MANOLO. MELILLA. CALLE SAN MIGUEL. FEBRERO DE 1914

No se le ocurrió nada mejor a Manolo por su decimoctavo cumpleaños que dirigir los pocos ahorros de los últimos meses a esas casas de juego y sudor que tanto le atraían de la zona elevada de Melilla. Llevaba días saboreando con antelación la piel de alguna de esas moras de sus sueños. Para eso hacían falta todas las monedas que había estado reservando durante tanto tiempo. Se lavó a conciencia. Usó un pequeño jabón verde que en su día comprara a un tendero enano del centro de la ciudad y que le prometió que, una vez sobre su piel, encandilaría a toda moza que lo oliera. Se puso la única camisa que no apestaba a mula y una chaqueta que un simpático cabo de Cádiz le prestó a cambio de que, a la vuelta de sus correrías, no omitiría ningún detalle de su paso por las casas altas del barrio del Mantelete.

Llevaba casi dos años ya en el Protectorado y lo único que conseguía alegrarle la vida eran esas visitas a los prostíbulos de la ciudad. Estaba convencido de haber heredado de su padre el amor por los naipes, lo que no estaba tan seguro era de haber recibido en herencia de su madre la querencia a lo carnal que tantos problemas le había acarreado ya. El caso era que necesitaba de esos ratos para alejarse de esa vida triste lejos de la ciudad que lo vio nacer. Allí nunca tuvo que recurrir a pagar ese tipo de servicios, le sobraban *pretendientas* a quien engañar. Así le había ido con Manuela. Con ese pensamiento rondando en su cabeza mientras bajaba desde su cuartel y casi llegando a las murallas de la ciudad, un coche de esos nuevos que se empezaban a ver por la ciudad, negro y recién pulido, frenó abruptamente ante él. Bajo un exiguo capó se mostraba la cara y los galones de un coronel de anchas patillas y estrecho cuello, quien, reconociendo las insignias de cabo de su chaqueta, le dio el alto.

—¡Cabo! Preséntese de inmediato en el Gobierno Militar de parte del coronel Rojas. Allí le entregarán un paquete que debe llevar a mi casa, en el número 4 de la calle del Serrallo. ¿Ha entendido bien?

—¡Sí, mi coronel!

En ningún momento se le pasó por la cabeza a Manolo confesar que él

era un simple mulero del fuerte de Cabrerizas Altas y que la chaqueta se la habían prestado para así poder acceder a una puta de mejor condición en casa de *madame* Bernadette. Era preferible pasar el trago rápidamente sin que se percatara del engaño. Total, solo serían unos minutos de retraso para alcanzar el placer que tanto anhelaba.

—¡Ah! ¡Y pon tus cinco sentidos en el trayecto, no sea que le pase algo al paquete! Mi mujer no me lo perdonaría, y yo a ti tampoco.

El camino desde el elegante Gobierno Militar, donde estuvo casi una hora en el exterior a la sombra de la aledaña Torre del Reloj esperando a que le entregaran el dichoso paquete, hasta la casa del coronel, fue un compendio de sensaciones para Manolo. No dejaba de pensar en qué pasaría si le ocurría algo al paquete, o si de algún modo supieran que él no era ningún cabo o, lo que era mucho peor, si ese retraso de casi dos horas no haría que las mejores moras estuvieran ya en las manos de otros y tuviera que conformarse con algunas de esas melladas y huesudas que quedaban de rejús para los últimos en llegar o para los menos pudientes. No había él esperado tanto tiempo ni ahorrado esas monedas para malgastarlas con cualquiera. Para sacar esos pensamientos de su cabeza, y casi por instinto, entró en una taberna llena de soldados junto a la plaza de España que le pillaba de camino. Se alivió en un ambiente más parecido a lo que él conocía, tomó tres vinos de Jerez rápidamente y cogió las fuerzas para aguantar el resto del trayecto, cumplir con la entrega de ese fardo marrón y alcanzar finalmente el objeto de su deseo. El vino, el calor del sol de mediodía en el norte de África, lo pesado del bulto, los pensamientos cada vez más fogosos que venían a su cabeza y, sobre todo, su propia esencia, hicieron el resto.

Cuando por fin llegó a la casa del coronel, la mujer que le abrió la puerta en nada se parecía a una de esas criadas disciplinadas y atontadas que solían servir en casa de los muchos mandos militares que en Melilla vivían. Su porte educado, su elegante caminar y una dicción que él nunca había escuchado lo atraparon desde el primer segundo que la vio. La señora de Rojas, como ella misma se presentó, se excusó por un servicio que todavía estaba en proceso de contratación y lo invitó a pasar. Acababan de llegar de la Península y todo estaba por arreglar, siguió la señora con su disculpa. Manolo veía por todos lados muebles envueltos con sábanas, paquetes a medio abrir, incluso una refinada jaula con pie de bronce y un extraño pájaro de mil colores en su interior. Pero él no podía apartar su mirada, y con ella sus pensamientos, de la delicada figura de su interlocutora. «¿Cómo

era posible que una mujer de tal belleza pudiera compartir vida y cama con un vejestorio como el del coche? ¿Cuántos años se llevarían? ¿Veinticinco? ¿Treinta? ¿Un siglo?». En su cabeza todo eran alegatos para justificar que sacara a relucir sus mejores armas de seducción.

Pilar de Robles y Alba, oriunda de Valladolid y casada por imperativo paterno con un militar de alta graduación un año atrás, tampoco era ajena a los encantos de ese joven cabo. Para ella el matrimonio le aportó toda la tranquilidad que sus veinte años no necesitaban. Su marido, viudo por dos veces, no había conseguido en ningún momento acercarse siquiera a los deseos de la joven curiosa que siempre había sido. Ese encuentro fue para la señora de Rojas la primera oportunidad de cruzar unas palabras en español desde que llegara a Melilla una semana atrás, más allá de las insípidas conversaciones con su marido. Hasta entonces, había tenido que arreglárselas con porteadores moros o judíos con los que no podía o no quería entenderse bien. Con este apuesto soldado al menos tenía en común el estar fuera de sus respectivos mundos. La conversación, educada y trivial en un principio, generó en amena e incluso divertida al cabo de una hora y varios vasos de licor que ella sacó de cualquier caja semiabierta. En algún momento, ella le pidió o fue él quien se ofreció a subir el pesado paquete —un neceser de madera que se había quedado olvidado en el barco y sin el que ella no podría matar las horas tejiendo— hasta el dormitorio principal, quizás la única habitación completamente decorada de la casa. Allí, sin culpar a ninguno, el deseo que uno venía pergeñando toda la jornada y la otra desde su noche de bodas consumó en una locura de deseo, sudor, ansias y éxtasis como jamás hubiera conseguido Manolo con sus putas del Mantelete.

Esa relación no podía terminar así; decidieron encontrarse cada vez que Manolo tuviera que bajar a la ciudad. Este le reconoció que de cabo solo tenía la chaqueta que ese día lucía, que su trabajo era el de portador (procuró endulzar la palabra mulero). Él se alistaría voluntario a toda carga que desde su fuerte a las afueras tuviera que llegar a Melilla, y eso podía ocurrir casi a diario. Ella, por su parte, dejaría la ventana entreabierta del dormitorio que daba a la calle para indicarle que ese día su marido no estaba ni se le esperaba. Así alcanzaron ambos una felicidad que unos días antes ninguno hubiera imaginado.

MANOLO. MELILLA. PUERTO.
12 DE MARZO DE 1914

El desastre llegó un terrible día de marzo, cuando la naturaleza anunciaba una tormenta que en la vida de Manolo se transformó en tempestad. Pilar había anunciado a su amante que el miércoles 11 de marzo su marido partiría a la Península por unas semanas, y que ella le había convencido de quedarse en Melilla con la excusa de adecentar definitivamente esa casa a la que tantos detalles le quedaban por pulir. La explicación era razonable y, además, para el coronel Rojas era un fastidio tener que estar pendiente de su joven esposa cuando a él lo que le apasionaba era la vida de los casinos militares y las corridas de toros, que seguro disfrutaría en Málaga las semanas que durara su estancia allí. Hasta entonces, sus encuentros habían sido furtivos y alocados. En alguna ocasión, Manolo se había disfrazado de rifeño fingiendo que llevaba algún bulto a la casa del coronel. En otras, volvía a pedir la chaqueta a su amigo el cabo para que pareciera que diferentes militares visitaban la casa, sobre todo desde que una joven y despistada mora entrara al servicio justo al día siguiente del primer encuentro. Aisha nunca fue un estorbo, ya se encargaba la señora de tenerla entretenida durante horas por la ciudad a la búsqueda de cualquier antojo. Casi nunca llegaban a subir al dormitorio y, bien por la necesidad irrefrenable de apagar sus instintos en la primera pared de la casa que acogiera las espaldas de ella, o bien por el deseo de probar movimientos nuevos para ambos, cualquier lugar de la planta baja acogía sus arrebatos apasionados.

La partida del coronel abría ante ellos la posibilidad de disfrutar el uno del otro en una cama, de encontrarse desnudos durante toda una noche y disfrutar lenta y plenamente. Manolo no tenía otra opción que la de escaparse del cuartel. Con los contactos adecuados y cierta dosis de esa valentía que solo infunde el deseo por una mujer, todo era posible para Manolo. La lluvia y el viento que a la caída de la noche anegaban la ciudad ayudaron a que nadie percatara la silueta de un hombre entrando en la casa del militar.

Esa tormenta que azotaba la costa mediterránea africana levantó olas de más de nueve metros de altura y provocó auténticos destrozos en el puerto de la ciudad, derribando incluso la gran grúa de carga y descarga del muelle en construcción. Como era lógico, los barcos, retenidos a la espera de que amainara el temporal, no tuvieron otra opción que postergar para mejores vientos la salida del puerto. En la madrugada del 12 de marzo, el contrariado coronel Fernando de Rojas volvió a su casa sin poder imaginar que su tocayo siglos atrás había inventado historias mucho menos ardientes

que la que él encontró en su dormitorio al entrar. Manolo tuvo el tiempo suficiente para saltar de la cama, donde sostenía a horcajadas a una extasiada Pilar, y coger los pantalones para, de un segundo esfuerzo, alcanzar la puerta donde el coronel sacaba torpemente su pistola. El empujón al que sometió al militar no impidió que le rozara con su miembro que, todavía erecto, provocó que la ira del marido se multiplicara y le impidiera amartillar convenientemente su arma. Eso salvó la vida de Manolo, quien consiguió bajar los escalones de tres en tres y abrir la puerta justo en el momento que una bala se estrellaba contra la hoja de la puerta que había quedado abierta. Ya en la calle, a pesar de la terrible ventolera y la copiosa lluvia que lo mojaba, le pareció oír dos disparos más; siguió corriendo completamente desnudo y se perdió por las estrechas calles de ese barrio que tanto le recordaban a su querida Córdoba.

No podía volver al cuartel. Pronto encontrarían la insignia de cabo y Pilar seguro que contaría todo. Lo sentía mucho por ese amigo que tantas veces le había prestado su chaqueta, y lo sentía todavía más por esa esplendorosa mujer con la que tanto había disfrutado, pero no le quedaba otra opción que escapar de Melilla. Esa era una ciudad que no podía alojarlo. La mitad de su población eran soldados que pronto lo buscarían por todos los rincones, y tampoco tenía él amigos a los que acudir. De nuevo, las mujeres le hacían cambiar de ciudad para así salvar su vida. No es que se arrepintiera mucho, pero se le estaban agotando los lugares a los que huir. Robó algunas ropas que se volaban colgadas al exterior de las ventanas. De camino a las murallas valoró todas sus opciones: desde Melilla, y mucho menos en las actuales condiciones, era imposible enrolarse en cualquier barco, sin importar mucho el destino; seguir en el Protectorado era prácticamente como quedarse en Melilla: los tentáculos de los militares lo abarcaban todo; no sabía hacer otra cosa que cuidar de animales; y estaba completamente solo… Al menos conocía la disciplina militar, y sabía de un cuerpo expedicionario francés que aceptaba a extranjeros en sus filas sin hacer muchas preguntas. En algún viaje con las mulas hasta el peñón de Alhucemas le habían comentado que en la vecina ciudad de Targuist era posible contactar con alguien de la Legión francesa. Quizás era su mejor opción, quizás era su única opción. Allí se dirigió.

CLÉMENT. BOSQUE DE ARGONNE.
OCTUBRE DE 1914

Cher Édouard,

Imagino que tras tanto tiempo se os hará extraño tener noticias mías. Así lo he querido hasta ahora. Intenté cerrar una etapa, pero ahora mi corazón me pide reabrirla. Si tras tanto tiempo me he decidido a redactar estas pocas palabras es porque veo que mis días pueden llegar a su final. Siempre habéis estado en mi corazón, sobre todo tú, Édouard, y necesito que sepas que te guardo en mi memoria.

¡He vuelto de nuevo a Francia! Tras años fuera de nuestro bello país, primero en la Martinica y luego en el norte de África, donde, no sé muy bien cómo, pasé a teniente de la Legión Extranjera. Ahora, en esta difícil situación en la que nos encontramos, han decidido trasladarnos cerca de la frontera con Luxemburgo, a un pequeño pueblo a unos kilómetros del río Marne, que me recuerda al mío natal. A no mucho tardar, cuando las tropas extranjeras que nos acompañan —por cierto, entre ellos se encuentran varios españoles, uno de ellos de tu querida Córdoba— sean convenientemente adiestradas, pasaremos a la acción. Todos por aquí están seguros de una rápida victoria, pero yo veo pasar cientos de camiones vacíos al frente que a su vuelta hacen surcos más profundos en la tierra mojada que a la ida, y tan tapadas sus lonas están que no tengo ninguna duda de lo que transportan.

No siento miedo, pero algo dentro de mí se arrepiente de palabras no pronunciadas, de actos no cometidos, de deseos nunca satisfechos y, ahora, querido Édouard, quiero que sepas que has sido muy importante para mí.

Y vosotros, ¿os es grata la vida? ¿Y vuestro pequeño? ¿Habéis tenido más hijos? Espero de todo corazón que llevéis una existencia muy feliz. Sois dos personas maravillosas que se merecen la mejor de las fortunas. Si no estáis demasiado enfadados con este pobre soldado, me gustaría que me volváis a admitir en vuestras vidas y que alguna carta vuestra me acompañe entre tanta tierra húmeda y tanta tristeza.

Vuestro eterno amigo,

Clément

ÉDOUARD. POITIERS. RUE DE BLOSSAC. NOVIEMBRE DE 1914

Querida familia,

Espero que a la presente os encontréis todos bien de salud.

Como bien sabréis, aquí las cosas evolucionan hacia una guerra larga y cruenta. La felicidad inicial ha tornado en este país a baño de realidad. He tomado la determinación de devolver a Francia algo de lo mucho que ha hecho por mí. Aquí nació mi generación precedente y la que me seguirá, me siento obligado por mi conciencia, por mi apellido y por mi condición a alistarme en el ejército francés y apoyar a mi país contra esos enemigos que quieren acabar con él.

Padre, me dirijo directamente a usted, sabedor de nuestras diferencias pretéritas, pero también consciente de que apoyará sin ambages esta decisión. Usted en mi lugar estoy seguro de que habría hecho lo mismo. Tranquilice a madre y transmítale todo mi amor.

Monique proseguirá sus estudios en el Collège de Jeunes Filles, pero ahora en carácter de interna. Sé que quiere seguir estudiando y entiendo que es lo mejor para alguien de su edad y posición. Aunque no ha pronunciado una sola palabra al respecto desde que le anuncié mi decisión, acabará por comprenderla. Es una niña fuerte e inteligente, como lo fue su madre.

En lo referente al negocio, tengo toda mi confianza en Albert. ¿Quién mejor que él para llevarlo? Lo conoce a la perfección y lo entiende como propio. Os propongo incluso que se le conceda una participación en los beneficios durante este período tan difícil que nos ha tocado vivir; por su lealtad y por su buen hacer durante todos estos años bien merece esta deferencia.

Sin más, deseando todo lo mejor a toda mi querida familia y en la esperanza del pronto reencuentro, se despide

Édouard

EMMANUEL. CÓRDOBA. PLAZA DE

Como la gran mayoría de franceses, Emmanuel de Montcuit había acogido la llegada de la guerra contra Alemania con la mayor de las ilusiones. Estaban todos convencidos de una rápida y contundente victoria. El problema era que, en frente, sus adversarios pensaron lo mismo y eso dio como resultado la mayor de las contiendas conocidas hasta el momento. Que esa guerra iba para largo ya se empezaba a vislumbrar a finales de 1914, con la llegada de las noticias sobre la batalla en torno a Ypres que se estaba librando, donde, según los periódicos españoles que caían en manos de Emmanuel, el número de fallecidos por ambas partes se contaba por millares. Para el cabeza de familia, su país estaba en guerra y casi por primera vez en su vida se sintió orgulloso de su hijo mayor cuando este le informó de que se alistaba en el ejército francés para defender a su añorada Francia.

A Alphonse le escamaba que su padre lo hubiera hecho llamar tan de primera mañana al despacho de donde su padre casi nunca salía y él nunca entraba. No era un buen presagio que don Emmanuel lo esperara parapetado tras esa caoba negra del gran escritorio. Toda la escena tenía ese aire teatral de las grandes peroratas que tanto gustaban al cabeza de familia.

—Alphonse, esta familia te necesita. Debes volver a Poitiers y hacerte cargo del negocio. Ahora que Édouard nos ha sorprendido a todos con su acertada decisión de enrolarse, debes coger las manijas de esa casa y del negocio. No te costará trabajo tras tu experiencia hace unos años. ¿Querías que demostrase confianza en ti? Ahora lo hago. Créeme si te digo que iría yo mismo para así sentirme cerca de aquellos que están dando su vida por mi patria, pero mi gota y la salud de tu madre me lo impiden. Deja esa estúpida forma de hacer las cosas que tienes y haz que no me arrepienta de mi decisión.

—Padre, ¿no cree usted que ya es hora de que me asiente definitivamente aquí en Córdoba? ¿Que le ayude a dirigir desde aquí los negocios? Está a punto de cumplir setenta años y se merece la tranquilidad que su edad le demanda. Aunque nunca haya confiado demasiado en mí, le aseguro que estoy preparado para coger las riendas de aquello que me pida. En Poitiers, Albert es perfectamente capaz de llevarlo todo hasta que Édouard vuelva.

—¿Tú te crees que yo soy tonto? —preguntó sacando su mayor genio Emmanuel, quien esta vez no necesitó hacer uso de su lengua materna para

mostrar todo su enfado—. ¿Te piensas que no sé todos los pasos equivocados que has dado en tu vida? ¿Que no sabía de esa desgraciada de los churros? ¿Que no estaba al tanto de tus ridículos trapicheos en la Taberna de Plateros? ¿Que no era consciente de que no te hacía ninguna gracia entrar en política? ¡Hasta del asunto de ese anarquista catalán me enteré! Pero eres mi hijo pequeño y veo en ti toda la energía que le falta a tu hermano. Si antes no te he dejado al mando de los asuntos familiares es porque debías estar totalmente preparado, y porque esperaba que encontraras tú solo esa necesidad. Pero esta ha llegado sola, sin que tú la reclames. Ahora tu sitio está en Francia, en mi Francia natal, pero que a mi pesar no me verá morir. Yo me las arreglaré aquí perfectamente, pero tú debes hacer lo que se te dice y mantener nuestro negocio allí, a pesar de esta triste guerra que nos asola.

Nada le quedó a Alphonse por replicar. En ese momento recordó la promesa hecha a su hermano dos años atrás y entendió que en ese momento su sitio —efectivamente su padre tenía razón— estaba en Poitiers.

ÉDOUARD. OFFICE DE RÉCRUTEMENT. RUE SAINT DOMINIQUE. PARÍS. ENERO DE 1915

Ya había previsto Édouard problemas para ser admitido en el ejército francés por los cauces ordinarios. A pesar de estar el servicio militar activo en Francia y tener él la edad apropiada para incorporarse a filas, su país de nacimiento era España y, aunque era hijo de francés, sus deberes castrenses lo eran con otro país. Siempre le quedaba otro camino: la Legión Extranjera, precisamente el cuerpo militar que más le interesaba.

En Poitiers, muchos de sus conocidos se habían enrolado, unos con más ansias que otros, obligados por la ley que reclutaba a todos los franceses entre diecinueve y cuarenta y siete años a la obligación militar de defender su país. Uno de ellos, Alain Doisneau, convertido rápidamente en capitán por apellido y contactos a partes iguales, servía en París en un cómodo despacho de la oficina de reclutamiento más cercana a la Porte de Champerret, no muy lejos del río Sena. Édouard lo conocía de varias veladas en lugares comunes de Poitiers, e incluso a su hermano Alphonse se le asoció durante una temporada con la hermana pequeña de Alain. Esperaba Édouard que eso no fuera óbice para que accediera al favor que

estaba a punto de pedirle.

No había vuelto a París desde su luna de miel. Dejó la maleta en el mismo hotel de la estación de Orsay y se dirigió inmediatamente a la oficina en la que trabajaba Alain. No le apetecía caminar, cada paso que daba le parecía haberlo ya andado del brazo de Beatriz. «¡Cuánto ha cambiado todo!», pensaba un poco perdido por las bulliciosas calles de una ciudad con más ajetreo del normal. Pensó en coger un taxi.

—Oficina de Reclutamiento de la calle Saint Dominique.

—¿Se alista usted?

El simpático taxista tenía ganas de hablar.

—A ver si hay suerte.

—¡Eso necesitamos, jóvenes que defiendan nuestro país! —El taxista parecía de los pocos franceses que a esas alturas todavía quedaban optimistas—. Nosotros los taxistas también tenemos nuestra cuota de heroísmo. ¿Sabe usted? En este taxi transporté a ocho de nuestros muchachos al frente en el mes de agosto, ¡en dos turnos y con las luces apagadas para no ser vistos! Todos tenemos que arrimar el hombro.

—Acto heroico sin duda. Oí hablar de la colaboración de los taxistas parisinos y mi reconocimiento hacia su gremio no me impidió pensar que muy mal debía de estar nuestro ejército para tener que apelar a su colaboración.

—Dicho de ese modo, da que pensar.

El exaltado taxista no volvió a abrir la boca y no dejó de mirar de soslayo a ese caballero con aire triste que tan cabalmente le había hablado.

Le hicieron esperar sentado en un banco con dos jóvenes más, uno con el brazo derecho en cabestrillo y la mitad de la cabeza escondida bajo una sucia venda. Al otro directamente le faltaba el brazo derecho; eso sí, no tenía ninguna venda sobre la cabeza. Nadie pronunció palabra alguna, más allá de algún quejido por parte del manco. No estarían allí para alistarse, dedujo Édouard. Ya sabía de gente que hacía cualquier cosa con tal de no tener que ir a la guerra; esos dos desgraciados tenían tanto miedo en sus caras que daban por buenas sus taras si así se libraban de una muerte casi segura.

—¿*Monsieur* Édouard de Montcuit? —gritó cansada una voz femenina desde detrás de una puerta acristalada semiabierta frente a donde estaba esperando—. Al fondo del pasillo a la derecha le espera el capitán Doisneau.

Había preparado todo un discurso apelando al espíritu patrio y la

defensa de unos valores, pero en caso de negativa a su incorporación, guardaba un as en la manga. Mientras se acercaba al despacho indicado, Édouard sonrió pensando que todo ese mecánico ruido de fondo de máquinas de escribir hubiera arrancado una amplia sonrisa a su preciosa Monique.

ALPHONSE. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. ENERO DE 1915

Sin necesidad de decirlo, todos en la familia creyeron conveniente postergar la partida de Alphonse para después de las fiestas navideñas, que siempre habían sido tan bienvenidas en esa casa, pero que ese año decidieron vivir sobriamente en deferencia a lo que estaba pasando en Europa. En esas pocas semanas, su padre le aleccionó de todo aquello que pensaba podía hacerle falta saber, sin darse cuenta de que él ya había pasado varios años poco tiempo atrás llevando las riendas del negocio hombro con hombro con Édouard. Alphonse le dejaba hacer, veía en su padre a un hombre cansado, temeroso por un hijo que estaba en el frente, incapaz de controlar todo, como siempre había hecho en su vida.

Doña Rosa lloraba por los rincones la decisión de su marido. No la criticaba, pero entendía que, si un hijo ya había sido sacrificado, poner un segundo en peligro era una temeridad. Por mucho que le explicaran que el frente estaba tan lejos de Poitiers como de Córdoba, ella siempre aducía que los periódicos no decían la verdad. Justine la consolaba con el eterno recurso a las plegarias, aunque ni siquiera ella, tan devota siempre, las tenía todas consigo.

Por algún motivo, a Alphonse le dolía sobre todo tener que despedirse de esa chiquilla que se estaba convirtiendo en toda una mujer a gran velocidad. Habían desarrollado una cierta amistad en la que las únicas diferencias que se mostraban eran las que los demás querían ver.

—Ya sabrás que me voy, ¿no?

—¡A Francia! ¿Olvida usted que vivo aquí? No soy yo de las que escuchan tras las puertas, pero los llantos de su madre frente a la Virgen del Carmen del pasillo de arriba lo dicen todo.

—No te pienses que me apetece mucho. Pero se hace necesaria mi presencia allí. Tras la decisión de Édouard de alistarse, alguien tiene que hacerse cargo de aquello… Y luego está Monique, esa criatura se alegrará

mucho de verme. ¡Hasta me ha escrito una carta pidiéndome que le lleve una maleta llena de libros! He recopilado todos los que leía a su edad. Todos menos uno: este quiero dártelo a ti.

—¿*La Regenta*? Suena muy militar. ¿De qué trata?

—Digamos que es una historia de amor imposible… Tú léelo. Te encantará.

Al día siguiente, Alphonse abandonó la casa antes del amanecer. Se había despedido de todos la noche anterior y cogía el primer tren a Madrid. Algo en su estómago le decía que la casa que dejaba no volvería a ser la misma a su regreso.

ÉDOUARD. CUARTEL DU PORTAIL. ORLEANS. PRIMAVERA DE 1915

No había hecho falta recurrir a la partida de vino para el ejército que pensaba utilizar como argumento en caso de que su contacto no accediera a incorporarlo a los regimientos que la Legión francesa mantenía en el frente del Marne. El capitán Doisneau accedió sin ningún tipo de inconveniente a la petición de Édouard de alistarse en el único cuerpo militar que por su condición de ciudadano español podía acogerlo. Es más, lo vio como un auténtico acto de valor de alguien a quien consideraba un taimado hombre de negocios, aunque esto último se lo calló. Eso sí, antes de unirse a su batallón correspondiente, debería pasar un período de instrucción en la cercana Orleans para adquirir las nociones más básicas en el noble arte de matar a otros seres humanos.

La vida militar le importaba bien poco: un medio hacia un fin. Édouard intentaba acoplarse lo mejor posible a esos ejercicios a los que tan poca explicación encontraba. Lo que más trabajo le costaba era el cargar con todos esos pesados e incómodos pertrechos con los que los saturaban. Por no hablar de esas telas toscas y ásperas de las que estaban hechos los uniformes; él, que desde pequeño había portado las mejores telas del mercado. «A todo se acostumbra uno», se repetía sin cesar.

A las pocas semanas de llegar, por el hecho de hablar correctamente francés, español e inglés, además de demostrar meritorios conocimientos en redacción y contabilidad, lo pasaron al servicio de comunicaciones, donde ganó en comodidad y, de paso, en cantidad y calidad del rancho que servían en el cuartel. En un primer momento, no estaba seguro de si su cometido

estaría junto a esas palomas mensajeras que tanto veía usar y adiestrar o, por el contrario, le encontrarían un hueco en el servicio de radio o de telefonía. Finalmente, ni una cosa ni la otra. Por su evidente capacitación lo llevaron junto a los oficiales con el objetivo de redactar, traducir en su caso y transmitir las órdenes a los puestos más avanzados. No les importó que formara parte de la Legión Extranjera; sus capacidades le avalaban para estar en donde se tomaban las decisiones. Francamente, no había mejor destino. Aunque así, difícilmente sería enviado cerca de su añorado Clément.

ALPHONSE. RUE MAGENTA.
POITIERS. JULIO DE 1915

En el primer aniversario de la guerra, las autoridades francesas se empecinaron en celebrar ese día como algo positivo para el país. Aún había gente que se creía las triunfales soflamas oficiales, en realidad solo aquellos que todavía no habían perdido a ningún familiar en el frente, aunque con casi toda seguridad lo harían en un futuro no muy lejano. Alphonse decidió salir a pasear con su sobrina, sobre todo por buscar el frescor de la tarde poitevina más que por participar de ningún tipo de festejo estúpido. Ninguno de los dos sacaba a relucir el tema de la evidente tristeza escondida en frases vacías que las cartas de Édouard reflejaban; ambos sabían de la preocupación del otro y preferían obviar el tema. Monique hablaba de todo y de nada a la vez, con ese torrente de ideas perpetuo que cruzaba por su cabeza y salía por su boca sin transición. Alphonse se veía él mismo reflejado muchos años atrás en esa jovencita a punto de cumplir trece años.

Ella había vuelto a vivir a la casa tras la adaptación del internado en refugio para los heridos llegados del frente. «¡Hasta niños serbios están empezando a llegar buscando refugio al centro de Francia!», se sorprendía. Monique siempre insistía en que, en cuanto se lo permitieran, entraría a formar parte de los batallones de voluntarias que cuidaban de esos heridos. Mientras tanto, se conformaba con tejer calzoncillos y calcetines de lana para esos soldados del frente a los que se les conocía como *peludos*. Siempre era agradable pasear con su sobrina, pero cada vez más a menudo ella se le separaba cuando se encontraba por el Pare de Blossac, por la Place de l'Hôtel de Ville o por la rue Magenta, como aquel día, a algunas de sus compañeras de colegio.

Aprovechando ese rato de soledad que le concedió su sobrina, Alphonse decidió sentarse y disfrutar un pastís en una pequeña mesa al exterior de un coqueto *bistrot* donde ya había comido en alguna ocasión. Recordó paseos con su hermano por esa misma calle no hacía tantos años, y otros con Beatriz embarazada de esa niña que se alejaba calle abajo con tres amigas. Le parecieron sueños más que recuerdos de tantas cosas que habían pasado desde entonces. Reparó entonces en un grupo de muchachas al otro lado de la calle, no mucho más jóvenes que él, que le miraban y reían sin parar. Como llevada por una apuesta, una se le acercó decidida, sin dejar de mirarle a los ojos.

—Buenas tardes, señor. ¿Es usted español?

—Caramba, buenas tardes, señorita. Pues sí, nací en el sur de España. ¿Tanto se me nota?

—Una de mis amigas, esa con cara de monja, dice que le conoce. Que su hermana está casada con un trabajador suyo, Albert… ¿Qué apellido me dijiste, Clothilde? —gritó sin ningún pudor, haciendo dirigir hacia ella las miradas de gran parte de los viandantes que por allí paseaban.

—Montagne.

—Pues eso.

—Albert Montagne, efectivamente. Pero no trabaja para mí, sino conmigo. Sin él no sabría qué hacer.

—Ustedes los ricos siempre tan condescendientes de palabra y luego…

—Vuelve a dejar una frase a medias.

—Sí, pero esta vez no por olvido, más bien por prudencia.

—Pues abandone esa prudencia y acépteme un pastís. Diga a sus amigas que se unan a nosotros.

—¡No! Ellas ya se iban —dijo, y se sentó haciendo un ostensible gesto con la mano para que el simpático grupo de cotorras se alejara.

Se llamaba Mathilde Henaux, contaba con veinte preciosas primaveras, un hermano en el frente y otro a punto de unírsele. Sus padres eran granjeros y ella trabajaba, como sus amigas y tantas otras mujeres de la región, en la fábrica de armamento de la vecina Migné-Auxances, a unos quince kilómetros de Poitiers. Ese día se lo habían dado libre y, con sus mejores galas, se habían adentrado en un mundo pocas veces abierto a las de su clase social. Había algo en ella que la hacía especial. Alphonse la miraba calladamente; era bella, sin duda, de viva conversación y segura de sí misma. Fue al pagar cuando supo qué le atraía tanto de esa joven. Mathilde insistió en que ella debía pagar su pastís, pues una mujer no era menos que

un hombre y ambos habían bebido lo mismo. Carmen se le volvió a aparecer. No podía ser una casualidad. Quizás había encontrado algo bello entre tanta tristeza.

ÉDOUARD. CUARTEL GENERAL FRANCÉS. HÔTEL DU GRAND CONDÉ. CHANTILLY. 8 DE DICIEMBRE DE 1915

Se estaban decidiendo las principales líneas de actuación de los aliados para el año que estaba a punto de entrar en ese enorme edificio al norte de París. Bullía el pequeño pueblo de emoción al recibir a la delegación británica. El general Joffre, instalado en una villa de la localidad desde hacía meses, parecía tener claro continuar con la misma estrategia: enviar a más y más soldados hacia una muerte segura; no era precisamente la inventiva la mayor de sus virtudes militares. Aquello era una ciudad dentro de otra. En ese bello palacio, más de mil personas pululaban por entre sus seis plantas decidiendo el negro designio de sus pobres compatriotas. Entre el equipo de traductores y redactores que habían llegado una semana antes de la conferencia se encontraba Édouard, volcado en un trabajo que hacía sin pensar y que, en ocasiones, desviaba su cabeza de su verdadero objetivo en esa guerra.

Había conseguido localizar, gracias a sus contactos en los diferentes departamentos que abundaban en ese enorme edificio, el nombre del teniente Clément Laloux en el Primer Regimiento de la Legión Extranjera. De todos eran conocidas las enormes pérdidas que los legionarios habían sufrido durante todo ese año, gracias a lo cual se ganaron el respeto del Alto Mando y la consideración de toda la opinión pública. Tantas habían sido las bajas en los batallones legionarios que tuvieron incluso que fusionar unidades y crear el Regimiento de Marcha de la Legión Extranjera con los retazos de otras diezmadas. Como en la guerra cuanto mejor lo haces peor es el premio, Édouard fue de los primeros en descubrir que, para el año entrante, la Legión Extranjera sería destinada como fuerza de choque en esa nueva ofensiva en la que británicos y franceses confiaban tanto y que se libraría alrededor del río Somme. En ese momento, Clément no se encontraba en la lista de bajas oficiales, evidentemente un alivio, y sabía que la Legión ocupaba entonces sectores tranquilos en la región de Roye-Lassigny, completando así su instrucción tras el duro año que estaba terminando. Poco más de una hora lo separaba de su amigo, pero sabía que

era una opción muy remota el salir de allí con las conversaciones entre los dos altos mandos en curso. En esos momentos le sería imposible obtener un permiso. Su trabajo de intérprete con la delegación británica se lo impediría hasta que acabara la conferencia.

EMMANUEL. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. 19 DE DICIEMBRE DE 1915

Entró corriendo al salón Justine a encender la cuarta vela de Adviento que, como era tradición, se colocaban junto a ese delicado nacimiento de figuritas de cerámica que tanto gustaba a sus sobrinos cuando visitaban la casa en Navidad. Ya habían anunciado las campanas el último toque antes de la misa dominical y ni su padre ni su madre habían aparecido para salir juntos a celebrarla. La tenue luz que entraba por la ventana ese brumoso domingo le impidió en un primer momento percatarse de un bulto tendido junto a la gran mesa. Fue el grito de su madre, que acababa de bajar, la que le hizo volverse hacia donde su padre yacía tendido boca arriba, con la cabeza artificialmente ladeada y con un hilo de espuma blanca saliendo de sus labios. Tan levemente respiraba que fue tras sofocar los lamentos de la madre que pudieron darse cuenta de ello. Al correr las enormes cortinas, la luz del patio porticado reflejó un rostro deformado por una expresión aterradora provocada por unos ojos blancos que miraban a todos lados y a ningún sitio. Don Emmanuel estaba perfectamente vestido con el traje de los domingos, solo la corbata había quedado a medio anudar en su cuello.

Los médicos coincidieron en diagnosticar que la parálisis que a partir de ese día postraría a Emmanuel de Montcuit en un sillón le vino dada de una varicela mal curada en su infancia. Poco importaba el motivo, pero ese infortunio tiñó de tristeza el devenir de esa casa a partir de aquel día. La casa del francés dejó de ser un sitio de encuentro; de hecho, desde el comienzo de la guerra en Europa había dejado de serlo por deseo expreso del matrimonio. El lagar trasero y la pequeña bodega aneja se cerraron y el servicio se redujo a Carmen, la eterna Rafaela y una chica nada despierta que hacía los recados y lavaba la ropa. Justine tomó el control de la casa, pues doña Rosa, a partir de ese momento, no se separaría de su marido. Como los males nunca vienen solos, pocas semanas después, Caroline enviudó de Ramón tras una viruela que arrasó con los habitantes de La Carlota, y bastante tenía con hacer crecer a los nueve hijos que su prolífico

matrimonio le había concedido.

CARMEN. CÓRDOBA. IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ. PRIMAVERA DE 1916

Si para alguien en Córdoba la tragedia que asolaba Europa no pasaba de largo esa era Carmen. A su enorme corazón le costaba trabajo asimilar que esos números que escuchaba en su casa fueran cifras de fallecidos. Ella misma los escribía en un papel una y otra vez para comprender la triste verdad y confirmar que no estaba equivocada. Desde casi el principio de la guerra, el cabildo había ofrecido una misa semanal por los caídos en el conflicto y esta se celebraba en la iglesia de su barrio. Carmen sintió como propio el deber de asistir a esos oficios semanales. Servía en una casa de raíces francesas, uno de sus miembros luchaba en esos campos de nombres tan raros que leía en los periódicos olvidados por los salones de la casa y que ella leía con avidez, y su querido Alphonse se había marchado a ese país en guerra para, quién sabe, no volver jamás.

Carmen siempre trataba de ocupar una de las primeras bancas. Si en San Miguel estas estaban reservadas para las pudientes familias del centro de la ciudad, allí se sentía como en su casa y no tenía reparos en ocupar el sitio que mejor le conviniera. Eran misas que por su carácter congregaban a feligreses llegados del centro y a aquellos parroquianos del pobre barrio del Alcázar Viejo. A Carmen le costaba trabajo aceptar que mientras unos chiquillos portaran ropajes principescos, otros parecieran maquinistas de locomotoras a tenor de la mugre que llevaban encima, pero sobre todo entendía que el futuro de unos y otros vendría marcado por la falta de letras de sus vecinos. Aquellos aparecían de la mano de sus cursis madres, que se pasaban casi toda la celebración vigilando que sus niños no se rozaran siquiera con sus compañeros de banco, mientras que las enclenques criaturas de su barrio solo querían tocar esas ropas tan firmes y blancas que relucían al salir de misa bajo el sol de primavera. Ante esa injusticia, a Carmen se le ocurrió lo único que estaba en sus manos. Consiguió que el párroco le permitiera, cada miércoles después de la misa semanal por los fallecidos en la guerra europea, y gracias a la ayuda de Justine, que sofocó cualquier duda del cura con una generosa donación, que en la sala junto a la iglesia que normalmente se utilizaba para repartir esas ayudas que de tanto en tanto se daban a los necesitados del barrio, es decir, a casi toda la

población de este, se le permitiera enseñar a leer y escribir a esos pequeños aprendices de nada.

La casa del francés, tan vacía desde aquel aire que paralizara casi por completo a don Emmanuel unos meses atrás, no requería demasiado de la presencia de Carmen y esta podía sacar tiempo para otros menesteres. Cualquier contratiempo le parecía minúsculo. Antonio le consiguió unas tablillas de pizarra negra que le harían las veces de cuadernos a través de un profesor de la Escuela Normal de Magisterio al que conocía de sus paseos por las tabernas del centro de la ciudad; su hermano José le ayudó a adecentar unos viejos bancos de madera de la iglesia que encontraron arrumbados a la espalda de esta y que le servirían de perfectos pupitres; y se hizo con varios libros que Justine le regaló junto a las consabidas vidas de santos que esta consideraba imprescindibles como primeras lecturas. «Y si no que le pregunten a mi hermano Alphonse y a la propia Carmen, que aprendieron a leer gracias a ellas» era la frase que más repetía una ilusionada Justine, quien pronto se involucró en la labor, no tanto por el aspecto social como por encontrar una nueva oportunidad de ganar pasos hacia su salvación.

Para la fiesta de la Cruz de Mayo, la improvisada escuela estaba en marcha. Carmen aplicó el tesón heredado de su abuela en su plan de captación de niños del barrio yendo personalmente a las casas de esas familias que conocía desde que tenía uso de razón, para convencerlas de que a sus hijos el saber leer y escribir no podía hacerles ningún mal.

—¡Vecina! ¿Se puede? Soy la Carmen, la nieta de la *Flores*.

—Pasa, hija, no te quedes en el *sajuán* que te vas a arreciar. ¿Qué pasa, chiquilla? Oí que entraste a servir con unos señoritas del centro. Eso está bien. Los pobreticos de este barrio hemos nacido para servir, ese es nuestro lugar.

—Pues de eso te quería yo hablar, Eulalia. Me dijo doña Inés que tienes contigo a los hijos de tu Pilar, tres churumbeles fuertes como robles.

—Sí, señor, desde que mi hija enviudó aquí se vinieron. ¡Más bonitos que un san Luis de vareta que son! Ocho, nueve y diez años que tienen los *jodíos*. ¡No veas cómo comen! Y aquí no llegamos, ya sabes tú cómo se las gasta la gusa cuando ni pan duro queda… A ver si les encuentras algo en alguna casa del centro, porque desmigando lana para colchones mi hija y yo no damos abasto…

—Yo pregunto, estate tranquila. Pero estoy segura de que tendrían más posibilidades de tener un trabajo si supieran leer y escribir.

—¡Claro, y si mi moño fuera de oro mi coño sería de plata! —rio sonoramente al terminar la frase—. Tú te crees que por llevar unos años en el mundo de los ricos ya te pareces a ellos. Algo me había advertido la Manuela. Mira, los que aquí nacemos no estamos destinados a leer, sino a trabajar.

Carmen no tardó en descubrir que su cuñada Manuela se había dedicado a propagar rumores y cuchicheos varios sobre su persona. En una casa de la calle En medio le espetaron que todo el mundo sabía que era la querida del señorito de la mansión donde servía. En otra, que decía que estaba sirviendo pero que en realidad la habían visto con las putas de la calle de la Feria. Aun así, no cejó en su empeño y visitó una por una todas las casas, casuchas y chamizos del barrio, incluidos aquellos de las familias gitanas que se habían instalado junto a la muralla que lindaba con el río.

Pero fue el recordatorio de don Anselmo en el sermón de los domingos el paso definitivo que ayudó a reunir a diez niños y tres niñas para sus clases. Fueron estas últimas las que más ilusión le hicieron, aunque pronto se dio cuenta de que iban acompañando a sus hermanos y solo porque alguien les había dicho que también les iban a dar algo de merendar.

MANOLO. BELLOY-EN-SANTERRE. FRENTE DEL SOMME. 8 DE JULIO DE 1916

Tras la fusión de meses atrás, el Regimiento de Marcha de la Legión Extranjera era de los primeros en abrir frente en operaciones de ataque. Ya había tenido varias experiencias de combate, aunque él siempre en la retaguardia, parapetado entre sus bestias. Al principio tenía una extraña sensación de invulnerabilidad, propia de esa chulería tan suya que siempre le había acompañado, pero rápidamente cayó en la cuenta de que lejos de ser un mero espectador él también podía formar parte del objetivo, y de que su insignificante nombre podría un día engrosar esas enormes listas de bajas que los oficiales se esforzaban por esconder. De algún modo, y por primera vez en su vida, se humanizó y se puso en la piel de los demás. Se había granjeado la simpatía de un amable y educado teniente francés que parecía conocer Córdoba casi tan bien como él mismo, aunque dijera que nunca había pisado suelo español, y de un capitán venezolano que había nacido para la guerra y con quien pasaba horas hablando en el mismo idioma. Gracias a él se enteraba de lo que estaba pasando; al parecer, había sido un

oficial de alta graduación en su país, y en Francia le habían dejado acceder al rango de capitán, pero se veía que entendía de esas cosas. Le explicó que ingleses y franceses no esperaban que los alemanes hubieran fortificado tan bien toda la zona y que todo estaba lleno de trampas. La toma del pequeño pueblo al que habían conseguido llegar era clave para el siguiente paso. Solo costó casi mil bajas, entre ellos muchos amigos que lo habían acompañado desde Marruecos. Se anunciaba una larga temporada junto a ese siniestro río.

Tres días llevaba sin dormir. No había forma de alejar esos sonidos de su mente. Sabía que no estaba sordo porque seguía oyendo, una y otra vez, el sonido de las granadas caer en su trinchera o en la de enfrente, ¿qué más daba? El mismo efecto le causaba en el interior de la cabeza. Cuando diez días atrás el ejército británico había empezado con el bombardeo sobre las alemanas, toda su preocupación consistía en tranquilizar a las nerviosas mulas a su cargo. Por la comida no había que preocuparse, esos animales estaban tan asustados que casi no comían. Pero tras el ataque masivo del primer día de ese caluroso julio, nada podía haber sido peor. Constantemente le reclamaban para cargar cuerpos inertes a lomo de las mulas para alejarlos de la primera línea. El olor del miedo se solapaba con el de las bestias. Estas descargaban sus estómagos a cada nueva explosión mientras Manolo comprendía que lo mejor era agacharse y taparse los oídos. Al menos no había tanto barro como en otras ocasiones, pensaba mientras encendía otro pitillo. Esa sensación de pies fríos y húmedos era lo que peor llevaba. Las ratas no le molestaban tanto como los piojos; al menos, si las cazaba, se podían convertir en el rancho de un día para dos o tres de sus compañeros, pues algunas eran grandes como gatos. Pero los piojos eran mucho peores. Las picaduras de esos bichos ya le habían dejado marcas en el cuerpo que de seguro ninguna mujer sabría apreciar si el futuro le volvía a permitir estar con alguna, ya ni putas había tan cerca del frente.

—¡Imbécil! ¿Cuántas veces te he dicho que de noche enciendas el tabaco rápido y agachado? Esos de enfrente, los de los yelmos en punta, están deseando reventar los sesos de cualquier incauto como tú y la luz de tus cerillas llama su atención. ¡Y ponte ese casco, desgraciado! ¿Para qué te crees que lo han hecho de acero? Aquí se viene a matar o a morir, y como sigas así eres candidato a lo segundo.

—¡Capitán Suárez! A sus órdenes. Estaba pensando en mis cosas.

—¿En tus cosas? A ver, españolito, aunque venimos de casta de muertos no tengas prisa en unirte a ellos. Toda la buena mano que tienes con los

animales la pierdes en el noble arte de la guerra. Cuando todo esto termine, que terminará, tú te vas a venir conmigo a mi país. En Guaraque, donde nací, las plantaciones de café inundan unas montañas tan bellas como inaccesibles; allí hacen falta manos que sepan tratar a las bestias, manos como las tuyas. Y no te faltará de nada. Siempre hablas de mujeres, pues allí están las más bellas, y muy cariñosas, amigo. Verás como te olvidas de esas moras de las que tanto presumes, Pero primero hay que hacerse cargo de esos alemanes que no nos dejan dormir tranquilos. Así que más cuidadito la próxima vez y descansa, que mañana hay más.

—¡Lo que usted diga! Y no olvide su promesa de llevarme con usted a la Venezuela.

Al menos le estaba permitido soñar, aunque cada día que pasaba estaba más convencido de que las únicas montañas que iba a subir lo haría llevando cuerpos de soldados muertos sobre sus mulas y no sacos de café.

Efectivamente, al día siguiente hubo más. No fue elegido para línea de ataque —al parecer las comunicaciones estaban fallando y él era rápido—, así que se encargaría de llevar mensajes entre los diferentes batallones de su regimiento. Toda la mañana de un lado para otro entre esos escombros y miasmas que ahora eran su hogar. Unas veces agachando la cabeza, otras saltando sobre cuerpos dormidos, o muertos, de soldados, haciendo alguna pausa para volver a encender un cigarrillo y dejar de respirar muerte. El olor del tabaco era mucho más apetecible. El último de sus recados lo llevó hasta el teniente Laloux, quien guarnecía de exquisitos manjares a base de latas de carne en conserva a un grupo de soldados recién vueltos de un ataque de nuevo infructuoso.

—Ya ve, querido Manolo, hoy no hay vino. Eso para los tiempos de tranquilidad.

—Que no son los actuales, mi teniente.

—¿Quiere una lata de leche condensada para luego? Ande, llévesela, me lo agradecerá más tarde. Además, luego puede utilizarla de granada. Tal y como están las cosas en este destartalado ejército puede que no nos quede otra.

—No le despreciaré el gesto. Venía a entregarle esto. Me envía el teniente Veiber, de ametralladoras.

Le entregó el papel con una mano recogiendo la lata con la otra.

—Vuelva y dígale que no se preocupe —dijo el teniente Laloux tras abrir la nota—. Aquí cada cual mira por sus intereses y se piensan que solo hay una guerra, la suya. Viéndole aquí deduzco que vuelven a fallar las

comunicaciones, ¿verdad? No sé cómo esperan ganar esta guerra si nuestra mano derecha no sabe lo que hace la izquierda.

—No le he entendido bien, mi teniente.

—Nada, cosas mías. Dígale que haré lo que pueda. ¡Ah! A ver si tenemos tiempo y le enseño un libro con grabados de ciudades del sur de España. Lo conseguí hace unas semanas y me gustaría que me contara cuáles son de Córdoba.

—Cuando usted quiera, mi teniente.

A Manolo le extrañaba ese constante interés por su ciudad del teniente Laloux. «Cada cual intenta poner su mente a salvo de esta locura, y ese es un motivo tan bueno como cualquier otro», pensó.

MONIQUE. POITIERS. RUE DE BLOSSAC. 24 DE AGOSTO DE 1916

Dos años de guerra habían pasado ya y uno desde que el semblante de su tío se dulcificara, sin duda gracias a esa amiga de la que tanto hablaba y a la que visitaba cada vez que podía a la cercana fábrica de armas al norte de Poitiers. A Monique le pareció siempre una buena noticia que algo de felicidad entrara a esa casa, fuera en forma de amor pasajero de su tío o de cartas de su padre, desde allí donde la guerra le estuviera llevando. No le importaba hacerse la tonta cuando su tío le explicaba que iba a unos asuntos de negocios que lo tenían toda la noche fuera de la casa. No tenía más de catorce años, pero en tiempos de guerra se aprende rápido lo que en otros se hace despacio. Sabía perfectamente qué se traía entre manos *onde* Alphonse con esa pizpireta muchacha con la que coincidía en ocasiones cogida del brazo de su tío. «Mucho mejor el amor que la guerra», pensaba ella.

Para ese cumpleaños solo anhelaba noticias de su padre. En casa la reconfortaban con que debía comprender la dificultad de las comunicaciones, y que su padre ocupaba un puesto de tal responsabilidad que no le estaba permitido desvelar su posición a través de cartas. Todo eso le parecían a ella excusas vanas. Si su padre estuviera bien, seguro que no perdería la ocasión de enviarle unas palabras de amor por su cumpleaños. Solo podía significar que algo había pasado.

Su tío decidió llevarla ese día a visitar ese pequeño pueblo al que tanto iba últimamente. Era un paseo corto para el que utilizarían ese coche tanto tiempo aparcado que su padre comprara años atrás. Le gustaba montarse en

ese descapotable negro que la hacía sentirse mayor de lo que era. Allí recogieron a Mathilde y a otra amiga algo menor, casi de su edad, y todos juntos fueron a un llano junto al río en el que desplegaron un amplio mantel a cuadros naranjas y verdes que adornaron con vino, que había traído Alphonse, queso y salchichón, de la granja de Mathilde. La mañana era fresca para esas fechas, lo cual los cuatro agradecieron. En un momento, todos estaban tendidos uno junto al otro mirando hacia un cielo salpicado de nubes que les llevaban a imaginar formas e historias.

—¿Se verán estas mismas nubes desde donde esté Jules? —Mathilde hablaba constantemente de su hermano mayor—. Cuando era pequeña me decía que en sueños se imaginaba que viajaba sobre ellas y me contaba qué se veía desde arriba. Mi hermano tiene mucha imaginación. En el colegio siempre le señalaban como quien mejor leía y escribía.

—Yo no sé si serán estas u otras, pero seguro que ve nubes. Mi padre dice que en el frente siempre está lloviendo.

Monique se arrepintió de hablar del frente. Sabía que su padre ocupaba destinos lejos de él, mientras que el hermano de Mathilde no tendría tanta suerte.

—¡No quiero ni imaginar cómo se las apañará Louis! Mi hermano mayor sabe arreglárselas solo, pero el pequeño… —Un nudo en su garganta le impidió seguir hablando.

—Vamos, Mathilde, ya hemos hablado de eso muchas veces. Ten fe. —Alphonse recurría a lo sagrado, pues sabía que eso reconfortaba a Mathilde, aunque él no confiara mucho—. Tu hermano ya tiene dieciocho años y es todo un hombre…

—¡Mi hermano no tiene capacidad para empuñar un arma! Ya te he dicho que le falta ardid para ese tipo de cosas. No sabrá cómo sobrevivir…

Un pequeño chubasco cortó la conversación. El miedo flotaba en el ambiente y la lluvia mojó de preocupación a un grupo de personas que tenían en común el poder perder a un ser amado en esa eterna guerra.

Al llegar a casa, ya casi de noche, Monique rápidamente comprendió que algo pasaba. La luz del salón aparecía encendida y no podía ser Albert a esas horas de la tarde. Saltó del coche con el motor todavía en marcha y subió los tres escalones de entrada de un solo salto. La puerta estaba abierta. Enfiló el pasillo de entrada y entró corriendo al salón por la puerta más cercana. Una figura familiar dormitaba en el sillón de la ventana. Nunca se había alegrado tanto de ver a su padre.

ÉDOUARD. POITIERS. PARC DE BLOSSAC. SEPTIEMBRE DE 1916

Durante todo un año había intentado sin éxito pedir licencia para separarse de sus obligaciones y acudir al frente donde se encontraba la Legión Extranjera. Este no distaba más de un centenar de kilómetros de donde él se encontraba, pero por una razón o por otra, nunca se le permitió alejarse de sus cometidos. La constante comunicación con los aliados británicos le hacía imprescindible. En la primera ocasión que tuvo de escaparse, no tenía duda de a quién debía visitar. Édouard disfrutó de dos semanas de permiso en las que no se separó de una hija que ya se acercaba a la edad que tenía Beatriz cuando la conoció aquella lejana Nochevieja en Córdoba, y no podía evitar ver en sus ojos aquellos de su madre. Evidentemente el carácter de Monique era diferente al de todas las criaturas de la Tierra; esa energía y alegría con las que impregnaba todo lo que hacía la convertían en un ser único. Todo lo vivía con pasión, lo bueno y lo malo, lo que la hacía amar y sufrir por igual.

Prácticamente no hicieron otra cosa que pasear por el parque, sin importarles el viento que al caer la tarde se levantaba o el fuerte sol del mediodía. Por la alameda central, en repetidas idas y vueltas, siempre del brazo de Monique, le contaba lo que había hecho durante esos meses separado de ella: cómo había vivido y trabajado en un gran palacio en Chantilly, al norte de París; que había conocido al propio general Joffre, afable pero testarudo; que en muchas ocasiones no se le permitía establecer contacto con el exterior, por lo que sus cartas eran más espaciadas de lo que hubiera querido; que no pasaba un segundo sin pensar en ella y que, en cuanto la guerra terminara, cumpliría la promesa tantas veces hecha y se irían los dos a vivir a Córdoba, a la ciudad que vio nacer a su madre. Su hija escuchaba, no necesitaba más que estar junto a su padre, pero leía en su rostro la tristeza de alguien que busca algo y que no lo encuentra. Sabía que a su padre le faltaba algo, y no era ninguna de esas historias que le contaba.

—Papá, solo dos semanas contigo es muy poco tiempo. ¿Tan importante es lo que haces? ¿Por qué no lo dejas y nos vamos ya a España? No puedo soportar el volver a alejarme de ti.

Aunque Monique era fuerte, sus palabras transmitían la emoción que el miedo impregnaba.

—Hija, ni puedo ni quiero dejar lo que estoy haciendo; siempre te enseñé a terminar lo que uno empieza. Tengo un objetivo que o intento

cumplir o me arrepentiría el resto de mi vida.

—Lo sé, padre, sé que estás buscando algo que no acabas de encontrar, y te apoyo, pero tengo miedo de que te quedes en el camino, no puedo perderte.

Aquí Monique sí desvió su mirada para esconder las lágrimas que se le escapaban.

—Te quiero más que a nadie, hija mía, eres mi principal luz en esta vida, pero hay alguien a quien tu madre y yo también apreciamos mucho en el pasado y tengo una deuda con él y conmigo mismo.

—De acuerdo, papá, búscalo, encuéntralo, salda tu deuda y vuelve junto a mí.

Otra vez ese parque fue testigo de un momento vital en la vida de Édouard. Este se despidió de su hermano y de su hija, escondió el dolor por la partida y fue tras aquello que tanto necesitaba cerrar.

MONIQUE. POITIERS. RUE DE BLOSSAC. NOCHEBUENA DE 1916

Para Alphonse era rara esa sensación de sentirse a gusto entre tanto dolor. La producción de vinos funcionaba con tranquilidad y su conciencia se apaciguaba vendiendo al ejército vinos de buena calidad por el precio por el que otros productores mandaban sus peores caldos. Si ese era el último vino que las gargantas de esos pobres soldados iban a beber, al menos que valiera la pena ese trago. Hacía ya un año desde la desgraciada enfermedad de su padre y nadie le iba a afear ese negocio, por supuesto ni el propio Albert, de quien partió la idea. Se lo había comentado a Édouard en su última visita y este aplaudió la iniciativa. «¡Qué lástima que no se me ocurriera a mí!», dijo. Por otro lado, su relación con Mathilde empezaba a germinar en algo más que en una conveniencia física; ambos empezaban a sentir algo más que un irrefrenable deseo. Su sobrina se lo había notado y no dejaba de preguntar por si no pensaban en casarse. Nada más lejos de sus intenciones, pero nada más cerca de las de ella.

Esa Nochebuena, Monique decidió hacerse cargo personalmente de todos los preparativos y organizar en su casa una pequeña cena que juntara a aquellos que tenía a su alrededor. Albert y su esposa, junto a los cuatro pequeños hijos que ya tenían, cenarían con ellos. El discreto empleado no era apto para el servicio militar por una evidente cojera de nacimiento y su

familia crecía casi cada año con la tranquilidad de que no sería llamado a filas. Para Monique era como un familiar más. Sylvie, su Sylvie, quien nunca se había separado de ella, la ayudaría en los preparativos y se sentaría evidentemente a la mesa con los demás. Había convencido a su *oncle* Alphonse de invitar a Mathilde y su familia a esa celebración. Sabía que era algo que su tío no quería hacer, pero no se lo podía negar; era el único regalo que le pidió por esas Navidades. Su íntima amiga Aline completaría esa gran mesa que con tanto mimo ella misma vestiría.

Hacía años que investigaba por los muebles de la casa y sabía a la perfección de todos y cada uno de los enseres que allí había. Cuáles llevaban ahí desde antes que su padre llegara, aquellos que su madre trajo desde Córdoba como parte de su ajuar, y los pocos que se habían ido comprando con el tiempo, sobre todo por su iniciativa, pues era una auténtica enamorada de la porcelana de Limoges y su padre y su tío no sabían decirle que no. Pero de entre todo aquello, la pieza mayor sin duda era un mantel blanco con servilletas a juego que su propia madre bordara en encaje de bolillos y vainica. Ella pensaba que nunca tendría la paciencia necesaria para acometer una obra de arte similar. Jamás se había utilizado, le dijeron, pero ella distinguía el cerco de dos copas de vino tinto en uno de los extremos en las múltiples ocasiones que lo abría, lo planchaba y lo volvía a dejar en su sitio a la espera de una cena como la de esa noche. Le gustaba pensar que sus padres lo mancharon en cualquiera de esas conversaciones que su padre le contó que tanto disfrutaban.

La escasez no había llegado a esa casa y, aunque sabía que eran tiempos difíciles, no vio problema en regalar un día de buena mesa a todos los asistentes. El haber recibido carta de su padre solo dos días atrás la había terminado de animar para que no faltara nada de lo que se suponía debía llenar una cena de Nochebuena. Un caldo caliente a la vainilla centraba la mesa, rodeado por aperitivos fríos y calientes. Para seguir con la trucha a la mayonesa que tanto gustaba a su padre y ese pavo frío trufado que tan bien le salía a Sylvie. Para el vino, dejó que Albert y su tío abrieran las botellas que ellos estimaran oportunas. El Sauvignon en el que su padre puso tantas esperanzas fue el más celebrado.

—Os agradezco que hayáis aceptado mi invitación. Sé que cada uno de los que hoy compartís esta mesa conmigo tiene la cabeza en otros lugares y con otras personas, pero estoy segura de que todos ellos sonreirían al saber que nosotros estamos compartiendo estos buenos momentos. Sé también que todos participamos en el deseo de que la próxima vez que celebremos el

nacimiento de Nuestro Señor lo hagamos con aquellos que hoy no están aquí. Se dice que en Nochebuena la guerra hace un alto y las bombas callan por unas horas. ¡Ojalá sea así!; y si me dejáis expresaros un último anhelo, espero que dos personas que hoy se sientan entre nosotros lo hagan la próxima vez en calidad de marido y mujer, y que mi tío Alphonse me haga el honor de acompañarle ese día hasta el altar.

Consiguió soltar de un tirón la perorata que se había preparado durante días.

Todos rieron y miraron a los señalados, estos se ruborizaron a la vez y bebieron rápidamente para intentar tapar el color que enrojecía sus rostros. Los demás siguieron su ejemplo y tomaron el gesto como un «sí quiero». Solo faltaba su padre, pero el resto había salido como Monique lo había soñado.

Mathilde sabía que cualquier convencionalismo le era extraño a Monique, pero era perfectamente consciente de que fantasear con una relación seria con Alphonse solo pasaba por sus sueños, por mucho que el tiempo y la guerra la hubieran alargado más de lo que al principio pudiera parecer. Aunque no dudaba de los sentimientos de Alphonse, algo había en su comportamiento que ponía un muro ante cualquier posibilidad de concretar sus continuos encuentros. No era tiempo de mirar al futuro. No quería hacerse esperanzas, aunque en el fondo soñaba con esa opción. Se pasó toda la cena explicando su trabajo en la fábrica a su joven anfitriona. Cómo se pasaba el día rellenando de pólvora unos cartuchos de tela que después se incorporaban a los proyectiles para los que estaban destinados. Le decía que ojalá ninguno de esos terribles obuses que veía cargar todos los días en la cercana estación de tren matara al hermano de nadie. Sus padres estuvieron toda la cena algo apartados, como fuera de lugar. Por mucho que todos los hicieran partícipes de sus conversaciones, estos no se sentían parte de aquello. Sus labios no estaban acostumbrados a ese cristal ni sus paladares a esos vinos; si habían aceptado la invitación fue por ver sonreír a la única de su prole que no estaba en esos momentos en una trinchera.

Cumplieron todos la tradición de asistir a la misa de medianoche, incluido su tío Alphonse; no tenía Monique ninguna duda de por quién lo hacía. Allí, en la cercana Iglesia de Saint-Hilaire le Grand, Monique pensó en su padre y deseó para sus adentros que la próxima Nochebuena la pasaran en la casa familiar de Córdoba. Ya era hora de conocer la ciudad que vio nacer a sus padres.

CARMEN. CÓRDOBA. PLAZA DE LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ. 6 DE ENERO DE 1917

Carmen estaba esperando ese día de Reyes con la ilusión de dibujar una pequeña sonrisa en los rostros de los seis únicos alumnos que le habían quedado tras la campaña de difamaciones que por todo el barrio se había extendido, sabiendo que nunca habían tenido, ni probablemente nunca volverían a tener, un regalo por Reyes. Esta vez no quería recurrir a la caridad de Justine y había ahorrado suficiente como para comprar unas canicas a todos ellos, sin distinguir entre los cinco niños y Rosario, la única niña que continuaba acudiendo a las clases junto a su hermano pequeño. Ambos, hijos de un matrimonio gitano piconero que malvivía en un chamizo pegado a los restos de la antigua muralla, y a los que les pareció una magnífica idea que sus hijos conocieran las letras y los números.

Ese sábado les había citado para darles una sorpresa a pesar de no ser día de clase. Les dijo que al caer la tarde la esperaran a la puerta de la iglesia y que sería cuestión de unos pocos minutos. Carmen llegó con retraso porque, tras acudir a la misa de Epifanía con doña Rosa y Justine, tuvo que arreglar la cocina y dejar preparados los platos de la cena de ese día. Rafaela ya no estaba para muchos trotes y a Carmen no le importaba ayudarla en todo lo posible. Aceleró su paso todo lo que pudo, imaginándose la cara de los niños cuando vieran lo que les había comprado. Esquivaba uno tras otro a todos los hombres y mujeres que se iba encontrando a su paso y más de una vez a punto estuvo de caerse por enredarse con los bajos de una nueva falda que se había hecho con unos retales que sobraban en la casa y que le quedaba evidentemente larga y ancha. Reaccionaron como Carmen se había figurado. Rápidamente se sentaron en el poyete de la casa colindante a la iglesia y se pusieron a jugar, integrando a Rosario en el grupo como ya solían hacer. No dieron las gracias, pero sus ojos fueron más locuaces que el mayor de los halagos. Había valido la pena.

Ya se había hecho de noche cuando los niños enfilaron para sus casas. Carmen desestimó la idea de ir a visitar a doña Inés, quien llevaba desde antes de Navidades con unos fuertes dolores de reuma. Le quedaba todavía un trecho hasta su casa. Ya iría a verlos a todos el miércoles próximo. Se dispuso a atravesar ese oscuro llanete donde años atrás su hermano Antonio cayera a unos extraños salones moros y dirigirse hacia el centro de la ciudad.

—Psss, ¡tú! ¿No me has oído, *resalá*?

Alguien la cogió bruscamente del brazo y tiró hacia él.

—Llevo prisa. Déjame ir —dijo Carmen, zafándose en un primer momento de esas fuertes manos que rápidamente la cogieron de ambos brazos.

—¡Pero si solo quiero presentarme! ¡Qué maleducadas las señoritingas del centro! Y aquellas que os creéis superiores pero que no podéis evitar vuestra cuna sois las peores —dijo el desconocido, sin dejar de apretarle el brazo.

—¡Te repito que me dejes ir! Soy.

—¡Carmen! La hija de Pepe el *Mulero* y hermana del cabrón de Manolo. Sé muy bien quién eres.

Carmen miró fijamente la cara de aquel gitano y vio la de su sobrino reflejada directamente en él. Sin tiempo de darse cuenta, un golpe seco y contundente en la boca del estómago la quebró en dos y unas manos frías y temblorosas se introdujeron sin saber muy bien cómo en su camisa para tocarle fuertemente los pechos. Carmen era una mujer fuerte, pero no tanto como para parar a ese hombre en sus arrancadas. Tras un segundo y un tercer puñetazo repitiendo el destino, abandonó momentáneamente toda resistencia y sintió cómo le subían las enaguas por encima de las rodillas. De repente, se vio sentada en el suelo, parcialmente recostada, y el frío del agua que mojaba la tierra se estaba colando por todos sus huesos. Era perfectamente consciente de lo que iba a suceder; pensó que las pocas fuerzas que le quedaban las necesitaría para morder a su agresor a la mínima oportunidad. Pero este estaba preparado y sacó una navaja que hizo palidecer el rostro, enmudecer los sonidos que emitía y parar los vaivenes corporales en los que consistía la poca resistencia que podía ofrecer.

Instantes después, que a ella le parecieron infinitos, lo único que alcanzó a ver fue el cuerpo de Silverio, su asaltante, lanzado por los aires y estrellándose directamente contra el tronco de uno de los pocos árboles que allí había. Una figura masculina empezó a envolver en patadas y puñetazos el cuerpo del sorprendido agresor, quien, con los pantalones por los tobillos, apenas acertaba a tapar su flácido pene con las dos manos, objetivo de las patadas de Antonio. Este acababa de atar su barca junto al río y empezaba su ruta diaria de tabernas cuando vio una escena que no podía dejar pasar. No sabía todavía que era su hermana quien, manchada de barro y cubierta de vergüenza, observaba con la mirada perdida cómo su hermano no había podido evitar que su primera vez no fuera con el hombre que ella hubiera elegido.

—¡Antonio, déjalo ya! ¡No merece la pena que al final des con tus

huesos en la cárcel por llevarte por delante a un desgraciado! —dijo Carmen con un hilo de voz.

El silencio de unas calles vacías, únicamente roto por los lamentos de Silverio, permitió a Antonio oír claramente a la chica tirada en el suelo.

—¿Carmen? Pero… —Dejó por unos momentos de fijar su atención en el cuerpo dolorido del gitano para acercarse a su hermana—. ¿Qué te ha hecho ese hijo de puta? —preguntó señalando hacia este, quien intentaba a gatas buscar la navaja que había caído por algún sitio.

—Estoy bien —mintió Carmen con un nudo en la garganta y otro en el bajo vientre.

—¿Cómo ha…?

La relación de Antonio con las palabras nunca había sido muy cordial, pero en ese momento absolutamente ninguna le venía al espíritu. Solo quería abrazar a su hermana y matar a ese malnacido.

—¡Cuidado!

Carmen sí tuvo fuerzas para gritar cuando vio abalanzarse a Silverio hacia su hermano con algo brillante en sus manos. Era evidente que había encontrado lo que estaba buscando.

Antonio tuvo el tiempo suficiente como para apartar con su brazo izquierdo la afilada punta de la navaja. El dolor por la herida lo apagó con su otro brazo sobre la oreja de Silverio, quien había utilizado sus últimas fuerzas en ese ataque. La navaja cayó hacia un lado, Silverio hacia el otro, con las manos cogiéndose la cabeza con una y los testículos con la otra. No sabía qué le dolía más. Antonio templó sus ánimos, siguió el consejo de Carmen. Sabían de quién se trataba. Lo dejaron ir sin la navaja y, a partir de ese día, sin la audición completa de su oído izquierdo, pero con la satisfacción de haber de algún modo equilibrado años después la afrenta a su hermana Manuela.

—Esto no va a acabar aquí, el hijo del *Empedrao* ni olvida ni perdona —amenazó Silverio, mientras se alejaba entre dolorido y satisfecho.

Esa noche la pasó Carmen en su antigua habitación de la calle Postrera, que ahora ocupaba Antonio, quien no se separó en toda la noche de su hermana sentado en su vieja silla. Se limpiaron a toda prisa en la fuente junto a la plaza, allí donde un rato antes los chiquillos habían estado jugando con las canicas, un caño de agua para cada hermano; el mismo líquido frío los despertó a los dos de un mal sueño. Mintieron a toda la casa justificando esa visita en que, tras encontrarse por sorpresa a la entrada del barrio, hablaron y hablaron hasta que se hizo tarde y Antonio no consintió

en que su hermana pequeña volviera sola a esas horas y con el mal tiempo que hacía. A la salida del sol acompañaría a su hermana a la casa del francés y esta retomaría sus labores. Fue tanta la alegría en doña Inés y en Soledad que ninguna reparó en las manchas de barro del vestido de Carmen ni en los moratones de su cuello. La herida en el brazo de Antonio era más fácil de ocultar; Carmen la limpió con una mezcla de agua y anís seco que Antonio guardaba en su cuarto. Le hizo un vendaje rápido y al cabo nadie notó nada. No era Antonio de los que mostraban el dolor en público. Ambos hicieron de tripas corazón mientras charlaban con los demás, sobre todo cuando cruzaban sus miradas con Manuela quien, como si barruntara algo, no dejó de esbozar una media sonrisa sin mediar palabra durante toda la cena de pan, vino y queso que todos compartieron.

—Antonio, hermano, ¡déjalo estar! No quiero que te tomes la justicia por tu mano. Tú no eres así.

Carmen intentaba en el camino de vuelta al centro de Córdoba de buena mañana amainar a su hermano.

—Hermana, ese desgraciado ha abusado de ti y casi nos mata. A este tipo de gente hay que pararle los pies, de lo contrario se envalentonan y lo repiten una y otra vez.

—Pero yo quiero olvidarlo, y si sé que tú estás preparando tu venganza ya no podré vivir tranquila. Estoy segura de que, si renunciamos al ojo por ojo, nuestro Señor nos lo pagará.

—Si hubiera sido yo el agraviado sería capaz de aceptar tu consejo, pero ese malnacido ha humillado a la persona que más quiero en este mundo. No me puedes pedir eso.

—¡Son ocho hermanos! ¿Vas a matarlos a todos? Si le haces algo a Silverio, vendrá otro, y luego otro, y…

—Y si no hago nada, ¿qué clase de hombre sería yo?

—Uno honrado y que cree en la justicia divina. Hazlo por mí si tanto me quieres.

Se separaron en la plaza de las Tendidas; el amanecer era tan nublado como los pensamientos de los dos hermanos. Carmen le dio un prolongado beso en la mejilla que su hermano correspondió con un «tranquila», pero eso era lo único que Carmen no podía estar.

MANOLO. FONTAINEBLEAU. HÔPITAL COMPLÉMENTAIRE
PALAIS NATIONAL. FEBRERO DE 1917

No podía dar crédito a lo que veía. Ese pueblo que en el mes de julio tanto trabajo había costado tomar ahora era un amasijo de escombros informes rodeado de un paisaje muerto, gris e irrespirable que un día fuera un vívido bosque verde. Había disfrutado de varias semanas en la retaguardia, junto con su regimiento, para descansar de los terribles combates del verano. Aunque fuera un período de instrucción, el mero hecho de la ausencia del ruido de las bombas y las granadas le permitió dormir. Lo daba por suficiente. Cuando le anunciaron que volvían a Santerre, él ya había escuchado que la batalla se había dado por concluida, aunque la destrucción de la que estaba siendo testigo era mucho peor de lo imaginado. Fueron muchos los oficiales y soldados que el Regimiento de Marcha había perdido en esa batalla, lo que provocó cambios en el escalafón. En esa huida hacia arriba en la que los inútiles altos cargos militares disfrazaban su fracaso, el teniente coronel Cot pasó a jefe de brigada y fue reemplazado por el teniente coronel Durabas, con el que había coincidido varias veces cuando llevaba soldados heridos a la retaguardia. «Mismos perros con distintos collares», pensaba Manolo. Ya ni tan siquiera le quedaba el recurso de sus charlas con el capitán Suárez, que había sido herido a finales de septiembre y se recuperaba en algún hospital de París o sus alrededores, o con el teniente Laloux, del que hacía tiempo que no sabía nada, ni las partidas de cartas con el grupo de catalanes que se diezmó en las batallas del mes de noviembre. Se sentía muy solo entre tanta destrucción.

Le quedaban varios días de permiso y decidió visitar a su amigo. Siempre había oído hablar de la belleza de la ciudad de París y de sus mujeres. ¿Qué más necesitaba? Localizó al capitán venezolano en el hospital militar que ocupaba el ala Louis XV del Palacio Nacional de Fontainebleau, en esa magnífica villa a una hora al sur de París. Eran constantes los viajes de ida y vuelta entre las dos ciudades. Se subió a un camión de pertrechos sanitarios que se dirigía hacia allí y recorrió el camino en lo que le pareció un santiamén. El paisaje era bellísimo; hasta allí no había llegado el horror de la guerra, ya casi ni recordaba los colores de la naturaleza. Por un momento, entre los baches multiplicados por un camión destartalado, recordó las flores y la luz del patio de su infancia. Se le vinieron a la cabeza melodías que cantaban su abuela y su vecina y repetía alegre su hermana pequeña mientras se arreglaban los tiestos o se podaba el limonero. Se sorprendió a sí mismo tarareándolas. ¡Qué lejos quedaban esos días! Tomó la decisión de volver en cuanto pudiera y encarar sus actos

pretéritos de una vez por todas. Nada podía ser peor que lo que estaba pasando allí.

No tardó en encontrar el hospital en cuestión: el edificio que lo albergaba era el más grande de toda la localidad y había alojado a reyes franceses durante siglos. No había visto nunca nada tan espectacular. Le pareció que no era el lugar más apropiado para un hospital, pero al entrar y ver las enormes estancias diáfanas y totalmente adaptadas comprendió su evidente utilidad. Como preguntando se llega a todas partes, Manolo supo que los heridos menos graves del frente del Somme estaban en el salón principal de la ampliación, ese que siglos atrás mandara levantar Louis XV. Junto a uno de los grandes ventanales se encontraba, evidentemente en un buen estado, el capitán Suárez.

—¡Vaya, vaya! ¿No tenías nada mejor que hacer que venir a visitar a un pobre soldado caído en el campo de batalla? ¿No te has fijado en las bellezas que pasean por la capital?

—Capitán Suárez, me alegra ver que está usted bien.

—Bueno, me gustaría estar mejor, pero los médicos me han dicho que la operación ha ido bien y que me recuperaré. Me dan el alta en una semana.

—¿Y qué piensa usted hacer? ¿Se reincorpora?

—Por el momento, voy a volver a la Venezuela; me apetece visitar mi Guaraque natal. Echo de menos esas montañas. Como a esta guerra le quedan todavía muchos soldados que matar, volveré en unos meses. Como dicen por aquí, «hay que aprovechar la vida porque, aunque solo se muere una vez, desgraciadamente es por mucho tiempo».

—Hace usted pero que muy bien. Allí no olerá como aquí, ni habrá esta sensación de inutilidad. Me da la impresión de que haga lo que se haga, todo va a peor irremediablemente.

—¡Vaya, muchacho! Tú sí que deberías irte de aquí.

—No crea que no lo pienso mucho últimamente, y acabaré por hacerlo si no me quedo por el camino.

—¿Ya no tienes miedo a volver? Tú me entiendes, a rendir cuentas por lo que tú ya sabes…

—¿Qué puede ser peor que esto?

—La sensación de no sentirse parte de ningún sitio. Yo estoy aquí ahora, pero sé que pertenezco a una tierra a la que amo. ¿Sientes tú lo mismo?

—No sé…

—¿Entonces ya no te vienes a la Venezuela conmigo? Recuerda que allí te estaré esperando.

Esa conversación hizo comprender a Manolo que el capitán tenía razón: había casi perdido sus raíces y quería recuperarlas. Se despidió de él con la cabeza en otro sitio.

ANTONIO. CÓRDOBA. RIBERA DEL GUADALQUIVIR. 7 DE MARZO DE 1917

No quería Antonio conceder mucha importancia a aquellos pájaros de mal agüero que en la Taberna El Pisto, la más cercana a su casa y de creciente fama en toda la ciudad, le decían que lo que estaba cayendo no iba a ser nada en comparación con la intemerata que se aproximaba. Cuando en las tascas oía habladurías que no le gustaban, prefería cambiar de corro y acercarse a otro en el que la conversación fuera más prosaica. Lo primero era su negocio, y no iba él a dejar pasar un día de tajo por mucho que lloviera. Conocía el río como la palma de su mano y sabía que, bien llevada, la Flores se comportaba como un velero bergantín. Precisamente, la mañana de ese miércoles había apalabrado el porte de un enorme fajo de mimbre para unos clientes que se preciaban de hacer las mejores cestas de Córdoba. No estaba en sus planes fallarles.

No había empezado a clarear cuando Antonio ya empujaba su barca hasta unas aguas que nunca había visto correr tan rápido por debajo de los ojos del puente romano. Solía atarla junto a la noria de la Albolafia y aquel día tenía que cruzar hasta donde los cañaverales, más allá del abandonado molino de San Rafael. Había hecho ya ese trayecto cientos de veces y conocía en qué lugares remolinos traicioneros acechaban en época de crecidas. Pero esas lluvias no eran como en otras ocasiones. «Va a llover hasta que los patos del río Grande piquen la luna», recordó haber escuchado a un contertulio en su taberna de la calle Enmedio la noche anterior. Apartó su pensamiento de ese comentario y siguió remando, confiando en la destreza que había afianzado tras casi cinco años de paladas y paladas.

Llegó hasta el lugar convenido. Le esperaban dos grandes fardos de un mimbre fresco, recién cortado, perfecto para la elaboración de esos cestos para los que estaba destinado. A Antonio le gustaba pensar que él también formaba parte de ese proceso, que, sin su trabajo, ni los cesteros tendrían su materia prima, ni las pieles llegarían a manos de los curtidores, o incluso

esos panes de hogaza de las panaderías del centro no harían las delicias de los cordobeses si él no hubiera transportado la harina desde el molino de San Antonio al otro lado del río. Con la ayuda de un cabizbajo muchacho, que se defendía de la lluvia que caía de costado cerrando los ojos y maldiciendo por el terrible día que hacía, logró hacer un hueco a los pesados tallos. Se le ocurrió amontonarlos a un costado para, de esa manera, poder él manejar mejor los remos. El trayecto de vuelta era el más difícil, pues además de que la carga dificultaba el manejo de la barca, tocaba remontar la corriente, sobre todo un día así. Incluso para sus fuertes brazos la tarea resultaba titánica. Puso rumbo al puente romano, que siempre le servía de faro, perdió de vista al muchacho, que había salido corriendo tras recibir las monedas acordadas y, mirara donde mirara, solo había agua. Delante de él, debajo de la barca y cayendo en manta sobre su ingobernable barca. Se arrepintió de querer atravesar el río por la vaguada central, como tantas otras veces, pues cerca de ella desembocaba el arroyo del Moro, que vomitaba tanta agua como nunca había visto. En algún punto en el centro del río, quizás por alguna copa de un árbol cortado, o por un remolino imprevisto, o por simple mala suerte, la Flores volcó el cargamento y con él a un Antonio que lo único que logró ver antes de perder la conciencia fue la quilla de su barca rota por la mitad con claras marcas de haber sido serrada. Solo le quedó tiempo para atisbar a lo lejos y por última vez ese bello puente de piedra.

Días más tarde, los periódicos hablarían de un joven fallecido por las riadas más violentas que la ciudad de Córdoba había vivido en siglos. El nombre de Antonio Sánchez no ocupó lugar en ellos. Su cuerpo nunca apareció y Carmen se negó a creer que su hermano pudiera ser ese joven.

ÉDOUARD. ARRÁS. FRENTE OCCIDENTAL. ABRIL DE 1917

Se decidió esperar hasta la primavera para la nueva ofensiva, esta vez planificada por el nuevo comandante en jefe, el general Nivelle, quien cambió los planes de su predecesor Joffre: ahora los jóvenes acudirían a la segura muerte en una gran ofensiva en lugar de esperarla en el desgaste propio de las trincheras. Diferente camino para un mismo terrible porvenir. La permuta no le había gustado a Édouard. Sentía simpatía por Joffre, ninguna por el recién llegado; quizás por ser protestante, o quizás porque

confiaba tanto en su inglés que cometía errores difíciles de subsanar en las traducciones posteriores. A fin de cuentas, lo importante era que quizás entre los cambios en los equipos personales que se estaban produciendo era el momento de pedir un destino al frente, allí donde la Legión Extranjera se encontrara, allí donde él quería ir. La excusa llegó sola.

Se hablaba de que los ingleses y canadienses atacarían por la zona de Arrás. La reciente entrada de los Estados Unidos en la guerra había envalentonado a los cansados soldados aliados. En su calidad de traductor no tuvo difícil que lo destinaran a esa zona. De allí a la cercana Champagne, donde sabía que la Legión Extranjera no dejaba de resistir a los alemanes, sería fácil trasladarse en cualquier momento. Sentía que el momento tanto tiempo deseado se acercaba.

Querida Monique,

Espero que te encuentres perfectamente y que estés cuidando convenientemente de tu tío Alphonse. Ya sabes que necesita de alguien que lo encauce, y no me cabe duda de que entre todas las personas de este mundo tú eres la que más ascendencia tiene sobre él.

Sé que los negocios funcionan bien, créeme que ahora mismo es lo que menos me importa, aunque no querría perder ni la posición ni el bienestar que estos nos permiten. Ayuda en lo que consideres oportuno, a tu país participando en el auxilio a esos soldados que llegan del frente y necesitan de una voz cálida que les hable, y a tu familia aportando tu consejo cuando estimes que tu tío o Albert lo necesitan. Tu amor a la vida te hace tomar siempre las mejores decisiones. Y yo ya he tomado una que me alegra compartir contigo. Sé que en poco tiempo estaré de vuelta. Estoy cerca de encontrar aquello para lo que me alisté. No me arrepiento de haberlo hecho, más bien al contrario, pues estoy colaborando para ayudar al país de mis ancestros. Cada día que pasa más lo comprendo y valoro. Pero pienso cumplir la promesa que te hice la última vez que nos vimos. La próxima ocasión en la que nos encontremos haremos las maletas y por fin conocerás la ciudad que alumbró a tu madre. Esta es mi promesa.

Tu padre, con su eterno amor,

Édouard de Montcuit

CARMEN. CÓRDOBA. CALLE POSTRERA.
ABRIL DE 1917

Carmen no podía aceptar que Antonio, su querido Antonio, fuera ese muerto en las riadas del que se hablaba en Córdoba. Restos de su barca aparecieron esparcidos en la ribera del Guadalquivir y no había vuelto por la casa desde aquella mañana en la que tanto llovió. Varios conocidos les afirmaron haberlo visto hacerse al río esa mañana y otros tantos parroquianos de la Taberna El Pisto les aseguraron que Antonio estaba decidido la noche de antes a salir a trabajar como cada día «tronase lo que tronase», como le gustaba decir a él. El dolor en las entrañas de Carmen era tan profundo que no sabía si se trataba de la angustia por su hermano o por esas punzadas que de mañana le daban y que achacaba a haber perdido la sangre de cada mes.

Intentaba ir casi cada día a la casa de la calle Postrera esperando el milagro. Los miércoles, el día de la clase con sus niños, hacía todo lo posible por compartir mesa con su familia, ya reducida a una doña Inés cada día más ajada, los eternos Soledad y Paco siempre preguntándose si deberían volverse a Aguilar, y su hermano José, quien aceptaba la muerte de Antonio como propia de alguien tan terco como para no hacer caso de nadie. Pero era la maliciosa sonrisa de Manuela de la que recelaba Carmen. Ahora le permitía las carantoñas a su sobrino que tras el enfado de meses atrás le negaba con cualquier excusa. Casi cada mirada entre ambas iba sembrada de desconfianza. Carmen nunca le refirió a su cuñada que sabía que había esparcido maledicencias sobre ella por todo el barrio, que por su culpa muchas de esas buenas familias no habían aceptado llevar a sus hijos a la pequeña escuela que había montado. No lo había hecho por no ver la felicidad en los ojos de esa mujer; sería como reconocerle una victoria. Pero ahora, esa expresión constante en la mirada de Manuela no podía significar nada bueno.

—Que digo yo que habrá que llenar esa habitación que se ha quedado vacía, ¿no?

Sacar a colación ese tema justo el día que Carmen había ido a comer no era una casualidad viniendo de los labios de Manuela.

—Por el momento vamos a seguir esperando. Creo que es nuestro deber.

No era propio de Paco abrir la boca, pero apreciaba sinceramente a Antonio y soñaba con que en algún momento apareciera por la puerta.

—Lo digo porque mi hermano Silverio quiere dejar la corrala y establecerse por aquí. Todos lo conocéis. ¿Verdad, Carmen? Estoy pensando que tendríais unos hijos preciosos…

Carmen tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar el trozo de tortilla de collejas que masticaba, pero prefirió no decir palabra.

—Estoy segura de que sería un buen partido para ti. No os lleváis más de diez años y ya va siendo hora de que te busques un marido… A no ser que tus miramientos vayan más por los señoritos del centro…

Cada frase abierta que Manuela dejaba en el aire era como una profunda saeta en el corazón de Carmen. A todos les extrañó que su niña hubiera enmudecido. Sin duda, el recuerdo por el dolor de la ausencia de Antonio debía de ser demasiado intenso en ella. Ni idea tenían de lo que en realidad pasaba por la mente de Carmen. Esta decidió justificar su falta de apetito, no responder a las provocaciones de su cuñada y dirigirse hacia la casa del francés con la cabeza llena de preguntas y el corazón de dolor.

En el camino de vuelta, Carmen desvió sus pensamientos hacia lo único que hacía alegrar su espíritu: sus niños. Había puesto mucho empeño en algo bueno. Enseñar letras a esos pobres chiquillos era ahora su único aliciente. Ellos respondían con interés e incluso con ese esfuerzo propio de quien hace algo por agrado y no por obligación. Era al final de cada clase cuando, tras el beso en la mejilla que siempre le daba la pequeña Rosario, Carmen obtenía el mejor premio que pudiera imaginar. Prefería quedarse con esas imágenes a todas las demás que tanto la angustiaban.

CARMEN. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. MAYO DE 1917

Carmen necesitaba abrir su corazón. Estaba segura de que una vida crecía en su interior. Ella no lo hubiera querido de esa manera, siempre soñó en que sus hijos serían resultado de una unión voluntaria y basada en el deseo y el amor. Lo había leído en tantos libros que se creía en el derecho de sentir felicidad y no amargura al mirar a su vientre crecer. Ya se le empezaba a notar. El calor primaveral la obligaría a quitarse prendas que podían haber escondido la realidad. ¿A quién podía acudir? ¿Quién la entendería sin juzgarla? O mejor, ¿quién la creería? Quería evitar que esa

noticia llegara a su casa de la calle Postrera. Sería como un triunfo para Manuela, quien seguro que sospechaba algo, y todavía no estaba preparada para concedérselo, de modo que Rafaela, que tanto la quería, era la confidente más adecuada. Debía encontrar el cuándo y el cómo.

—Gracias, niña. ¡Siempre tan dispuesta a ayudarme! Si no fuera por ti el gazpacho no estaría listo. Es de lo poco que el señor acepta comer sin escupirlo. ¡Y te sale mejor que a mí! No me importa reconocerlo.

—Quita, Rafaela. Esa es mi obligación. ¿Para qué estoy yo aquí si no?

—Viniste para las flores y te has quedado con el cuidado de toda la casa. ¡Si es que vales un potosí!

—¡Usted que me quiere mucho!

—Como a la hija que nunca tuve. Y no te creas, que hubo algún que otro pretendiente de muy buen ver. Pero no me atreví, ¡ya ves qué tonta fui! Que no te pase a ti lo mismo. Búscate un buen mozo y no te quedes solterona como yo. ¡Con lo que me hubiera gustado amamantar a mis propios niños!… —Rafaela pensaba en voz alta y acabó por percatarse de las lágrimas reprimidas de Carmen—. ¿Pero qué te pasa, niña? No son más que pensamientos de una vieja chocha, que no te vea yo a ti triste.

—Rafaela, ¿no me nota nada extraño?

—¿Lo dices por los vómitos a primera mañana y el ansia por comer pan con manteca que te ha dado desde hace unas semanas? ¡Ay, chiquilla! Estaba deseando que fueras tú la que dieras el paso para contármelo. ¿Tú le quieres?

—Al niño sí, al padre solo me entran ganas de perder la razón durante un minuto y mandarlo al infierno. El muy sinvergüenza me forzó por Epifanía y tengo el presentimiento de que también tiene algo que ver con la desaparición de mi hermano.

Carmen no omitió ni un solo detalle. Explicó con minuciosidad lo que recordaba de aquel terrible día y la sospecha de que la última amenaza que Silverio pronunció se hubiera concretado en la muerte de su querido Antonio. No tenía ninguna duda de querer tener a esa criatura, pero eran miles los miedos ante la reacción de los señores de la casa y los vecinos del barrio. Contaba con las habladurías que su cuñada volvería a esparcir, pero no quería que ese niño creciera con un estigma inmerecido. Sobre todo, y bajo ningún concepto, se llevarían a ese niño a la inclusa. Haría lo posible y lo imposible para que eso no ocurriera. Ambas concretaron en no decir nada. Rafaela la ayudaría en todas esas tareas que le requirieran un sobreesfuerzo, achacarían a la edad que la delgada figura de Carmen tomara

tintes más rollizos al tiempo que ensancharían las camisolas para el verano y Carmen cuidaría por llevar siempre un amplio chal sobre los hombros que le cayera convenientemente hasta la incipiente barriga, al tiempo que le tocaría esconder en lo posible los cada vez más constantes vómitos mañaneros. Eran conscientes de que las señoras de la casa estaban dedicadas en cuerpo y alma a un cada día más marchito don Emmanuel y no reparaban en nada más allá de él. Para cuando llegara el momento del parto, seguro que encontrarían a alguien que las asistiera. Eran varias las sabias que en Córdoba lo harían por unas cuantas monedas. Luego, ya verían qué hacer. Al menos, ese plan tranquilizó lo suficiente a Carmen como para encarar el caluroso verano.

—Señorita Carmen, parece usted todavía más guapa. —Por algún motivo a Carmen le encantaba que sus alumnos la trataran de esa manera —. La veo tan lustrosa como a mi mamá cuando cría a mis hermanitos.

—Eso es la primavera, que enrojece nuestras caras y alegra nuestros corazones. ¿No ves tú cómo las flores salen ahora para enseñarnos toda su belleza? Pues las mujeres hacemos lo mismo… Ya lo comprenderás cuando seas mayor.

—Yo soy la mayor de mis hermanos y ya comprendo muchas cosas. Mi mamá dice que pronto dejaré de aprender letras para ayudarla en la casa, que viene otro churumbel y que ella sola no puede con todo, que ya tengo casi diez años y mis obligaciones están a su lado.

—¿Para cuándo se espera a tu hermanito?

—Para el otoño, pero mi mamá dice que eso nunca se sabe.

—Tu madre sabe muchas cosas, entre otras que aquí aprendiendo a leer estás haciendo algo bueno, pero entiendo que tengas que ayudarle. Las mujeres, y tú casi ya lo eres, tenemos muchas responsabilidades.

—Mi mamá también dice que usted es muy buena y valiente, y que no se cree lo que van diciendo por ahí.

La niña hablaba sin saber muy bien qué estaba diciendo, Carmen en cambio lo sabía perfectamente.

—Dale las gracias a tu madre, y dile que ha criado a una niña maravillosa.

A pesar de su estado, Carmen no quería abandonar esos miércoles en los que ese pequeño grupo de niños se reunía en el cuartillo anejo a la iglesia y disfrutaban todos aprendiendo y enseñando.

Desde su creación algunos años atrás, la familia de Montcuit había estado convenientemente representada en la junta rectora de la Asociación cordobesa de la Caridad, primero por doña Rosa y, tras el suceso que postró a su marido, por una Justine mucho más dada a la verdadera caridad que su madre. Esta asociación, como otras del estilo, era un lugar inmejorable para lavar conciencias y llenar de anécdotas las repletas mesas de las familias más acomodadas de la gran mayoría de ciudades españolas. Bajo la terrible idea de «combatir al falso mendigo, ayudar al verdadero» se creó una especie de dictadura de la merced que decidía bajo criterios nada claros quién era digno de recibir la caridad de lo más granado de la sociedad.

No era el barrio del Alcázar Viejo el lugar más indicado de Córdoba para que esta asociación desarrollara su labor; de todos era conocido que pocos meses atrás el barrio casi al completo se negó a la construcción de casas prefabricadas que sustituyeran a los chamizos existentes porque ellos lo que querían era «casas como las del centro de la ciudad». Eran vecinos orgullosos, sabedores de su situación y que entendían las limosnas como un sustituto de la justicia social que debía asistirlos. Pero el hambre duele, y no fueron pocos los que ese día, tras la anual procesión de la Virgen de Acá que tan arraigada estaba a ese barrio, acudieron a la iglesia a recibir las dádivas en forma de comida, algunas monedas, ropa y demás enseres que las ilustres damas de la asociación, casi todas asiduas de la Parroquia del Sagrario, habían recolectado.

Con el calor propio de mediados de agosto, sentada en una pequeña mesa de las que utilizaba Carmen en su diminuta escuela, Justine, como una de las vocales de la junta, tomaba estricta nota de todas y cada una de las entregas que se estaban realizando. Sin darse cuenta, una rechoncha gitana poco más alta que una niña se le acercó alegremente:

—¡Buenas tardes tenga usted, señorita! ¡Qué gran labor la suya! Sin la ayuda de personas como ustedes no sabría yo qué sería de los pobreticos de este barrio. ¡Que Dios la bendiga!

A cada exclamación subía más el tono y exageraba más su voz y sus ademanes.

—¡Muchas gracias! Pero es nuestro deber de cristianos el de ayudar al prójimo.

—Pues eso le digo, que sin su ayuda, nuestros churumbeles no tendrían qué llevarse a la boca. ¡Dios la tenga en su gloria, doña Justina!

—Bueno, bueno, no exagere.

—Yo no exagero, señorita. Yo creo que nuestro Señor es justo y misericordioso y perdona nuestros pecados sean cuales sean, pero me pregunto qué hacer cuando alguien sabe algo que está muy mal pero que afecta a una persona de su sangre. ¿Debe sincerarse con el Todopoderoso?

—Sin duda, pero para ese tipo de disquisiciones, usted necesita a un director espiritual, y estoy segura de que su párroco, don Anselmo, estará encantado de atenderla.

—Seguro que sí, pero no es en casa de don Anselmo donde sirve una muchacha que esconde una preñez fruto del pecado.

Aquí los ojos de Manuela brillaron mostrando un triunfo interno.

Justine acogió la noticia como un ataque de ingratitud personal de aquella chiquilla a la que había acogido, enseñado a leer, ayudado a montar una pequeña escuela, y casi dejado al mando de las cosas de su casa, chiquilla que la había traicionado dejándose arrastrar por pasiones que ella no podía comprender. Se sentía dolida y, en cierto modo, obligada a subsanar tal dislate. Se encargaría de hacer entrar en razón a Carmen y ese niño vendría al mundo y sería criado como Dios manda.

CARMEN. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. SEPTIEMBRE DE 1917

Carmen no podía creer que Justine hubiera sido tan severa e implacable. El mismo día de la Virgen de Agosto le dejó claras las condiciones de su vida en adelante. Seguiría sirviendo en la casa; se encargaría de todas sus labores, en la medida que su estado se lo permitiera; solo saldría a la calle, acompañada por la propia Justine, para la misa dominical; los recados quedarían a partir de ese momento en manos de Paquita, una mocosa que llevaba varios meses en la casa sin más función que lavar la ropa; por supuesto su relación con los niños de la escuela terminaría para siempre; y, cuando llegara la hora, las monjas del Convento de la Merced se encargarían del parto y del niño para darle un futuro cristiano. Después, ella decidiría si quería seguir al servicio de la casa del francés. Ninguna de las explicaciones, vertidas a borbotones por una atropellada Carmen, fueron acogidas en esa casa, más bien al contrario; si por doña Rosa hubiera sido, Carmen habría sido expulsada sin contemplaciones, por lo que «se podía dar por contenta de la decisión final», según una tajante Justine.

Las semanas que faltaran hasta el nacimiento de su hijo las pasaría Carmen con una mano en sus macetas y la otra acariciándose el vientre. El contacto con la tierra volvía a proporcionarle el sosiego y la fuerza que desde pequeña sentía al lado de su abuela. Tuvo que sacar fuerzas de donde no las tenía, pero no se permitió rendirse. Decidió aceptar las circunstancias, dar a luz a su hijo, y luego seguro que encontraría una solución. «Al menos, me asistirían monjitas acostumbradas a hacerlo y el niño nacerá sano», se tranquilizaba. Rafaela la mimaba en la medida que su salud y sus muchos años se lo permitían. Le curaba las náuseas con zumo de limón, la abanicaba constantemente durante sus mareos, echó a todos los gatos de la casa, pues decían que traían males a las embarazadas, y todas las mañanas le preparaba un tazón de leche con migas de pan que le daban las energías que le faltaban al despertarse. «¡Eso es que va a ser un niño!», vaticinaba Rafaela.

Una fresca mañana de finales de septiembre, una visita sorprendió a Carmen cortando los últimos racimos de la parra del patio trasero: Soledad apareció por la puerta que daba a la cocina. Si bien nunca fue la alegría de la huerta, ese día estaba claro por su rictus que no presagiaba nada bueno.

—Perdona que te moleste, chiquilla. ¿Cómo estás? En casa nos acordamos mucho de ti. Debería haber venido antes, pero ya sabes que yo no me manejo por estas calles del centro y… —Un enorme abrazo casi corta la respiración de Soledad.

—¡Qué alegría verte! Os he echado mucho de menos. Pero no me dejan salir. Quería explicaros todo, pero me ha sido imposible. Antes de nada, ¿cómo están todos? Mi hermano, mi sobrinito, doña Inés…

En ese momento Carmen vio mudar el rostro de Soledad y supo de quién venía a hablar.

—Mira, Carmen, todo es muy complicado. Escúchame y estate tranquila: al día siguiente de la procesión de la Virgen del Tránsito, apareció Manuela de la mano de su hermano mayor, Silverio. Se plantaron en el patio cuando estábamos todos menos tu hermano José, que andaba con sus cosas. Ella anunció lo de tu embarazo, ¡imagínate cómo nos quedamos todos! Y al momento él nos explicó que tú lo habías seducido y luego no quisiste saber nada de él, pero que no pensaba renunciar a lo que era suyo, así que se instalaría en el cuarto de tu hermano Antonio y esperaría a que tú vinieras para arreglar las cosas.

A cada palabra, Carmen estrujaba sin darse cuenta las uvas que acababa de coger de la parra del patio trasero y que llevaba en un coqueto cesto de

mimbre, pero la dejó hablar sin interrumpirla.

—Como podrás imaginar, todos nos encaramos a ellos, sobre todo la señora Inés, que fue la única que le echó riles y se fue con la mano en alto para Silverio. Este le respondió con un empujón que dio con los huesos de la pobre doña Inés en los chinos del suelo, con tan mala suerte que se golpeó también la cabeza contra la sillita de tu sobrino Manuel… —Hasta ese momento Soledad había podido aguantar las lágrimas, pero su espíritu ya se vino abajo—. Desde entonces, doña Inés está que no está. No se levanta de la cama, dice cosas que no entendemos y casi mejor, porque cuando está en sus cabales insulta sin parar tanto a Manuela como a Silverio, que en el momento menos pensado creo que la va a rematar.

—¿Y qué hace mi hermano José?

—Calla y asiente.

—Siempre fue más valiente de boca que de espíritu.

—Carmen, Paco y yo queremos volvernos a Aguilar, si no lo hacemos es por doña Inés. Pero no me equivoco si te digo que le queda muy poco. Casi no come y estoy segura de que quiere verte.

—Dile que iré, no sé cómo, pero iré.

—¡Ah! ¡Que no se me olvide! Una chiquilla, de unos diez años, creo que hija de una de las familias gitanas que viven junto a la Puerta de Sevilla, preguntó por ti y me pidió que te diéramos un beso de su parte. Dice que saben que todo lo que hablan de ti en el barrio es mentira.

Una vez más, y ya iban siendo muchas para los diecisiete años que tenía, Carmen se tragó sus lágrimas.

MANOLO. DOLE. HÔPITAL DE SAINT-YLIE. 26 DE SEPTIEMBRE DE 1917

A Manolo poco le importaba que el teniente coronel Durabas hubiera fallecido en combate y que su sustituto, Rollet, fuera alguien con un supuesto carisma de vencedor, o que al día siguiente el propio Pétain fuera a conceder la Legión de Honor a su propia división. A él todo le olía ya a quemado. Él solo sabía que ahora le habían destinado con la división marroquí, quizás porque para muchos franceses España y Marruecos eran lo mismo, o porque había hablado tanto de las moras de Melilla que lo habían tomado por uno de ellos. Afortunadamente, había aprendido a conducir camiones, «mucho más fácil que las mulas», decía él, y eso le permitía en

ocasiones pasar varios días alejado del frente. Normalmente transportaba soldados al matadero, cada vez más jóvenes y asustados. Se reía para adentro cuando pensaba que se sabía quién era veterano por el bigote; los nuevos no tenían ni asomo de él. En esta ocasión, hacía el camino inverso y le tocaba quitar de en medio a los heridos que afeaban la recepción del gran mariscal al día siguiente. Se compadecía de los pobres mutilados que oía gritar de dolor mientras el camión tropezaba por los múltiples socavones por los que pasaba. En cierto modo eran unos afortunados, muchos no tendrían que volver a las trincheras. Se oían historias de muchachos que se habían explotado una granada en su mano mala para que los declararan no aptos, o de otros que se hacían pasar por locos y fingían dolores o males de cabeza. A unos y otros se los miraba con desprecio entre los compañeros, seguramente por envidia de abandonar esa pesadilla. Ese era el caso aquella tarde de finales de septiembre en la que le había tocado hacer un trayecto de no menos de seis horas; eso si no pasaba algo, que solía ser lo más normal. Su destino final era un hospital de enfermos psiquiátricos en la región del Jura, algo apartada del frente. Nada más que por poner tierra de por medio ya merecía la pena el viaje. Esos establecimientos eran algo así como el último rincón del infierno, donde unos desgraciados con la razón olvidada entre las bombas y las granadas se dejaban morir con la mirada y el alma perdidas.

La entrada a ese recinto ya no presagiaba nada bueno. Los árboles caían tristes sobre muros verdosos y agrietados. Una portada arqueada con un cartel en letras metálicas que anunciaban un nombre mucho más bonito que el interior. Un jardín que algún día fuera bello. Todo un panorama siniestro que avisaba dolor. Cuando bajó del camión y ayudó a levantar las lonas para que los sanitarios descendieran a la decena de desgraciados que ingresarían ese día en el hospital o en el sanatorio anexo, no pudo dejar de sorprenderse por esas colas de a uno que un grupo de enfermos hacían en el jardín previo al edificio y donde el único que parecía poder controlar sus pasos guiaba al resto de cabizbajos enfermos arrastrando sus pies, todos cogidos por el hombro, todos sin pronunciar palabra, todos con los ojos completamente tapados. Parecían sanos, aunque la mayoría tenía la cabeza pelada y vendada. Hacía tiempo que había dejado de sorprenderse por un muñón o dos, pero aquella imagen le chocó de verdad. Era algo que nunca había visto. Como era tarde y no tenía ninguna intención de volver esa noche, pidió que le dejaran dormir allí, en el mismo camión, con un rancho caliente él se apañaba. Entró al recinto y le extrañó que lo dejaran merodear

por allí.

En el jardín trasero una hilera de pacientes se ordenaban tendidos e inmóviles como fichas de dominó, pijamas blancos sobre esteras negras. Observó a un grupo de enfermeras acercarse a ellos y girarles a todos hacia el mismo lado. No estaban muertos, aunque lo parecieran. Se acercó a preguntar.

—¡Enfermera! ¿Por qué los han movido a todos a la vez? —preguntó, dirigiéndose a la más menuda.

—Pues para que no se entumezcan. Por sí solos no pueden moverse. Son como muebles, pobrecillos.

Era obvio que a esa chiquilla Manolo le había parecido más un príncipe de cuento que un sucio soldado.

—No lo entiendo.

—Pues está muy claro. Aunque abran los ojos no ven, aunque tengan piernas no andan y aunque quieran no hablan. Están muertos en vida.

—¿Y no tiene solución? ¿Todos están igual?

—Algunos se han despertado con el tiempo. Otros dicen cosas coherentes en ocasiones. Otros solo lloran. Hay de todo. Pero un soldado tan valiente como usted seguro que habrá visto cosas peores en el frente, ¿no?

La frase se acompañó con una caricia en el pecho de Manolo y una sonrisa que no cabía lugar a dudas de qué intenciones albergaba.

—Le aseguro que algo así no lo he visto nunca.

Se sorprendió a sí mismo anulando de su cabeza cualquier deseo hacia nada ni nadie en ese momento.

—No es usted francés, ¿verdad? —dijo la enfermera, comprendiendo que ese soldado no estaba por la labor.

—Creo que ya no sé ni de dónde soy. Nací en el sur de España.

—¡Mira qué bien! Pues uno de nuestros pacientes más lúcidos no para de hablar de España. Bueno, eso cuando se le entiende algo, porque no para de desvariar el pobre; eso sí, es de los más amables y educados de cuantos tenemos por aquí. Le llamamos Édouard porque no para de repetir ese nombre, pero creo que no se llama así.

—¿Y dónde está? Me gustaría conocerlo.

—Siempre se sienta junto al ventanal que da al patio. Solo se tranquiliza si coge su libro, uno pequeñito del que no se separa, y allí se pasa las horas. Entre las enfermeras corre el rumor de que una mujer lo aguarda en algún sitio y por eso la espera mirando por la ventana. —Le contaba la historia

mientras le acompañaba y se entristecía de que un muchacho sano y bello no cediera a sus encantos—. Aquí le tiene, sin moverse de su sitio. Tranquilo y sereno, ¿verdad, Édouard? —preguntó, dirigiéndose al paciente con una voz suave y llena de cariño.

Manolo se sorprendió levantando la voz:

—¿Teniente Laloux?

Desde que visitara al capitán Suárez meses atrás le quedó una curiosidad constante por saber qué habría sido del teniente Laloux. Nadie lo había visto herido ni se daba por desaparecido, por lo que en algún lugar debía de estar. Lo único seguro era que ya no estaba a cargo del abastecimiento de su batallón. Al principio preguntó a unos y otros, luego dejó pasar el tiempo. Quizás, con un poco de suerte, hubiera salido corriendo y huido de ese desvarío. Ahora sabía dónde estaba. Ahora veía en qué se había convertido ese hombre afable y simpático. Quizás pudiera sacarle algunas palabras y saber el porqué de su interés por Córdoba.

—Señorita, ¿desde cuándo lleva este hombre aquí?

—No lo sé muy bien. Yo entré a trabajar a primeros de junio y ya estaba en ese sillón. Oí decir a mis compañeras que a principios de primavera era raro el día que no venían uno o dos camiones llenos de pobres soldados directamente del frente. Puedo enterarme si eso le hace sentir mejor.

—¿Le importa que me quede con él? Quizás pueda hacerle compañía.

—Haga lo que quiera. Dudo que diga nada razonable. Tal vez si ustedes se conocen logre al menos alegrarle el día. Les dejo a solas, voy a ver si puedo hacer algo.

La enfermera salió de la gran sala por una pequeña puerta al fondo confundida entre muchas estanterías. Olía a cerrado y a tierra mojada a la vez, o el hedor de las trincheras se le había metido muy adentro a Manolo o ya todo estaba impregnado por el olor a muerte. Miraba a la cara del teniente y veía un rostro inánime. Ya había visto muchos así, no iba ahora a extrañarse por ello. Entre sus manos y el regazo mantenía un libro de tapas rojizas con su dedo índice separando unas páginas por la mitad. Intentó cogérselo, pero Clément Laloux lo agarró fuertemente, casi como por instinto. Sus ojos ya estaban abiertos, ahora era consciente de que el teniente le veía.

—¿Manolo? ¿Eres tú, verdad? No estoy loco.

—No, mi teniente, no está loco. Soy yo. Y estoy encantado de comprobar que está usted estupendamente.

—¿Qué hace aquí? ¿Ha venido con sus mulas? ¿Dónde estamos? ¿Y el

ruido? ¿Por qué no hay ruido?

—Mi teniente. Estamos cerca de la frontera con Suiza. Aquí no hay frente ni hay ruido. Aquí estamos a salvo y a usted le están curando.

—Pero mi sitio está en logística, en las trincheras, junto a mis compañeros. —Su razón se recobraba por instantes, luego la perdía.

—Usted está donde tiene que estar. Ya habrá tiempo de volver a ese infierno.

—Pero es que allí se quedó Édouard…

—¿Quién?

La noche ya había caído y dos enfermeras aparecieron de repente para llevarse al teniente. La poca luz que todavía entraba por los ventanales terminó por convencer a Manolo de dejar ahí la conversación y probar al día siguiente a recuperar la memoria de su amigo. No tenía ninguna intención de volver al frente por el momento; nadie lo echaría en falta si tardaba dos o tres días en regresar. «A lo mejor, después de todo, la enfermera sí sería el remedio a una noche tan fría», pensó.

Le despertó un molesto rayo que se colaba por entre los árboles y apuntaba directamente a su cara, dejada caer sobre el volante. Recordó que tras buscar infructuosamente a la enfermera del día anterior y cenar unos garbanzos con tocino muy calientes, intentó dormir en la trasera del camión, pero el olor a sangre y vómitos que allí se respiraba le hizo pasar a la parte delantera, donde durmió del tirón más de siete horas. Se lavó la cara en una fuente del desmadejado jardín donde se encontraba su camión, algo alejado de la entrada principal, pero lo suficientemente cerca como para distinguir los primeros movimientos de enfermos paseando cerca de la puerta de entrada. Se encaminó hacia la puerta principal del edificio a la búsqueda de algo caliente de beber mientras masticaba un trozo de salazón que había encontrado en su guerrera. En la cocina le dieron un vaso de té tan aguado y tan caliente que pensó en utilizarlo para afeitarse con él. Fue directamente al salón donde el día anterior se había reencontrado con el teniente Laloux. Allí estaba ya. Misma postura, mismo libro en su regazo, esta vez ningún dedo separaba las páginas. Miraba al frente, hacia las ventanas, como lo había encontrado horas antes. Se sorprendió pensando que era un hombre guapo a pesar de la extrema delgadez que ahora le consumía. ¡Qué diferencia entre el activo militar que conoció y lo que quedaba del ser humano que ahora era! Sintió una necesidad de saber, de preguntar. No tenía heridas físicas. ¿Qué le había sucedido?

—¿Teniente? ¿Me recuerda? Soy Manolo Sánchez. Ayer estuvimos

hablando.

Ni se inmutó. Le creyó ver parpadear, o quizás fueron imaginaciones suyas. El caso era que no respondía a sus palabras. Su mirada seguía perdida en algún punto entre el cielo y el viejo sillón que ocupaba.

CARMEN. CÓRDOBA. CALLE POSTRERA. 1 DE OCTUBRE DE 1917

No podía faltarle mucho para el día del parto, aunque su barriga todavía estaba bastante alta. Si los cálculos no fallaban, se esperaba el alumbramiento para mediados de mes. Los pies se le hinchaban al más mínimo esfuerzo y se sentía constantemente cansada. No dejó de darle vueltas a la conversación con Soledad y decidió plantear a Justine la visita a su casa como una cuestión de caridad humana: la mujer que la había criado junto a su abuela estaba muriéndose y quería despedirse de ella antes de que fuera demasiado tarde. No podía negarse.

Justine puso como condición que Rafaela la acompañara y que estuvieran de vuelta para la hora del almuerzo. El paseo fue lento, ni una ni otra tenían piernas para ir más rápido. No pronunciaron palabra, Rafaela no quería decir nada impropio y Carmen repasaba en su cabeza qué diría al llegar a su casa. Entraron al barrio por la explanada donde Silverio la forzó. No hizo falta que Carmen indicara que fue allí porque Rafaela ya lo había intuido por la fuerza con que la cogió del brazo al pasar. Cruzaron el arco de Caballerizas y doblaron seguidamente a la izquierda para dirigirse directamente a la casa del fondo. Carmen irguió en lo posible su figura, se atusó el pelo y se colocó convenientemente la mantilla que le cubría los hombros. Ya estaba preparada para entrar a su casa.

—¿Quién anda por ahí? —gritó para anunciar su entrada.

—Vaya, vaya. Conque mi cuñadita se ha dignado a visitarnos… ¡y mira qué gordita viene! ¡Más te vale cuidarte, que mi sobrino tiene que venir a este mundo sano como su padre!

Manuela no dejaba lugar a la duda de que estaba dispuesta a todo.

—¿No está mi hermano? —preguntó Carmen.

—¿No ves que no? Estará con sus bestias, no hace otra cosa. ¿Acaso lo necesitas para algo?

—Mejor así. ¿Y el sinvergüenza del tuyo?

—¡Cuidado con hablar mal de los míos! Silverio está trapicheando,

ganándose unas pesetas, ¡cómo debe ser!

—Pues me hubiera gustado que me oyera lo que voy a decir, aunque estoy segura de que ya se lo dirás tú. Y aquí no olvides ninguna de mis palabras, se las dices tal cual: ni yo ni mi niño cuando venga a este mundo somos ni seremos nada en la vida de tu hermano. Él me forzó contra mi voluntad, estoy segura de que tuvo algo que ver con la desaparición de Antonio y ahora quiere ocupar mi casa. Nadie me creerá porque soy mujer y porque ya os encargaréis tú y los tuyos de malmeter sobre mí la mierda que creáis oportuna, pero nunca olvides, ni tu hermano tampoco, que soy una Flores y que la tierra me dará toda la fuerza que necesito para acabar contigo, con Silverio y con toda tu corrala si algún día le pasa algo a mi hijo. ¿Lo has entendido todo correctamente, Manuela? Y ahora, he venido para ver a mi doña Inés.

Manuela fue bajando su rictus de triunfo a medida que entendía que la determinación de Carmen no era fingida. Era mejor dejar pasar el chaparrón y esperar a que su hermano llegara. Antes de pasar al cuarto de doña Inés, Carmen entró sin decir nada al que ocupaba Silverio y que había sido de su hermano Antonio. El olor le repugnó, le recordó a aquella terrible tarde de enero. Rebuscó en un rincón donde Soledad le había explicado que José ordenó que se dejaran las pocas pertenencias de Antonio. Se extrañó al encontrar su foto de niña vestida de gitana, aquella que su padre siempre tuvo junto a su cama. La cogió. El resto se lo dio a Paco, que estaba cambiando la soga del pozo, por si él podía aprovechar algo. Entró seguidamente a la habitación que desde que tenía memoria había ocupado doña Inés.

—Doña Inés, ¿cómo está usted? —gritó pensando que así la podría oír mejor.

—Hola, chiquilla. ¡Qué alegría me das!

—Mire, le he traído uvas de parra, que sé que le gustan.

—No tendrías que haber venido en tu estado. No tienes que preocuparte por mí. Yo me las apaño perfectamente con estos dos malquistos.

—Siempre con esos insultos que no conoce más que usted. Dígame, ¿cómo está?

—Hija mía, esta vez sí, a las puertas de reunirme con mi Quinín, pero escúchame bien lo que te voy a decir. Yo me voy a ir tranquila, porque sé que junto a tu abuela crié a una chiquilla fuerte y que me ha hecho sentir orgullosa. Cuando yo falte, que será muy pronto, Soledad y Paco se

volverán a donde no tendrían que haber salido nunca, y tú no volverás a poner un pie en esta casa, ¿me has oído bien? Cría a tu niño con mucho amor y paciencia, transmítele todo lo que te hemos enseñado y aquello que ya has aprendido por ti misma, y olvídate de estos malajes que no quieren tu bien. Tu hermano José está enchochado y ya sabes que siempre ha sido más de boca que de hechos. No podrás contar con él para mucho. Esta arpía le tiene comidas las pocas entendederas que siempre ha tenido. Repito, ¿me has comprendido bien?

—Doña Inés, ya sabe que yo me las apaño muy bien solita. —La verdad era que en ese momento de su vida no tenía ni idea de qué iba a pasar—. Pero no puedo dejar de cuidar de usted…

—¡Que te vayas de una vez! Carmen, tú ahora tienes un objetivo en tu vida, lo llevas dentro de ti. Yo no soy más que un estorbo. Si de verdad quieres ayudarme, sal por esa puerta y no vuelvas a cruzar nunca más el portal de esta casa. ¡Prométemelo!

—Yo no puedo…

—¡Que me lo prometas, *sipote*!

Carmen se agachó para besarla en la frente, se guardó las lágrimas para tragárselas luego en su intimidad y para que doña Inés no se sintiera peor. Se dio media vuelta y, sin girarse, encaró el camino del patio. Allí la abrazó Soledad con tanta fuerza y ternura a la vez que solo una hermana puede hacerlo así. Con la cabeza saludó a un lejano Paco que había asistido a toda la escena liándose un cigarrillo sentado junto al pozo. No dirigió ni una mirada a Manuela. A su sobrino no lo vio por ningún lado. Cogió el brazo de Rafaela, que la esperaba en el zaguán, y no volvió a pisar esa casa durante mucho tiempo.

CARMEN. CÓRDOBA. HOSPICIO DE LA MERCED. 2 DE OCTUBRE DE 1917

Si fue por el peso que se había quitado de encima o porque ya iba tocando, al día siguiente de despedirse de doña Inés los constantes dolores rítmicos y sordos con los que se levantó solo podían significar una cosa. Tan pronto se lo anunció a Rafaela, esta buscó a Justine. Rápidamente se dirigieron al Hospital de la Merced. Lo hicieron a pie: Carmen quería demostrar su fortaleza y hacerse valer como la madre fuerte y abnegada que siempre sería. A Justine le pareció bien porque el paseo ayudaría a un buen

parto, o eso creía haber leído en algún libro. No eran más de diez minutos andando, y al pasar por la Iglesia de San Miguel, Carmen pidió en secreto a la Virgen que no consintiera que la separaran de su criatura.

Nada le gustó al entrar en el hospital. Todo era demasiado blanco, las paredes, las grandes cortinas, las sillas, las camas metálicas y hasta las bacinillas desconchadas que a los pies de cada cama aparecían como platos aliviadores de los líquidos que el enfermo en cuestión tuviera a bien derramar. Olía como a hierro y alcohol; la imagen de su padre se le vino a la mente por un instante. Tras desnudarla y enfundarla en una bata igual de blanca que el resto del ambiente se tumbó en la única cama de una habitación especialmente luminosa gracias a unos ventanales por los que la claridad del mediodía entraba a borbotones. Desde el primer momento, una monja con las manos llenas de callos dirigió las operaciones.

Rafaela se había despedido de ella prometiéndole que allí estaría cuando saliera con su hijo en brazos. Se quedó con esa imagen en su mente todo el rato que las convulsiones, empujones, gritos suyos y de la monja callosa fueron necesarios para que el ser más importante de su vida abriera los ojos frente a ese radiante sol otoñal. Lo oyó llorar, ella hizo lo mismo. No había sentido demasiado dolor, o al menos no tanto como le habían predicho. Pero ahora ya todo había terminado. Quería coger a su niño en brazos, era lo único que anhelaba. Le pareció impropio que esas manos tan bastas de la monja fueran las primeras que tocaran la delicada piel de su hijo, pero lo entendió como lo más propio.

—Hija mía, ¡que Dios te bendiga! Has alumbrado a un niño sano y fuerte —anunció sor Natividad, con una voz mucho más cálida y dulce de la que había utilizado hasta entonces.

—¿Está bien? ¿Puedo verlo?

—Aquí lo tienes, hija mía. Dale un besito, que nos lo vamos a llevar a cuidarlo nosotras. Mañana cuando descanséis los dos te lo traeremos para que le des de mamar. Estate tranquila, hija mía.

—¡Eso sí que no! ¡A mi pequeño Antonio no os lo llevaréis de mi lado!

Desde la desaparición de su hermano no tenía duda del nombre de su hijo si este fuera varón.

—Pero si es lo que hacemos siempre, hija mía. Tú no te preocupes, que con nosotras estará estupendamente y tú podrás descansar, hija mía. Así te sube la leche y mañana tempranito este niño comerá con más ganas.

Casi que Carmen prefería el tono del principio. Desconfiaba de la condescendencia que ahora mostraba la monja con ella, y tantos «hija mía»

la estaban haciendo volverse loca.

—¡Qué he dicho que no!

Tras el exagerado grito de Carmen el propio bebé se sobresaltó y empezó a llorar. Se sintió culpable y pensó que quizás era lo más apropiado. Se sentía bien con su hijo tendido a su lado, pero se notaba muy cansada, demasiado. Seguro que las monjas lo tratarían muy bien; además, se lo había pedido a la Virgen.

—Vale, está bien, llévenselo. Pero recuerde, hermana, yo no soy su hija —dijo al tiempo que tendía sus brazos con Antonio en ellos y cerraba los ojos para obligarse a descansar, logrando distinguir en el muslo izquierdo de su hijo una pequeña mancha en forma de flor. No cabía duda de que su *abu* la había ayudado durante el parto, pensó mientras se dormía con esa imagen en su corazón.

Despertó tras haber dormido como nunca en su vida. Abrió los ojos sobresaltada por un sueño en el que asistía a un *oficio de ángeles* de esos a los que tantas veces asistió en su barrio y eso la asustó. Por instinto palpó a un lado y a otro para buscar a su pequeño. No estaba. Le dolían los pechos muchísimo. Se los miró levantándose el blusón y estaban reventones como los membrillos en esa época del año. Le hizo gracia pensar en eso. Sonrió y se sintió feliz. Aunque estaba débil, no dudó un instante en levantarse y dirigirse a la puerta cerrada frente a la cama. Le costaron trabajo los primeros pasos, luego todo fue más sencillo. Se agarró el hinchado vientre con las dos manos, como había hecho cada día de los últimos meses, pero ahora su bebé ya no estaba ahí. Abrió el picaporte y de nuevo el color blanco lo inundaba todo. No sabía hacia dónde ir. Le salió más natural girar a la derecha, quizás porque el pasillo acababa antes por ese lado. Al llegar al final de este una puerta que anunciaba *Primeros auxilios* sobre ella se le presentó como un buen lugar donde preguntar por su hijo. Llamó y no esperó respuesta para pasar. Dos monjas no mucho mayores que allá charlaban animadas. «Otra desgraciada del Alcázar Viejo que se ha dejado engatusar por un señorito del centro», le pareció oír que decía la más cercana a la puerta por la que entró.

—¡Quiero ver a mi hijo! Nació ayer y tengo que darle de comer.

—Pero hija mía, ¿qué haces tú aquí tan desorientada?

—Yo solo quiero ver a mi niño.

Qué manía tenía todo el mundo allí con llamarla hija, pensó.

—Anda, te acompaño a tu cama mientras la hermana Anunciación busca a sor Natividad.

—Pero que se dé prisa, tengo muchas ganas de ver a mi pequeñín, y no para de salirme leche de los pechos, me duelen muchísimo.

—Calla, calla —dijo algo ruborizada al imaginar la escena la joven monja con la que salió del dispensario.

La espera se le estaba haciendo eterna. Aunque tenía un hambre atroz, el dolor en lo profundo de su estómago venía provocado por las ansias de envolver entre sus brazos a su pequeño. Miraba y miraba hacia la puerta, nadie entraba. Oía pasos fuera, pero todos pasaban de largo. Por fin, alguien apareció, aunque no fuese quien ella estaba esperando.

—¿Señorita Justine?

—Hola, Carmen. ¿Cómo te encuentras? Ya sé por la hermana Natividad que todo fue muy bien. El niño está estupendamente y duerme como un angelito.

—¡Quiero verlo! —gritó Carmen muy fuerte.

—Carmen, espero que entiendas que lo más importante es el futuro de ese pequeño. Como su madre que eres tienes el deber de velar por su bien y de comprender que la mejor opción es la de dejarlo al cuidado de este hospicio, que se distingue en toda la ciudad por ser el más dedicado a estos pobres huérfanos.

Justine había adoptado un aire altivo, erguida y con ambas manos entrelazadas a la altura de su vientre. El sempiterno vestido negro hacía el resto.

—¡Pero mi hijo no lo es! ¡Yo soy su madre y quiero cuidar de él! Nadie tiene derecho…

—Por supuesto que eres su madre, a los ojos de nuestra Señora la Virgen María tú siempre serás su madre. Debes saber que pasaré una asignación para que a Antonio nunca le falte de nada. Aquí le darán la cobertura cristiana que a ti te faltó al concebirlo. Un hijo del pecado encuentra entre estas paredes la mejor de las redenciones.

—¿Qué pecado? Le expliqué mil veces que fui forzada, pero nunca quiso escucharme. Yo sabré criar a mi hijo con la fuerza de voluntad que me enseñaron desde pequeña. Confíe en mí, soy joven y fuerte y puedo trabajar sin descanso. No le faltará de nada a mi criatura —decía cada vez más aflojada por la rabia y el dolor que sentía.

—Le faltará la educación que aquí seguro que le proporcionarán. Y lo que es más importante, dirigirán sus pasos por caminos del verdadero amor a Dios que tú, visto lo visto, no serás nunca capaz.

—¿Cómo puede usted creerse una verdadera cristiana? Usted no sabe lo

que es el amor. Usted nunca ha tenido que hacer nada para que la quieran. La gente de su clase se cree amada, pero solo es temida.

—¡Ese es un hijo fruto del pecado!

—El verdadero pecado es no amar, señorita Justine.

—¡Ya está bien! —Extrañamente, Justine había perdido las formas—. Tu bebé se quedará aquí. Ya está decidido. ¿O prefieres que lo llevemos a la casa de expósitos frente a la catedral? Aquí, tú podrás venir a verlo en ocasiones, hasta que encuentres un hombre que se haga cargo de ti y puedas recuperar a tu criatura. Mientras tanto, el niño no debe saber de ti. Si quieres seguir trabajando en nuestra casa, he convencido a mi madre para que así sea por ahora. No queremos perder a Rafaela y ella dice que solo seguirá a nuestro servicio si tú lo haces también. Pero esta decisión es tuya, no nos importa llegado el caso que ambas os marchéis. Hay cientos de mujeres deseando coger vuestro puesto en la casa de los de Montcuit.

Carmen captó la velada amenaza que obligaba a su querida Rafaela a correr la misma suerte que ella. Le dolía en el alma el pensar que su niño era como aquellos que dejaban en el torno sin más acompañamiento que una nota donde decía si estaba bautizado o no. Era consciente de que ningún poder tenía en esa institución y que se enfrentaba a fuerzas demasiado poderosas para ella, al menos en esos momentos. Notaba que el hambre y el cansancio le quitaban las fuerzas; no recordaba cuándo había comido por última vez.

—¿Quién le dará de comer? No podéis evitar que su madre le alimente como Dios manda.

—A este hospicio vienen nodrizas de los barrios de alrededor con más salud que la que tú puedes tener en diez vidas, no te preocupes por eso. Y para cuando pueda comer algo más que leche, aquí no le faltará gloria.

—No puede negarme que amamante al menos una vez a mi niño.

—Veré qué puedo hacer —dijo Justine tras pensárselo unos instantes.

Al cabo, le trajeron a su hijo dormido, limpio y tranquilo. El mero gesto de volver a recogerlo entre sus brazos la calmó profundamente. Carmen se sacó su pecho derecho y lo amamantó durante tres minutos, cambiando de inmediato al izquierdo, como le habían dicho que se hacía. El niño succionaba ávidamente, aunque parecía estar repleto no dejaba de tragar, como si supiese que no volvería a tomar la leche de su propia madre. Carmen se permitió llorar, tanto esta vez que sus lágrimas cayeron sobre sus pechos y resbalaron hasta la boca del pequeñín. Este pareció sonreír. Carmen también lo hizo.

CLÉMENT. DOLE. HÔPITAL DE SAINT-YLIE. 4 DE OCTUBRE DE 1917

Más de una semana tardó Manolo en conseguir las esperadas palabras del teniente Laloux. Le traía sin cuidado retardar su viaje de regreso al frente. Poco le importaban las consecuencias. Había decidido pedir la baja voluntaria, o desertar si fuera preciso. Ya no soportaba ni un minuto más en esa guerra que tanto lo había cambiado por dentro y por fuera. Nada quedaba ya del imberbe e inconsciente muchacho que saliera de Córdoba cinco años atrás. Tenía poco más de veinte años, pero las arrugas que el miedo, la muerte y unas esquirlas le habían dejado en el rostro solo se podían tapar con la frondosa barba que se había dejado. Sabía que si quería estar en paz consigo mismo tendría que volver a su tierra, afrontar sus actos y recuperar sus raíces. Nada podía ser peor que lo que allí estaba viviendo. Mucho menos después de haber oído la confesión de Clément Laloux y de haberle prometido entregar esa carta.

Durante ocho días estableció la rutina de sentarse junto al teniente y darle conversación. Le hablaba de Córdoba. De cómo sus mujeres eran las más bellas imaginables; de los paseos que la gente daba los domingos por las avenidas del centro de la ciudad; de cuántas iglesias decoraban sus calles, pero que la que más le gustaba era la pequeña Parroquia de Nuestra Señora de la Paz, junto a la casa de su familia. Le habló de su infancia, de una madre a la que no recordaba, de un padre tuerto y con mucha mala leche, pero que se quebró el alma trabajando por sus hijos; de sus hermanos, sobre todo de la única niña, que ahora ya sería toda una mujer. Y de por qué salió huyendo como perro con el rabo entre las piernas de aquella vida. Por cobarde y egoísta era un hombre sin raigambre. Clément le miraba. A veces asentía, otras decía incoherencias, las más solo mantenía la mirada fija y perdida. En ocasiones llegaban a entablar algo parecido a una conversación. Era entonces cuando Manolo albergaba alguna esperanza de saciar su curiosidad y saber de una vez qué le había pasado al teniente Laloux. Si aguantó tantos días fue también porque las noches se le hicieron más cortas al lado de la pequeña enfermera que todos los días le calentaba la comida y las noches la parte trasera del camión, que limpia y aireada no estaba tan mal del todo para según qué cosas.

Al despertar del noveno día, encontró a Clément de pie, sereno y erguido, como esperándolo. Le recibió cortésmente y le pidió que le acompañara a dar un paseo por el pequeño bosque trasero. Sortearon a los

enfermos tendidos en las hamacas. En esos momentos todos del lado izquierdo; poco tardarían en darles la vuelta, pensó Manolo. Se adentraron en la espesura. Había llovido y las hojas del suelo amortiguaban sus pasos. El día era frío y el viento movía millones de hojas que vaciaban el agua acumulada sobre los dos soldados. Pero Manolo no podía perder la ocasión de saber. Estaba claro que aquel día el teniente Laloux tenía la lucidez intacta y el corazón preparado para abrirse. Le contó que su pasión por Córdoba le venía de un amigo que hizo durante los años que vivió en Poitiers, que esa amistad pudo ser algo más pero que la vida se ocupó de que no fuera así. Que tomó la decisión de separar los caminos porque no había otra opción y que durante años nada supo de él, y que un día lo contactó por carta a modo de saludo, o más bien de despedida, pero que nunca olvidó a Édouard. Y que este apareció una mañana, como un fantasma entre la niebla y el humo nada más empezar la batalla el 16 de abril, cerca de la destruida ciudad de Reims. Recordaba perfectamente la fecha, pues era la primera vez que veía en acción uno de esos tanques de los que todo el mundo hablaba. Entre ellos había llegado Édouard de Montcuit. Manolo no podía creer que se tratara del hijo mayor de la familia que había dado trabajo a su padre durante años. Ese hecho terminó por convencer a Clément de que Manolo era la persona indicada. Él llevaría la carta que tenía escrita y escondida entre el libro que siempre sostenía en sus manos a la familia del difunto Édouard.

Le explicó que coincidieron unos minutos antes de la ofensiva, que solo tuvieron el tiempo necesario para reconocerse y abrazarse, que se citaron para la noche, cuando las bombas solían callar, pero que cuando lo veía alejarse camino a la retaguardia donde, por su graduación y su calidad de intérprete debía estar, una de las miles de granadas tóxicas lanzadas desde el lado alemán cayó justo al lado de Édouard. Se puso corriendo la máscara que todos llevaban colgando al cuello y fue corriendo hacia allí, donde el cuerpo de su amigo convulsionaba y se sofocaba inhalando más y más veneno. Édouard no podía hablar; la sangre en su garganta y los pulmones buscando aire se lo impedían. Consiguió una última mirada de su amigo como despedida y tardó apenas un leve gemido en morir. Dejó en Clément una imagen en la retina y una herida en el alma de las que jamás se podría recuperar.

—Solo le pido un favor, Manolo. Puesto que me dice que conoce a la familia de Montcuit, dele esta carta a la hija que me contó que tuvo con Beatriz.

Abrió el pequeño libro de Gustavo Adolfo Bécquer que años atrás recibiera de Édouard y le entregó un sobre lacrado, sin firma ni destinatario.

—Descuide, mi teniente, nadie me impedirá que así sea.

—Gracias. Sé que lo hará. Tómelo como la última voluntad de un difunto. Ahora me tengo que ir.

Se estrecharon las manos y Clément siguió el camino que se adentraba en el bosque. Decían que terminaba en un riachuelo lleno de truchas. Manolo se detuvo para ver cómo se alejaba.

—Por cierto, Manolo —gritó desde lejos el teniente Laloux—. Al final nunca vimos juntos ese libro de grabados del que le hablé.

Cuando Manolo llegaba junto a los soldados tendidos, ya todos del lado derecho, escuchó un fuerte estruendo que llegaba desde el bosque. Había escuchado ya los suficientes disparos como para no saber rápidamente qué lo había provocado. No tuvo ninguna duda de quién acababa de morir.

ALPHONSE. FÁBRICA DE ARMAMENTO. RUE DE LOURDINES. MIGNÉ-AUXANCES. 8 DE DICIEMBRE DE 1917

Como cada sábado, Alphonse se dirigía a la fábrica de armamento para recoger a Mathilde y comer juntos en la granja de ella. Esa costumbre había empezado más de dos meses atrás cuando, por el cumpleaños de Monique, Mathilde le anunció que había tenido dos faltas en su sangre mensual y que probablemente estuviera embarazada. Para Alphonse esa era una posibilidad muy a tener en cuenta a tenor del poco cuidado que habían tenido. No le importó en absoluto. Quizás era una señal para dar el paso definitivo y hacer feliz a su sobrina acompañándolo al altar, ahora que tan nerviosa estaba por la falta de noticias sobre su padre. Alphonse también estaba muy preocupado, pues hacía ya varios meses de la última carta de su hermano. Nunca había pasado tanto tiempo sin escribir. Había prometido a Mathilde acompañarla a la misa por la Inmaculada Concepción y pedir por sus respectivos hermanos en el frente. Después le pediría que se casara con él.

Pasaban unos minutos de las once de la mañana y a medida que se aproximaba al pequeño pueblo una enorme columna de humo se hacía más y más grande. Parecía que venía de la estación, junto a la fábrica de armamento. Alphonse se vio obligado a dejar el coche a la entrada del

pueblo tras comprobar que era imposible avanzar entre tanto vaivén de gente descontrolada y nerviosa; veía correr por todos lados a trabajadoras de la fábrica llorando y asustadas, buscando agua para lavarse los ojos y limpiarse los tiznones negros que ensombrecían sus asustados rostros. Paró a unas y otras preguntando por Mathilde. Ninguna supo decirle dónde estaba ni si la habían visto. Cuando llegó a la fábrica observó cómo ardía un barracón completo y los soldados se afanaban por evitar que el fuego llegara a los numerosos vagones cargados de pólvora a tan solo unos metros de distancia. Mientras tanto, algunas trabajadoras seguían saliendo del edificio en llamas, escalando por los sacos que colocaban a la entrada para calentar los fríos barracones, cayendo unas sobre otras, algunas con sus mandiles en llamas, casi todas agarrándose el cuello sofocadas por el humo y el gas tóxico que la combustión de la pólvora habían provocado. Seguía sin localizar a Mathilde, hasta que fijó su mirada en unos cuerpos al pie de los sacos de arena. Eran varios, inmóviles, al menos cinco, y sin duda eran trabajadoras, pues iban vestidas con los uniformes azules ennegrecidos por el fuego y el humo. Se acercó con el antebrazo tapándose nariz y boca, levantó uno, dos, y al tercer cuerpo, allí estaba el bello rostro de Mathilde, manchado por la sangre que le salía de la nariz. La cogió de las axilas y la arrastró hasta allí donde el humo le permitiera respirar. La tumbó sobre sus rodillas, le tomó el pulso y observó sus mejillas. Parecía que respiraba, pero era el efecto que su fuerte respiración buscando el aire ejercía sobre el apagado rostro de Mathilde. Esta estaba flácida y fría, parecía imposible entre tanto fuego, pero su cuerpo ya no emitía calidez alguna. Le cogió fuertemente sus manos y les insufló calor con un fuerte y cariñoso aliento, como si ese fuera el remedio que necesitaban; limpió el hollín y la sangre de la cara y la vio más bella que nunca. Puso su mano derecha sobre ese vientre que portaba un hijo suyo y lo notó vacío. Miró a todos lados y se sintió solo entre tanto bullicio que escapaba de las llamas o luchaba contra ellas. Levantó el cuerpo inerte de Mathilde y se lo llevó consigo allí donde pudiera despedirse de ella con un último beso.

CARMEN. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. 9 DE DICIEMBRE DE 1917

Desde que naciera su hijo dos meses atrás, tan solo le habían permitido verlo a través de unos barrotes todos los domingos después de misa. Justine

le prometió que no le faltaría de nada y parecía que así era hasta ese momento, pues la carita rolliza y colorada que siempre le mostraban reflejaba salud. Ella sabía que era un niño fuerte, y estaba segura de que pronto lo tendría entre sus brazos y él nunca recordaría que sus primeros meses no los pasó en los brazos de su madre. En esos momentos no sabía cómo recuperarlo, pero seguro que lo conseguiría.

La vuelta a la casa del francés fue cruel. Justine y doña Rosa no le dignaban una sola mirada, la hacían sentirse extraña y usurpando un lugar que ya no le correspondía. Si hubiera sido libre, se hubiera ido de allí sin dudar un instante, pero no lo era. Debía ayudar a una Rafaela que la necesitaba para la mayoría de sus quehaceres y, lo más importante, solo bajo la influencia de los de Montcuit las monjas le dejarían ver a su hijo cada domingo. Por si fuera poco, el ambiente en la casa era cada vez más sombrío. Llegó a saber por la otra chica del servicio que llevaban mucho tiempo sin tener noticias de su hijo mayor y que algo había ocurrido con el pequeño. Aunque nunca había olvidado del todo a Alphonse, y estaba segura de que este la habría creído y apoyado completamente, el corazón le dio un vuelco al ser de nuevo consciente de que había una guerra en Europa y su amigo estaba en ella. Había estado tan centrada en su hijo que había apartado de su mente a cualquier otra persona.

Como cada domingo, volvía de visitar a su pequeño del cercano hospicio cuando percibió una figura familiar dejada caer en el muro de la iglesia más cercano a su casa. Las campanas dieron el toque para señalar el comienzo de la misa de doce. Ella ya no asistía con el resto de la familia, prefería ir a otras horas. Se acercó.

—¿Soledad? Calla, no me lo digas. Se ha ido para siempre mi doña Inés. ¿Verdad? ¿Por eso estás aquí?

—Sí, chiquilla. Ya hace casi un mes de eso. Ella nos pidió que no te dijéramos nada. Que te dejáramos tranquila. Ella sabía cuánto la querías y estaba muy contenta de que tu hijo naciera bien. Rafaela nos mandó recado con todo lo que ha pasado. Doña Inés dijo que tú sabrás ponerte en tu sitio y que solucionarás la injusticia que te han hecho. Los últimos días, no sabemos si en sus cabales o no, no paraba de amenazar a Manuela y a Silverio diciéndoles que les ibas a plantar flores en las cuencas de sus ojos. Ya sabes cómo era la pobre.

—¡Al final se fue con su Quinín!

—Y nosotros a Aguilar. Eso vengo a decirte, chiquilla. Paco y yo no queremos pasar ni un minuto más en esa casa y con esa gente. Tu hermano

al final se ha convertido en tu padre y no para de trabajar, beber y jugar, yo creo que para olvidar a la bruja esa. Manuela y su hermano se han adueñado de la casa. Casi no dejaron que la veláramos en su habitación, por la que pasó todo el barrio llorándola y despidiéndose de ella; y hasta otro de los *empedraos* tardó dos días en instalarse en la habitación de doña Inés. ¡Todavía olía a ella y ya estaba el otro fumando allí! Chiquilla, ya sabes que eres para nosotros como la hija que nunca tuvimos, no querríamos dejarte así, pero ese ya no es nuestro sitio.

—Mi querida Soledad, sé que si no os habéis ido antes era porque las familias nacen o se hacen, y nosotros nos hicimos familia en esa casa. No podíais dejar sola a doña Inés y así lo habéis hecho. Sois casi la única familia que me queda y nunca os olvidaré y, cuando recupere a mi hijo Antonio, os prometo visitaros en Aguilar. ¡Ah!, por cierto, por esos malnacidos que se han quedado con nuestra casa no te preocupes tú. Ya me encargaré de ellos a su debido tiempo.

Carmen vio alejarse a Soledad por la calle de la Plata, esquivando lentamente veladores que esperaban a los primeros clientes, dirección a la plaza de las Tendillas. Allí la esperaba Paco con un hatillo que se echó al hombro y enfilaron ambos hacia el bulevar del Gran Capitán. Se perdieron entre una multitud que paseaba bajo los rayos de sol de ese apacible domingo de Adviento.

MONIQUE. PLACE DE LA CATHÉDRALE. POITIERS. 13 DE DICIEMBRE DE 1917

Casi todo Poitiers se había reunido aquella gélida mañana para despedir a esas jóvenes fallecidas en el incendio de la fábrica de armamento. Vecinos de todos los pueblos de alrededor, sobre todo de Migné-Auxances, de donde eran ocho de las fallecidas, estaban entre la multitud. La tristeza atronaba entre el silencio. No había sido el primer accidente en una fábrica de munición, ni sería el último, pero sirvió de recordatorio de que la guerra seguía ahí para una zona alejada de los campos de batalla. A las constantes noticias de hijos muertos ahora se unían esas veintidós pobres chiquillas. El cortejo fúnebre recorrió las calles de Poitiers desde el Hotel Dieu hasta la Cathédral Saint-Pierre. Féretros en coches de caballos, políticos disfrazados de dolor, todo el clero de la ciudad, con el obispo a la cabeza, y banderas, cientos de banderas tricolor por todos sitios. «Qué importante es recordar la

unidad nacional y qué fácil hacerlo sobre el dolor de tantas familias destrozadas», repetía Albert en voz baja, quien no soltaba un instante el brazo de Monique. Alphonse se había escabullido entre la multitud cuando esta llegó a la catedral. Su sobrina intentaba encontrarlo con la mirada, pero era imposible entre ese mar de sombreros negros, cuanta más y más gente entraba en el templo. Albert y ella desistieron de intentarlo y decidieron quedarse fuera. Monique estaba preocupada porque parecía que desde la terrible noticia el corazón de su tío se había vuelto del mismo material que esos altos muros. Ni una lágrima, ni una queja, ni un lamento, solo dijo: «Yo ya no pinto nada aquí, nos vamos a Córdoba». No merecía la pena convencerle, en esos momentos era mejor que su dolor saliera por algún sitio. Por supuesto que no se irían a Córdoba sin su padre. Este estaba a punto de cumplir su promesa y llevarla allí personalmente.

Monique imaginó que Alphonse seguiría la comitiva que, tras la ceremonia, tomaría el camino de alguno de los tres cementerios que acogerían los restos de las fallecidas. Sin duda iría tras aquel que recorrería los escasos kilómetros hasta Migné, allí donde Mathilde descansaría para siempre. Por fin divisó a su tío. A lo lejos, bajo los olmos que daban al río, apartado de todos, hablando con un desconocido de una barba tan negra que desde donde ella se encontraba casi parecía azul y con un sucio gabán militar que le llegaba hasta los pies. Le extrañó que durante bastante rato los dos hombres parecieran no conocerse para inmediatamente después envolverse en un prolongado abrazo tras pasarse algo el uno al otro. Vio a su tío taparse la cara con las manos para después mover desesperadamente la cabeza, primero de un lado a otro, luego hacia todos lados como buscando a alguien. Los féretros quedaban lejos y su tío no los seguía. Una extraña sensación se agarró a su vientre. Ahora fue ella quien cogió fuertemente a Albert del brazo y salió en busca de *oncle* Alphonse.

—Mi pequeña Monique…

—¿Qué le ha pasado a mi padre?

—Este caballero ha traído una carta. Es para ti.

—Pero papá no ha muerto. No ha llegado ninguna comunicación oficial con el membrete Morí *pour la France*. El párroco nos dijo la semana pasada que sabía que su compañía estaba lejos del frente. —Cientos de argumentos se arremolinaban en la cabeza dela joven—. Además, esta carta no lleva mi nombre, ni tiene remitente. ¡No es para mí!

—Señorita, me llamo Manolo Sánchez. Soy soldado de la Legión Extranjera. Por casualidad di con un teniente de mi regimiento internado

en un hospital cerca de la frontera con Suiza. Fue él quien me habló de su padre y me dio esta carta para usted. No puedo decirle mucho más.

Monique salió corriendo dirección al río. No había nadie alrededor, todos habían seguido a la comitiva que ya casi había desaparecido. De repente, se paró, dio media vuelta y se acercó a los tres hombres que la miraban sin hablar, cogió bruscamente la carta de las manos de su tío, volvió a enfilar el camino del río y se perdió a lo lejos.

Querida Monique,

Mi nombre es Clément Laloux y soy teniente del primer batallón del Regimiento de Marcha de la Legión Extranjera. Es la primera vez que escuchas mi nombre, pero sé que habías oído hablar antes de mí. Tus padres y yo estuvimos muy unidos hace años y la última noticia realmente bella que escuché en mi vida fue la de tu futuro nacimiento. Una de las cosas de las que más me he arrepentido siempre fue la de no haber estado en tu bautizo. Nunca supe de la muerte de tu madre; siempre idealicé a tu familia, pues me hacía sentir bien allí donde la vida me iba llevando: Martinica, norte de África o a esta absurda guerra en Francia. En mi imaginación os construí como una familia amplia y feliz. Interpreté que de unos maravillosos padres únicamente podían nacer niños del mismo corazón que el de sus progenitores. No podía suponer lo que pasó. Créeme que tu madre era una mujer especial. Me entristecí cuando tu padre me contó todo. En los pocos minutos que hablamos solo una palabra salía de su boca: Monique. ¡Me hubiera gustado tanto conocerte!

La guerra cambia a los hombres, los deshumaniza, los convierte en seres sin alma. Nadie quiere estar allí, pero ahí estamos, y luchamos, y morimos no sabemos muy bien por qué. Yo escapé de las balas, pero fui destruido en el frente cuando tu padre, mi querido Édouard, falleció entre mis brazos, rápidamente, sin dolor, tranquilo y pensando en ti la mañana del 16 de abril de 1917, cerca de Reims. Me encargué personalmente de que su cuerpo descansara en el cementerio de Épernay, en una tumba que cubrí con una cruz con su nombre bajo un joven ciprés de los que rodean el muro sur. Allí

podrás ir a llorarlo como solo él merece.

Siento mucho escribir estas palabras, me estalla el corazón con cada gota de tinta que mojo, pero estoy seguro de que tu padre hubiera querido que fuera yo el que te lo dijera. No soy capaz de hacerlo en persona. Mi valentía en el campo de batalla, si es que algún día la tuve, la pierdo al decir las cosas frente a frente. Sé que no saldré de donde ahora me encuentro, pero hallaré la forma de hacerte llegar esta carta. Durante un tiempo lo darán por desaparecido, pues no estaba con su compañía en Arrás. Cuando vino a buscarme, así me lo dijo, su intención era la de volver antes de que le echaran en falta.

No puedo imaginar tu dolor al leer estas palabras, pero si se aproxima al que yo siento al haber perdido a mi único amigo, sé que sufrirás profundamente. Tu padre querría que fueras feliz, que guardaras su bondad y cariño eternamente en tu corazón. Ahora la memoria de tus padres descansará en tus actos. No permitas que sobre ellos caiga la eterna lápida del olvido. Hazlos sentirse orgullosos desde el cielo en el que te observan.

Clément Laloux

ALPHONSE. POITIERS. RUE DE BLOSSAC.
18 DE DICIEMBRE DE 1917

Las últimas dos semanas habían llevado el silencio a la casa. Aunque el trajín propio de las fechas llevaba carretas que cargaban y descargaban partidas de vino, ya se encargaba Albert de que todo sucediera con la menor de las molestias. El propio capitán Doisneau, aquel que alistara a Édouard años atrás, aseguró por teléfono a Alphonse que no había noticias de su hermano en su regimiento desde hacía meses y que efectivamente su nombre engrosaba oficialmente la lista de los desaparecidos. Le intentó tranquilizar con las muchas historias de soldados que aparecían meses después y que o no recordaban o no querían recordar de dónde venían. Nada apaciguaba a Alphonse: la carta de Clément les hacía perder cualquier esperanza de que eso fuera a pasar. El soldado que se la entregó les prometió que el teniente Laloux era una persona en quien confiar y que cuando le dio la misiva estaba en sus cabales. Desgraciadamente esa carta

era cierta.

—Monique. No soy alguien que tenga mucho que ver con la nostalgia y ya nada me ata a Poitiers. Mi amor por tu padre es suficiente razón como para dar el paso que te propongo. Sé que a su vuelta del frente él quería llevarte a Córdoba, y tú me has dicho en muchas ocasiones que ese era tu deseo. Pues bien, ya he hablado con Albert y le he dado los poderes para tomar las decisiones necesarias y llevar nuestros negocios aquí. Hemos firmado una sociedad, De Montcuit & Montagne, en la que nuestra familia lo introduce como socio en la empresa. Sé que tu padre estaría de acuerdo. A tu abuela y tías ya se lo explicaré convenientemente. ¡Nos vamos a Córdoba!

Monique ya había tomado esa decisión mucho antes de que su tío hubiera empezado a hablar. Quería salir de allí. Todo le recordaba a su padre. Confiaba en que la precipitada tumba que Clément Laloux le erigiera fuera respetada por la guerra y cuando esta finalizara se prometió a sí misma que la visitaría. Miró a su tío con esos ojos heredados de su madre y aceptó con un leve movimiento de cabeza.

—*Oncle* Alphonse. Sylvie vendrá con nosotros. Ya lo hablé con ella y está de acuerdo en acompañarnos. Espero que la decisión te agrade. Mis maletas hace días que están preparadas.

—Debí haberme imaginado que ya lo tendrías todo listo. A veces olvido que ya eres una mujer, y que incluso siendo una niña te adelantabas a mis intenciones mucho antes de que yo tomara una decisión. ¿Sylvie? Por supuesto. En la casa de Córdoba encontrará su hogar.

—Estoy segura de ello.

—Le he pedido a Manuel, el soldado español que te dio la carta, que nos acompañe. Ha desertado y en lugar de huir directamente a España se ha arriesgado a venir hasta aquí para traernos la terrible noticia. Lo creo nuestro deber. Si pasa la frontera como parte de nuestro servicio le será más fácil. ¿Qué te parece?

—Claro, ¿cómo voy a oponerme a eso? Por cierto, os oí hablar el otro día y me dio la impresión de que ya os conocíais.

—No exactamente. Pensaba decírtelo durante el trayecto. Dicen que el mundo es un pañuelo, y a fe que lo es. El padre de Manolo trabajó durante años para tu abuelo Emmanuel y en alguna ocasión me ayudó mucho más de lo que yo se lo podré agradecer jamás. En cierto modo, es una deuda de honor el poder ayudar ahora yo a su hijo.

—Pero vosotros hablabais de una mujer… ¿Carmen? Me pareció oír…

—Sí, bueno —titubeó su tío—. Es la hermana de Manolo, que entró a trabajar a la casa por intermediación de su padre…

—¿Esa *Carmen* de la que tanto me hablabas al principio de llegar a Poitiers y comparabas tanto conmigo?

Alphonse confirmó, una vez más, que la sagacidad de su sobrina no tenía límites y que hacía tiempo que había apartado de sus pensamientos a esa joven cordobesa. Algún problema había habido entre su familia y ella, pero su hermana Justine no había querido contarle gran cosa, solo sabía que un hermano suyo había muerto en un accidente. Anhelaba que se encontrara bien de salud y que no hubiera cambiado mucho desde la última vez que la vio.

El dolor muchas veces es el mejor de los motivos para hacer algo rápidamente. Dos días después estaban los cuatro montados en un tren que los dejaría en la frontera española. Monique, con los ojos llenos de recuerdos, se despedía definitivamente de su infancia. Sería la Nochebuena más triste y extraña de su vida, pero con suerte, saludaría al nuevo año en la casa familiar de Córdoba, lejos de esa guerra que le había arrebatado a su padre.

El futuro
(1918-…)

MONIQUE. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL.
NOCHEVIEJA DE 1917

Fueron fiestas en que nada había que celebrar. Monique se sintió rápidamente acogida por la casa. Era tal y como tantas veces su padre se la había descrito. Hubiera podido recorrerla con los ojos cerrados sorteando muebles y flores, incluso los sonidos y los olores los creía reconocer. Le hubiera gustado que fuera su padre quien se la enseñara. No lograba imaginárselo allí. Para ella, su padre sería siempre parte de su vida en Poitiers; ahora en Córdoba empezaba ella una nueva. Su abuela Rosa la colmó de esos besos que iban dirigidos a su hijo muerto. Su tía Justine lloró al verla, aunque sus ojos delataban haber derramado más lágrimas antes del encuentro. Decidió entrar al despacho donde su abuelo, con la misma mirada perdida desde aquel domingo de Adviento dos años atrás, se apagaba en su eterno sillón. Inmóvil, con las piernas tapadas por una manta, entre él y el ventanal que daba al patio un brasero de picón caldeaba la habitación. Se agachó y le besó en la mejilla.

—Este beso te lo manda tu hijo Édouard desde el cielo —le susurró al oído.

Los ojos de su abuelo se humedecieron de inmediato.

No esperó a deshacer el equipaje para rendir visita a su abuela Teresa. Dejó descansando a una desubicada Sylvie y, acompañada por Justine, recorrió por primera vez las calles de esa Córdoba de la que tanto había oído hablar. Allá por donde pasaban ella creía reconocer algo. Una iglesia, un café o incluso alguna fuente le parecía que se la habían descrito antes su padre o su tío. Le gustó sentirse parte de aquello. Antes de entrar a la casa de su abuela, tenía en mente rezar en la capilla en la que sus padres se casaron. Entró a la mezquita, se dirigió directamente a la capilla del Sagrario, sin necesidad de que Justine le indicara cuál era. Entró, estaba vacía. Se sentó lo más cerca que pudo del altar y rezó con profunda

devoción por él alma de sus padres entre esas hermosas paredes. Justine se le unió.

Su abuela Teresa abrió la puerta. Sabía que su nieta había llegado a Córdoba y llevaba todo el día atendiendo ella misma cuando alguien llamaba al enorme picaporte de bronce de la entrada. Nunca supo muy bien por qué no había ido nunca a visitarla a Poitiers en esos quince años que habían pasado. Sabía que sus eternos achaques no eran la verdadera razón. El esfuerzo hubiera valido la pena, pero estar cerca del lugar donde murió su única hija le hacía buscar siempre una excusa plausible para postergar el viaje una y otra vez. Pero ahora era su pasado el que había venido a ella, y doña Teresa no estaba dispuesta a que pasara de largo. Tras un infinito abrazo, y unas atropelladas palabras que a fuer de intentar pronunciarlas bien pensando que su nieta no la entendería, las hacía más y más ininteligibles, intentó convencerla de que se quedara allí a vivir con ella. Monique comprendió que era lo único que a su abuela le quedaba en el mundo. Las razones que le arrojaba sin cesar no influyeron tanto en su decisión como el hecho de ver repartidos por toda la casa retratos de Beatriz. Las paredes y las repisas de todos los cuartos de esa enorme casa estaban repletos de imágenes iguales a las que siempre miraba en su casa de Poitiers; intentando imaginarse cómo habría sido la vida de su madre en esa casa decidió que ese podría ser su lugar en su nueva ciudad.

La noticia no cogió por sorpresa en la casa del francés. Entendieron que la soledad de doña Teresa era un motivo de peso para que Monique la hubiera escogido por encima de la suya. En esos momentos esa casa estaba sumida en una multitud de cambios en los que la ausencia de la nieta ayudaría a la toma de algunas decisiones. Claramente todo el peso de las mismas recaería sobre el hijo menor. Casi sin darse cuenta, y sin buscarlo, Alphonse se había convertido en el cabeza de familia. Justine nunca había querido saber nada de negocios, Caroline, desde La Carlota, bastante tenía con cuidar de sus hijos, doña Rosa confiaba en el criterio del único hijo varón que le quedaba y así, además, podía continuar con los cuidados a su marido. Nadie se opuso a la nueva sociedad en la que se incluía a Albert Montagne. Había sido una solución de urgencia que mantenía a la familia unida a los negocios franceses, y estos prosperando en manos de la persona más indicada. Cuando la guerra acabara ya verían qué hacer. Eran los asuntos domésticos los que más preocupaban en la casa, y doña Rosa y Justine temían por la reacción de Alphonse.

—Querido hermano, desde que te fuiste hay cosas que han cambiado.

Sabemos que te unía una cierta amistad con Carmen; nosotros también la adoptamos como parte de esta casa desde el primer día. Yo misma te ayudé a enseñarle a leer y escribir, incluso no vacilé en apoyarla cuando se decidió a montar una especie de escuela para los niños de su barrio; mamá la hacía cada vez más partícipe de obligaciones en la casa reforzando la confianza que mostrábamos en ella, pero Carmen nos traicionó trayendo el mal nombre a nuestra familia, demostrando que no era merecedora de la confianza que le habíamos otorgado durante años. Cuando alguien tan unido a nosotros ensucia su vida, también nos mancha a nosotros. Carmen se quedó embarazada y hemos tenido que hacernos cargo del niño, que actualmente está perfectamente cuidado por las monjitas del Convento de la Merced. Si no la hemos despedido de la casa es porque finalmente accedió a nuestras condiciones y porque Rafaela impuso su continuidad a la suya, pero estamos decididas a que abandone nuestro servicio.

—¿Estáis seguras de que sabéis todo? Dudo que Carmen sea una mujer proclive a según qué cosas, no al menos la que yo dejé antes de partir a Poitiers. No me gustaría dejar en la calle a una madre inocente. Hablaré con ella.

Todas las críticas de su hermana y de su madre quedaron apartadas hasta que pudiera escuchar las explicaciones de Carmen.

MANOLO. BARRIO DEL ALCÁZAR VIEJO.
4 DE ENERO DE 1918

Se había prometido a sí mismo, una y mil veces, que no obraría con arrebatos. Esos, como tantas otras cosas del Manolo que un día fue, los había dejado enterrados en las trincheras. Aceptó la propuesta del señor Alphonse para alojarse en casa de un tal Prudencio Ruiz, según él, alguien de total confianza. Le dejaron un jergón de lana en un confortable rincón de una casa de vecinos del barrio de Santa Marina. Un enorme limonero daba sombra a casi todo el patio. Le recordó mucho a su casa de la calle Postrera. Dejó pasar unos días entretenido ayudando a arreglar el tejado que daba a la calle, pero sus ganas de visitar el lugar en el que nació le hicieron bajar hasta el río y seguir la ribera hasta ese enorme puente de piedra que años atrás atravesara sin saber si volvería a cruzarlo. Lo dejó a su izquierda y se adentró en su antiguo barrio, pasando por las puertas de esas caballerizas donde empezó a familiarizarse con las mulas y con el ejército.

Habían transcurrido solo seis años, pero su cuerpo había cambiado lo suficiente para que, junto con la espesa barba que no había querido afeitarse, pasara completamente desapercibido entre sus antiguos vecinos.

Al pasar por la puerta de su casa, estuvo tentado de tirar del cordel que la abría. «Allí las casas no necesitaban cerrarse con llave», pensó. Creyó más oportuno dirigirse a la taberna de la calle Enmedio en la que su padre se había hecho un nombre entre copas y cartas. El mismo olor a vinaza, las mismas paredes de un color indefinido entre el blanco y el negro, los mismos manojos de lentisco para atrapar moscas a los que él nunca vio utilidad, la misma luz potente que entraba por los enormes ventanales donde descansaban unas jaulas con pajarillos de mil colores, aquellos que de pequeños los extasiaban a él y a sus hermanos cuando iban a buscar a su padre, todo igual pero todo diferente. Tampoco allí lo reconocieron. No le sonaba ninguna de las caras que ocupaban las dos mesas del fondo ni las de los dos carpinteros —a juzgar por las herramientas que les colgaban del cincho— que, echados en la barra, vociferaban la mejor manera de arreglar el mundo. Asumió la idea de que seguramente muchos de sus conocidos se habrían marchado buscando oportunidades en lugares más apropiados. O incluso algunos habrían muerto, como su hermano Antonio. Le dolió profundamente la noticia cuando se la comentó Alphonse en el tren de regreso de Poitiers. Nunca había sido especialmente cariñoso con él, en realidad con nadie de su familia. Eso debía terminar. Había que poner las cosas en su sitio.

—Niño, ¿sabes si suele venir por aquí Pepito, el hijo del *Mulero*?

—¿José? Sí, claro, cada vez que puede, que suele ser todos los días al caer la tarde —le respondió un mocoso que ocupaba el lugar de su padre a esas horas tan tempranas de la tarde, y que ya había aprendido que los buenos taberneros no escuchan nada, pero se enteran de todo. Y si letras no sabía muchas, los números los había aprendido todos con esa tiza heredada de su padre ya en su oreja izquierda para hacer las cuentas en el mostrador.

—¿Y sabes si hoy vendrá?

—¡Si su mujer y su cuñado le dejan, en una hora lo tienes en ese rincón tomándose un medio tras otro! —respondió sibilino uno de los carpinteros mientras le guiñaba el ojo izquierdo burlonamente al otro.

—No sabía que estuviera casado.

—¡Y hasta un churumbel está criando! Aunque ese venía de regalo con la gitanita.

Aquí los dos carpinteros no reprimieron la carcajada.

Como el vino abre mentes y bocas por igual, la invitación a ese par de parroquianos le sirvió a Manolo para saber todo lo que necesitaba. Prefirió no cruzarse con su hermano y salió de la taberna antes de que este llegara. Tenía que pensar qué hacer, seguro que su hermana sabría aconsejarle. Esperaría a hablar con ella. Se alegró al ver que, quizás por primera vez en su vida, no siguió su primer impulso.

CARMEN. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. 6 DE ENERO DE 1918

Los domingos no lograba dormir. Se pasaba la noche mirando al techo esperando que pasaran los minutos para que el amanecer la dotara de la excusa perfecta para saltar de la cama, comer cualquier trozo de pan migado en leche y salir al hospicio para ver a su hijo. Las veces que sus ojos se cerraban, rápidamente se despertaba sobresaltada por algún sueño en el que siempre pasaba lo mismo: iba al Hospital de la Merced como cada semana, pero al llegar, sor Natividad, con una sonrisa burlona en la cara y sus eternas manos callosas, le decía que a su niño se lo había llevado una familia de bien con la que estaría mucho mejor que allí. A veces esa pesadilla no sabía si la soñaba o la imaginaba. Ese domingo, sin embargo, ese mal sueño no tuvo tiempo de pasar por su mente, pues no pudo cerrar los ojos ni por un instante. Era el día de la Epifanía, hacía un año de *aquello*. Recordó todo sin dejarse nada atrás: su ilusión por el regalo a sus niños; la mano de Silverio cogiéndola del brazo; los golpes en el estómago; ese olor a carne y sudor que todavía le producía arcadas; su hermano Antonio defendiéndola y la última promesa que le hizo al despedirse de ella la mañana siguiente: no tuvo tiempo de cumplirla.

Intentaba apartar todos esos pensamientos de su cabeza. Era el momento de arreglarse, recogerse el pelo en un moño, darle dos vueltas a la vieja bufanda que años atrás le tejiera su abuela, y ser la primera de la cola cuando las hermanas abrieran el portón lateral del hospital. Llevaba días viendo más movimiento del normal en esa casa. Por Rafaela supo que volvía Alphonse, por los gritos y los llantos adivinó la muerte de Édouard, y por el afán en preparar la habitación de Caroline imaginó que Monique acompañaría a su tío. Se sentía especialmente incómoda al sentir algo así como felicidad cuando pensaba en su viejo amigo. ¿Se acordaría él todavía de ella? ¿Seguiría siendo igual de atento? ¿Lo acompañaría su prometida?

Se hizo todas esas preguntas recorriendo la estrecha y larga calle Osario, que prácticamente unía su casa con el hospicio. Cuando pasó por la plaza de Chirinos se acordó del libro que le había regalado Alphonse antes de irse y que apenas tardó una semana en leer y pensó que el tiempo que siempre hacía en esa ciudad de Vetusta se debía parecer mucho al de esa mañana de enero.

De pie, junto a la puerta, rezaba por que ese día la encargada de enseñarle a su hijo fuera la hermana Anunciación. A esa joven monja no le importaba pasarse mucho más rato en pie junto a la verja jugando con el niño y haciéndole todo tipo de cucamonas para que ella viera lo bien que se criaba el pequeño Antonio. Ya tenía tres meses, pero parecía como si fueran seis: era un niño rollizo y sano con un eterno color de salud en su carita. Alegre y despierto, un indefinido color aceituna se adivinaba en sus ojos. No le dejaban cogerlo en sus brazos, era mejor evitar el contacto físico «por lo que pudiera pasar», le decían. No sabía Carmen muy bien qué quería decir esa frase, pero era la que le provocaba esas pesadillas que la atormentaban.

Aquel día se lo había pasado todo el rato Antonio durmiendo. Carmen no pudo disfrutar de sus ojos o de su sonrisa. Se llevó el pensamiento de que había comido bien y estaba haciendo la digestión. Volvió a la casa desandando el camino de ida. Las campanas anunciaban la misa a la que acudiría la familia; mejor así, pues evitaría encontrárselas por la casa. Entró despistada, con su pequeño en la cabeza, y en el patio, bajo el pórtico previo al salón, allí estaba Alphonse, de pie, vestido de negro. Era el mismo que hacía unos años se fue, pero algo en él parecía diferente. Se acercó y adivinó algún pelo blanco en su sien, le pareció que le quedaba muy bien. Le estaba sonriendo. Se tranquilizó. Sabía que ese momento tenía que llegar. Le apetecía que llegara.

—Hola, Carmen.

—Señorito Alphonse. Siento mucho lo de su hermano. Oí que murió en la guerra.

—Sí, así es. Ha sido una noticia que ha cambiado nuestras vidas. Al parecer murió en batalla.

—¡Malditos aquellos que las provocan! Créame que rezo por su alma.

—Gracias, Carmen. Sé que lo dices sinceramente. Tú también has perdido a un hermano. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

—Así es. Desde que usted se fue nos han pasado muchas cosas.

—¿Ya no me tuteas?

—Nunca lo he hecho.

—Creía recordar que sí. Bueno, ¿cómo estás tú?

—Ya se podrá usted imaginar. Muerta por dentro por una injusticia.

—Algo me han dicho mi madre y hermana. Pero prefiero oír tu versión.

—Mi versión no, señorito. La pura verdad de lo que me ha pasado. Los de mi barrio solo tenemos la justicia de nuestro lado cuando les beneficia a los que son como usted. Y en este caso no se ha hecho justicia. Su familia me ha quitado injustamente a mi hijo y ni siquiera se han dignado a escuchar mi versión. Prefieren esconder los trapos sucios a cogerlos y lavarlos.

—Para eso estoy yo aquí ahora. Te escucho. Y recordarás que soy un hombre ecuánime, sin los convencionalismos que ahogan a mi familia y que estoy dispuesto a creerte. Pero quiero saberlo todo.

Carmen se tranquilizó al escuchar a su viejo amigo; le creyó, además, no le quedaba otra. No olvidó un solo detalle de lo que ocurrió exactamente un año atrás. Le explicó la sensación de asco que la acompañaba desde aquella tarde, las certezas sobre la muerte de su hermano, las dudas cuando se enteró de su preñez, la ayuda constante de Rafaela, la muerte de doña Inés, pero, sobre todo, el dolor por la decisión de Justine, «quien no tenía ningún derecho a decidir por mí ni separarme de mi hijo». Era la segunda vez ese día que rememoraba lo ocurrido y una sensación de vacío interior la inundó. Estaba decidida, esta vez sí, a cambiar las cosas.

—Carmen, no tengo ningún motivo para dudar de tus palabras. Conocí a una chiquilla íntegra y sincera, no veo motivos para pensar que hayas cambiado. Te pido que no juzgues a mi madre y hermana, ya sabes cómo son. Llevan el decoro a gala y no les permite ver más allá del qué dirán. Hablaré con ellas, pero creo que les costará trabajo aceptar que sigas al servicio en la casa. Yo también tengo que decirte algo. No preguntes cómo, simplemente asume que he vuelto de Francia acompañado de tu hermano Manolo. Quiere hablar contigo. Está arrepentido de muchas cosas que no ha querido contarme. Me ha pedido venir a verte. Mientras tanto, tranquilizaré las cosas con mi familia y buscaremos una solución.

—¿Manolo? ¿Mi Manolo?

Los ojos completamente abiertos preguntaban por sí solos.

—Sí. Fue quien nos trajo la noticia de la muerte de mi hermano Édouard.

—Y… ¿Cómo está? ¿Dónde ha…?

—Tranquila, Carmen. Lo he mandado con alguien de mi confianza y le

haré venir mañana mismo si te parece bien. Todas esas preguntas debe respondértelas él mismo. Yo, por mi parte, solo te puedo decir que he creído ver a una persona sincera y convencida de sus errores. Ahora te toca a ti perdonarle.

La campana de la entrada anunciaba que alguien había acudido a presentar sus respetos al recién llegado Alphonse. La noticia de la muerte del primogénito de la casa del francés había corrido por Córdoba y eran constantes las visitas de conocidos dando el pésame al nuevo cabeza de familia. Carmen volvió a los pocos quehaceres que le habían dejado, básicamente ayudar a Rafaela en la cocina y no dejarse ver mucho por el resto de la casa, y esperó ansiosa a que al día siguiente su hermano le diera las explicaciones que ella creía merecer.

MANOLO. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. 7 DE ENERO DE 1918

Se levantó muy temprano y se lavó a conciencia en el patio bajo el limonero. El agua y el frío le despertaron las ideas. Se adecentó esa barba símbolo del nuevo Manolo. Desde pequeño supo que una buena imagen ayudaba a cualquier propósito, y en el ejército aprendió a decir las cosas con cautela. Ambas armas le ayudarían ahora con su hermana menor. Sabía que no lo había hecho bien con su familia y buscaba su perdón.

Pensaba que le resultaría extraño traspasar esos muros que habían visto trabajar a sus padres y hermanos. Para él era la primera vez que pisaba ese suelo. A su modo, también él participó en la vida de la familia de Montcuit, aunque en su caso fuera para portarles la peor de las noticias. Llamó al portón trasero, aquel que daba a la calle Cardenal Toledo. Alphonse le indicó que su hermana solía estar en la cocina con Rafaela, cerca de dicha entrada. No supo muy bien si fue más fuerte el bofetón o el abrazo posterior que le dio su hermana tras abrir ella misma la puerta.

—¡Te lo tienes bien merecido!

—¿El abrazo o la *guanta*?

—Las dos cosas —dijo Carmen mientras le acariciaba inconscientemente el brazo.

—Me merezco más una cosa que la otra.

—De hecho, nunca pensé en abrazarte, pero ahora que te veo, eres mi hermano y te quiero. Ya únicamente quedamos nosotros y José, del que no

sé nada desde hace tiempo. Solo que cada día es más como padre.

—¿Ya no es Pepito?

—Ahora se hace llamar José. Es lo único coherente que ha hecho en los últimos años.

—Y está criando a mi hijo. Porque es hijo mío, ¿verdad?

—Así es. Te fuiste sin decir nada y dejaste un problema para toda la familia.

—No me siento orgulloso, créeme. El egoísta muchacho que se fue no es el que ahora habla contigo. He visto cosas que me hacen arrepentirme de otras que hice. Estoy aquí para solucionar todo el daño que provoqué.

—¿Dónde has estado?

Sentados junto a los jazmines y buganvillas recién podados que su madre plantara muchos años atrás, Manolo le contó su paso por Marruecos, su terrible experiencia en la guerra de Europa, el dolor y la muerte que había contemplado, la amistad con un teniente francés que le llevó a portar la noticia de la muerte del mayor de los de Montcuit y su deserción del ejército para volver a su ciudad y a su familia. Todo el rato Carmen escuchaba sin dejar de acariciarle el brazo. Aunque estaba encantada de volver a ver a un hermano que ya daba por perdido, un reproche cruzaba constantemente su mente.

—Si te hubieras guardado en los pantalones aquello que tanto te gustaba usar no hubieras preñado a la Manuela, ni esta se hubiera vengado en las carnes de tu hermano José, que no es más que un pobre hombre. Ni padre se hubiera vaciado en las mesas de cartas, ni el cabrón del Silverio me hubiera usado para su particular ojo por ojo, ni tu hermano Antonio habría muerto…

—Ni habría nacido tu hijo…

Carmen calló. Se había dado cuenta de que incluso del dolor más absoluto puede surgir la belleza y el amor.

—¿Y qué tiene que ver la muerte de Antonio con todo esto?

Manolo imaginaba la respuesta a esa pregunta; aun así, la planteó.

—No me preguntes por qué, pero estoy segura de que nuestro Antonio no sufrió un accidente. Aunque es verdad que ese día llovía como nunca se ha visto en Córdoba, él sabía muy bien cómo manejar su barca. No me cabe duda de que la mano de Silverio está manchada de la muerte de nuestro hermano.

Manolo puso toda su energía en no levantarse inmediatamente y, con el cuchillo que había traído de la guerra, único utensilio del que no se

desprendió, recuerdo de su paso por las trincheras, buscar a ese desgraciado de Silverio y clavárselo en el tuétano. No dijo nada, volvió a hacer gala de esa nueva prudencia adquirida. Prefirió indagar por su cuenta. Sabía dónde acudir. Siguieron hablando durante horas. Tenían mucho que contarse. Entre tantas palabras se olvidaron las recriminaciones de una y los remordimientos del otro. Desde lejos sonreía una Rafaela que disfrutaba de la reconciliación de dos hermanos. «Su madre se sentiría muy feliz», pensó.

MANOLO. CÓRDOBA. BARRIO DEL ALCÁZAR VIEJO. FEBRERO DE 1918

Convino con su hermana Carmen el no anunciar su vuelta a José ni a nadie de su entorno. Insistió en que para sus indagaciones sería mucho mejor que este no descubriera que él estaba de nuevo en Córdoba. Tan solo sabían de su existencia Alphonse y Monique, pero ambos eran de confianza. No se trataba de esconderse de los hijos del *Empedrao*, al contrario, esa era la primera de sus intenciones al volver allí: dar la cara. Pero tras forzarla y, si su hermana estaba en lo cierto, además Silverio había tenido algo que ver en la muerte de Antonio, ese pasaba a ser el primero de sus propósitos. Pidió a Carmen discreción y paciencia; él pasaría desapercibido, y mientras tanto creía saber cómo actuar.

—¿Un cigarrillo, compañeros?

Manolo sabía perfectamente que el tabaco siempre era una buena manera de entablar conversación en la barra de cualquier taberna.

—¡El Señor maldiga a los desagradecidos!

—Escojan los señores —dijo Manolo, sacando una pitillera metálica junto a una cajita de fósforos.

—¡Vaya, tenemos a un señorito entre nosotros! —exclamó uno de los gitanos animados a fumar por Manolo.

—Estoy lejos de ser un señorito, pero no me van mal las cosas, no me puedo quejar…

—¡Son de los buenos! ¡Mira, con su boquilla y todo! —exclamó el primer gitano que encendió su pitillo.

—Si el Torres Cabrera ese hubiera conseguido su propósito de plantar tabaco sin restricciones en este país, mucho mejor nos irían las cosas ahora y el tabaco estaría más barato —mantuvo convencido el segundo de los gitanos invitados.

—¡Vaya, un gitano que defiende a los condes! ¿Ahora qué? ¿También vas a ir a la novena de la Inmaculada? —dijo el tercero, riendo y tosiendo por una primera bocanada de humo demasiado exagerada.

—Pues a mí me viene muy bien que no le dejaran. Ahí me apaño yo unos duros que para gente dispuesta no son tan difíciles de ganar. Lo que sí estaría bien sería encontrar proveedores de ese tabaco que se hace por aquí antes de que la Audiencia dé con él.

—Quizás nosotros conozcamos a la persona adecuada. —Uno de los gitanos pronunció la frase que Manolo llevaba varios cigarros esperando.

Estaba claro que Manolo sabía lanzar el anzuelo. Desde siempre se conocía en el barrio que la familia de Silverio había enredado con el negocio del tabaco de contrabando. Quedó con sus nuevos *socios* en pasarse más adelante por esa misma taberna e informarles de algo que sin duda les interesaría. Dejó entrever el asunto como un secreto a sabiendas de que eso era imposible entre ellos, precisamente lo que él buscaba.

MONIQUE. CÓRDOBA. PLAZA DE SANTA CATALINA. FEBRERO DE 1918

Ya había pasado más de un mes de su llegada a Córdoba y se había hecho completamente a su nueva casa. Elegante en un modo antiguo, los azulejos en las paredes hasta media altura en lugar de los listones de madera de su antigua casa eran la mayor de las diferencias. A sus ojos, tantos retratos de gente desconocida le recordaban al pasillo de su colegio de Poitiers, con las imágenes de los presidentes de la República francesa con esos bigotes retorcidos que tanta gracia le hacían. Su abuela solía explicarle quiénes eran, qué habían hecho de relevancia y qué lugar ocupaban en su línea genealógica. De algún modo, quería hacerle ver su origen destacado en la vida cordobesa. Ella la escuchaba educadamente, intuyendo ciertos celos de su familia materna tras tantos años invadida por sus orígenes franceses. Durante el día, su abuela la dejaba hacer. Abría puertas e investigaba por las salitas y los dormitorios, algunos sin usarse desde hacía demasiados años. En el cuarto de juegos de su madre, blanco y luminoso junto a su dormitorio, además de una casa de muñecas impecable, demasiado ordenada y perfecta para los gustos de Monique, le llamó la atención una colección de estampas dentro de varias cajitas plateadas con imágenes de todo tipo: retratos de reyes, guerreros, bandoleros, sabios,

artistas, toreros y mujeres hermosas; escenas de *El Quijote*, cuadros y esculturas. Todas perfectamente ordenadas. Su abuela le explicó que padre e hija compartían el gusto por coleccionar esas estampitas que acompañaban a las cajas de cerillas. Don Pelayo aprovechaba para fumar con la excusa de surtir la colección de su hija y ella las ordenaba e indagaba sobre la litografía que cada cajita portaba. Doña Teresa aseguraba que gran parte de la enorme cultura de su hija Beatriz venía por el tiempo que ella dedicaba a interesarse por todos y cada uno de esos dibujos.

Por Córdoba, le gustaba pasear sobre todo por las calles aledañas a la catedral. Llenas de vida, con un bullicio impropio quizás para estar junto a un lugar sagrado. Constantes tiendas ambulantes invadían los rincones exteriores del viejo edificio, como ocurría en las mezquitas de sus cuentos. No era de extrañar siendo ese templo también uno antiguo musulmán, pensaba, y disfrutaba de las voces de los estereros enganchados a su vara de medir y con su eterno pregón «pleita blanca y negra», o vendedores de carne de membrillo que, esparcidos por la calle Mesón del Sol, le provocaban una sonrisa con sus blancos mandiles eternamente manchados y la animaban a una compra más por curiosidad que por necesidad.

Hacía casi a diario el camino a la casa de su padre, cambiando constantemente de calles para así conocerlas todas, seguida de su inseparable Sylvie, a quien se había empeñado en enseñarle castellano a base de hacerle preguntar en todas las tiendas que se encontraban de paso el precio de tal o cual producto. Le gustaban sobre todo aquellas tan estrechas que parecería que se unían en la parte superior, aunque Sylvie no quería pasar por ellas por temor a que se derrumbaran sus muros. Entonces tomaban otro camino; ella decía que todos desembocaban tarde o temprano en las Tendillas, así que perdía cuidado de tomar una calle u otra.

Aquel día se topó al entrar en la casa con alguien de más o menos su edad quitando hojas secas de las plantas del patio porticado. No tardó mucho tiempo en deducir de quién se trataba. Se acercó a Carmen con cierta cautela; sabía de todo lo que le había pasado, su tío no le había ahorrado ningún detalle. La curiosidad que ya tenía por conocerla se acrecentó al ver su bello rostro; en cierto modo se parecían. Morenas, ojos negros e intensos, evidentemente bonitas, dos años las separaban, ambas habían perdido a sus padres, pero el rostro de Carmen reflejaba una tristeza mayor a la suya. Cuando se cruzaron sus miradas fue esta la primera en hablar.

—Señorita Monique. Es un placer.

—Hola, Carmen. Tenía ganas de conocerte. He oído hablar mucho de ti.

—Cosas buenas, espero.

—Inmejorables.

—Su tío es alguien a quien aprecio mucho y seguro que ha exagerado.

—El sentimiento es mutuo, creo, y sobre la exageración o no, será algo que yo misma decida con el tiempo.

Monique no sabía dejar de ser tan directa, por mucho que su padre o su tío siempre se lo afearan, ella era como era. Extrañamente dio la impresión de que eso gustó a su interlocutora. Carmen prefería ir con la verdad por delante; estaba cansada de esos convencionalismos que de algún modo la habían apartado de su hijo. Se sintió a gusto con Monique, algo que no podía decir de otros miembros de su familia.

—¿Es verdad que montaste una escuela para niños en tu barrio?

—Bueno, algo parecido. Me pareció de justicia que los pobres niños de donde yo nací también tuvieran la suerte de leer y escribir. Aunque casi nada pude conseguir los pocos meses que allí estuve. Todo se vino abajo con…

—Lo sé, lo sé. *Oncle* Alphonse te cree y está seguro de poder ayudarte. A mí también me gustará enseñar a niños a leer y escribir… pero para eso necesitaría prepararme más…

—Yo solo necesito una cosa.

—Tu hijo. Es de ley.

—No para todos. Pregunte a su tía o a su abuela.

—Las conozco lo suficiente como para no dudar de su bondad, pero la decencia es una virtud mal entendida que ellas piensan que deben llevar a gala en primer lugar.

—¡Esa *decencia* me ha arruinado la vida! ¿En ningún momento han podido pensar que mi versión puede ser verdadera? ¿Es que las mujeres como yo no podemos ser decentes?

—Evidentemente mi tío tenía razón…

—¿Qué quiere decir, señorita Monique?

—Esas son las mismas palabras que yo hubiera pronunciado. Te comprendo perfectamente, Carmen, y aunque nos acabemos de conocer, por favor, encuentra en mí a una amiga. Recurre a mí cuando lo necesites. Estoy de tu lado y convencida de que todo saldrá bien.

Se miraron y se sonrieron.

ALPHONSE. MONTILLA. BODEGAS ALVEAR/ BARRIO DE LA ESCUCHUELA. MARZO DE 1918

No había vuelto a *su* pueblo desde hacía ya demasiado tiempo. Esas promesas entre compañeros hechas antes de abandonarlo en las que se prometieron visitarse siempre que pudieran quedaron atrás. Era lo lógico. Su querida doña Sabina se había ido ya hacía varios años y ese imponente Francisco de Alvear se había convertido en el verdadero líder del pueblo; poco o casi nada se hacía sin su consentimiento. Alphonse entendió como su primer deber al hacerse cargo de los negocios familiares visitarle para retomar los negocios que quedaron algo abandonados tras la enfermedad de su padre y la guerra en Europa. Además, en los últimos meses un creciente malestar se estaba instalando en la sociedad cordobesa y Alphonse era muy consciente de una crisis en ciernes que esa alianza con los Alvear podía en parte mitigar. Se hizo acompañar en el viaje por Prudencio. Se había forjado una cierta amistad entre ellos dos y sin duda era alguien en quien confiar.

—¿Sabes algo de tu primo?

—¡Nada de nada! Esa rata cobarde estará en cualquier lugar donde haya vino y mujeres. Ahora que se están moviendo las cosas en España tendría que estar aquí en la lucha.

—Sigues sin perdonarle que se fuera.

—Un verdadero miembro de la familia proletaria se queda hasta el final, afrontando las consecuencias.

—Fue la única solución que encontré —soltó Alphonse a modo de excusa.

—No te equivoques, Alfonso, te estoy muy agradecido. Es a Sebastián a quien no perdono su vileza.

—Y el crío de Salustiaga… ¿crece sano y fuerte?

—¡Igualito que su padre! —bromeó Prudencio.

—Sabes que no me hacen ninguna gracia esos comentarios.

—No te enfades. Me lo pones muy fácil. La verdad es que no se parece mucho a los de tu familia, es más bien achaparradito y tiene la cara como un plato de lentejas de tantas pecas que le adornan.

—No seas cruel. Ya tendrá cerca de los dieciséis años, como mi sobrina.

—¡Pues parece su hijo! —volvió a bromear—. No te lo tomes a mal, en realidad es un chico sano y trabajador. Desde que falleció el abuelo a finales del año pasado, dicen que de unas fiebres, se ha hecho cargo de la churrería

con su madre y no falta el pan en esa casa.

—¿Sigues colaborando como te pedí?

—No te preocupes, todos los parroquianos de las tabernas de alrededor y cualquiera que me conozca surte sus mesas de *jeringos* de ese establecimiento. A veces mando a chiquillos del barrio a comprar roscas enteras que me agradecen como si nunca los hubieran comido. Los duros que me das para ese menester son bien empeñados.

—No dudo de tu honradez, solo quiero insistir en que, si necesitas más, o si ves cualquier cosa, me lo digas de inmediato.

—Alfonso, nunca te he fallado, ¿cierto?

—¡Cierto! Y aprovecho para pedirte otro favor más.

—¿Ya estás exagerando un poco, no? —continuó Prudencio con la broma—. El mandar a mi primo a tomar por culo no te da derecho a tantos favores.

Acompañó la frase con una sonora carcajada y un manotazo en la espalda de Alphonse que casi le hace comerse el volante del moderno coche que conducía.

—¿Cómo le va a Manolo?

—Le puse en contacto con un portugués que vive en mi calle que trapichea con temas de tabaco. Me dijiste que quería pasar desapercibido, y con Aureliano eso está garantizado. Son negocios de poca monta, no creo que tenga problemas en adaptarse. En la casa es uno más, aporta como todos y no da un problema a la casera. Es bastante callado, aunque en ocasiones nos habla en el patio de la guerra en Francia y nos pone los pelos de punta con algunos de sus recuerdos; los niños se lo toman como un cuento, pero tiene que haber vivido todo un infierno allí.

—Pues te voy a pedir que lo vigiles. Sé que trama algo contra un tal Silverio, un gitano de cierto renombre del barrio del Alcázar Viejo. No te pido que intervengas, solo que me tengas al corriente de aquello que estimes relevante.

—¿Qué le ha hecho ese tal Silverio?

—Eso me vas a permitir que me lo guarde para mí. Está el honor de una persona en juego y creo que no debe aparecer su nombre.

—Vale, vale, los señoritos siempre habláis de honor para justificar cualquier cosa. ¿Y qué venimos a hacer a Montilla? Todavía no me has dicho nada.

—Tú te vas a dar una vuelta, que te invito a un medio en Casa Palop, y me esperas a que yo llegue. Me lo agradecerás; el vino está a la altura de las

tertulias que allí se forman. Yo he quedado en las bodegas con Francisco de Alvear para hablar, luego iremos a comer al Casino Montillano; entraba de pequeño con los padres de mis amigos y lo recuerdo como un sitio estupendo.

—¡Ya veo cuánto sufrís los ricos con vuestros asuntos!

—Créeme, tú estarás más a gusto que yo. Ese hombre tiene algo que me impone desde que vivía en Montilla. No me apetece mucho este encuentro, pero los negocios así lo requieren.

—Pues no te preocupes por mí, estaré perfectamente.

—Y yo también cuando me una a ti y me quite de en medio la reunión. Después, quiero que me acompañes a buscar a una persona.

Ya estaban entrando a Montilla y multitud de bonitos recuerdos atraparon a Alphonse. No sabía qué se iba a encontrar quince años después de haber pisado ese pueblo por última vez, pero, aun así, estaba deseando hacerlo. Llegó con antelación a la reunión y aprovechó para pasear por esas enormes bodegas. El trato fue mucho mejor de lo esperado. Francisco de Alvear demostró ser una persona práctica que tampoco quería perder los contactos que esa familia le abría en el mercado británico; además, entendió que tras la trágica muerte en batalla del primogénito —un motivo más de elogio para los de Montcuit a ojos del Alvear— y la enfermedad del padre, ese mozalbete, ahora digno abogado con experiencia, que incluso hizo sus pinitos en la política junto a los conservadores —aunque él estaba más del lado de los carlistas, «herederos de la verdadera tradición española», solía decir— era el nuevo responsable de los negocios familiares. Lo trató de tú a tú.

Terminado el trámite principal, y pasando bajo los arcos de la Puerta de Aguilar que tanto le recordaban a su querida mezquita, se convenció de que no podía perder la ocasión de tomarse unos alfajores en honor de aquellos años infantiles. Después iría a recoger a Prudencio, quien seguro se desenvolvería sabiamente en la taberna a la que lo había dirigido.

—Toma, amigo, *bocatto di cardinale* —le dijo, acercándole una cajita de cartón repleta de unos dulces pequeños y rectangulares envueltos en papel brillante.

—Algún día te traeré sopaipas de mi Josefa, eso sí que es digno de un obispo, aunque reconozco que esto no está nada mal —dijo tras probar el tercero casi de un solo bocado.

—Ahora quiero visitar a un viejo amigo, solo espero que siga vivo…

—No seas pájaro de mal agüero. Los de tu edad todavía sois jóvenes.

—No es lo que piensas. No era de mis compañeros del colegio, pero de él aprendí mucho más que con nadie que haya conocido.

Subieron hacia el antiguo castillo y viraron a la derecha, dejando a un lado el que fuera su colegio. No pronunció palabra desde que salieran de Casa Palop. Alphonse daba los pasos instintivamente, como llevado por sus recuerdos. Pasó de nuevo por esa parroquia cuya alta torre de ladrillos se divisaba desde todo el pueblo, emergiendo de entre las casitas tan pequeñas que la rodeaban. Buscó la calle en pendiente donde tantos ratos de conversación había pasado con el Pirulo. Al llegar al lugar donde este solía estar sentado, su sitio lo ocupaba una mula magra y sarnosa, casi sin rabo para espantar a las moscas que la atormentaban. El ambiente era el mismo que quince años atrás, olía igual, como si el animal muerto que imaginó el primer día que recorrió esas calles como explicación a ese hedor todavía siguiera allí. Vio a niños correr: eran otros, pero idénticos a los de antes. Las puertas seguían abiertas de una sola hoja. Recordó las palabras de doña Sabina: «Mucha pobre gente cree que para que la muerte no vuelva a entrar en cualquier casa, basta con cerrar como señal de protección una hoja de la puerta de la calle para indicar que allí, en esa casa, ya ha habido llantos y duelo por un difunto». No encontró rastro de su amigo.

—Perdón, muchacho, ¿conoces al Pirulo? Era un hombre que solía estar sentado junto a ese rebate, donde está la mula —dijo, dirigiéndose a un sudoroso campesino que esforzadamente subía la cuesta con su azada al hombro y de cuyo brazo izquierdo arrastraba una guita con un chucho famélico del otro extremo.

—¡Claro! Es mi tío. Aquí somos todos familia, ¿sabe? ¿Para qué lo busca usted?

—Es mi amigo. Hace años que no lo veo.

—¿Su amigo? Mi tío no tiene más amigo que el vino. Pero, si usted lo dice. Ahora maldice a todo lo que se mueve en aquella casa del final de la calle.

Señaló un chamizo de una sola planta con puerta de chapa entreabierta y sin ventanas. Desde donde estaban parecía que no tenía ni techumbre.

—¿Entonces sigue vivo?

—Ni vivo ni muerto, hay días que sabemos de su existencia por las voces que da cuando alguien pasa por su puerta, otros no sabemos nada de él… Los vecinos le llevan lo que pueden para comer. Nunca da las gracias, aunque a su manera lo devuelve dándonos lecciones de lo que va a pasar en este país. Ahora está despierto, lo sé porque acabo de dejarle unas manzanas

en la puerta y me lo ha agradecido con un insulto bastante cariñoso.

—Veo que no ha cambiado nada. Me arriesgaré a visitarlo.

—Usted sabrá. ¡Vaya con Dios!

—Prudencio, ahora es el momento de que me des la botella de vino que te pedí que compraras en Casa Palop…

Bajaron la cuesta mientras el aire se iba haciendo más respirable. Las casuchas iban desapareciendo al tiempo que los primeros terrones anunciaban una campiña en la que se perdía la vista. Una de las últimas era la que alojaba al Pirulo. Alphonse se sintió todavía más nervioso que durante su primer encuentro de ese día. No entendía el porqué, siempre habían sido charlas sin tapujos, en las que uno hablaba y el otro preguntaba. Ahora, con Prudencio delante, temía que se pudiera romper esa confianza. Le pidió que se quedara fuera. Este aceptó a regañadientes.

—¿Hay alguien en casa? —Esperó unos instantes y volvió a preguntar —. ¿Hay alguien en casa?

—¿Quién anda ahí? —Se oyó una voz ronca como desde el fondo de una cueva.

—Soy Alfonso. ¿Me recuerda? Hace años le traía vino y hablábamos en esta misma calle.

—¡Coño! ¿Será posible que el pimpollo francés haya vuelto a esta mugre? ¿Traes vino?

—¡Por supuesto!

—Pues entonces pasa.

Lo que adivinó ver tras esa puerta de chapa que no se podía cerrar del todo era un mundo oscuro y vacío. El Pirulo dormitaba en un catre con la única compañía de un jergón de paja podrido y una manta negra y raída. En el centro de la estancia parecía que una tabla con patas de madera hacía las veces de mesa, repleta de botellas vacías y de mondas podridas de fruta. Solo entraba la luz que se abría paso por la puerta. Al fondo parecía que otra ventana luchaba con una cortina marrón por dejar pasar algo más de claridad, pero el día tampoco acompañaba mucho.

—Mejor así, muchacho, no te pierdes nada por no ver cómo es el paraíso de los pobres —dijo el Pirulo, adivinando perfectamente lo que estaba Alphonse pensando.

—¿No prefiere que abra las cortinas y nos podamos ver mejor?

—¿Para qué?

—Tiene usted razón, así está bien.

—Desde la última vez que viniste, allá por la alta Edad Media según

mis cálculos, nadie me había llamado de usted. Espero no acostumbrarme.

Se le veía más jovial que como se lo habían descrito unos minutos antes.

—Aquí tiene el vino prometido, como es costumbre y ley.

—Buen muchacho. ¡Perdón, caballero! Por cómo suena el roce de tus ropas y crujen tus zapatos en la tierra debes de estar hecho todo un señor. —Alargó su brazo para recibir su regalo, tanteó de izquierda a derecha buscando la ansiada botella. Alphonse comprendió que no veía—. No te preocupes, mozuelo, ¡*pa* lo que hay que ver! Cuéntame, ¿qué es de tu vida?

Alphonse se sintió bien resumiéndole sus últimos quince años. El Pirulo asentía y bebía a morro pequeños tragos de vino sin interrumpir a su interlocutor más allá de algún eructo espontáneo por algún sorbo más largo de la cuenta. Prudencio escuchaba desde la calle perfectamente la conversación: no había más ruido que el de una brisa que empezaba a correr al caer la tarde que no le impedía oír. Empezaba a descubrir de dónde le venía esa querencia por las ideas que compartían él y Alfonso.

—¿Y usted? ¿Cómo se apaña? Yo lo veo igual que antes.

Alphonse no mentía, igual de ajado ahora sobrevivía en esa penumbra cuando antes lo hacía fuera junto a su rebate.

—Bueno, caballerete, ya ves que bicho malo nunca muere. Más allá de la dificultad para agenciarme buenas botellas de vino, mi vida ha cambiado poco. Aquí estoy, esperando el olvido, que es el futuro de los pobres. Porque nosotros morimos dos veces: cuando nadie se acuerda de nosotros (ahí estaba yo hasta que hoy has venido) y cuando se nos comen los gusanos.

—Yo lo he recordado mucho estos años…

—¿No te habrás enamorado? —Pocas veces lo había visto Alphonse reír tan abiertamente—. Me alegro, eso significa que algo de nuestras conversaciones quedó en tu interior. No me malinterpretes, no soy ningún desagradecido, yo también he recordado esas botellas de vino francés que me traías, y las charlas que las acompañaban. Por eso te voy a anunciar ahora algo que no quiero que olvides, y que cuando ocurra digas: «Esto ya me lo avisó mi amigo el Pirulo». Ya has visto en la carne de tu hermano cómo se están matando en Europa, ¡pues poco va a tardar para que lo hagamos aquí en España! Mira, Alfonso, quiero que cojas esa puerta y me prometas que nunca más vas a volver a traspasarla. Reza a tu Dios para que me lleve pronto, a ver si después de todo ibas a tener tú razón y ahí está mirándonos y castigándome con la inmortalidad por blasfemo. Ahora, ¡adiós!

Alphonse salió de ese chamizo consciente de la despedida, alegre por la conversación y con un cierto vacío por lo que había visto y oído. Dejó encargado en un despacho de vinos cercano al Teatro Garnelo que semanalmente llevaran dos botellas de vino, queso y pan a la dirección indicada. No pronunció palabra hasta montarse en el coche. Prudencio lo entendió y respetó. El viaje de vuelta fue totalmente silencioso.

MANOLO. CÓRDOBA. BARRIO DE SANTA MARINA. MARZO DE 1918

Prudencio le había puesto semanas atrás en contacto con un vecino del barrio de Santa Marina que siempre estaba buscando gente de confianza y que no hiciera preguntas por sus tejemanejes. Manolo le explicó que no quería asomarse demasiado por Córdoba y le pareció la mejor de las opciones. Aureliano, de quien Manolo pensaba que tenía cara de bandolero con esa tez tostada y las patillas en hacha, le propuso participar en un pequeño negocio de contrabando de tabaco liado que le proporcionaba alguien desde Alcolea. Solo tenía que descargar fardos cerca de las murallas del Marrubial desde unas carretas las noches que se le indicaran, luego cargarlos en otras más pequeñas y conducirlas hasta una casa que hacía de almacén junto a la plaza de las Cañas. Unas pesetas fáciles de conseguir y un mundo en el que podía encontrar información sobre lo que le interesaba. No dudó un instante en aceptar la propuesta.

Una vez por semana, que solía ser los martes, se reunían en una taberna cercana a la Iglesia de Santa Marina. Era un lugar de encuentro de lo más granado de la baja estofa cordobesa. Un salón rectangular de grandes dimensiones, entarimado, con techo de gruesas vigas pintadas de un azul apagado por varios años sin haber visto una mano de pintura y paredes faltas de toda clase de elementos decorativos. Tres lámparas de gas alumbraban malamente la estancia, pues el foco de luz de cada una de aquellas no llegaba hasta el de la siguiente, así que gran parte de la habitación quedaba en una semioscuridad muy útil para los individuos que allí se reunían. Ese día, timadores de poca monta jugaban a cartas en una de las mesas; un joven de facciones duras vestido con marsellés, pantalón de pana y sombrero cordobés parecía esperar a alguien en otra de las mesas. La tercera la ocuparon ellos tres. Manolo no tenía miedo: pasara lo que pasara muy mala suerte debía tener como para no llevar a cabo lo que tenía

planeado, pero para ello era necesario correr esos riesgos. Necesitaba ganarse la confianza de esa gente y hacer nuevas amistades en los oscuros mundos cordobeses. «Paciencia, —pensaba—, el momento llegará», e invitaba a otra copa a sus compañeros. Sabían que la Guardia Civil andaba tras pequeños grupos como el suyo, la mayoría de las veces por chivatazos de rivales en ese fructífero negocio. Manolo ya había demostrado en las seis ocasiones anteriores que era fuerte para la carga, valiente y rápido en las decisiones y, sobre todo, ducho en el manejo de las bestias que tiraban de los carros. «Es el socio perfecto», pensaban los otros dos compañeros. Las noches de lluvia eran las más indicadas; decían que la benemérita prefería no mojarse las capas y dejar hacer. Ese día arreciaba una lluvia primaveral que los tranquilizaba. Manolo aprovechó para presentarles un negocio imposible de rechazar y ampliar horizontes aliándose con unos gitanos que conseguían un tabaco de mucha mejor calidad de una plantación propia poco más allá de la Huerta del Rey. Él había contactado con ese grupo en el barrio del Alcázar Viejo unas semanas atrás y les aseguró un beneficio más elevado que los cuatro duros que ganaban hasta entonces por cada trapicheo.

—Podemos continuar con ambos socios. Les decimos a los de Alcolea que vengan cada dos semanas, que las cosas están difíciles. No perdemos ni su mercancía ni su amistad ni a nuestros clientes, y la semana restante lo intentamos con estos nuevos proveedores.

—Pero ¿son de fiar?

—¿Qué gitano lo es? Pero no saben qué hacer con el tabaco que les sobra, y nosotros tenemos los contactos que lo tratarían, empaquetarían y venderían. Podemos sacarles un buen precio. Y del tabaco suelto se sacan más beneficios que del liado.

—Pero habría que secar las hojas, amarrarlas…

—No. También conozco a quien se encargaría de eso. Pensad que, si controlamos todos estos procesos, obtendremos beneficios de todos ellos, no solo de uno.

—¿De cuántos duros estamos hablando?

—De muchos más de los que ahora tocamos jugándonos todas las semanas el pellejo. Con dos o tres operaciones podremos tener tabaco para dar de fumar a media Córdoba. Serían unos meses arriesgados y después… ¡Dios o el diablo dispondrán!

—¡No metas a Dios en esto! —Julián, el tercer socio, era un taimado beato, antiguo cura que ahorcó los hábitos al poco de obtenerlos y que si se

metía en esos menesteres era para mantener a una mujer mucho más joven y de mejor ver de lo que él se creía merecer. El negocio parecía redondo para colmar de caprichos a su señora—. Vale por mi parte, pero prefiero que no blasfemes en mi presencia.

—Como yo lo veo, este asunto nos puede dar el dinero que necesito para dejar esta puñetera ciudad de una vez y volver a Portugal. Con unos buenos duros yo me apaño. —Aureliano llevaba más de veinte años queriendo dejar una ciudad que constantemente le volvía a atrapar—. Eso sí, como nos pillen, una buena temporada entre rejas no nos la quita nadie.

—¿Y con lo que ahora hacemos no? Es el mismo riesgo, pero con mayores beneficios. Si os parece, a partir de mañana empiezo a organizado todo.

Sentados en esa mesa de estufa, junto al rincón más cercano a la puerta, justo cuando alguien se animaba a cantar lo que parecía un fandango al fondo del salón, brindaron con un último medio antes de anudarse el blusón hasta el cuello y salir bajo la lluvia camino de las murallas del Marrubial.

CARMEN. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. ABRIL DE 1918

Llevaba varios días sin saber de Manolo. Este tenía la costumbre de visitarla a menudo, siempre por la puerta de atrás, siempre tirando piedrecitas al patio para que ella saliera a verlo a la calle Cardenal Toledo. Ni él quería dejarse ver ni ella que la vieran con un desconocido. Le había dicho que fuera siempre a primera hora de la mañana, cuando sabía que Justine asistía a su misa diaria y doña Rosa estaría acompañando a su marido en su sillón del despacho leyéndole novelas en francés; parecía que eso lo calmaba. Contaban con la complicidad de Rafaela, que tiraría ruidosamente al suelo alguna cacerola si fuera necesario hacerla volver. Manolo le había dicho que necesitaba tiempo para contactar con Silverio pero que ya sabía cómo, que estuviera tranquila, aunque ella pensaba que justo eso era lo último que su hermano Antonio le había dicho antes de no volver a verlo jamás. Lo cierto era que efectivamente ese Manolo en poco se parecía al que los abandonó precipitadamente años atrás.

Hablaban de cualquier cosa. Ella siempre de su pequeño, decía que tenía los ojos de su *abu* pero mucho más guapo. Ambos estaban seguros de

recuperarlo, ya verían cómo; al menos por el momento crecía fuerte y sano. Él hablaba de cualquier cosa menos de la guerra. Recordaban momentos comunes cuando Antonio normalmente ocupaba un lugar destacado. Si llovía se resguardaban bajo la cancela de la casa de enfrente. Rara vez paseaban; Carmen no quería alejarse por si Rafaela requería su presencia, sobre todo ahora que en la casa las cosas se habían tranquilizado un poco desde la llegada de Alphonse. Este había tomado las riendas y había impuesto la presencia de Carmen en el servicio hasta que se decidiera qué hacer «en función de unas pruebas que yo mismo me encargaré de encontrar», según sus propias palabras. Aunque ella había mantenido las formas y se dejaba ver lo menos posible.

No sabía cómo contactar con Manolo y necesitaba hablar con alguien. Estaba valorando dirigirse a Alphonse y preguntar por su hermano, o quizás contárselo directamente a él. Desde hacía varios domingos, cuando visitaba a su pequeño, las monjas se demoraban más en acercárselo a la verja y el tiempo que le dejaban contemplarlo se redujo considerablemente sin explicación alguna; además, creyó ver unas miradas de soslayo que no sabía cómo interpretar. Lo peor ocurrió ese último domingo, cuando ni siquiera se lo dejaron ver un instante aduciendo que estaba algo indispuesto y que era mejor que no saliera de su dormitorio. Durante su corta vida había sido una mujer positiva, pero en lo referente a su hijo siempre se ponía en lo peor. ¿Estaría pasando algo? Se adentró en la casa en busca de su amigo. A esas horas solo él podía estar en el gran despacho; por las tardes don Emmanuel era subido a la habitación y no lo bajaban hasta el día siguiente. Escuchó ruido de papeles a través de esa enorme puerta doble con cristaleras de colores, tenía que ser él. Llamó:

—¿Alphonse? ¿Puedo pasar?

—¿Cuándo has tenido que pedirme permiso para hablar conmigo?

Abrió él mismo la puerta.

—No sabía si era usted.

—¿Quién si no? Bueno, me alegra verte otra vez por esta parte de la casa, estás desaparecida.

—Ya sabes que tengo mis motivos.

—Te repito que ahora en esta casa mi opinión es tenida en cuenta y tú has recuperado tu estatus.

—Yo no me siento cómoda donde no se me quiere.

—Eso no es así. Quiero que lo sepas.

—¿Sabes algo de mi hermano? Hace demasiados días que no tengo

noticias de él —preguntó cambiando de tema.

—Solo sé que le han encontrado ocupación y que vive cómodamente en alguna casa de vecinos del barrio de Santa Marina.

—Eso ya me lo ha dicho, pero no quiere que sepa dónde se aloja exactamente. Dice que no es necesario.

—Respétalo.

—Y lo hago, pero ahora necesito hablar con él.

—¿Puede ser conmigo?

—Tengo miedo —dijo tras pensárselo un breve instante—. Algo raro está pasando en el hospicio. Desde hace unas semanas noto un comportamiento extraño de las hermanas. Incluso ayer no me lo dejaron ver. Temo que alguien se lleve a mi Antonio, o peor aún, que esté enfermo y no me digan nada.

—Tranquila, Carmen, seguro que son impresiones tuyas. ¿Quieres que vaya yo en persona y me informe? Seguro que no será nada.

—¿Lo haría usted?

—Claro. Mañana mismo. Así conozco a tu pequeño, a ver si es verdad que es tan guapo como dices.

—Pero mañana es martes y no es día de visita.

—A mí no me pueden negar la entrada después de la generosa aportación de mi familia a esa institución desde hace décadas. Desgraciadamente, aquí los apellidos sí sirven de mucho.

Carmen se tranquilizó tras la conversación. Insistió en acompañarlo a sabiendas de que no la dejarían entrar con él. Pero la reconfortaba contar con el apoyo de su amigo. Era alguien que, aunque pareciera que siempre se despedía, nunca acababa por irse de su vida. Decidió retirarse pronto a dormir, consciente de que no lo conseguiría en toda la noche.

Fue lo primero que hizo nada más despertarse. Alphonse bajó a la cocina y no esperó el desayuno en el salón como de costumbre. Allí ya lo esperaba Carmen con un enorme tazón de leche muy caliente, como a él le gustaba. Untó pan recién hecho con manteca y se lo comió casi de un bocado. A Rafaela le encantaba que Alphonse entrara a la cocina, le recordaba cuando era un niño travieso y ella le tenía siempre preparado un buen cuenco de cerezas o restos de la comida del día anterior que él devoraba mientras le contaba sus aventuras. Ahora casi no se podía levantar de su silla, pero por su pequeño Alphonse no dudaba en hacer el esfuerzo necesario y hornearle el pan por muy temprano que fuese. Carmen no probó bocado, no le entraba nada, aunque dijera que sí había desayunado a

primera hora.

Todavía chirriaban las calles por la cera que la Semana Santa había derramado en el centro de Córdoba. La llovizna de primavera las hacía traicioneras y no era extraño ver a algún mozo despistado escurrirse mientras hacía los repartos o a algún caballero cuyo bastón decidía recorrer el cielo y no el suelo, provocando caídas hilarantes pero muy peligrosas. Aun así, Alphonse y Carmen se apresuraron para llegar al hospicio lo antes posible, pero siempre después de que las hermanas hubieran terminado sus oraciones de tercia, y eso no ocurría nunca antes de las nueve de la mañana. Tocaba la hora en punto en la campana de San Miguel cuando ambos salían por la puerta principal. Justine ya había vuelto de misa y estaba en la casa; observó extrañada la escena. Supo inmediatamente hacia dónde se dirigían.

Alphonse escogió la puerta principal para entrar al establecimiento. Por costumbre Carmen había dirigido sus pasos a la pequeña puerta trasera, junto al pequeño patio que daba a la explanada de la Huerta de la Reina, donde a ella la dejaban disfrutar de su hijo cada mañana de domingo. Decidió esperarlo allí, con la vana esperanza de ver aparecer a su pequeño en los brazos de alguna novicia; pero él podía entrar por donde quisiera. «Beneficios de los apellidos», como decía Alphonse. Sacudió la campana que anunciaba visita. Una de dos, o era un despistado que no sabía que las monjas no atendían por esa puerta, o era alguien de postín que no hubiera aceptado ir por la entrada trasera. Cuando sor Anunciación abrió la puerta comprendió rápidamente que se trataba de esta segunda opción.

—Hermana, ¡buenos días nos dé Dios!

—¡Que Dios os guarde, hermano! ¿Qué puedo hacer por usted?

—Soy Alphonse de Montcuit Dampierre Escavias de Carvajal. —Al segundo apellido ya le temblaban las piernas por los nervios a la joven monja—. Me gustaría hablar con la hermana Natividad. Por favor, dígale que es un asunto de gran importancia y que no tengo tiempo que perder.

A Alphonse nunca le había gustado utilizar su apellido como argumento, pero sabía hacerlo si era preciso.

—Enseguida. Tome asiento donde guste.

Lo acompañó en silencio a una alargada sala lateral, paralela a un enorme patio porticado mucho más grande que el de aquella casa montillana en la que vivió, pero igual de elegante. No pasaron más de tres minutos hasta que una monja, bastante más vieja que la anterior, entró resuelta y confiada a la habitación donde se había acomodado Alphonse.

Decidió no levantarse, se recostó cómodamente en el sillón y cruzó las piernas, demostrando quién mandaba allí desde el primer momento.

—¿Qué se le ofrece?

—Ya le habrá anunciado la hermana quién soy.

—Así es.

Con el tono seco y cortante sor Anunciación también quería dejar claro su importancia entre esas paredes. No quiso sentarse.

—Estoy completamente al corriente del trato al que usted llegó con mi hermana Justine; por el momento prefiero no pronunciarme al respecto. Pero también sé que Carmen, la madre de la criatura, tiene derecho a disfrutar de su hijo unos minutos cada domingo, siendo estos cada día menos. Incluso la pasada semana ni siquiera lo pudo ver ni un segundo. Entienda que eso repercute en el ánimo de mi servicio y no puedo permitirlo.

—Antoñín estaba malito y preferimos que no se enfriara sacándolo fuera de su habitación. Créame, aquí está muy bien cuidado.

—No lo pongo en duda, aunque nunca como en los brazos de una madre.

—Depende de la madre.

—No debería hacer juicios, solo Él puede —dijo Alphonse, señalando al crucifijo que centraba la estancia, lo que descolocó a la monja.

—Entonces… —titubeó— también sabrá del acuerdo alcanzado con su hermana para encontrarle una familia adecuada a la criatura.

Sor Natividad rompió la promesa hecha a Justine de no informar a nadie de esos propósitos hasta que el hecho hubiera sido consumado, pero la interpelación al Santísimo la había disturbado por completo.

—Algo me ha dicho —mintió Alphonse, prefiriendo no demostrar su estupor.

—Pues la hemos encontrado. Son un matrimonio devoto y cristiano de la Parroquia de San Hipólito a los que el Señor no ha bendecido con ningún hijo. Él es un hombre de leyes acaudalado y con mucha presencia en la vida de la ciudad, y ella pertenece a una de las mejores familias de Málaga. Permítame que por prudencia y buen hacer no le dé más detalles. Antoñín crecerá feliz en un ambiente muy diferente al que se hubiera encontrado de no intervenir su santa hermana.

—¿Ya está con ellos?

Alphonse guardó su rabia para mantener la compostura. Sabía que los próximos minutos serían básicos.

—No hasta que lo destetemos completamente y esté claro que es un niño sano y fuerte. Solemos esperar nueve o diez meses. Si Dios quiere, para San Rafael ya estará en su nuevo hogar.

—No si puedo evitarlo —murmuró Alphonse—. Veo que está todo controlado y que saben ustedes lo que se hacen. Mire, a partir de ahora es conmigo con quien tendrá que tramitar todo este asunto —dijo casi gritando mientras se levantaba y cogía su cartera del bolsillo interior de su chaqueta. Los dos billetes de cincuenta pesetas que le entregó acabaron por aplacar las dudas de la monja—. Como seguramente habrá oído, yo he cogido las riendas de mi casa y de mi familia, por lo que a mí corresponde cargar con este pesado compromiso. Gracias, hermana. Volverá a tener noticias mías.

Cogió su sombrero de la mesita donde lo había dejado y se dirigió sin esperar permiso alguno a la puerta principal. En el umbral se paró y casi sin girarse dijo rotundamente:

—¡Ah! Hasta que llegue el momento, no deje ni un solo domingo que esa madre no pueda disfrutar de su hijo todo el tiempo que ella estime oportuno.

Le hubiera gustado pedir ver al pequeño, pero entendió que no era el momento. Ahora, lo principal era tranquilizar a la madre y que esta nada supiera de lo que se estaba tramando respecto a su hijo.

MANOLO. CÓRDOBA. CALLE ENMEDIO. ABRIL DE 1918

Con el buen sabor de boca de la última entrega, sus socios accedieron a que contactara con esos gitanos de los que les había hablado. Había que hacer las cosas con cuidado para que nadie sospechara nada. Llevaba demasiados días sin visitar a su hermana y prefería que así fuera. No quería mentirle si sus preguntas se dirigían a temas escabrosos, aunque por otro lado estaba deseando charlar con ella y, quién sabe, conocer a su pequeño sobrino algún domingo que le permitieran acompañarla al hospicio. A su propio hijo no quiso ir a verlo; estaba seguro de que su hermano o Manuela lo identificarían inmediatamente y no estaba dispuesto a correr riesgos. Ya habría tiempo para conocerlo. Mandó recado a través de Prudencio para que Alphonse comunicara a Carmen que estaría fuera durante unas semanas por trabajo. Esta seguramente no le creería, pero era mejor así.

Esperó a un mediodía de lluvia; esta obligaba a muchos a resguardarse de ella en las tabernas. Ese día la primavera le echó una mano con un diluvio propio de esos lodazales del centro de Europa que tan bien conoció durante la guerra. Entró con el sombrero calado hasta los párpados y se alegró de ver que la taberna acogía a aquellos que él estaba buscando. Le preocupó que alguien pudiera reconocerle y se tranquilizó al ver que él, al menos, no veía conocidos entre los ahí presentes. Confió en que su barba, sus modales y el acento que había moderado lo harían pasar inadvertido. Se acercó a un grupo de cuatro gitanos que se sentaban en la única mesa sin mantel de la taberna.

—Buenas tardes, señores. Un placer volver a verles.

—¡Mira tú por dónde! Pensábamos que solo fuiste una aparición. Silverio, que aquí te presento, dudaba de tu existencia. Siéntate con nosotros —insistió el que tomó la voz cantante.

—Pues ya veis que aquí estoy. Importantes negocios me han tenido más ocupado de lo que yo hubiera querido.

Acompañó la frase con un gesto mecánico y seguro de abrir otra nueva pitillera, más brillante que la del primer día, que haría de señuelo perfecto para los codiciosos ojos de sus compañeros de mesa.

—Fumas tabaco del bueno —fue la primera frase que pronunció Silverio tras encender su cigarro.

—¡Del mejor! La buena vida es cara. Hay otra, más barata, pero esa ya no es vida —dijo, sabiendo que esa frase les haría pensar.

—Y, si no es mucho preguntar, ¿a qué se dedica usted? Porque los señoritos del centro vienen a este barrio a lo que vienen, pero tú no tienes pinta ni de señorito ni de venir a beneficiarte a alguna de las muertas de hambre que hay por nuestras calles.

Era la manera de Silverio de dejar desde el principio las cosas claras.

—Al noble y antiquísimo negocio del contrabando. De tabaco en mi caso —dijo con una cierta sorna Manolo, algo escamado por las constantes miradas de Silverio, quien le escrutaba a cada palabra que decía y gesto que las acompañaba.

—Digamos que de eso sé mucho y no se me hace su cara de las conocidas.

—Bueno, llegué no hace mucho de la guerra de Europa. Me apañé unos duros trapicheando entre soldados y cuando las cosas se pusieron bien feas me vine para España. Me dijeron que esta es una ciudad que acoge bien al forastero y no se equivocaron.

—No se entra en un negocio como el nuestro así por las buenas, de un día para otro.

Era normal que Silverio quisiera saber lo más posible, Manolo contaba con ello.

—Sí, si se tienen los contactos adecuados, unos buenos dineros para invertir y los cojones para no dar nunca la espantada.

Aquí miró fijamente a los ojos de su interlocutor y no los apartó hasta que este miró a la barra para pedir otra frasca de vino.

—Niño, ¡más vino! Pero sin bautizar, ¿eh? ¡Y rebaña en la orza a ver si quedan aceitunas!

Acordaron encontrarse la medianoche del primero de mayo en el ventorrillo de la carretera del Brillante, lejos tanto de las luces del centro de la ciudad como del Marrubial, donde ya eran demasiado conocidos Aureliano y los suyos. Silverio llevaría el tabaco ya cortado y en manojos. Para Manolo quedaba la tarea del resto del proceso. En esta ocasión, las carretas debían ser mucho más grandes y con un meriñaque apropiado, pues los paquetes de hojas sueltas abultaban mucho más que el tabaco ya liado de sus otras transacciones. Manolo estaba seguro de que sabría lidiar con las mulas y los carros. La plaza de las Cañas seguía siendo el lugar de destino. A sus socios les explicó que calculaba que en poco más de un mes ese tabaco ya estaría listo para liarse y venderse. Con los beneficios comprarían una nueva remesa más grande que, con suerte, les retiraría para siempre. Por el momento todo rodaba como él había imaginado.

MONIQUE. CÓRDOBA. PASEO DE LA VICTORIA. 15 DE MAYO DE 1918

La primavera calentaba mucho más que los veranos que ella había conocido en Poitiers. Aunque se lo hubieran advertido entre bromas y veras tanto su padre como su tío, Monique no quería creérselo. No dudó por lo tanto un instante en aceptar la invitación que su *onde* Alphonse le hizo de refrescarse con un helado en la nevería Puzzi, bajo las arboledas del Paseo de la Victoria. Allí le gustaba ver pasear a la gente y disfrutar del aire que se movía a las afueras de la ciudad. Le extrañó que su tío se presentara esa tarde en su casa, pero se alegró por la sorpresa y cogió rápidamente un chal más por costumbre que por necesidad. Le agarró del brazo y se adentraron lentamente por entre las sinuosas calles cordobesas. No tardó en darse

cuenta de que algo le ocurría a su tío. Pensó que ya se lo diría. ¿Por qué si no había ido a buscarla?

—*Oncle* Alphonse, ¿qué te pasa?

—No me gusta el helado. No sé por qué me empeño en pedirlo de turrón cuando no lo soporto.

—No es eso y lo sabes. Tienes el paladar de un colibrí, te comes cualquier cosa que te pongan por delante. En serio, ¿qué te sucede? ¿Por qué has venido hoy?

—No se te escapa una, ¿eh, chiquilla? La verdad es que no sé a quién más podría contárselo. Solo tú me entenderías. Pero tienes que prometerme discreción. Nadie debe saber lo que te voy a decir.

—Ya sabes que puedes confiar en mí.

—Lo sé, lo sé… Ya sabrás del hijo de Carmen, que tía Justine lo metió contra su voluntad en un hospicio y que desde entonces solo puede verlo los domingos un rato por el patio trasero.

—Es de lo único que habla la pobre Carmen.

—Según ella, y yo la creo, ese niño es fruto de una venganza familiar que alguien pagó en sus carnes. Fue forzada y ella no dudó un instante en tenerlo, pero tu tía creyó que lo mejor para la criatura era que lo acogiera una congregación religiosa. Tu tía Justine no lo hace de mala fe, créeme, no es alguien de malas intenciones, pero su modo de ver la vida no es el tuyo o el mío.

—Sí, tío, pero hay actos que son malos de por sí, aunque sea la mejor de las intenciones la que los guíe, y separar a una madre de su hijo es de los peores.

—No voy a defender a tu tía, pero sí tengo que remediar lo que ha hecho. Hace unos días me enteré de que convino con las monjas a cargo del hospicio el buscarle una familia de adopción a la criatura, y ya la han encontrado. Si no hay contratiempos, pasado el verano el pequeño Antonio desaparecerá de la vida de Carmen para siempre.

—¡Pero eso no puede ser!

—No debe ser. Por eso te lo cuento. Porque necesito de tu ayuda y tu consejo.

—Pues yo me sé la solución, pero seguramente no quieras escucharla…

—A ver, sobrina, no me vengas con jueguecitos. No es el momento ni estoy de humor.

—No son jueguecitos. —Monique hizo una pausa para terminar de devorar su helado—. ¿Puedo serte sincera?

—Creo que es la primera vez que me preguntas algo así.

—Porque creo que es la primera vez que te voy a decir algo que ni tú mismo ves —dijo, alargando el brazo y cogiendo el helado casi sin probar de las manos de su tío.

—¡Dime, por favor!

—¿Tú estabas realmente enamorado de Mathilde?

—¿A qué viene eso ahora?

—¿Qué te enamoró de ella?

El tono de Monique sonaba mucho más maduro de lo que hasta entonces Alphonse había escuchado.

—¡Déjalo, Monique! No es el momento de…

—Respóndeme, *onde* Alphonse, por favor.

—Pues… su sinceridad, su falta de tapujos, su desinterés por las diferencias sociales, su belleza, por supuesto, su energía…

No tuvo que pensar mucho para responder la retahíla de razones que su sobrina le reclamaba.

—¿Y no ves eso mismo reflejado en otra persona?

—¿Te refieres a Carmen?

Tras una pausa, Alphonse subió la voz tanto que provocó que una pareja de enamorados de la mesa contigua los miraran sorprendidos.

—Tú lo has dicho, no yo…

—¡Estás loca! —volvió a gritar Alphonse, cogiendo el resto de su helado de las manos de su sobrina y comiéndoselo de un trago—. ¡No digas disparates!

—Piénsalo bien, tío. Papá siempre me decía que yo era la persona que mejor te conocía, y creo que así es. Tú no lo quieres ver, pero esa mujercita te tiene atrapado, aunque te cueste trabajo reconocerlo.

—No seas tonta. ¡Anda, te invito a otro helado! —cortó la conversación Alphonse.

—Y yo me lo tomaré, pero porque no quieras escucharme no voy a dejar de decirte lo que pienso.

Alphonse acompañó a su sobrina hasta su casa de la plaza de Santa Catalina. Rechazó la invitación para cenar de doña Teresa y se despidió de Monique con un beso al que esta respondió con un guiño y una sonrisa. No la había vuelto a ver sonreír desde la muerte de Édouard. Sin saber cómo, en lugar de subir hacia el centro siguiendo la calle Céspedes, se dirigió hacia el Triunfo de San Rafael, dejó a un lado el palacio episcopal y al otro el enorme seminario para toparse con una especie de pequeño prado frente a

ese castillo que hacía las veces de cárcel. Ese debía de ser el lugar que le refirió Carmen donde la forzaron. Por primera vez en su vida se adentró en un barrio completamente desconocido para él. Tras pasar por el arco de Caballerizas, vio a su izquierda la calle en la que había nacido Carmen. No sabía cuál sería su casa. Ella le había dicho que al final de la calle, frente al muro de esos enormes depósitos de sementales. Todo el barrio estaba impregnado por ese aire a caballo que se esparcía desde allí. Era miércoles y estaba anocheciendo. Algunas vecinas ya habían sacado sus sillas a la puerta para disfrutar del fresco de la tarde; otras volvían a su casa con cántaros de barro entre sus brazos, manojos de verduras en sus manos o tirando de chiquillos gritones. Le pareció una escena como cualquier otra de esa ciudad que tan bien creía conocer. Pero algo le llamó la atención. Desde el final de la estrecha calle Postrera, una figura inmóvil, erguida, y que parecía sonreírle le hizo una ostentosa reverencia quitándose la gorra al mismo tiempo y se adentró en una casa con las paredes muy blancas. Decidió volver a su casa sin dejar de preguntarse quién sería ese hombre de tez tan morena y casi sin cuello que mencionar.

La aparición de ese extraño personaje había hecho olvidar por unos minutos a Alphonse la revelación que su sobrina le había presentado. Cuando entró a su casa, fue directamente al patio trasero, donde Carmen solía estar. La encontró de espaldas, aupándose en sus puntillas para alcanzar las ramas más altas del jazmín y coger las últimas flores de ese día. No vio una niña, lo que observaba era a una mujer joven y atractiva, que le despertaba un deseo y un sentimiento que no había querido reconocer hasta entonces. Volvieron a atronar en su cabeza los vaticinios de Monique, enrojeció al comprender la verdad y se dio media vuelta sin decir nada. Justo en ese momento Carmen se giró y lo vio perderse por la puerta de la cocina, extrañada de que no le hubiera dicho nada. Pero la más sorprendida era sin duda Rafaela, quien había asistido a toda la escena sentada en una silla justo al lado de la puerta sin que Alphonse hubiera reparado en ella. La cara del señorito indicaba algo que no sabía si sería bueno o malo para su niña Carmen.

MANOLO. JARDINES DE LA VICTORIA. CÓRDOBA. 27 DE MAYO DE 1918

Había sido tarde de toros y Manolo asistió con sus dos socios a un

festejo que deparó mucho menos de lo esperado. Ni Juan Belmonte ni Joselito habían toreado, y sus sustitutos, junto a la lluvia que cayó, deslucieron una tarde que toda Córdoba había esperado mucho mejor de lo que al final acabó siendo. Ni siquiera algún desgraciado se había tirado a los toros para quitarse el hambre como en otras ocasiones. Eso hubiera animado el día. Poco les importó, tenían el ánimo exaltado todavía por lo bien que les estaban rodando los negocios. No veían la hora de volver a trapichear con esos gitanos del Alcázar Viejo, quienes habían mostrado seriedad y experiencia en su primer negocio juntos. Todo había salido a la perfección y ya se estaban empezando a ver los frutos de esa primera transacción del primer día de ese mes de mayo. Mientras Aureliano y Julián ya se imaginaban uno en Portugal y el otro colmando de regalos a su señora, Manolo no dejaba de imaginar la forma de dar con los huesos de Silverio en la cárcel.

Esa misma tarde, aprovechando el gentío que se reunía por los festejos de la Feria de la Salud, había mandado recado de encontrarse con Silverio en una de las últimas buñolerías instaladas en los jardines altos del Paseo de la Victoria donde, a buen resguardo, cerrarían el siguiente trato.

—¿No te gustan los buñuelos?

—¡Hasta que no estén rellenos de vino, no!

La respuesta de Silverio venía acompañada de un sudor propio del que lleva bebiendo varias horas.

—Pues yo me voy a tomar uno.

—Claro, ¡al señorito se le apetece uno después de una buena tarde de toros!

—Al señorito se le apetece lo que le salga de los cojones, tengamos la fiesta en paz.

—Eso es lo que más me gusta de ti, que vas de frente. Así deben ser los hombres. ¿Sabes por qué no te pegué dos cuchilladas el primer día que te vi?

—A ver, sorpréndeme —dijo Manolo sin mirarle a la cara y concentrado en no quemarse los dedos con unos buñuelos salidos de un aceite tan negro como los pensamientos de su interlocutor.

—Porque no te achantaste, porque me miraste a la cara como hacen los hombres de verdad. Comprendí que eras de fiar. Y ya ves, acerté. Ahora nos jugamos los duros y la vida juntos y no nos va tan mal.

—Dejemos clara una cosita. Yo aquí estoy por el dinero. Mientras todo vaya bien, contarás conmigo; si se tuercen las cosas… yo también sé usar

una buena navaja.

—No seas *fartusco*, Manuel. Que estamos entre socios. ¿No me despreciarás un vinito para mojar esa cosa que te estás comiendo? —dijo Silverio sin dejar de beber de la misma frasca en la que le estaban sirviendo.

—Para que veas que no te tengo en cuenta tus bravatas, te acompañaré a beber. Pero no olvidemos a lo que hemos venido.

—Los negocios con vino son más productivos, y háblame de este lado que con tanto ruido por este oído no me cosco bien de lo que dices.

—¿Qué te pasó? —preguntó Manolo, subiendo mucho su tono de voz.

—Nada, nada, un *hijoputa* que me pilló desprevenido, pero ya puse las cosas en su sitio.

Acompañó esa frase con un golpe de la jarra en la mesa.

—¿Qué le hiciste, le cortaste su oreja?

Manolo se temía la respuesta por la que estaba organizando todo aquello.

—¡Más bien le serré la quilla de su barca! —dijo Silverio, y empezó a reír sonoramente agitando entre sus manos la frasca de vino, pidiendo otra con esos gestos.

—No te entiendo.

—El muy imbécil era barquero en el río Grande. Me lo puso muy fácil aceptando un trabajo, que yo mismo encargué a través de un cestero de la Corredera, el día que más agua ha meado el cielo en esta ciudad. Lo escucharon decir que él no dejaba pasar una jornada de trabajo por nada del mundo y esa noche mi hermano y yo le dejamos la barca preparada para que a la mínima le sirviera de mortaja —dijo, y un brillo de odio y de victoria se reflejó en sus ojos.

Un sinfín de sensaciones enrojecieron rápidamente a Manolo. Tenía la confesión de que Silverio había matado a su hermano; Carmen tenía razón. Estaba borracho y no tendría fuerzas para defenderse; de un solo golpe bien asestado no quedaría de ese gitano más que un mal recuerdo. Pero no era esa una buena decisión. Allí había mucha gente y lo atraparían rápidamente. Descubrirían quién era y los *empedraos* harían la vida imposible a sus dos hermanos. Debía seguir el plan marcado, aunque quizás con algún matiz.

—Yo no quiero saber nada de tus asuntos. Aquí solo estamos para hacer negocios, ¿no?

—¡Qué malaje eres! A ver si es que tú eres un arcángel y no has matado nunca a nadie. ¡Si hasta dices que vienes de una guerra!

—Lo que yo haya hecho o dejado de hacer no te incumbe. Así que, a lo nuestro. Si os parece bien, la noche de San Juan nos encontraremos donde la otra vez. Mismas personas, mismas condiciones. ¿Hecho?

—¡Solo si me acompañas cuando terminemos este vino a una mancebía en la que me tratan como a un rey!

—Yo me tengo que ir. Recuerda, madrugada de San Juan. No me falléis.

Salió prácticamente corriendo por entre todo ese gentío que buscaba afanoso con qué entretenerse. No reparó en una foca que tocaba el piano entre el aplauso de un grupo de niños, ni en varias fieras que rugían por tristeza y por hambre. Su cabeza estaba repleta de una sola palabra: venganza.

CARMEN. CÓRDOBA. HOSPITAL DE LA MERCED. 2 DE JUNIO DE 1918

Siguió su rutina de cada domingo y se fue directamente a ver a su niño nada más levantarse. Desde que Alphonse tomara cartas en el asunto, le habían permitido disfrutar de su pequeñín todo el rato que quisiera. Incluso, en una ocasión, le dejaron sentarse con él en sus brazos en una cómoda silla bajo el pórtico para que el sol no les diera en la cabeza. Con esos ánimos corría en dirección al hospital cuando un hombre salía del mismo patio al que ella se dirigía. El vuelco que le dio el corazón fue inmediato. Silverio se alejaba con la gorra recogida bajo el brazo y una camisa demasiado bien planchada como para que ese encuentro fuera una casualidad. Si ese malnacido estaba allí no podía ser por otro motivo que por Antonio.

Ese día fue la propia hermana Natividad la que le llevó a su hijo. Ante las preguntas sobre el hombre que acababa de salir de allí respondió con evidentes evasivas y una eterna sonrisa impostada que haría temblar al mismísimo Satanás. Por la cabeza de Carmen pasaban explicaciones que la ayudaran a comprender qué hacía Silverio cerca de su hijo. Ninguna le agradaba. Se acercaba el cumpleaños de Alphonse y había ayudado a Rafaela a preparar una comida para un grupo de antiguos amigos venidos en su mayoría de Montilla que ese día lo acompañarían. Necesitaba buscarlo para contarle sus enormes miedos.

—Alphonse, ¿puedo hablar con usted un minuto? —Lo asaltó en el

descanso de las escaleras cuando ella subía y él bajaba.

—Hola, Carmen. Estoy muy atareado. Son amigos muy cercanos y queridos a los que recibo y no quiero centrarme en nada más que en eso. Espero que hayáis preparado convenientemente los platos que dije a Rafaela. Hoy no tengo tiempo para tus asuntos. Por cierto, cuando lleguen los invitados hazlos pasar directamente al patio.

Siguió bajando los escalones rápidamente. No la había siquiera mirado a los ojos.

Ya eran dos los argumentos que su cabeza utilizaba para martirizarla. Si imposible era saber el motivo por el cual Silverio visitaba el Hospital de la Merced, más difícil sería averiguar el porqué de esa actitud tan evasiva de una persona que jamás lo había sido con ella. Tenía claro qué hacer. Una vez que terminara el almuerzo y los hombres se sentaran en el gran salón con los habanos y el coñac, dejaría a Paquita a cargo de los pocos deseos que se les ofrecieran a los señores y ella iría en busca de su hermano Manolo. El barrio de Santa Marina tampoco era tan grande y sabía a quién preguntar.'Había coincidido en alguna ocasión con Prudencio, un jornalero de la confianza de Alphonse y que al parecer había buscado casa a su hermano. No pasó más de media hora vagando por el barrio y preguntando a los muchos piconeros que allí vivían hasta que logró encontrar la casa de quien iba buscando. Prudencio sabía que Manolo quería pasar desapercibido, pero entendió perfectamente la ansiedad que sentía esa joven y la hizo entrar a esa misma casa, donde Manolo descansaba debajo de un limonero, tal como hacía cuando vivían en su casa de la calle Postrera.

—Hola, hermana, me alegro de verte, pero ya sabes que no quería que supieras dónde vivo.

—Lo sé, no te molestes, pero te tengo que decir lo que he visto esta mañana.

—No estoy enfadado, solo que no quiero que nadie nos identifique y se sepa que somos hermanos.

—¡Ahora mismo todo me da igual! Esta mañana, como sabes que hago cada domingo, cuando fui a visitar a Antoñín, vi a Silverio salir del hospicio. Eso no puede significar nada bueno.

—¡Ese hijo de mil padres! ¿Qué estará tramando?

—¿Cómo ha sabido que mi hijo está allí? ¿Quién se lo habrá dicho? ¿Justine? ¿Qué gana con ello? ¿Y qué querrá?

—Tranquila, hermana. Intenta no darle más vueltas, solo te van a venir cosas feas a la mente. Déjalo en mis manos.

—Ese cabrón me perseguirá mientras viva.

—No si yo puedo impedirlo —murmuró Manolo, reafirmándose en la decisión que hacía días que había tomado—. Carmen, te pido una última vez que confíes en mí. Sé lo que tengo que hacer, lo tengo todo bajo control, pero necesito algo más de tiempo. Cuando sea el momento te mandaré recado con Prudencio y harás lo que él te diga. ¿Estás de acuerdo?

—¿Me queda otra?

—Pues no —dijo Manolo sonriendo y dándole un tierno beso en la mejilla a su hermana.

MANOLO. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. 13 DE JUNIO DE 1918

Aunque no fuera domingo, Carmen no estaba dispuesta a no acariciar la carita de su Antonio el día de su santo. Pidió permiso a Alphonse para ausentarse a primera hora de la mañana y este se lo concedió, de nuevo sin casi mirarla a la cara. En el hospicio extrañó que se presentara allí un día entre semana, pero ninguna monja puso reparos, muy al contrario, a la tajante orden de sor Natividad de que le permitieran pasar todo el rato que quisiera con su hijo, eso sí, en la verja como de costumbre, nada de hacerla pasar al interior. Manolo estaba seguro de que su hermana iría a visitar a su pequeño un día como ese. Desde primera hora de la mañana, la esperó recostado en uno de los árboles de la Huerta de la Reina más cercanos al inmenso edificio que albergaba el hospital. No se equivocó y, nada más sonar las nueve en las campanas de la Iglesia de la Merced, su hermana apareció. La dejó unos minutos y apareció por sorpresa junto a la verja.

—No podía dejar pasar más tiempo sin conocer a mi sobrino.

—¡Manolo! No sé si es apropiado o no que nos vean las monjas juntos. A saber qué pensarán, pero me alegro de que veas lo bonito que es mi Antoñín —dijo mientras se lo enseñaba henchida de orgullo.

—¡Esas pueden decir misa, pero yo hoy quería felicitarlo! —Le acariciaba las manitas y miraba unos ojos vivos y despiertos—. ¿Cómo es mi hijo, Carmen?

—Me extrañaba que no me hubieras preguntado antes por él.

—No me hago a la idea de que soy padre. Dime, ¿cómo es?

—Despierto y guapo como tú. Tu hermano lo cuida como si fuera suyo propio, pierde cuidado. Pero la influencia de su madre puede hacer

cualquier cosa de él. Al fin y al cabo, es su madre.

—Si yo faltara, confío en ti para que hagas de él un buen hombre.

No dejaba de mirar a su sobrino ni de acariciarlo como si fuera su propio hijo.

—No digas esas cosas. Lo harás tú mismo.

—Claro, claro. Pero para eso están las madrinas, ¿no?

—No sé ni siquiera si está bautizado.

—Ni falta que hace, a mis ojos tú eres la suya. Ahora me voy. Recuerda, pronto recibirás noticias mías por Prudencio. Te quiero, hermana.

Y se despidió con un sonoro beso en la mejilla que provocó una sonrisa en una monja joven que venía a recoger a Antoñín.

En lugar de volver a su barrio, Manolo enfiló la calle por la que había venido su hermana. Se dirigió a la casa del francés. Prudencio lo esperaba en la Puerta de San Miguel. Sería él quien dijera a Alphonse que Manolo le esperaba en un discreto rincón en las últimas filas de la iglesia frente a su casa.

—Gracias por venir, señor Alphonse.

—Dime rápido. Seguro que cualquiera se extrañaría de tú y yo hablando en un sitio en el que nunca entramos.

—Ventajas de puertas que están siempre abiertas —ironizó Manolo—. Quiero que me haga un gran favor. Solo alguien de su posición podría hacerlo sin levantar sospechas.

—¿De qué se trata?

—La madrugada del día de San Juan, tendrá lugar una transacción ilegal de tabaco en el ventorrillo de la carretera del Brillante.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la he organizado yo mismo.

—No te entiendo.

—Mejor así, créame.

—¿Y qué quieres que yo haga? No tengo ninguna intención de involucrarme en negocios de ese tipo.

—No, por favor, nada más lejos de mi intención. Muy al contrario. Le pido que informe a la benemérita de dicho chanchullo. Dígales que lo oyó por casualidad en una taberna, o a alguien de su confianza, o a algún trabajador. Cualquier cosa. A alguien como usted no osarán hacerle más preguntas.

—No entiendo qué pretendes.

—Mejor así. Solo piense que, si quiere ayudar a Carmen, estará

haciendo lo correcto.

Creyó ver Manolo una expresión en la cara de Alphonse que no supo cómo interpretar. ¿O quizás sí?

—Me lo pensaré. No quiero tener problemas con la justicia.

—Sé que lo hará por mi hermana.

Se levantó, para despedirse le ofreció la mano, que Alphonse cogió fuertemente, y se fue por la puerta lateral contraria a donde estaban hablando.

Solo le quedaba una cosa por hacer ese día, aunque esa no estaba en sus planes al levantarse. Tras tener unos instantes a su sobrino en brazos, sintió la necesidad de conocer a su hijo. Si se parecía a él como aseguraba su hermana, con seis años y en una radiante mañana como esa, su hijo estaría jugando en la calle con los niños del barrio. Se paró en un puesto junto al Caño Gordo y se hizo con un enorme haz de arresú. Tras llegar a su barrio, supo buscar el sitio más alejado de su casa, pero también el más concurrido de chiquillería. Para algo él había sido el príncipe de esas calles pocos años atrás. Corrió la voz que junto a la antigua Puerta de Sevilla un señor de barbas regalaba *palodú* a cualquiera que se lo pidiera. Manolín fue de los primeros en llegar. Nada más verlo de lejos supo que se trataba de su hijo. Era como mirarse en el espejo de su niñez. Llegó corriendo junto a otras tres niñas más. Ya apuntaba maneras con tan solo seis años, se sonrió. Fue de los pocos que se atrevió a hablarle; comprobó que era tan despierto como él a su edad. Se enorgulleció. Manolo recuperó su acento cordobés durante unos minutos para así no extrañar a unos niños que difícilmente hubieran salido de esas calles en su corta vida y le costó mucho dejar ese barrio y esas gentes una vez más. Pero así debía ser.

Volviendo a su casa, imaginó qué hubiera podido ser de su vida si, como decía su hermana, hubiera controlado algo más su bragueta. No encontró más respuesta que la evidente: esa no hubiera sido su vida; le había tocado ser él.

EMMANUEL. CÓRDOBA. CEMENTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA SALUD. 19 DE JUNIO DE 1918

Desde que acabara la feria, corría la voz en Córdoba de que los feriantes habían traído desde Badajoz una gripe muy mala que estaba provocando muertes incluso entre los más jóvenes. No era ese el caso de Emmanuel de

Montcuit, quien ya contaba casi con setenta y cuatro años y tres desde ese ataque que lo tenía inmovilizado. En cuanto las calenturas empezaron a hacer mella en él, el final se acercaba.

Este ocurrió el amanecer del 17 de junio. Con sus dos hijas eternamente a su lado, su esposa en constante peregrinación entre los pies de la cama y la talla de la Virgen del Carmen del pasillo y un Alphonse atónito porque esa bestia de la naturaleza que había sido su padre ahora se hubiera convertido en un ser ya con más alma que cuerpo. Murió en paz, aunque apenado por no hacerlo en su tierra natal. Sería enterrado en el panteón que la familia se había hecho construir en el cementerio de la Salud, junto a la tumba de Lagartijo, único torero que había visto en acción en su vida y cuya experiencia provocó que nunca más pisara un espectáculo taurino.

Se le veló toda la noche, en su dormitorio, como requería la costumbre. No faltaron llantos, unos impostados y otros sinceros. Alphonse pensaba en que, a buen seguro, su padre tuviera en mente, a pesar de sus limitaciones en los últimos años, el hecho de que su apellido no se mantendría tras la siguiente generación. Solo él podía remediarlo. Y creía saber cómo. ¿Estaba seguro? ¿Se atrevería?

A la mañana siguiente, un gran cortejo seguía al féretro, con sus hijos acompañando a una llorosa doña Rosa y toda una cohorte de amigos y conocidos dispuestos a despedir a ese francés que tantas cosas hizo en esa ciudad. Allí, a paso lento, con la mirada perdida, escuchando el llanto de su madre y algún rezo lejano de sus hermanas, Alphonse no podía dejar de pensar en lo mismo. ¿Y si su sobrina tuviera razón? ¿Y si lo que había disfrazado en su interior de cariño por una amiga, respeto por una joven, fuera más bien amor por una mujer? Había estado con muchas mujeres en sus más de treinta años de vida que no le habían aportado nada. Sí guardaba un dolor profundo por Mathilde, y un cariño sincero por Salustiaga, pero esto era diferente. Lo que había crecido dentro de él, escondido, tapado por otros sentimientos, era muy diferente. Ahora se daba cuenta. Ya no pensaba en ella como en una chiquilla, ahora lo hacía en una mujer.

Aproximándose al cementerio, pasaron a escasos metros del barrio del Alcázar Viejo. La fúnebre procesión levantaba la curiosidad de aquellos que no tenían nada mejor que hacer, y por ese barrio esos eran muchos. Entre ellos volvió a ver a ese siniestro hombre, quien de nuevo le hizo la misma reverencia. No lo había olvidado en esos escasos días desde su primer encuentro, pero está vez reconoció perfectamente en esa tétrica sonrisa un aire de maldad que llegó incluso a provocarle un escalofrío a pesar del calor

que hacía. También lo vio Carmen, quien andaba al final del grupo. Sin saber muy bien por qué, Alphonse la buscó con su mirada; si fue por la cercanía de su barrio, porque le apetecía encontrar su bello rostro entre tanto atuendo triste y oscuro o porque intuyó algo, la encontró rápidamente y observó perfectamente que el estremecimiento que a él le había provocado ese personaje se había traducido en pavor en la cara de ella. Ató cabos.

ALPHONSE. CÓRDOBA. HOSPITAL DE
LA MERCED. 21 DE JUNIO DE 1918

Si no había ido antes fue porque, tras el entierro, mil y una cuestiones legales y familiares lo retuvieron. Pero la mañana del 21 visitó el hospicio. Necesitaba aclarar las cosas con sor Natividad. Cuando lo hubiera hecho, hablaría con Carmen.

Quizás fue demasiado brusco atizando la campana de entrada con tanta fuerza. Se arrepintió de inmediato; parecería que efectivamente estaba desesperado. Necesitaba saberlo todo, pero no quería que se le notara.

—¡Buenos días nos dé Dios!

Una joven monja, más alta y delgada que la de la otra vez, le abrió lentamente la puerta.

—¡Buenos días, hermana! Quiero hablar con sor Natividad, y tengo prisa.

Se le volvió a notar la ansiedad, pensó.

—Veré qué puedo hacer, mientras tanto…

—Sí, la esperaré en el salón contiguo, ya me sé el camino.

Ahora, directamente había sido brusco con alguien que no merecía serlo.

La vio alejarse tan lentamente como le había abierto la puerta. Se sintió un poco mejor pensando que sus modales no habían disturbado a esa monja. Se sentó en el mismo sillón de la vez anterior. Estuvo tentado de encender un cigarro, pero eso le hubiera puesto más nervioso. Esta vez sí se levantó al ver entrar pocos minutos después a una sor Natividad evidentemente inquieta.

—Señor de Montcuit. Me enteré del trágico fallecimiento de su padre. El Señor lo tenga en su infinita gloria. En la congregación dedicaremos nuestras plegarias por el eterno descanso de su alma —dijo todo aquello en un literal abrir y cerrar de ojos; los había cerrado al empezar a hablar y solo

los abrió cuando terminó de hacerlo.

—Gracias, hermana. Como es lógico, se les hará un generoso donativo por tal motivo. Pero no es de eso de lo que vengo a hablar.

—Ya lo imaginaba. Usted dirá.

—Tras nuestra última conversación, he estado indagando sobre cuál sería esa supuesta familia en la que ese niño tan bien estaría y, además de creer firmemente en que como en los brazos de su madre en ningún sitio, no he logrado encontrar a nadie del barrio de San Hipólito, él abogado y ella malagueña. Es mi deber como cabeza de familia y responsable de todos aquellos que viven bajo mi protección saber los detalles de esta, a mis ojos, terrible transacción.

—Tengo prohibido dar detalles sobre este delicado asunto.

Sor Natividad era poco dada a dar explicaciones, pero en este caso, además, no se sentía cómoda con la situación.

—A mí me las debe dar, o trasladaré mis quejas al señor obispo, con el que por cierto coincidí personalmente en el sepelio de mi padre, y no creo que eso a usted le parezca la mejor de las soluciones.

La referencia a su superior hizo literalmente temblar a la monja, que se sentó sobre una silla de madera que estaba junto a la puerta. Se desmoronó.

—Señor Alphonse, en nuestra intención solo está el hacer el bien al prójimo…

—¿Y quitando a un hijo de los brazos de su madre se consigue eso?

—Lo primero es el futuro cristiano de la criatura.

—¿Y quién le dice que no lo tendría creciendo junto a su verdadera madre?

—¿Sin un padre que lo dirija?

—Una mujer como Carmen puede perfectamente hacer de padre y de madre. Pero no me ha contestado. ¿Cuál es esa familia?

—No los conoce.

—¿O no existen?

Ante el silencio de una monja que bajó los ojos como única respuesta, la reacción de Alphonse fue la de dirigirse diligente a la puerta de salida.

—Tendrá noticias del señor obispo. Adiós.

—¡No, espere! —Los nervios de la hermana Natividad eran tan evidentes que el labio inferior le temblaba como si fuera a llorar de un momento a otro—. Nadie debe saber nada de esto. Verá, ese niño… ese niño… se va a ir con una buena familia con la aprobación de… su padre… —titubeó.

Cuando terminó de pronunciar esas palabras se tapó la cara con las manos y rompió a llorar.

Desde el patio, un grupo bastante numeroso de monjas y novicias que hacían sus labores repartidas entre el hospital, el hospicio, o el colegio que ese enorme edificio alojaba, intentaban escuchar una conversación que intuían delicada para su superiora. Pasó mucho rato hasta que el caballero que había ido a verla saliera con un gesto sombrío. Sor Natividad no asomó hasta que escuchó cerrarse el portalón de entrada. Al día siguiente, presentó ante sus superiores la renuncia a sus cargos en el hospicio y el deseo de ser trasladada a algún convento de clausura de los que las mercedarias tenían repartidos por toda Andalucía.

MANOLO. CÓRDOBA. VENTORRILLO DEL BRILLANTE. 23 DE JUNIO DE 1918

Supo Manolo de la muerte del francés y temió por que su hijo no cumpliera con el favor que le encomendó. Todo dependía de ello. Ya era demasiado tarde como para cambiar nada. De una manera u otra, sus planes se llevarían a cabo esa misma noche.

—Prudencio, por favor, ¿podrías entregar esta carta a mi hermana en un par de días?

—Claro.

—Es muy importante que no sea antes.

—Descuida, muchacho. Así lo haré. Y no te preocupes, que no te voy a preguntar por esa enorme navaja que sobresale de tu pernera.

—Mejor.

El sofocante calor de esa tarde anunciaba un verano que hacía años que Manolo no sufría. Había alimentado y dado de beber convenientemente a las mulas que ese día tenían que utilizar. Las refrescó y las cepilló con abundante agua. Recordaba cómo su padre insistía siempre en lo importante que era para esos animales sentirse *guapos*. Siempre le había hecho gracia ese recuerdo. Se lo oyó decir por primera vez aquella vez que un gallo de pelea que corría por el patio de su casa se subió a los lomos de una de sus mulas, clavándole sus espolones mientras él y sus hermanos reían al ver saltar a los dos animales, uno de dolor y el otro de placer. Su padre la limpió y la curó a base de agua de manzanilla con mucho más mimo del que jamás había puesto sobre él.

Llegó la hora y salió al encuentro de sus dos socios, que le esperaban en la taberna de costumbre. Aunque todavía clareaba el día, la lámpara de la mesa donde solían sentarse ya estaba encendida e iluminaba dos vasos de vino que estaban a medio empezar. Manolo pidió un tercero y se sentó.

—Pensábamos que no venías —dijo Julián visiblemente nervioso.

—No le escuches, Manuel, son los nervios los que le hacen decir estupideces. Sabíamos que estabas al llegar.

—¿Cuándo os he fallado yo? Quería dejar todo bien preparado. Las mulas y la carreta están listas. ¿Habéis desocupado completamente el desván de la casa? Ya sabéis que lo necesitamos vacío y aireado para colgar y secar las hojas de tabaco.

—Todo igual que la otra vez, descuida.

Aureliano no demostraba los nervios que también él sentía.

—Pues apuremos los vasos y tiremos para el ventorrillo, que está anocheciendo y no quiero llegar después de medianoche.

En una galera con amplio miriñaque, vacía y recién pintada, tirada por unas mulas lentas y torponas, los tres empezaron a subir la cuesta que se perdía en las montañas de Córdoba. A lo lejos se divisaban las tenues luces de la venta. Todo estaba tranquilo.

A diferencia de la primera vez, en esta ocasión la venta estaba completamente desierta, más allá de un pequeño grupo de gitanos a los que reconoció enseguida y entre los que no lograba distinguir a Silverio. De pronto, este salió de la venta riendo, acompañado de alguien a quien Manolo no pensaba encontrarse allí. Su hermano Pepito formaba esta vez parte del grupo que encabezaba Silverio. En las trincheras había aprendido a templar los nervios, pero lo que en esos momentos necesitaba era, más bien, pensar rápido o un buen golpe de suerte.

De un salto, Manolo se bajó de su carro y se dirigió a aquel de los gitanos con la excusa de revisar la mercancía, mandando a Aureliano a saludar a Silverio y entregarle el dinero acordado. Fue justo en ese momento cuando varios guardias civiles, saliendo de todos los sitios que pudieran acoger un cuerpo humano, empezaron a gritar y pedir que todo el mundo levantara las manos. Era el momento que había estado esperando. Vio que Julián fue el primero en levantar las manos y pedir clemencia; sabía que eso iba a pasar y contaba con ello. No le pasaría nada. Tenía más miedo por la reacción del portugués. Este salió corriendo hacia la trasera del ventorrillo, pero instantes después apareció con la frente abierta, tambaleándose y seguido por dos guardias que le apuntaban con sus sables.

Ahora que sus dos compañeros estaban a buen recaudo empezó a buscar con la mirada a Silverio. En algún momento, alguno de los gitanos que se parapetaban en el carro donde también se escondía Manolo, comenzó a gritar insultos sin fin en los que las madres de la benemérita eran las protagonistas. Descubrió que Silverio movía la cabeza hacia todos lados, aparentemente buscando una salida.

A los gritos del gitano, la guardia civil respondió con disparos que provocaron un desbarajuste entre todas las personas que se habían citado allí. Silverio reptó hasta llegar a la altura de Manolo. Era a él a quien estaba buscando y no una forma de huir.

—¡Tú, cabronazo! ¿Verdad que has sido tú? —dijo Silverio tras llegar a la altura de Manolo y propinándole un tremendo golpe en el rostro con una piedra que había recogido del suelo.

—¡Claro que he sido yo! —respondió tambaleándose Manolo, quien notó la sangre correr por su cara—. Y lo hago por mi hermano muerto y mi hermana violada.

—¡Hijo de puta! De modo que eras tú… Algo había en ti que me era familiar… Pues es lo último que vas a hacer en tu vida…

Silverio se irguió tanto para golpearle como para que lo vieran los guardias a lo lejos y, esta vez, el golpe iba a ser definitivo. Justo antes de que se lo asestara, su cuerpo se estremeció y su cara dibujó una expresión de sorpresa. Por detrás, alguien le había clavado un puñal por la espalda hasta el mango.

—¿Pepito?

—Ahora soy José.

—¿Qué has hecho?

—Lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo, y que hasta que te vi hace un rato saltar de la carreta no me atreví a hacer. Siempre he creído que este cabrón forzó a nuestra hermana, pero no me podía creer que también matara a Antonio.

Tendido en el suelo, todavía consciente, Silverio escuchaba hablar a los dos hermanos. Sorprendido de que todo eso estuviera pasando, los miraba y se alegraba del daño pretérito que les había hecho.

—Desde la tumba me vengaré.

—Si te refieres al hijo de Carmen, sabemos que algo tramas y no vamos a permitir que le pase nada a esa criatura. Vas a morir sabiendo que se va a hacer justicia y que ese niño crecerá en los brazos de su madre.

Manolo puso de costado el cuerpo mortecino de Silverio y sacó

lentamente el cuchillo que su hermano le había clavado, introduciendo en su lugar aquel que él había traído de las trincheras. Un cuchillo de ese tipo desviaría las sospechas de cualquier otro y recaerían sobre ese extraño venido de la guerra de Europa del que todo el mundo hablaría a la Guardia Civil.

—Hermano, perdóname por todo. Con lo que acabo de hacer sello para siempre mi error. Cuida a mi hijo como si fuera tuyo, como sé que ya haces. En realidad, ya es tu hijo. No permitas que su madre le inculque ese odio que esa familia destila. Recupera el espíritu de nuestra casa y ayuda a Carmen en aquello que precise. Ahora requerirá de su familia, y ya solo le quedas tú. Culpa a un tal Manuel de la muerte de Silverio. Diles cómo me viste clavarle un cuchillo. Acepta los meses que te caigan en la cárcel y así nadie te podrá relacionar conmigo.

—Ahora no puedes desaparecer otra vez…

—Sabes que es lo mejor. Lo único que puedo hacer. Pero me voy con la satisfacción del deber cumplido.

Manolo se despidió de su hermano con un cabezazo como los que se daban de pequeños cuando jugaban en el patio de la casa. Miró de soslayo la cara inerte de Silverio. La noche ya cerrada, el alboroto que los otros gitanos estaban provocando y que concentraba los esfuerzos de los guardias y la cercanía de unos chaparros le ayudaron a escabullirse.

ALPHONSE. CÓRDOBA; CASA DEL FRANCÉS. 25 DE JUNIO DE 1918

Por toda la ciudad corrió la noticia de que la Guardia Givil había capturado a unos contrabandistas de tabaco en los caminos a las Ermitas. Eran varios los apresados y hubo hasta un fallecido, al parecer por riñas entre las bandas implicadas. Los nombres de los detenidos, incluido el de José Sánchez, se detallaban en todos los periódicos. Un forastero, responsable máximo de la operación, habría logrado huir y era buscado por la sierra con la esperanza de encontrarlo en las próximas horas y llevarlo ante la justicia.

Pero todo eso ya lo sabía Alphonse, quien, junto a Prudencio, que había convenido con Manolo en esperarlo en la pequeña y siempre solitaria estación de Cercadillas, le esperaban con un maletín con el dinero fruto de sus trapicheos previos, suficiente para una nueva vida. Alphonse le

consiguió ropa impoluta que sacó de su propio guardarropa, dándole algo de envidia ver que a Manolo le quedara mejor que a él mismo cuando lo vio salir del baño de la estación vestido como un señor. Un billete de tren para Málaga era su último regalo. Este se había rasurado completamente la barba, dejando a relucir una enorme cicatriz de la que nunca había hablado, peinado hacia atrás en consonancia con su nuevo ropaje y recuperado un acento cordobés que había voluntariamente olvidado. Era una nueva persona.

—Gracias a los dos.

—Te has portado como un hombre. Prudencio Ruiz sabe reconocer a los valientes y a los que luchan por lo justo. Por mí está bien.

—Gracias de todos modos, Prudencio. Y usted, don Alphonse, me alegra saber que lo hace por mi hermana. Si sus actos predicen lo que creo, trátela como ella se merece y no le rompa el corazón. Las diferencias que algunos ven y que en usted no intuyo, pronto dejarán de serlo en este maldito país, y ahí, mi hermana y usted no serán más que iguales.

—Nunca he mirado a otros con diferencia, Prudencio lo sabe bien. Y si le he ayudado, además de por Carmen, es porque yo también creo en la justicia en la tierra. Aun así, me cuesta aceptar que la muerte de Silverio fuera la única de las soluciones.

—Para mi hermana, la única. Gracias de nuevo. Adiós.

Fue el único pasajero que se subió al tren esa noche en ese apeadero.

Había guardado la carta Prudencio hasta bien entrada la tarde. A la vuelta de la estación le habló de ella a Alphonse.

—Yo se la daré —sentenció Alphonse.

CARMEN. CÓRDOBA. PLAZA DE SAN MIGUEL. 25 DE JUNIO DE 1918

Querida Carmen,

Si recibes esta carta es que o he muerto, o estoy en la cárcel, o como así espero, habré huido, ahora para siempre, de Córdoba.

Pedí a Prudencio que te la entregara sabiendo que en ninguno de los tres casos podría hacerlo yo en persona. Esta vez te aseguro que me ha costado mucho más que la primera. Entonces yo era un

pobre muchacho demasiado estúpido y creído de sí mismo que no sabía lo que estaba haciendo. Ahora soy perfectamente consciente de mis actos.

No he querido contarte mis intenciones. En un principio buscaba una simple venganza sobre Silverio, quizás una buena paliza o que acabara con sus huesos en la cárcel. Motivos habría de sobra para lograrlo. Pero hace unas semanas, tus sospechas eran ciertas y me reconoció que fue el responsable de la muerte de nuestro hermano. Eso, junto con la seguridad de que algo estará tramando con tu Antonio, me llevaron a la decisión de acabar con él. En el momento de escribir estas palabras no sé si lo habré conseguido. Si así es, lo mejor para todos es que desaparezca para siempre. Nadie, más allá de Prudencio, Alphonse y tú misma, sabéis de mí. Para todos, Manolo, el hijo del *Mulero*, huyó de Córdoba una Semana Santa de 1912 y nunca más se supo.

Me ha costado mucho no decirle a mi hijo quién es su padre, aunque tuve la oportunidad de conocerlo y parece fuerte y despierto; veo que Pepito (para mí nunca será José) está haciendo bien su trabajo. También me hubiera gustado hablar con nuestro hermano, pero es mejor así. ¿Sabes? Pasé por la tumba de padres y de la *abu*, y había flores frescas. Imaginé que tú las habrías puesto el día del entierro del francés. Se nota tu mano en todo lo que haces. Desde pequeña ha sido así. Una mujer como en la que te has convertido está destinada a encontrar un buen hombre, y creo adivinar que tú no tardarás en hacerlo.

¿Recuerdas al capitán venezolano del que te hablé? Siempre me contaba las maravillas de su tierra. He decidido creerle y allí me dirigiré. Dice que es un país rico y hermoso, donde los pecadas pasados se pierden entre sus montañas. Yo de esos tengo muchos y quiero purgarlos allí donde pueda empezar de cero, aunque eso signifique alejarme de mi sangre.

Te quiero, hermana. Estoy seguro de que recuperarás a tu hijo y que serás muy feliz junto a él. Cuida del mío; ya te dije que para mí siempre serás su madrina, como doña Inés lo fue de todos nosotros. Recuérdame con todos mis defectos, pero, sobre todo, no olvides que volví transformado en alguien que quería solucionar aquello que había estropeado.

Tu hermano Manolo

Carmen cerró la carta cuidadosamente, respetando los dobleces que su hermano había hecho. La introdujo en el mismo sobre en el que venía y miró fijamente a los ojos de Alphonse.

—Ha hecho lo que debía.

—Tu hermano ha sido fiel consigo mismo, y yo también debo serlo.

—¿A qué se refiere?

—Carmen, si Manolo no hubiera acabado con Silverio, tu hijo le sería entregado a una familia bajo el permiso de su supuesto padre.

—¿Cómo?

—Sor Natividad me reconoció que Silverio la convenció de que él era su padre y de que estaba completamente de acuerdo en entregar a su hijo a una familia que lo cuidara convenientemente. Con toda seguridad, por una importante cantidad de dinero. Esa familia espera a tu hijo para finales de verano. Pero Silverio ya no está y sor Natividad ha abandonado el hospicio. Aun así, hay una forma de que nadie, ni esa familia ni ninguna otra, pueda reclamar a tu hijo.

—¡Haré lo que sea! —gritó Carmen, estrujando entre sus dedos la carta de su hermano.

—¡Cásate conmigo!

Probablemente, esas fueran las últimas palabras que Carmen esperara oír en esos momentos. Se sentía confundida, enredada en una amalgama de sentimientos que no la dejaban pensar con claridad. No podía ser que todo cambiara tan rápidamente. Ella había crecido entendiendo que todo tiene su momento. Las flores crecen cuando les toca y mueren cuando es su hora. Todo a su tiempo, poco a poco. Pero a ella toda esa tormenta de acontecimientos la abrumaba. ¿Sería posible que aquel al que creía su amigo, ese que la enseñó a leer y que nunca le pidió nada ahora estuviera enamorado de ella? ¿O lo haría por lástima? Eso Carmen no lo soportaría. Pero, más importante aún, ¿lo quería ella? ¿Había amado alguna vez? ¿Era ella digna de alguien como Alphonse de Montcuit? Para eso sí tenía una respuesta clara y contundente: ¿por qué no?

—¿Hablas en serio?

—Totalmente.

Le cogió lenta y suavemente la mano con la que todavía sostenía la carta, ya muy arrugada. Empezó a acariciarla.

—Pero… ¿eres consciente de todo lo que eso significa?

—Nunca lo he sido más que ahora. No quería verlo, Monique me abrió

los ojos y ahora no puedo cerrarlos sin que aparezcas en mi mente. Creo que te he buscado fuera sin querer darme cuenta de que estabas tan cerca.

—No somos iguales.

—Eso es verdad, tú eres mucho mejor que yo.

Carmen sonrió y enrojeció.

—Nadie de tu círculo me aceptará. Lo sabes bien.

—Me conoces, Carmen. ¿Crees que me importa?

—A mí, sí. Si eso te hiciera dudar de lo que me propones.

—Solo dudaría si esos ojos en los que tanto me he mirado me dijeran algo diferente a lo que estoy viendo.

La acercó hacia él por la mano que la acariciaba. Le deslizó sus dedos por la frente apartándole un mechón que le caía sobre los ojos. La besó suavemente en los labios, a lo que ella respondió con un pequeño gritito que le terminó de tranquilizar. Era el primer beso que Carmen recibiera en toda su vida y, ese sí, venía del hombre de sus sueños.

CÓRDOBA. LA CASA DEL FRANCÉS. VERANO DE 1919

Un año había pasado desde todo aquello y más de seis meses desde que el mismo día de su decimonoveno cumpleaños se casara sin más compañía que Rafaela y Prudencio en la iglesia de su barrio. Fue la última vez que Rafaela saliera a la calle. Pocas semanas después, esa gripe que se había extendido por todos lados se la llevaría también a ella. Su pequeño crecía fuerte y feliz junto a su madre y lo haría pronto frente a un hermano que debería llegar para el otoño. Alphonse la trataba como a las reinas que ella imaginaba de pequeña bajo el limonero de su casa de la calle Postrera junto a Soledad. Justine por fin cumplió con su destino y entró en el mismo convento de la Merced donde tanto hiciera sufrir a Carmen. Quizás era su forma de purgar su error. Doña Rosa se fue a ser cuidada a La Carlota junto a su hija mayor con la excusa de ayudarla en la crianza de tantos hijos. La casa del francés empezaba una nueva etapa a los mandos de Carmen.

Monique se convirtió en su amiga, en su confidente, en la futura madrina de su hijo, o hija, como deseaba Alphonse, y en su compañera de estudios en la Escuela Normal de Maestras a la que las dos entrarían ese nuevo curso y cuya noticia estaban ambas deseando dar a todos en la cena de esa noche. Nunca había tenido una amiga de su edad. Hasta entonces le

había tocado lidiar siempre con gente mayor que ella. Era una sensación diferente y agradable.

Para la casa en la que nació, Carmen tenía sus propias ideas. Dejó claro a Manuela que cuando su hermano saliera de la cárcel, él llevaría las riendas y que el cuarto de su difunto Silverio, «Dios lo tuviera en su gloria, a pesar de haber sido un cabronazo», lo ocuparía una familia de gitanos del barrio a los que conoció cuando enseñó a sus hijos a leer. Manuela había perdido toda su fuerza tras la muerte de su hermano, ni odio se adivinaba en sus ojos. No se opuso a nada.

Carmen se sentía plena, libre, feliz junto a un hombre bueno al que adoraba. Dueña de un destino que no hubiera imaginado nadie de los suyos cuando vino a su mísero mundo, pero que le pertenecía por completo. Toda esa felicidad se completaba cuando, jugueteando entre las rollizas piernas de su pequeño Antonio, miraba y acariciaba esa marca en el muslo cuya forma de flor solo su *abu* podía haber puesto allí.

ANTONIO J. CEBALLOS (Montilla-Córdoba, 1970). Es licenciado en Historia Contemporánea y diplomado en Estudios Avanzados en la misma especialidad. A su vez, es diplomado en Traducción e Interpretación, profesor de francés en educación secundaria, y de Historia y de Relaciones Internacionales en la Universidad. Ha enseñado en programas de intercambio con la Virginia Commonwealth University, Colorado Mesa University y varias universidades de California destacando Berkeley, San Diego o Santa Bárbara (de las que fue responsable académico en sus programas de intercambio en Córdoba durante 7 años). Aunque es su primera incursión en el mundo de la novela, ha colaborado en varias obras colectivas en el terreno histórico, tanto como autor (*Papeles y Metralla. Testimonios documentales de la Guerra civil española*, Universidad de Córdoba) como asesor histórico (*20 questions and answer on Black Europe*, Stephen Small, Amrit Publishers).